

ELLOS NOS QUIEREN A TODOS

SI TE GUSTAN LOS FINALES INESPERADOS, ESTA ES TU NOVELA



JUAN JOSÉ DÍAZ TÉLLEZ

ELLOS NOS QUIEREN A TODOS

©Juan José Díaz Téllez

Diseño de cubierta y maquetación:

Juan José Díaz Téllez

FB: www.facebook.com/Ellosnosquierenatodos

www: www.juanjoescritor.com

email: info@juanjoescritor.com

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del autor.

ANTES...

El edificio era el perfecto ejemplo de lo que se podría llamar un cambio de planes. La personificación del dicho “*El hombre propone y Dios dispone*”. El hombre, que en este caso no era otro que el alcalde, se había propuesto que aquella edificación fuese la piedra angular que sostendría la expansión de la ciudad, en su anhelada transformación a destino turístico por excelencia. En el momento de su construcción el edificio era lo último en cuanto a diseño, tanto de interior como de exterior, e iba a ser el centro neurálgico de un complejo turístico que se iba a llamar *Ciudad del Golf*.

No era muy alto, sólo cuatro plantas habitables, con dos vecinos por planta, más la entreplanta y el bajo, en el que se encontraba la *residencia* del portero, pero cada uno de los pisos que las componían eran gigantescos en comparación con la tendencia minimalista en cuanto a espacio que reinaba en la arquitectura del momento, o dicho de otra manera, *cómo convertir una casa de dos dormitorios en una de cuatro para cobrar el doble por ella*.

Sin embargo, Dios dispuso que la ciudad creciese en sentido diametralmente opuesto. El alcalde, que había sido el principal impulsor del proyecto se vio envuelto en un turbio escándalo urbanístico que le costó el puesto, unos años de cárcel, y, por descontado, supuso el fin de su proyecto.

El edificio, al principio, mantuvo el tipo a pesar de que la *Ciudad del Golf* cayó en el olvido. Personajes de cierta repercusión mediática, sobre todo en los programas del corazón, se habían apresurado a reservar su vivienda con el fin de mantenerse de forma continua en el ojo del huracán de lo que, se suponía, iba a ser el centro de lo que había sido llamado la *Jet Set*, una alta sociedad de pandereta. Pero con el paso del tiempo, el brillo se fue apagando poco a poco, y al mismo ritmo las ratas fueron abandonando el barco.

Los propietarios fueron vendiendo sus pisos por mucho menos de lo que habían pagado, a gente no tan ilustre. En tan solo unos años no quedaba del proyecto inicial nada más que el edificio en sí, habitado por gentes de diversos estratos sociales. La mayoría había adquirido sus viviendas porque en ninguna otra parte podían encontrar tal calidad en la construcción y tanto espacio a precios tan reducidos. El coste a pagar, más allá del monetario, era el estar alejados de todo, ya que por supuesto no había alrededor ni zonas de ocio, ni

comercios, ni colegios, ni siquiera parada de autobús. Los que adquirieron las viviendas con el fin de especular con ellas, se vieron obligados a alquilarlas a terceros, al ser imposible vender a precios que se acercaran siquiera a lo invertido.

Así fue como el edificio, que había sido diseñado para albergar a la alta sociedad, se vio invadido por personas que, si el plan inicial no se hubiese torcido, nunca se habrían podido permitir vivir allí. Personas que, con la interminable crisis cómodamente instalada y protagonizando un día tras otro el telediario, tenían todas las papeletas para engrosar en poco tiempo la cada vez más numerosa clase baja con su peligroso *umbral de la pobreza* siempre presente.

Lo que iban a ser campos de golf acabaron convirtiéndose en vertederos ilegales que se nutrían de los desperdicios de las obras del otro lado de la ciudad. Al anochecer, desde los pisos más altos, se podía ver en el horizonte la línea iluminada de las nuevas construcciones de la ciudad, como una interminable y sarcástica sonrisa de luces centelleantes que le recordaban al edificio lo que podía haber llegado a ser.

El edificio, que fue concebido para reinar sobre el resto de la nueva *milla de oro* de la ciudad se convirtió en una mole aislada.

LA SUSTANCIA

DÍA 1. 1º—A

Rocío no había tenido en absoluto una buena noche. Odiaba que su marido fuese capaz de dormir a pierna suelta en medio de una batalla campal, aunque cayesen bombas a diestro y siniestro. Y lo odiaba sobre todo porque a ella le pasaba lo contrario, necesitaba un silencio total y absoluto para poder conciliar el sueño, además de la más profunda oscuridad. Lo de la oscuridad lo arreglaba con un horroroso antifaz aterciopelado de color rosa, que cada noche la convertía en una versión *Hello Kitty* del Zorro, pero lo del silencio tenía peor solución, sobre todo desde que se habían mudado justo encima de ella los nuevos vecinos —los *Frikis*, como ella los llamaba—, que tenían la costumbre de estar zancajeando de un lado a otro hasta las tantas de la madrugada, mientras aderezaban el ruido de los pasos con el estridente sonido de películas de serie B en las que lo normal era el rugido del monstruo de turno o los gritos de la chica ligerita de ropa a la que estaban a punto de asesinar de la forma más escandalosa y sangrienta posible. Y aquella noche habían tenido sesión continua. La última vez que recordaba haber mirado el reloj era la una y cuarto de la madrugada.

Otro problema de no coger el sueño enseguida era que Ramón empezaba con su sesión de ronquidos en *do mayor* a los pocos minutos de apoyar su cabeza sobre la almohada. Si ella no se dormía antes de que eso sucediera, estaba perdida. Con estos antecedentes, no era difícil imaginar que la noche del domingo al lunes la había pasado entre golpes con el mango de la escoba en el techo —que además eran total y sistemáticamente ignorados por los molestos vecinos de arriba—, y empujones a su marido que hacían que el insoportable ronquido se detuviese al menos por unos instantes.

Rocío se colocó boca arriba y se relajó unos segundos. En su mente hizo un análisis de la situación. No era capaz de precisar si había llegado a sumergirse en un sueño profundo en algún momento, aunque solo hubiera sido por unos instantes, o si había dado bandazos durante toda la noche en una poco reparadora semi inconsciencia. Aún era noche cerrada, porque en cuanto comenzaba a clarear el día lo notaba como un leve resplandor rosado a través del antifaz, que aunque era opaco, dejaba pasar un poco de luz si ésta era lo bastante intensa. Tenía que levantar a los niños para el colegio a las ocho, y de paso a su marido para que se fuese al trabajo. Y entonces entraría en el maravilloso universo de la soledad. Lo más cercano a la felicidad que experimentaba a diario: tener a los

niños en el colegio y a su marido en el trabajo.

Era madre de un hijo y una hija, Andrés y Nuria, él de doce años y ella de nueve. Ambos perfectos especialistas en el *noble arte* de vaguitar, no colaborar en las tareas de casa, sacar con más pena que gloria las notas en el colegio, pedir, exigir y patalear. Lo que se dice unos angelitos. A sus cuarenta y cinco años de edad, no se podía decir que Rocío fuese una persona feliz. Quizá sí, dentro de los márgenes que ella establecía como “felicidad razonable”, pero no dentro de los cánones de una persona normal. Dicho de otro modo, cualquier persona que observase desde fuera su día a día, la vería como una desgraciada que dedica el noventa y tantos por ciento de su vida a satisfacer las necesidades primarias tanto de sus hijos como de su pareja. Lo que se podía llamar una “*chacha 24 horas*”.

En su guion no estaba establecido acabar de aquella manera, de hecho había finalizado con muy buena nota sus estudios de auxiliar administrativo y saltó al mercado laboral con bastante éxito, cambiando de trabajo en unas cuantas ocasiones con la consiguiente mejora de sueldo y condiciones en cada uno de sus nuevos empleos. Sin embargo, en sus planes se cruzó un tal Ramón, que se casó con ella tras dejarla embarazada de *penalti*, aunque esto nunca se supo en su entorno ya que se organizó una boda relámpago y ella dio a luz dentro del sagrado matrimonio, como debe ser. Luego su vida laboral se vio pospuesta mientras su primogénito era lo bastante mayor como para ir a una guardería. Cuando esto sucedió, llegó la niña. Y cuando se vino a dar cuenta, se había acoplado a su rol de ama de casa, y con la velocidad a la que habían evolucionado las herramientas y los programas informáticos que se vería obligada a usar en su trabajo, se sentía tan fuera de onda, tan estancada en el pasado como para no darse a sí misma la más mínima oportunidad.

Su incombustible sentido de la responsabilidad la hizo volver de los momentos de descanso que se había concedido de forma brusca. Algo la había puesto en alerta, algo que no alcanzaba a precisar. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que no se oían los ronquidos de su marido. Sin aún quitarse el antifaz, tanteó su lado de la cama. Estaba vacío. Y frío. Allí no había dormido nadie desde hacía un buen rato.

Se sobresaltó, y se quitó el antifaz de golpe.

Siguió sumida en la más absoluta oscuridad.

DÍA 1. 1º—B

No se podía decir que el piso fuera un ejemplo de limpieza e higiene, más bien todo lo contrario. Eugenia había vivido rodeada de animales la mayor parte de su vida —y por lo que a ella incumbía, eso incluía a sus hermanas, Rogelia e Ignacia— y a sus setenta y tres años —reconocidos, que no reales— no tenía ni las ganas ni la necesidad de mantener una limpieza aceptable. Para cualquier persona que entrase en su *hogar, dulce hogar*, el hedor sería insoportable, pero tanto ella como sus hermanas se habían acostumbrado al olor hasta el punto de no notarlo siquiera. Por supuesto, eso no incluía al resto de sus vecinos, que las habían denunciado varias veces en sanidad sin obtener ningún resultado. La última vez que pasó revista tenían en el piso cinco gatos —tres hembras y dos machos—, un yorkshire con la molesta costumbre de ladrar sin motivo hasta altas horas de la madrugada, y un perro callejero que recogió ella misma hacía un par de años, a los que había que sumar una ingente cantidad de periquitos, canarios y jilgueros que vivían hacinados en una enorme jaula en la cocina, que ocupaba lo que con anterioridad había sido el lavadero, y un loro con muy mala leche que revoloteaba libre por la casa, y que se sabía una colección de insultos muy superior a la de cualquier adolescente de hoy en día.

Desde el preciso instante en que Eugenia abrió los ojos, supo que algo iba mal. No sentía el calor de *Pulgoso*, el perro callejero que solía dormir sobre sus pies. Además, la casa estaba en completo silencio. Ni el ronroneo de cualquiera de los gatos en su ronda nocturna, ni el estridente graznido de los periquitos... ni siquiera el aleteo de *pirata*, el loro cabrón como lo llamaba ella, saltando desde el sofá de la salita hasta el mueble del televisor, ruta que repetía sin cesar, noche y día, al menos un millar de veces.

Y todo estaba oscuro. Completa y absolutamente oscuro. No veía el resplandor rojizo del despertador que tenía en la mesilla y que le servía para controlar —y disfrutar, porque así jodía a sus vecinos— de las horas de mayor escándalo de ladridos del Yorkshire *Gruñón*. Eso significaba con toda probabilidad que se había ido la luz, pero el despertador tenía pilas para emergencias de aquel tipo... ¿estaban las pilas gastadas, o las había repuesto hacía poco?... Creía que sí, pero no estaba en condiciones de asegurarlo. En cualquier caso, era la única explicación lógica, así que no le dio más vueltas, se levantó y a tientas, con el mayor cuidado que pudo, se acercó a la pared y

accionó el interruptor.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz eléctrica y el mundo dejó de parecerle una feria de luces cegadoras, constató lo que había sospechado: no había ningún animal en su desordenado cuarto, que era lo más parecido al ganador del primer premio en un concurso de víctimas del *Síndrome de Diógenes*. Antes de salir al pasillo siseó varias veces; al hacer esto, por regla general aparecían al menos dos o tres gatos que estaban escondidos detrás de algún montón de ropa o cartones, y los perros llegaban al trote entre escandalosos ladridos, pero no sucedió nada. La casa siguió sumida en el más completo silencio, y desde la puerta de su cuarto hacia afuera sólo se percibía la más absoluta oscuridad. El corazón de Eugenia hizo todo lo contrario que sus animales, cogió carrerilla y empezó a latir de manera preocupante. Respiró hondo, y trató de calmarse. Para llegar al salón tenía que atravesar el pasillo, que tenía la bombilla fundida desde tiempos inmemoriales, lo que la obligaba a caminar a ciegas al menos siete u ocho metros hasta llegar al interruptor del comedor. ¿Pero por qué demonios estaba tan oscuro? Sólo su hermana menor, Ignacia —que rondaba los sesenta y cinco—, tenía la costumbre de dormir con las persianas bajadas por completo, pero ni su otra hermana, Rogelia, ni ella misma podían dormir a oscuras. Y por supuesto, la ventana del comedor tenía las cortinas descorridas con el *noble* propósito de que los animales comenzaran a montar escándalo con las primeras luces del día.

Visto como estaban las cosas, no le quedaba otro remedio que atravesar el pasillo. Pensó en gritar para despertar a sus hermanas, pero lo único que podía conseguir era que alguna de ellas se levantara también a ciegas y tuviese un accidente. No es que la preocupase en exceso el bienestar de sus hermanas —las peleas entre las tres eran el pan nuestro de cada día, y raro era el que pasaba sin que volasen los trastos dentro de la casa—, pero no estaba dispuesta a soportar a ninguna de ellas convalecientes en cama con una cadera rota.

Salió hacia el pasillo, pero permaneció agarrada al marco de la puerta. Miró hacia la oscuridad con la esperanza de que sus ojos se acostumbrasen a ella, pero eso no sucedió. Todo seguía siendo de un negro absoluto. Ni siquiera podía distinguir el contorno de los muebles del salón, allá al fondo. El corazón se le aceleró de nuevo. Miró hacia su cuarto. No estaba ciega, allí bajo la tenue luz eléctrica seguía viendo los montones de ropa que atrancaban de forma irremisible las puertas del armario que hacía años que no se abría para guardarla en su interior. Su mano se aferró con fuerza al marco de la puerta, que le antojaba como un salvavidas contra la negrura del pasillo. Respiró hondo, y se

soltó. Caminó con la cara pegada a la pared unos metros. Tenía los ojos muy abiertos, pero el resultado era el mismo que si los hubiese tenido cerrados. Arrastraba los pies con muchísimo cuidado. Primero uno. Luego la mano izquierda se deslizaba por el sucio papel pintado de la pared del pasillo. Y por fin arrastraba la otra zapatilla hasta tocar con la primera. Otros pocos centímetros ganados a la oscuridad. De repente, oyó algo. Un sonido extraño. Sintió el irrefrenable deseo de salir corriendo hacia la seguridad de su cuarto, pero sabía que si se giraba la invadiría el pánico e iba a caerse sin remedio. Y sería ella la que se partiese una cadera. O algo peor. Pensó en preguntar algo típico. Algo del estilo de *Quién anda ahí* o *Voy a llamar a la policía*, pero la lengua se le pegó al paladar y no pudo articular palabra. Algo se rozó contra su delgado tobillo izquierdo, y un grito ahogado le brotó de la garganta. Luego, un ruido aterrador, no fuerte ni estridente, algo así como si alguien agitase hojas de papel de estraza. Cerca de su cara. Se la protegió por instinto con las manos, y entonces sintió la presión familiar en el hombro.

—*Joputa* —se oyó la voz aguardentosa en la oscuridad.

—¡Pirata! ¡Maldito loro cabrón! —consiguió soltar por fin, con el corazón peligrosamente cerca del ritmo máximo que estaba dispuesto a resistir.

—*Cabrón, cabrón* —repitió el loro. Eso le dio las fuerzas necesarias para recorrer la distancia que le quedaba y accionar el interruptor de la luz del salón.

De nuevo la claridad. Cegadora al principio, lúgubre una vez que sus ojos se acostumbraron. Sólo dos de las cinco bombillas de la lámpara del comedor seguían funcionando. Las otras se habían ido fundiendo con el paso del tiempo y no habían sido reemplazadas. Y así seguirían hasta que no hubiese más remedio. El panorama del comedor era tan descorazonador como el de la habitación. Montones de ropa, papeles, pilas de publicidad que recogían del buzón de correos y que amontonaban de manera sistemática, cajas de cartón, de leche, de comida para animales. Todo un repertorio que a ellas les parecía de lo más normal, pero ni gatos, ni perros. Y silencio absoluto en la cocina, a pesar de que el resplandor de la luz del comedor debía haber provocado una estruendosa algarabía entre los pájaros de la jaula. Se dirigió hacia allí, y encendió la luz. La jaula estaba vacía. Ni rastro de canarios, jilgueros, ni escandalosos periquitos. Pero la puerta estaba cerrada. No se habían escapado, simplemente no estaban. De nuevo el corazón se le puso a mil. Salió disparada, a la máxima velocidad que le permitían sus débiles piernas. Atravesó el comedor y caminó en dirección contraria al oscuro pasillo —a pesar de que ahora estaba bañado en parte por la

luz del comedor, le daba escalofríos— y abrió la puerta de la más pequeña de sus hermanas. Con la persiana bajada, distinguió la figura de Ignacia en la cama. Encendió la luz y descubrió que aquello no era el cuerpo de su hermana. La cama estaba vacía, y las mantas amontonadas sobre ella, adoptando una leve forma humana que era la que la había confundido, pero allí no había nadie. Empezó a faltarle la respiración. Notaba su pulso en la garganta, y tuvo que reclinarsse un poco para reponerse al mareo que le nubló la vista durante un instante. Salió a trompicones de la habitación, y abrió la puerta contigua. De nuevo oscuridad total, y de nuevo una forma humana sobre la cama. Pulsó el interruptor de la luz, y esta vez la inundó una oleada de alivio al ver el cuerpo de su hermana Rogelia tumbada de lado, tapada con las mantas hasta la cintura y con un respirar pausado. Estaba profundamente dormida.

Pero algo no encajaba. Rogelia nunca se hubiese dormido con la persiana bajada, odiaba dormir en total oscuridad. Cuando miró hacia la ventana, se le heló la sangre en las venas. Usó sus últimas fuerzas para despertar a su hermana.

Iba a necesitar toda la ayuda posible para enfrentarse a aquello.

DÍA 1. 2º—A

Jaime y Alfonso estaban disfrutando de su recién estrenada independencia. No es que en casa de sus padres estuviesen mal, de hecho disfrutaban de todas las comodidades de tener ropa limpia, buena comida sobre la mesa —y además a la hora en que se supone que come la mayoría del género humano—, limpieza y orden. Pero a sus veinticinco y veintisiete años respectivamente, necesitaban intimidad. No es que tuviesen muy a menudo la oportunidad de llevar chicas a casa, pero el tener que presentarles a sus padres y luego pasarlas a su habitación no se les antojaba una posibilidad razonable. Así que dijeron adiós a todos los lujos, y hola a las comidas a deshoras, los bocadillos, las latas y los embutidos a granel. Y por supuesto, a los problemas a la hora de pagar el alquiler. Si bien era cierto que sus padres —mejor dicho, su padre, porque para su madre siempre serían sus pequeños por mucho pelo que tuviesen en el pecho— no veían con malos ojos aquel intento de emancipación. El trato era que ellos debían ser independientes y que no recibirían ningún tipo de ayuda monetaria. Así que entre el trabajo de Alfonso en el *McDonalds* y los chanchullos de compra-venta que se montaba Jaime en *ebay* habían podido ir sobreviviendo hasta el momento con más pena que gloria. Y por eso habían tenido que venirse a vivir a un edificio aislado del mundo, *donde Cristo dio las tres voces*, dicho de dudosa procedencia que su madre utilizaba muy a menudo. Al menos de momento no habían fallado un solo mes el pago del alquiler, lo cual era muy recomendable dado el aspecto de Maruja, la casera. Y más aún teniendo en cuenta que vivía en el 3ºA, justo un piso por encima de sus cabezas.

Volviendo al tema de las chicas, era cierto que ni Jaime ni su hermano presentaban el perfil de lo que se podría considerar un hombre atractivo. Jaime no estaba mal en lo referente al aspecto físico, era alto, de complexión media, con una abundante melena de color castaño que, sin que él hiciese nada por evitarlo, le tapaba los ojos y que una vez tras otra retiraba con un soplido. A veces, cuando estaba haciendo algo importante que requiriese de toda su atención, se recogía el flequillo con una cinta que según su hermano le daba un aire bastante afeminado. *Más maricón que un palomo cojo*, era la expresión que solía utilizar, para ser exactos. Otra de las aplicaciones que Jaime le daba a su melena, era el ocultarse tras ella: no podía evitar ponerse rojo como un tomate ante situaciones que lo incomodaban. Por lo demás, aunque no estaba mal, no tenía ni de lejos decenas de fans a su alrededor.

El caso de Alfonso era distinto. Era más bien bajito; moreno, con el pelo rizado y de aspecto aceitoso por mucho que se lo lavase, además empezaba a clarear en la parte de la coronilla y en sus cada vez más apreciables entradas. Su índice de masa corporal rozaba muy de cerca lo que se consideraba obesidad, y lo único que hacía por luchar contra ella era evitar consultar las calorías de los alimentos que consumía, y que en su mayoría pertenecían al género de los enlatados y la bollería industrial. Sin lugar a dudas su perfil encajaba más en el de *macho hispánico* de las películas de Alfredo Landa que en el de *metrosexual* de Cristiano Ronaldo. Para poner la guinda al conjunto, Alfonso era un auténtico *tocapelotas*.

Y yendo más allá del aspecto físico de ambos, lo que hacía que una vez tras otra las chicas huyesen de ellos como de la peste era la forma en que adornaban esa ya de por sí poco favorecedora imagen: para muestra, baste decir que la camiseta favorita de ambos era una en la que, sobre fondo negro, un *Zombi* devoraba con verdadero placer las entrañas de una chica a la que sostenía en brazos. Y con esa camiseta —que como casi todo su vestuario tenían repetido, una para cada uno—, era con la que salían en sus fines de semana a intentar ligar. De ahí el poco éxito que cosechaban. Y de ahí el por qué su vecina de abajo los llamaba los *Frikis*. Era cuanto menos curioso que una edificación que había sido concebida como el equivalente a la *Alta Costura* en lo que a arquitectura se refiere tuviese un tan deficiente aislamiento acústico. Así que ellos la habían escuchado en numerosas ocasiones referirse a ellos con ese término con claro afán despectivo, y a cambio obtenía unos cuantos decibelios más de la cuenta en sus maratónicas sesiones de películas de serie B. Ciertamente podían haber bajado un poco el volumen, sobre todo a determinadas horas, pero la vida es así. Que no se quejase, porque por la noche desconectaban el *surround*. Al menos de momento.

En aquél preciso instante, Jaime estaba inmerso en una horrible pesadilla. Corría en la más absoluta oscuridad, por un sitio que no conocía. El suelo estaba húmedo y resbaladizo, como si corriera sobre musgo, algas... o gusanos. Millones de gusanos que se retorcieron unos sobre otros y desparramasen sus repugnantes jugos vitales al ser aplastados por sus zapatillas deportivas. El ambiente era húmedo. Muy húmedo, hasta el punto de hacerle pensar que respiraba agua en vez de aire. Era como si corriese por un milenario pasillo en el interior de alguna catacumba. Quizá una pirámide precolombina en el interior de la húmeda selva sudamericana. Y algo lo perseguía. No sabía qué era, ni por qué estaba tan convencido de que lo estaban persiguiendo, pero lo sentía. En cada

milímetro de su piel. Jaime seguía corriendo, con toda la velocidad que era capaz de alcanzar. Le dolía la garganta y la nariz, y estaba seguro de que sus pulmones estaban a punto de convertirse en branquias por cómo iba subiendo la humedad en el ambiente. Y allí seguía aquello. La cosa, pisándole los talones, deslizándose viscosa en la oscuridad, a pocos centímetros detrás de él. Con sus oscuros tentáculos, y sus colmillos afilados rebosando de forma desordenada por fuera de cada una de sus bocas. En un momento dado, uno de los tentáculos se disparó hacia delante y le atrapó el tobillo izquierdo. Esperaba sentir unas ventosas al estilo de las que tienen los pulpos, y un contacto frío y viscoso, pero fue todo lo contrario, y aquello lo aterrorizó aún más. El contacto era suave y caliente. Gritó, se giró sobre sí mismo, y cayó de bruces al suelo, rodando sobre el borde de la cama, y escapando bruscamente del contacto de la mano con la que su hermano le había agarrado el tobillo.

—¡Jodeeerr! —gritó, al tomar consciencia de que todo había sido una pesadilla. Estaba tumbado boca arriba sobre la alfombra negra de pelo que tenía el dibujo de una silueta, de las que la policía deja en el suelo para indicar el lugar y posición exacta en la que han encontrado un cadáver, y eso lo había librado de darse un golpe importante. Estaba empapado en sudor, y aún necesitó de unos cuantos segundos para reprimir el temblor que tenía por todo el cuerpo.

—¿Qué coño pasa? ¿Es que quieres matarme o qué? —le gritó a Alfonso en cuanto fue capaz de articular palabra. Entornó los ojos para acostumbrarse a la luz brillante de su habitación; las paredes estaban empapeladas con posters que provocarían pesadillas durante semanas a cualquiera que fuese un poco impresionable. Desde *Hellraiser* hasta *El amanecer de los muertos*, pasando por la nueva hornada de películas de cine de terror japonés, los posters se hacinaban sobre las cuatro paredes, robándose incluso en algunos casos el espacio unos a otros, llegando a taparse parcialmente. Y el panorama sobre los muebles no era mucho más agradable: empezando por la colección completa de figuras de *La matanza de Texas* hasta el busto a tamaño natural de *Aliens*, todo era un homenaje al cine de terror. Y la habitación de su hermano era tres cuartos de lo mismo. Cada uno de ellos tenía sus favoritas —para Alfonso, *Freddy Krueger* era lo más, e incluso tenía un maniquí a tamaño natural que le helaría la sangre en las venas al más valiente—, pero en esencia, ambos eran, como Rocío, su vecina de abajo les decía, unos auténticos *frikis*.

—Tío, tienes que ver esto... te vas a cagar de miedo —dijo Alfonso, ayudando a su hermano a levantarse—. Me parece que tenemos problemas serios.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Jaime, aún aturdido. Su hermano estaba blanco como una hoja de papel. Si se trataba de una broma, lo estaba bordando. Ambos tenían la poco saludable costumbre de intentar aterrorizarse el uno al otro. Tenían lo que ellos llamaban una “*competición oficial*”, que en aquellos momentos estaba en un apretado cinco a cuatro a su favor, y que había tenido diversos momentos estelares, como aquella vez en que llenó la cama de su hermano de vísceras que había comprado el día anterior en el matadero y que había conservado —con sus moscas y todo— en el lavadero hasta que él estuvo profundamente dormido. Gracias a que cuando Alfonso se dormía no lo despertaba ni un terremoto, había podido manipular a su antojo todo lo que había querido. Ver su cara al despertarse al día siguiente cubierto de sangre, y con la cabeza apoyada sobre un estómago de vaca en vez de sobre su almohada, no había tenido precio; y por supuesto, estaba grabado en vídeo hasta el último detalle, y ambos se habían reído hasta no poder más cada vez que visionaban la cinta. Alfonso no se había quedado atrás con sus ideas; quizá la mejor fue aquella vez que aderezó a su modo la hamburguesa del *McDonalds* que había traído a su hermano. Cuando éste descubrió los gusanos que le subían entre los dedos de la mano que acababa de sacar del cartucho de patatas, ya las había devorado casi por completo y tenía en la boca la mitad del ojo de pez que había sustituido a la rodaja de pepinillo en el centro del Big Mac.

Sin embargo, esta vez Alfonso parecía asustado de verdad. Tanto que hizo que algo se pusiera en marcha en el cerebro de su hermano y se saltara todas las frases del estilo de “*Sí, claro, como que me la vas a dar*” o “*Déjate de gilipolleces, que te he pillado*” y la sustituyó por algo un poco más serio:

—Tío... ¿Qué te pasa? Estás blanco como la pared...

—No... no sé cómo explicarlo... es mejor que lo veas con tus propios ojos...

Alfonso le ayudó a levantarse, y lo condujo hacia la ventana de su cuarto. Cogió la cinta de la persiana, y tiró de ella hacia arriba. El familiar sonido de las tiras de plástico recogándose unas sobre otras y enroscándose en el tambor le sonó lejano e irreal.

Jaime se quedó sin respiración.

DÍA 1. 2º—B

La habitación de Albert era un canto a la modernidad tecnológica. Era el centro neurálgico al que estaba conectado el wifi que surtía de conexión a Internet al resto de la vivienda. En la mesita de noche, el portátil desde el que ponía al mundo al tanto de lo que hacía minuto a minuto a través del twitter, reposaba con el cable de alimentación conectado para que al levantarse tuviese la suficiente autonomía como para no separarse de él ni un solo segundo, sin importar el lugar de la casa en el que se encontrase. Frente a su cama, la televisión LED 4K 3D estaba colgada en la pared, con el disco duro multimedia conectado desde el que no se perdía ni uno de los estrenos descargados al instante de Internet, además en alta definición y con sonido 5.1. Todos los puertos de la pantalla estaban ocupados, e incluso había necesitado un multiplicador: para la televisión por cable en HD y los últimos modelos de consolas recién salidas al mercado de Nintendo, XBOX y Playstation.

Albert era el típico adolescente de padres separados. Tras el divorcio, él se quedó a vivir con su madre, Julia. Aunque por aquellos entonces era demasiado pequeño para atar cabos, la celeridad con la que ella recompuso su vida e inició una nueva relación hacía demasiado evidente que su matrimonio se había roto debido a que había estado jugando a tres bandas. Julia llevaba bastante tiempo con un amante, Raúl, hasta que su marido la descubrió, y eso fue lo que provocó el divorcio. El resultado de todo aquello fue como una ficha de dominó que al caer golpea a otra: Raúl se fue a vivir con ellos dos a casa, y no sólo no fue aceptado por Albert, sino que se inició una guerra fría entre ambos que se iba recrudeciendo a cada día que pasaba. Julia, que tenía un miedo atroz a que su hijo no fuese capaz de aceptar la relación, o peor aún, que la culpase a ella por haber roto su matrimonio con su padre, trató de expiar sus culpas colmando a su hijo de todo lo que pedía, y ayudándole ya de paso en su transformación de *mocoso maleducado* a *adolescente contra el mundo*.

Así las cosas, en el piso no se respiraba un ambiente de cordialidad. Albert dedicaba el noventa por ciento del tiempo libre que tenía —que a sus dieciséis años era más que suficiente— a intentar echar de casa a Raúl sin preocuparse por que esa cruzada a muerte estuviese amargando a su madre mucho más allá de lo soportable. En cuanto a Raúl, era un hombre tranquilo, hasta cierto punto, pero el machaque diario al que era sometido sin piedad había conseguido que odiase al *cabroncete* —así lo denominaba en su interior, por

supuesto sin que Julia lo supiera—. Entre ambos frentes, ella se dedicaba a intentar sobrevivir sin volverse loca. Sus momentos de felicidad se reducían a las horas de instituto de su hijo, porque las compartía con Raúl, y a las horas de trabajo de Raúl, porque las compartía con su hijo. El resto, era una batalla campal.

Albert abrió los ojos y se quedó contemplando la absoluta oscuridad. No tenía ni idea de la hora que era, ni le importaba tampoco demasiado. La idea de no saber en qué momento de la noche se encontraba le pareció lo bastante romántica e inspiradora como para *tuitearla*. La frase se dibujó por sí sola en su mente:

«Hola mundo. Acabo de despertarme, estoy completamente a oscuras y no tengo ni idea de que hora es».

Era como un poema en sí mismo. Un canto a la soledad. «*Tócate los cojones*», habría dicho Raúl, para luego quitarse de enmedio con las tripas hirviendo por la manía compulsiva del *cabroncete* de poner al resto del mundo al tanto de todo lo que hacía minuto a minuto. Su frase favorita para sacar de sus casillas a Albert era «*Acuérdate de poner que después de cagar te has limpiado el culo*».

Albert se giró a ciegas y tanteó en la mesilla de noche hasta alcanzar su ordenador portátil. Lo abrió, y entornó los ojos ante la luminosidad de la pantalla de bienvenida de Windows. Tecleó su clave, y automáticamente se abrió el navegador de Internet. Lo tenía preparado para que cargase la página principal de Twitter, pero en vez de eso, obtuvo un mensaje de error. La página no estaba disponible.

—¿Pero qué...? —comenzó a decir, pero vio en la esquina inferior derecha de la pantalla el símbolo que le avisaba de que no había conexión de Internet.

—Joder —protestó, y se tiró de la cama. Se le liaron los pies en la sábana y le faltó poco para tropezar y acabar con la cabeza abierta contra la pared. Si había algo que no soportaba era estar desconectado. Quizá no estaba enganchado hasta el punto en que puede estarlo un drogadicto con el *mono*, pero sí como un fumador al que niegan su pitillo de después del almuerzo. Se tiró hacia el router wifi, y allí estaba el problema. La luz roja que avisaba de que no había conexión con internet brillaba triunfal. Soltó el router en su sitio, y cogió el teléfono inalámbrico. No había línea.

—¡Mierda de compañía! —gritó, y lanzó el teléfono con furia sobre el colchón. Se sentó en el borde de la cama, y reposó la cabeza sobre las manos. Jugueteó nervioso con su cabello despeinado. Sin previo aviso sintió un ataque de ansiedad. Necesitaba con urgencia saber qué hora era. En ese preciso momento la idea de estar desorientado no le pareció tan romántica como hacía unos instantes. Se tiró en la cama y estiró el brazo hacia la mesilla de noche. Abrió el cajón, y sacó el mando a distancia de la televisión. Pulsó el botón de encendido, y la pantalla se llenó de nieve. En el centro, se podía leer el siguiente mensaje: *NO HAY SEÑAL. Apagado automático en 4:59.*

Y seguía contando.

4:58.

4:57.

4:56.

El corazón le dio un vuelco. En su mente se instaló la idea, la certeza, de que algo malo pasaba. Saltó de la cama y conectó el equipo de música. Seleccionó la radio y giró el dial. Sólo obtuvo estática. En todas y cada una de las emisoras, tanto en AM como en FM.

Salió de su habitación y en tres grandes zancadas alcanzó el dormitorio de sus padres. *De su madre y de Raúl*, se corrigió a sí mismo a pesar de lo *surrealista* de la situación. Con el corazón en la garganta, se olvidó de las mínimas normas de convivencia e intimidad, abrió de golpe la puerta y encendió la luz. Raúl dormía envuelto entre los pliegues de la enmarañada sábana. El sitio de Julia estaba vacío.

—¿Mamá? —gritó Albert. Comprobó, cada vez más nervioso, que no estaba en el cuarto de baño de la habitación. Raúl se removió inquieto. Albert volvió a llamarla, esta vez mientras corría hacia el comedor. Todo estaba oscuro fuera, pero no se convenció de que su madre no estaba en casa hasta que encendió las luces del comedor y de las dos habitaciones restantes, la cocina y el lavadero. Cuando corría de vuelta a su cuarto, Raúl apareció indignado sujetándose al marco de la puerta de su habitación.

—¿Pero qué demonios pasa aquí...?

Apenas le dio tiempo a acabar la frase, porque Albert se lanzó sobre él, y de no ser por la cama hubiera dado con sus huesos contra el suelo enmoquetado.

—¿Qué le has hecho a mi madre? —gritó—. ¿Dónde está?

Albert estaba fuera de sí, tanto que a Raúl se le hacía casi imposible sujetarlo. Se había lanzado sobre él y luchaba tratando de agarrarlo con ambas manos por el cuello. Raúl manoteaba intentando defenderse. Al final, su mayor envergadura le permitió deshacerse de él con un empujón. El muchacho chocó con estrépito contra la puerta del armario y quedó sentado en el suelo. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que la persiana no estaba bajada. Y se quedó sin habla.

Raúl, de espaldas a la ventana, no pudo verlo. Se había incorporado, y tenía los puños apretados con tanta fuerza que las uñas se clavaban dolorosamente en la palma de sus manos. Recién arrancado de forma violenta de su sueño, se debatía entre el odio que sentía hacia aquel chaval y la preocupación por su relación con Julia.

¿Y por qué no aparecía Julia? ¿Por qué no estaba en la cama?

Se giró un instante, y entonces también lo vio. Las piernas le flaquearon y cayó sentado sobre su lado de la cama.

DÍA 1. 3º—A

Maruja Torres siempre había tenido aires de grandeza. Creía con una firmeza absoluta en la reencarnación, y estaba convencida de que en otra vida había pertenecido a la nobleza. Le gustaba cerrar los ojos e imaginarse rodeada de sirvientes que vivían con el único propósito de satisfacerla hasta en el detalle más nimio. Maruja se dejaba querer, y por más que la *plebe* hiciera bien su trabajo, ella los recriminaba, los machacaba, los hacía sentirse tan inferiores como en realidad *eran* respecto a ella. Ese era su principal objetivo en la vida: Maruja Torres era lo que se podía denominar, sin temor a equivocarse ni un ápice, una mala arpía.

Quizás en otra vida, como ella soñaba, hubiera pertenecido a la realeza. En esta, sin embargo, no había descendido de tan noble alcurnia. De hecho, su familia había pertenecido a la denostada clase obrera desde tiempos inmemoriales, pero en un momento dado una rama de su familia se separó del resto, y se dedicó al comercio. Con tanta suerte, que en unos años habían amasado una pequeña fortuna.

Y en esa rama de la familia nació Maruja. Hija única, además, cuando sus padres fallecieron, ella heredó una importante cantidad de dinero, así como varios negocios que funcionaban bastante bien: un supermercado, una granja avícola y una cadena de droguerías con tres establecimientos abiertos en distintos puntos de la ciudad. Con este panorama, Maruja Torres tenía el futuro más que asegurado, y con tan sólo dedicarse a vivir de las rentas hubiera podido disfrutar de una vejez sin agobios. Pero en su camino se cruzó cierta edificación que iba a ser el centro de la *Alta Sociedad* moderna, y ella vio de un día para otro su sueño hecho realidad: la opción de dar un salto de calidad, deshacerse de su antigua vida e iniciar, haciendo borrón y cuenta nueva, una *glamurosa* etapa en la que por fin se relacionaría con la *nobleza* de la era moderna.

Así, y contra la voluntad de su marido Roberto Mora —al que ella llama por su apellido escudándose en que, según ella, tiene cierto toque distinguido mientras que su nombre es de lo más vulgar, y al que desde ahora nos dirigiremos como el pobre Mora—, vendió todos sus negocios e invirtió en el nuevo edificio. Gastó hasta el último céntimo y compró cuatro de los ocho pisos disponibles. Si eso no la hacía la Reina del edificio... ¿qué otra cosa podría hacerlo? Ya se imaginaba agasajada por sus convecinos, sabedores de que ella

era mucho más, más que ningún otro de los que vivirían allí. Ella era la propietaria de la MITAD del edificio. Con mayúsculas. Su sueño hecho realidad.

Cuando el sueño se convirtió en pesadilla y se encontró con cuatro pisos en posesión en mitad de la nada, no tuvo más remedio que alquilarlos. Alquilarlos a la gente que siempre había detestado. Gente baja. La situación hacía que odiase a todo y a todos los que tenía alrededor. Incluyendo al alfeñique de Mora. Pero se lo hacía pagar a diario. A él, a los frikis del segundo A, al viejo de enfrente y a las niñas del cuarto A, aunque llevaban pocos meses alquiladas. En realidad deseaba con todas sus fuerzas que se retrasaran en los pagos. Porque le daba la oportunidad de ponerlos a parir. Y eso la estimulaba, la hacía sentirse de nuevo por encima de ellos.

Tanto Mora como ella habían superado el medio siglo hacía ya tiempo. De hecho, ella rozaba muy de cerca las seis décadas, pero no iba a reconocerlo ni bajo tortura. A tal punto llegaba su obsesión con la edad que se había encargado a conciencia, con ayuda de una aguja de punto recalentada en el fuego de la hornilla, de borrar, o mejor dicho, derretir, la fecha de nacimiento del NIF. Sin embargo, mientras que los años parecían haberse afanado en ir absorbiendo poco a poco la carne, la grasa y los músculos que adornaban el débil esqueleto del pobre Mora, en el caso de Maruja habían ido amazacotando sobre ella ingentes cantidades de todo lo que a él le faltaba, hasta formar una inmensa mole de fuerza inconmensurable.

Su piso era como ella. Barroco, recargado, y con un cierto tufillo a viejo. Todo en él identificaba de manera inequívoca la forma de ser de la dueña. Los muebles, de anticuario, habían costado un ojo de la cara. De hecho seguían costando, porque cada mes se llevaban el alquiler íntegro de dos de los pisos que tenía en propiedad. El alquiler del tercero lo guardaba en lugar seguro, para darse un capricho de vez en cuando. Y ellos sobrevivían a duras penas con la pensión que le había quedado al *pobre* Mora. En sus tiempos, Roberto Mora había sido orfebre. Trabajaba tanto metales nobles como en la talla de joyas. Por eso había llamado la atención de Maruja cuando lo conoció. Quedó prendada de inmediato de aquel hombre, por cuyas manos pasaban a diario las mejores joyas que se podían encontrar en la ciudad. En realidad él no la atraía, ni siquiera un poco, pero el brillo de los diamantes que pulía eclipsaba todo lo demás. Luego, como era evidente, el matrimonio no funcionó, pero Maruja descubrió con gran placer que aquel hombre tenía otra característica que lo hacía perfecto para ella: era un *huevo*.

Total, completa e irremisiblemente *huevón*.

Si Maruja se levantaba un día con el pie cambiado y necesitaba desahogarse, lo cogía a él y lo ponía de vuelta y media. Lo culpaba de la mala suerte que tuvieron con el edificio, de lo mal que les iban las cosas. E incluso del accidente laboral que lo dejó con la mano derecha inútil, un parche en el lugar del ojo del mismo sitio, ni la más remota posibilidad de volver a tallar una joya en su puñetera vida, y una pensión de mala muerte a la edad de cuarenta y cinco años. Y lo podía haber culpado de la muerte de Paquirri si la hubiera venido en gana, porque a él le daba lo mismo. Agachaba la cabeza, y se dejaba machacar. Después de todo, no era tan mal partido para ella.

Aquella noche, el *pobre* Mora había dormido a pierna suelta. Como casi siempre. Como a él le gustaba decir, tenía la conciencia tranquila, y por eso descansaba como un niño pequeño. Gracias a Dios, hacía años que él y Maruja dormían en cuartos separados. La sola idea de tener un acercamiento sexual con aquella bruja le ponía la piel de gallina. Cuando se acostaba, la oía refunfuñar en su cuarto hasta altas horas de la madrugada. Estaba seguro de que algún día iba a pegar un reventón. Y él tenía que estar allí para verlo. Por eso se cuidaba con tanto esmero. No fumaba, no bebía, y se alimentaba lo más sano posible. Tarde o temprano la *arpía* iba a estirar la pata. Y entonces él iba a vender aquellos horribles muebles que olían a humedad. Con lo que le dieran, terminaría de pagar la deuda, metería muebles modernos de *IKEA* y, con su pensión y lo que le produjeran los tres pisos en alquiler, viviría como un rey. Y cuando pudiera, iba a ir vendiendo los pisos uno a uno. E iba a disfrutar hasta el último euro que le dieran por ellos. No habían tenido hijos —parece ser que lo de quedarse preñada sin hacerlo sólo le funcionó a la Virgen María, gracias a Dios—, así que no iba a dejar en herencia al estado ni un mísero euro.

Pero por lo pronto, la *arpía* seguía respirando de manera ruidosa al otro lado de la pared. De vez en cuando emitía un desquiciante ronquido agudo como el chillido de una rata. Y casi todas las noches soñaba. En voz alta. Era absolutamente insoportable.

Así que cuando se despertó sobresaltado, creyó que alguno de los gritos estridentes de ella había sido el culpable. Se quedó quieto, esperando la segunda parte de la pesadilla, pero no la hubo. De hecho, la respiración sonaba profunda, relajada. Se levantó a oscuras, maldiciendo en su mente —no se atrevía a hacerlo en voz baja, por si ella lo pillaba— la costumbre que tenía su mujer de esperar a que él estuviera dormido para entrar en su habitación y bajarle por completo la

persiana. Lo hacía porque sabía que él odiaba dormir a oscuras. Había sopesado la posibilidad de encender la luz para ir hacia la ventana, pero la *bruja* tenía una habilidad especial para notar con los ojos cerrados, mientras dormía, la mínima variación de luz en el ambiente. No le apetecía nada que entrase en su cuarto a darle un repaso en plena noche. La sola idea le daba arcadas. Así que arrastró los pies con mucho cuidado, y moviéndose con infinita paciencia fue levantando la persiana sin hacer nada de ruido. Mantuvo la respiración y cerró los ojos —el ojo, mejor dicho— con todas sus fuerzas hasta que el trabajo estuvo hecho. La persiana estaba arriba. Pero seguía oscuro. ¿Y si se había quedado ciego? Bueno, eso le permitiría al menos no tener que ver más a la *arpía*. Pero no estaba ciego. Estaba casi seguro. Intentó sacar la mano por la ventana, y entonces se dio cuenta de lo que pasaba. El terror profundo que le invadió no lo provocó la situación, sino el pensar en cómo se lo iba a tomar Maruja. Decidió que no sería él quien se lo dijera, así que con el mismo cuidado, bajó la persiana, volvió a la cama, y en unos minutos estaba de nuevo profundamente dormido.

DÍA 1. 3º—B

Antonio fue uno de los primeros habitantes del edificio. A sus sesenta y tres años poco quedaba del atractivo que a mediados de los setenta le había convertido en uno de los rostros más conocidos de las noches de la costa. Pero sobre todo, había perdido su principal atractivo: su pequeña fortuna. Su adicción al juego y a las mujeres le costó, y además por este orden, el que su esposa lo abandonase, harta ya de tantas infidelidades, el que su fortuna se diluyese en noches locas de casino y partidas de póker, y por último, la casa. Antonio había sido propietario desde antes incluso de que se iniciase la construcción, del 4ºB, uno de los pisos que mejores vistas iban a tener cuando se construyesen los campos de golf. Cuando le llegó la orden de desahucio por impago de la hipoteca, Maruja vio el cielo abierto, y le alquiló la casa de enfrente suya, el 3ºB. Una forma más que aceptable de calmar sus ansias de grandeza, el tener a uno de los que habían pertenecido a la ya inalcanzable para ella alta sociedad bajo su poder.

Lo que Maruja no podía imaginar en la vida era que Antonio había seguido con su adicción al juego. Uno no puede quitarse así como así de algo que le corre por las venas. Por las de Antonio corría la ilusión de volver a recuperar su sitio. Vale, ya no era tan atractivo como antes, pero... ¿y qué? No le faltarían mujeres cuando llevase los bolsillos bien llenos.

Pero, como bien dice el refrán, *quien juega por necesidad pierde por obligación*, y eso es lo que le pasó a Antonio. Una vez más. Otro peldaño hacia abajo en el camino hacia la miseria. Pero esta vez, el tipo contra el que había perdido la partida de póker no se andaba con chiquitas. Tenía un ultimátum de veinticuatro horas para conseguir el dinero.

La idea en un principio le pareció arriesgada, pero no descabellada. Él pagaba a su casera seiscientos euros por el alquiler de la casa. Así que cuando por casualidad oyó al chico discutir en plena calle, y también por casualidad, pudo entender lo suficiente del precario español que hablaba, lo tuvo claro. Antonio convirtió su casa en un “piso patera”. Se lo realquiló al chico, y a otros once compatriotas suyos. Dormían en turnos, repartidos entre las camas, los sofás, y el suelo. Cada uno de ellos le pagó, sin recibos ni facturas de por medio como era de esperar, cien euros, lo que hizo un total de mil doscientos, a los que pudo sumar los seiscientos del alquiler que ya tenía preparados. Para cuando Maruja descubriera el pastel, él ya habría pagado la deuda, e incluso, si tenía una

buena racha, habría recuperado su dinero, y no volvería jamás a aparecer por aquella sucia madriguera con delirios de grandeza. Lo que Antonio no imaginaba era que, en vez de pagar su deuda, iba a jugar y perder de nuevo todo su dinero. Y que esta vez no iba a tener la oportunidad de idear una salida para recuperarlo. De hecho, sus restos ahora descansaban en el vertedero sirviendo de alimento a roedores y pájaros, y podría pasar mucho tiempo antes de que fueran descubiertos.

De esto hacía apenas un par de días, y hasta el momento, los inquilinos realquilados aún no habían sido descubiertos por Maruja, gracias sobre todo a que hacía tiempo que Antonio había dejado de ser de interés para ella, por lo que no corría a espiar por la mirilla cada vez que oía un portazo. Bastante tenía con aguantar al patético de su marido como para encima vigilar las idas y venidas del viejo de enfrente. Además, los turnos de trabajo —por llamar de alguna manera a la salvajada que tenían que soportar si querían ganar algo de dinero— hacían que los *nuevos inquilinos* salieran de la casa o volvieran a ella a horas intempestivas, de manera que nunca se cruzaban con nadie.

De este modo, Maruja seguía con su vida sin imaginar que, justo enfrente de su puerta, doce personas, inmigrantes llegados a España de forma ilegal, hacían lo posible y lo imposible por sobrevivir y se rotaban en turnos por ocupar una cama y descansar al menos un par de horas.

En el momento en que ocurrió todo, sólo tres personas se hallaban en el interior de la vivienda: Abdou ocupaba la cama del dormitorio principal, en la que Antonio había dormido tan sólo cuarenta y ocho horas antes las que iban a ser las últimas horas de sueño de su vida; Moussa dormitaba en el sofá cama de la habitación de invitados, cuyo nombre no era más que una anécdota, si tenemos en cuenta que nunca fue ocupada por nadie que pudiese llamarse invitado, ya que las conquistas de Antonio pasaban siempre desde la puerta de la calle hasta su dormitorio y desde su dormitorio hasta la puerta de la calle; y Modou dormía en el incómodo sofá de la salita en la que Antonio se tragaba horas y horas de programas de cotilleo, añorando los días en los que él era protagonista principal de las portadas, y deseando que llegara el momento en que alguna cabeza pensante de una cadena de televisión decidiera recuperarlo, aunque fuese a través de un montaje descarado.

El resto de sus compatriotas/realquilados estaba desperdigado por la geografía cercana, en sus trabajos de mala muerte, o tratando de acceder a uno de ellos a cambio de un mísero sueldo que al menos les permitiese pagar la casa

compartida.

Al contrario que sus vecinos de edificio, ninguno de los tres se despertó sobresaltado, ni pudo comprobar lo que pasaba. De hecho, el agotamiento los haría dormir muchas horas, ya que nadie iba a regresar a casa a despertarlos para reclamar su turno en la cama.

DÍA 1. 4º—A

Lorena y Marta eran conocidas por sus vecinos frikis del segundo A como las “lesbis”. Marta tenía 22 años y Lorena 21, y ni de lejos eran pareja. Ambas encajaban a la perfección en el perfil de lo que Jaime y Alfonso, sus vecinos del segundo, consideraban “objetivo preferente”, o lo que es lo mismo, entraban dentro del margen de edad comprendido entre los dieciocho y los cuarenta. Habían coincidido un par de veces en el ascensor, y nunca habían cruzado palabras más allá del saludo ocasional. Jaime intentó en una ocasión saltar la barrera del saludo y meterse en la clásica charla acerca de la meteorología y el calor que estaba haciendo ese año a pesar de las fechas en que estaban, pero en lo que tardó en decidirse a hablar, el ascensor ya había llegado a su piso. Así que, como ni Marta ni Lorena habían entrado al trapo de sus patéticos intentos de “*pre-ligoteo*”, habían sido honradas con el título oficial de “Lesbis”, premio de dudosa categoría que los hermanos regalaban a todas las chicas que no les hacían ni puñetero caso, lo cual sucedía bastante a menudo.

Marta era delgada, rozando el límite de lo saludable. Morena, con el pelo lacio y el flequillo cortado al *estilo palangana* (como Alfonso decía a su hermano cada vez que se cruzaba con ella) era la viva imagen de Emily Strange, el personaje de comic. Lorena, al contrario, estaba un poco por encima del peso que debía tener en comparación con su altura según las tablas que circulaban por Internet, y llevaba el pelo corto, con un *look* siempre despeinado, y teñido de colores imposibles que cambiaba un par de veces al mes. Unas gafas de gruesas monturas de plástico completaba el *pack* con el que se presentaba al mundo.

Dejando aparte los intentos de contacto de los chicos del segundo, ninguna de ellas dos se prodigaba demasiado en charlas con sus vecinos. Eran amigas y compartían piso desde que se independizaron, hacía ya tres años. A ambas las unía una afición que, casi sin darse cuenta, se había convertido en algo más. El sueño de las dos era ser escritoras. De historias de terror, para ser más exactos. Unos años atrás fundaron el blog “*Pasada la medianoche*” con la intención de publicar sus relatos cortos, y de un par de visitas semanales pasaron en unos meses a cientos, y en un poco más a las miles. En la actualidad, su blog es el más visitado del sector en todos los países de habla latina, y están planteándose el salto al idioma anglosajón. Así que, de lo que era una afición, pasaron a un negocio. Los ingresos por publicidad en su blog les permitían, de

momento, pagar el alquiler y vivir, no con demasiados lujos, pero sí sin tener que buscar un trabajo aparte del que a ambas les apasionaba.

La gran ocasión de sus vidas les llegó tan sólo unos meses atrás, cuando una gran editorial, consciente del éxito de su blog, les propuso la idea de enfrentarse a su primera novela. Las condiciones: tenían que escribirla entre las dos, y debía estar terminada en un plazo máximo de seis meses. La editorial no quería arriesgarse a que, si el plazo era demasiado largo, el blog por cualquier motivo dejara de tener éxito y perdiesen el tirón publicitario y mediático. Por lo pronto, aquello estaba muy lejos de suceder. Cuando las amigas filtraron a propósito en su blog la noticia del libro, las visitas se multiplicaron por diez en sólo unos días y el rumor se extendió por la red como un reguero de pólvora. Ya con el público a su favor, deseoso de poner sus ojos en las páginas de tan ansiado libro, sólo les quedaba un paso: empezar a escribirlo. Y ahí es donde comenzaron los problemas, porque ni siquiera lo habían empezado. De igual manera que las historias cortas fluían de forma natural desde sus mentes hasta las blancas páginas electrónicas de su blog, la que tenía que ser por obligación la HISTORIA con mayúsculas que les abriría las puertas del éxito literario se resistía a germinar en su fértil imaginación.

Así las cosas, y tras probar cientos de métodos, decidieron cortar por lo sano e intentar un cambio radical de aires: dejaron la comodidad del estudio que compartían en el centro de la ciudad por el aislamiento que les proporcionaba el tercer piso en propiedad de doña Maruja, del que se habían convertido en flamantes alquiladas.

De momento, y mientras la musa se decidía a parar por allí, las dos amigas ahogaban su falta de inspiración en su blog, que seguía viento en popa, con más éxito que nunca. Tan sólo un par de pisos más abajo, sus más fervientes seguidores, sus vecinos del segundo A, entrarían en éxtasis si supieran que *Hiedra* y *Phoebe*, sobrenombres con los que las dos amigas firmaban sus relatos, manejaban con maestría los hilos informáticos del blog en el que ellos se sumergían durante horas todos y cada uno de los días de la semana.

Lo primero que Lorena percibió cuando Marta la despertó a empujones fue su imagen borrosa. El mundo siempre se mostraba como visto a través de un cristal esmerilado hasta que sus inseparables gafas volvían a descansar sobre el puente de su nariz. Si a este hecho, además sumamos el que la acababan de arrancar de mala manera de los brazos de Morfeo, era bastante razonable que no se despertase con demasiado buen humor.

—Vale, vale... ¡ya estoy despierta! —protestó mientras tanteaba temblorosa la mesita de noche en busca de sus gafas. Por fin se las ajustó, y Marta recuperó la nitidez que le correspondía—. ¿Qué pasa?

—Tía, creo que tengo la idea inicial para el libro. Es terrorífica —respondió ésta, blanca como una pared recién encalada y temblando como una hoja—. Lo malo es que no tengo ni puñetera idea de cómo va a acabar...

—Bueno —suspiró Lorena dejándose caer sobre la almohada—, lo importante es el principio, ya vemos cómo ir desarrollándola... ¿y cuál es esa genial idea? —añadió con un sonoro bostezo que hizo casi incomprensible la frase.

—Esa —contestó apartándose del campo de visión de su amiga y señalando hacia la ventana. A Lorena se le cortó el bostezo en seco.

—Joder —atinó a murmurar en un tono apenas audible.

DÍA 1. 4º—B

Michael, Lucio y Anna llevaban viviendo en el 4º-B poco más de un mes. Michael no había conseguido pegar ojo en toda la noche; vestido sólo con el pantalón del pijama de verano, se sentía como un náufrago entre las sábanas arremolinadas a su alrededor. Hasta entonces siempre se había considerado un tipo tranquilo, pero nunca había estado ante algo tan grande como aquello en lo que estaba metido. Su gran oportunidad. La que había estado esperando desde siempre. Se levantó de la cama, y las sábanas parecieron querer acompañarlo, seguir pegadas a él sin separarse de su cuerpo. Se colocó delante del espejo y se despezó. A sus veintiocho años, se sabía en el mejor momento de su vida. Presumía de tener un cuerpo perfecto y de llevarse a las chicas de calle, y una vez más, se mostró complacido ante la imagen que le devolvía la superficie reflectante. Su pelo rubio ceniza, ensortijado, y sus ojos de un azul intenso no hacían más que subrayar un conjunto difícilmente mejorable.

Abrió la puerta de su cuarto, y se zambulló en la oscuridad del pasillo. Eran poco más de las siete de la mañana, la hora en la que los sonidos de sus convecinos comenzaban por regla general a borrar el silencio, pero aquel día era distinto. Había algo en el ambiente, una especie de electricidad estática, remarcada por la oscuridad reinante. La orientación del piso hacía que desde el preciso momento en el que el sol despuntaba, la luz llegase a todos y cada uno de los rincones de la casa, haciendo imposible que siguieran durmiendo. Lo aprendieron a las bravas la primera mañana que amanecieron en el edificio, y desde entonces, las persianas de todas las ventanas se bajaban a tope y se dejaba el aire acondicionado funcionando toda la noche.

Michael pulsó el interruptor de la pared y una luz tenue bañó el pasillo y de paso las puertas de las habitaciones de sus compañeros de piso. Se asomó al cuarto de Anna. Aquella chica lo tenía loco desde el mismo momento en que le puso la vista encima, y su imagen durmiendo en ropa interior no hizo más que ratificar ese sentimiento. Tenía el pelo largo y liso, moreno, recogido en una cola de caballo que se derramaba sobre el blanco de las sábanas dibujando un signo de interrogación. Dejó volar la imaginación mientras recorría su escultural figura con la vista.

—Deja algo para los demás, campeón —se oyó una voz a su espalda. Lucio se apoyaba sonriente contra el quicio de la puerta. A contraluz, era el arquetipo del italiano de las comedias de finales de los setenta. De poco más de

1'65 de estatura, con el pelo moreno, rizado y una nariz típicamente italiana, en físico era justo el extremo contrario a Michael.

—Vamos fuera, espagueti —susurró él, girándose sobre sus talones con un extraño sentimiento escociéndole en el estómago. No quería que el italiano recorriese con sus ojos libidinosos el cuerpo de la chica. Algo un tanto curioso, si tenemos en cuenta que eso era exactamente lo que él mismo había estado haciendo unos segundos antes. Lucio levantó las manos y sonrió con un claro gesto de *no quiero problemas* y se dejó arrastrar fuera de la habitación, no sin antes dedicar un último vistazo al culo de la chica.

—Mmmm... ¿qué hora es? —preguntó Anna desperezándose. El encontrarse a los dos chicos en su habitación no pareció importarle lo más mínimo. Y el mostrarse ante ellos en ropa interior tampoco daba la impresión de ser lo que más le preocupase del mundo, hecho que dejó bastante claro al arrodillarse en la cama y tirar de la cinta de la persiana para subirla, ofreciéndole a ambos una hermosa vista de sus posaderas desde primera fila. Michael propinó un golpetazo en el hombro a Lucio, pero no fue suficiente para borrar la estúpida sonrisa que se le había dibujado en la cara.

—Maldita persiana —murmuró—. Siempre se atranca.

—Son las siete y *algo* —respondió Michael a la vez que agarraba la cinta de la persiana. Rozó su mano sin querer, y una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo, en especial una parte específica de él. Se concentró para que la cosa no fuese a más. Si en algo era especialista, era en mantener las cosas bajo control—. Déjame ayudarte —añadió, y aplicó a la cinta la presión necesaria para que la persiana, con un molesto quejido, se fuese enrollando sobre sí misma en el interior del tambor. Pero al contrario de lo que hubiese sido lo normal, la luz del sol no entró en tromba en la habitación bañándolo todo con su hiriente resplandor.

Todo siguió teñido de la más profunda oscuridad.

DÍA 1. ZONA COMUNITARIA. PRIMERAS HORAS.

Rocío se había incorporado de un salto, y estuvo llamando a su marido hasta casi quedarse sin voz. Estaba asustada, más de lo que recordaba haber estado nunca en su vida. La ventana, por la que en condiciones normales deberían entrar las primeras luces de la mañana, se mostraba oscura como la entrada de una cueva. Sus hijos no habían reaccionado a sus gritos, aunque eso no era nada reseñable: conseguir que se despertasen para ir al colegio era toda una odisea con la que tenía que lidiar a diario. Pero el que Ramón no estuviese a su lado, y lo que era aún peor, que su parte de la cama estuviese fría como si él no hubiese estado acostado allí desde hacía horas, eso era harina de otro costal. Sólo podía significar que algo iba mal. Muy, muy mal.

Trató de calmar el ritmo de los latidos de su corazón. No sabía por qué, pero tenía el extraño presentimiento de que se encontraba en uno de esos momentos que definen el resto de tu vida: había un *antes*, en el que su mundo estaba dentro de los límites de la normalidad. No era perfecto, de acuerdo, pero era normal. Sin embargo, si bajaba de la cama, y salía a buscar a su marido, si cruzaba la línea imaginaria que separaba el *antes* del *después*, todo cambiaría. Ya fuese en forma de Ramón muerto por un infarto en el cuarto de baño, o por una nota de despedida tipo *ahí te quedas con los niños, me voy a disfrutar de la vida con mi amante*.

A pesar del miedo, quedarse en la cama no era una opción razonable. Quizá estaba sacando las cosas de quicio. Estaba todo oscuro, pero puede que su reloj fisiológico, ese que hacía que se despertase cada mañana a la hora precisa sin tener que poner ninguna alarma, y que le avisaba y mantenía informada en cada momento de la hora con una precisión asombrosa, estuviese fallando. Cosas más raras se habían visto. Se giró sobre sí misma e invadió la parte de la cama de su marido. *La parte de la cama que estaba fría, porque algo había pasado, eso era así, por muchas vueltas que le diese*. Estiró el brazo y cogió el reloj digital. La pantalla estaba tan oscura como el resto de la habitación. Siguió el cable con la mano, hasta llegar a la pared. Estaba enchufado. Una nueva oleada de terror le golpeó en la boca del estómago. No había electricidad. Estaba tirada en la cama, en medio de la noche, sin saber la hora que era, sin Ramón... y sin electricidad.

Golpeó el interruptor que había en la pared junto al enchufe, y la luz explotó, inesperada, ante sus pupilas dilatadas con una intensidad casi dolorosa.

—¡Joder! —exclamó mientras se echaba las manos a la cara para protegerse. Tras unos segundos en los que su corazón exploró nuevos límites de agitación, pudo entornar los ojos y mirar hacia la mesilla. El despertador estaba definitivamente fuera de juego, con la pantalla mirándola inexpresiva con la vista en blanco. Lo dejó caer desganada y entonces reparó en el reloj de pulsera, el reloj de manecillas que era la última prenda de la que su marido se desprendía antes de dormir, y que se mostraba como una tabla de cordura a la que agarrarse en medio de todo aquel sinsentido. Lo cogió y lo sostuvo en su campo de visión. Las tres de la mañana. Eso lo explicaba todo. *Casi todo*. Por eso no había luz, por eso había tanto silencio, por eso hacía calor, por eso Ramón no podía dormir, por eso se había levantado a beber agua, por eso se había sentado delante de la tele, sin sonido, a esperar a que el sueño llegase de nuevo, por eso...

El segundero. La aguja que recorría incansable la esfera, una vuelta completa en sesenta segundos, estaba parada a la altura del quince. *El tiempo se ha parado* —dijo en voz alta, y se sobresaltó al oír el sonido de su propia voz. Esta vez el pánico no llegó de forma gradual, impactó contra ella con tanta violencia como un tsunami, arrasando las defensas de cordura que se había autoimpuesto y haciendo que se levantase de la cama como impulsada por un resorte, con el cuerpo temblándole de forma violenta e incontrolada.

En dos zancadas rodeó la cama y saltó al pasillo. Si su principal preocupación no hubiese sido encontrar a su marido, cabía la posibilidad de que se hubiera detenido a mirar por la ventana, y entonces sí que hubiese conocido el terror en su forma más descarnada. Pero por suerte para ella, no lo hizo. Corrió hacia el cuarto de baño, donde en su peor pesadilla Ramón la esperaba con un extraño rictus en el rostro y una mirada de reproche en sus ojos muertos mientras se agarraba el pecho en un último gesto inútil, desplomado sobre la taza del váter. Por fortuna, el cuarto de baño estaba vacío. Tan vacío como el salón, la cocina, y el resto de habitaciones de la casa, que fue examinando de forma exhaustiva en busca de alguna pista. De repente, una intranquilizadora idea anidó en su cabeza: los niños.

¿Y si se había llevado a los niños?

Ramón pasó de ser la víctima al villano de la historia en cuestión de segundos. Más que correr, voló hacia el cuarto de su hijo, y encendió la luz con el corazón en la boca. Su hijo Andrés estaba allí. Se había dormido sobre un

comic, y parte de la tinta impresa había formado un extraño tatuaje difuminado sobre su moflete. Cogió el cómic y lo dejó sobre la mesilla de noche. Aunque el cuarto ofrecía una infinidad de posibles escondites entre tanta ropa, tebeos y juguetes apilados, su marido no estaba allí. Apagó la luz y se dirigió al cuarto de Nuria. La diferencia de orden entre ambos dormitorios era tan evidente como la que hay entre ambos sexos, y sintió una oleada de alivio al ver a su hija respirando plácidamente en su cama. Tampoco había rastro alguno de Ramón.

—Se ha ido de casa —murmuró Rocío a la vez que tomaba rumbo hacia la puerta. La llave de su esposo estaba allí, dentro de la cerradura, como a él le gustaba dejarla para asegurarse de que estaban a salvo. Comprobó que la cerradura estaba echada, con dos vueltas. Era imposible que su marido hubiese salido de casa, porque alguien tenía que haber girado la llave desde dentro tras salir él. Ramón dejó una vez más el estatus de villano para recuperar el de víctima. Frenética, Rocío volvió a revisar palmo a palmo la casa, mirando bajo las camas, dentro de los muebles en los que él, por algún motivo desconocido podía haberse escondido, solo para descubrir una vez más que se lo había tragado la tierra. No podía haber salido por la puerta, así que no tenía más remedio que estar en la casa, a menos que... a menos que...

—¡La ventana! —gritó. A pesar de vivir en el primer piso, la altura desde la ventana hasta la calle era bastante importante, lo suficiente como para que una persona de la edad de Ramón no fuese capaz de superarla sin acabar con algún hueso roto, o algo peor. ¿Había saltado su marido por la ventana? No quedaba otra opción, pero... ¿por qué? ¿Con qué fin?

Rocío corrió a grandes zancadas con la intención de asomarse a la ventana, y entonces lo vio. Al principio, su cerebro no fue capaz de procesar la información de lo que estaban captando sus ojos, e intentó asociar la imagen a algo conocido, a algo a lo que estuviese acostumbrada, que entrase dentro de los límites de la normalidad, sin conseguirlo. El hueco de la ventana estaba ocupado por una especie de gelatina grisácea, de un color difícil de describir, pero en definitiva desagradable. Era como si alguien, desde el exterior, hubiese aplastado hacia adentro un colchón inmenso para intentar introducirlo por la ventana, aún a sabiendas de que no iba a conseguirlo.

Se acercó e inspeccionó con asombro los márgenes de la ventana. La sustancia no parecía tener fin, no dejaba ni un mínimo resquicio por el que pudiera entrar aire o luz desde el exterior, ni por supuesto salir nada desde el dentro. Acercó la nariz con cuidado, y olisqueó, pero aquello, fuera lo que fuese,

no despedía ningún olor reconocible, ni agradable ni desagradable. Se armó de valor y, muy despacio, colocó el índice sobre la superficie e hizo un poco de presión. Su dedo se introdujo hasta el nudillo sin esfuerzo alguno. Sin que pudiera hacer nada por evitarlo, en su mente se dibujó la espantosa imagen de aquella masa extraña devorando su carne entre insoportables punzadas de dolor, y retiró el dedo con un respingo. Comprobó con alivio que estaba en perfecto estado, aunque tenía una sensación extraña, como una mezcla entre humedad y frío alternándose en oleadas con calor, algo parecido a lo que sentía cuando se aplicaba el spray para los golpes de su hijo al hacerse una torcedura. El agujero que había quedado en la sustancia se fue haciendo poco a poco más pequeño hasta que desapareció por completo. Y entonces el terror se hizo dueño de sus actos. Corrió hacia su cuarto, y comprobó que aquella cosa también estaba allí. En todas las ventanas que daban al exterior. Lo mismo sucedía en las que daban al patio del interior. Había sellado todas y cada una de las ventanas de la casa. Con una creciente sensación de claustrofobia, despertó a sus hijos de un tirón, con tanta violencia que se bajaron de la cama de un salto. Sin hacer caso alguno a sus preguntas y protestas, los arrastró hacia la puerta de la calle, giró la llave las dos vueltas en la cerradura, y abrió de golpe. El repugnante olor que brotaba de la puerta de enfrente del rellano, de la casa de *las viejas del arca de Noé* como las llamaban sus hijos le pareció la misma gloria, porque significaba que al menos la masa gelatinosa no había llegado hasta allí.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó fastidiado Andrés, con el pelo ensortijado y los colores del cómic dibujados en su rostro—. Si aún es de noche... ¿por qué hay que salir de casa?

El final de la pregunta apenas fue audible porque su hermana lo apartó de un empujón, señalando hacia la ventana que daba al patio interior y que, en condiciones normales, permitía que la claridad llegase al rellano de la escalera.

—¡Mira! ¿Qué *asco* es eso? —soltó Nuria corriendo hacia la desagradable materia que casi rebosaba hacia el interior del edificio.

—¡No lo toques! —gritó Rocío apartando a su hija de un tirón antes de que se acercase a aquello más de lo recomendable. Sentía el pánico empujándole desde la boca del estómago hacia afuera, amenazando con hacerla vomitar lo poco que había cenado la noche anterior. Fuera lo que fuese aquella extraña sustancia, no sólo había sellado sus ventanas... había bañado el edificio. Imaginó una inmensa manga pastelera rellena de esa especie de silicona grisácea vaciándose en el patio interior y llenándolo de su extraño contenido... ¿Cuántos

miles de litros de aquella cosa serían necesarios para llenar el hueco del patio? Calculando a ojo, el rectángulo interior podía medir unos cuatro metros de ancho por seis de largo. Eso multiplicado por las cuatro plantas de altura, daba una cantidad astronómica. Sintió un leve mareo que la hizo trastabillar.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó su hijo con la preocupación dibujada en rostro. Rocío le hizo un gesto con la mano que intentó ser tranquilizador, pero que distó mucho de conseguirlo.

Y de repente llegó el *terror definitivo*. ¿Qué pasaba con el resto del mundo? Con mucho esfuerzo, podía llegar a imaginar aquella inmensa *manga pastelera* rellena del hueco del patio, pero... ¿y lo demás? Las ventanas que daban a la calle también rebosaban de aquel extraño material... ¿quería eso decir entonces que el mundo *entero* estaba cubierto de aquella cosa? Eso ya fue demasiado... una arcada la dobló sobre sí misma y su estómago vació todo su contenido de forma estruendosa sobre el suelo del pasillo.

—¡*Puagh!* Eso sí que da verdadero *asco* —dijo la niña

—¡Cállate imbécil! —le recriminó su hermano—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí... no te preocupes —contestó Rocío escupiendo los restos de vómito y limpiándose los labios en una servilleta de papel, accesorio que nunca faltaba en sus bolsillos por muy surrealista que fuese la situación. Reprimió el impulso de entrar a por una fregona para limpiar el desaguisado: ya lo haría más adelante, cuando se asegurase de que el mundo estaba en orden y que aquello era alguna estúpida broma con quién sabe qué absurdo fin. Comprobó que llevaba las llaves en el bolsillo, y cerró dando un sonoro portazo. Luego agarró a la niña de la mano, y se dirigió escaleras abajo.

—¡Vamos fuera! ¡Ya! —ordenó.

—¡Espera mamá! —suplicó su hijo desde el peldaño superior—. ¿Y papá? ¿Por qué no viene?

—Está en el trabajo. No te preocupes, estará bien.

Se sorprendió de la facilidad con la que aquella mentira le había salido de dentro. No tenía ni puñetera idea de dónde estaba su marido, y mucho menos aún de si se encontraba bien. Por eso mismo, siguió bajando sin girarse a mirar a su hijo. Si no cortaba la conversación en aquél preciso momento, corría el riesgo de derrumbarse. Un riesgo que no podía asumir.

Al menos hasta que estuviesen fuera de aquella cárcel viscosa.

De un vistazo, Rocío reconoció a los dos hermanos del segundo A (los *frikis* del piso de encima suyo, como ella los llamaba), a Raúl, el marido de Julia, del segundo B, con el hijo de ella, y a la insoportable Maruja con el santo de su marido... tercero A, recordó tras un breve lapsus. Bastante más *quorum* del que recordaba haber visto en las escasas reuniones de vecinos que se solían convocar sólo en casos de extrema emergencia, entendiéndose como tales las derramas que, por obligación y muy de vez en cuando, no había más remedio que celebrar para ir parcheando desperfectos y evitar que el edificio se derrumbase sobre sí mismo.

La llegada de Rocío con los niños no tuvo una calurosa acogida. Los hermanos *frikis* se miraron y, en un código solo reservado a personas con un grado de afinidad imposible de conseguir a menos que les corra la misma sangre por las venas, parecieron decirse muchas cosas con un simple par de miradas y gestos estudiados. A Rocío le pareció que podían meterse sus miraditas y sus gestos por donde nunca da el sol. El marido de Julia la saludo con un tímido gesto, y Maruja le dedicó uno de sus típicos mohines. Estaba claro que no la tragaba por el simple hecho de que no era uno de sus alquilados, lo que equivalía a no tener poder alguno sobre ella.

—¿Qué... qué está pasando? —dijo Rocío, y sonó a súplica más que a pregunta. Un gemido se ahogó en su garganta cuando miró a la puerta del edificio. La masa grisácea se aplastaba contra los cristales sin dejar el más mínimo resquicio.

—Es esa cosa —respondió Raúl señalando hacia la puerta mientras miraba al hijo de su mujer, quien desde la pelea que habían tenido en el piso, no había vuelto a dirigirle la palabra, y se mantenía con la mandíbula apretada sin levantar la vista del suelo—. Está por todas partes. Y mi mujer... mi mujer ha desaparecido, no sé dónde...

Rocío le hizo un gesto disimulado que cortó en seco la frase de su vecino.

—Chicos, subid a casa y esperadme allí —ordenó, mientras ofrecía el manojito de llaves a su hijo.

—*Jo* mamá —comenzó a protestar éste, pero algo que nunca antes había

visto en la mirada de su madre lo hizo desistir de su empeño.

—Vamos, pesada —le dijo a Nuria, cogiendo las llaves con desgana, y ambos se dirigieron hacia las escaleras. Su madre esperó a escuchar el portazo para retomar la conversación.

—¿Qué demonios está pasando? ¿Alguien tiene una idea de qué va todo esto? —preguntó una vez se hubo asegurado de que sus hijos ya no podían escuchar la conversación. Si no hubiese estado tan asustada, incluso podría haber llegado a alegrarse de que por fin estuviera pasando algo que la sacara de su implacable rutina.

—¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando? Pues que estamos aquí encerrados, hija... ¿no tienes ojos en la cara? —soltó Maruja con su voz estridente. Su marido abrió la boca para decir algo, pero sopesó las posibles consecuencias y tal como la abrió, la cerró de nuevo. El efecto óptico fue el de un pez que boqueaba fuera del agua, asfixiándose. Nadie, excepto él mismo, sabía cuán cerca de la realidad que vivía a diario estaba esa afirmación. Rocío obvió la contestación fuera de tono y miró hacia la única persona de las presentes que consideraba con la edad y la capacidad de raciocinio suficiente como para darle una respuesta con coherencia: Raúl, el marido de Julia y padrastro de Albert. Sin embargo, la respuesta vino de Jaime, uno de sus odiados vecinos *frikis*.

—Son ellos. Llevan años observándonos, y por fin han decidido mover ficha —dijo, mientras se ajustaba la gomilla alrededor del pelo, asegurando la cola de caballo. Su hermano lo miró sorprendido.

—No jodas. ¿Estás seguro? —le preguntó.

—¿De qué coño estáis hablando? —cortó Albert, el hijo de Julia, ante la mirada sorprendida de Rocío.

—Ellos. Los extraterrestres —insistió el *friki* de pelo largo.

—Vamos hombre —le cortó Albert, con un gesto de desprecio—. Seamos serios.

—¿Ah, no? —Alfonso salió en defensa de Jaime. Viéndolos juntos, se hacía bastante difícil creer que fuesen hermanos—. Dime tú entonces qué está pasando, listo.

—No tengo ni idea. Estamos aislados. No sólo físicamente, tampoco nos

llega ninguna señal de televisión, radio, internet o teléfono. Lo he probado todo.

—Más a mi favor, entonces —insistió Jaime.

—Los *extratemierdas*— cortó Maruja, fiel a su estilo—. No sé qué está pasando, pero ya vendrán a sacarnos de aquí. Esto tiene que tener alguna explicación. Ya nos enteraremos.

—¿Y qué ha pasado con *los que no están*? —la frase le sonó a Rocío de una forma horrorosa, pero no se le ocurrió otra forma de decirlo—. Mi marido ha... desaparecido... no ha salido a trabajar, la puerta estaba cerrada por dentro, pero él no estaba. Es como si... como si alguien, o algo, lo hubiera sacado de casa. Por... ¿por alguna de las ventanas? ¿Y si... y si cuando cayó eso, sea lo que sea, él estaba asomado? —inspiró profundamente, tratando de controlar los nervios, pero las manos le temblaban de forma descontrolada—. ¿Y Julia? ¿Qué ha pasado con Julia?

—¡No tengo ni idea! —contestó Raúl—. Cuando desperté... cuando me despertó Albert, ya no estaba... hemos buscado en cada rincón de la casa, pero... ha desaparecido sin dejar rastro...

—¿Ella no salía de casa por la noche? Quiero decir... ¿no trabajaba? ¿Solía dar paseos nocturnos? Puede que... lo que quiera que sea esto, la haya pillado en la calle y no pueda...— comenzó a decir Rocío, pero el gesto de Raúl la disuadió de seguir por aquel camino. Estaba claro que Julia no tenía costumbre de pasearse por ahí una vez que caía la noche.

—Intentar hacer de adivinos no nos va a conducir a ninguna parte... Deberíamos centrar todos nuestros esfuerzos en buscar una manera de salir de aquí.

Rocío se giró sobresaltada. Nunca antes había visto a las tres personas que bajaban el último tramo de escaleras: un chico rubio de ojos azules muy apuesto, otro moreno, bajito, de aspecto inquietante, y una chica también morena de piernas interminables que parecía extraída de las páginas de alguna revista para hombres. Le recordó a ese personaje de videojuegos que cubría la pared del cuarto de su hijo... ¿*Sara Krof*? No estaba segura, pero sonaba parecido.

—¿Quiénes sois vosotros? —preguntó Rocío. Los frikis no le quitaban ojo de encima a la chica. Le sorprendió descubrir que Raúl hacía lo mismo, pero de forma más disimulada, no al estilo *soy-un-salido-sin-remedio* de los hermanos.

—Yo soy Michael, él es *Espag...eh*, Lucio, y ella es Anna. Estamos alquilados en el cuatro B desde hace unas semanas.

Maruja los recibió con recelo. Sabía que el banco había vendido el antiguo piso de Antonio, pero no que el nuevo propietario lo hubiese alquilado. Ella quería ver a más gente que estuviese bajo su influjo, quería más poder. Era un pensamiento absurdo para cualquiera con dos dedos de frente, pero tenía toda la lógica en el mundo de fantasía de Maruja, que en ese momento contaba con su bufón, o dicho de otro modo, su marido el *pobre* Mora, y con sólo dos súbditos: los hermanos. En cuanto bajasen Antonio y las dos niñas, tendría a toda su corte a su disposición. Y dependiendo de cómo respondiesen en aquella situación extraña, iban a seguir siendo sus alquilados cuando todo volviese a la normalidad o se iban a ver en la puta calle.

Por supuesto, ella se iba a encargar a la mínima ocasión de que estuviesen bien informados de lo que les esperaba si no la apoyaban.

DÍA 1. ZONA COMUNITARIA. PASANDO LISTA.

Lorena y Marta habían permanecido encerradas en su piso desde que descubrieron que todas las ventanas de la casa estaban taponadas por aquella cosa gris de aspecto esponjoso. Habían discutido si la opción de abrir una ventana para investigar podía revestir algún peligro, y de hecho incluso manejaron la posibilidad de hurgar en aquella cosa con el palo de la escoba, pero al final, tras comprobar que no había manera de contactar con nadie por teléfono ni a través de Internet para pedir ayuda, optaron por la salida del conejo que es sorprendido en la carretera por el coche con los faros encendidos: se quedaron allí, inmóviles, encerradas en su piso con una falsa sensación de seguridad, esperando a ver lo que pasaba. Y lo que pasó es que, más o menos un par de horas después del extraño descubrimiento, alguien estaba llamando con insistencia a la puerta de la calle desde hacía algunos segundos.

—¿Qué hacemos, Marta? —preguntó Lorena ajustándose las gafas nerviosa. El sudor hacía que resbalasen por el puente de su nariz con una insistencia desesperante.

Marta, a su vez, trataba de aplacar el miedo girando su pelo largo en una cola de caballo inexistente, como si estuviese estrujando una fregona, una y otra vez, en un ciclo cerrado del que no parecía que pudiese escapar por sí misma.

—Debería ir a mirar —dijo en un hilo de voz.

—No sé —balbuceó Lorena, encogiéndose sobre sí misma al volver a oír el timbre. Su amiga se armó de valor y se dirigió hacia la puerta de la casa, con paso inseguro, y ella no se planteó ni por un momento quedarse sola en la habitación. De un salto, se bajó de la cama y se colocó a un palmo de su amiga. Marta abrió la tapa de la mirilla, dubitativa, y acercó el ojo. Por su mente de escritora pasaron un millón de posibilidades, a cual más terrorífica, pero nada la había preparado para lo que vio.

—Es un macizo rubio —susurró.

—¿Cómo? —preguntó Lorena, apartándola para comprobarlo por sí misma. Michael ocupaba todo el ángulo abarcable desde la mirilla, con su sonrisa irresistible.

—Es verdad... ¿qué hacemos?

—Pon la cadena y abre...

La puerta se entreabrió todo lo que permitía la cadena. A través de la rendija, las amigas comprobaron que al chico rubio lo acompañaban un tío cuyo aspecto se encontraba en el extremo opuesto al del primero, moreno, bajito y con un algo desagradable, difícil de precisar; una mujer impresionante, y por último los dos chicos que vivían en uno de los pisos de abajo, con los que se habían cruzado en el ascensor en un par de ocasiones.

—Hola. Mi nombre es Michael, y ellos son Lucio y Anna. Los otros dos chicos son... —hizo una pausa para permitirles presentarse, quizás porque no recordaba sus nombres, y los dos hermanos aprovecharon la ocasión tras unos segundos de incómodo silencio.

—Ehhh... yo soy Alfonso —reaccionó el menos agraciado de los dos— y él es mi hermano Jaime.

—Hola —añadió éste, acompañándose con un tímido movimiento de saludo con la mano. Al ver a Marta sintió un vuelco en el estómago.

—A vosotros os conozco de vista —dijo la causante de tal sensación—. Pero a ellos es la primera vez que los veo— añadió con desconfianza.

—Somos los inquilinos del cuarto B, vuestros vecinos de enfrente —dijo Michael—. Llevamos poco tiempo alquilados, supongo que por eso no hemos coincidido antes. Sí que es curioso, que teniendo una puerta enfrente de la otra no nos hayamos visto entrar o salir...

A Marta la frase le sonó a reproche. Aunque no tenía la necesidad de hacerlo, se defendió.

—Trabajamos todo el día en el ordenador. Apenas tenemos tiempo para asomarnos a la calle. ¿Qué está pasando aquí? —preguntó, haciendo un gesto circular en horizontal con el dedo, señalando el entorno.

—Imagino que habéis visto la cosa gris, ¿verdad? —preguntó Michael.

—¿Qué demonios es? —respondió a su vez Marta con otra pregunta.

—Extraterrestres —cortó Alfonso. La mirada de Michael hizo que desistiera de contar su teoría al completo.

—Ya... extraterrestres —dijo Lorena con retintín desde la seguridad del otro lado de la cadena. En realidad, esa era una de las opciones que estaba barajando, aunque nunca lo iba a reconocer en voz alta.

—Si queréis que os diga la verdad, no tenemos mucha idea, por no decir ninguna, de a qué nos estamos enfrentando. Pero sea lo que sea, creo que será mejor que lo hagamos juntos —dijo Anna—. Los vecinos nos estamos reuniendo abajo, hemos subido a llamar a las puertas de los que no han aparecido... entre otras cosas para comprobar que están bien.

La forma en que lo dijo encendió una lucecita roja en la cabeza de Marta.

—¿Por qué dices eso? ¿Ha pasado algo a alguno de los vecinos?

—Bueno... no podemos asegurarlo, pero hay al menos dos personas que han desaparecido sin dejar rastro...

—El padre de la familia del primero A, y la madre de la del segundo B, que sepamos hasta ahora —añadió Jaime sin dejarla acabar—. Pero bueno, vemos que vosotras estáis bien—. Sintió como enrojecía hasta las orejas sin poderlo evitar, así que se soltó la cola de caballo y dejó que el pelo le ocultase buena parte de la cara. Era un mecanismo de defensa que utilizaba de forma subconsciente bastante a menudo.

Lorena y Marta se miraron por un momento, y luego quitaron la cadena.

—Está bien... de momento estamos con vosotros, al menos hasta que sepamos a qué nos enfrentamos.

De ese modo, el grupo de cinco pasó a ser de siete, y comenzaron el descenso por la escalera. Maruja les había dicho a qué puertas tenían que llamar, que no eran otras que las del tercero B, en la que, sin que nadie en el edificio lo supiese, seguían recuperando las horas de descanso perdidas Modou, Moussa y Abdou, soñando con las familias que dejaron atrás al emigrar hacia España, y el primero B, hogar de las hermanas del *Arca de Noé*, como las llamaban los hijos de Rocío. Con los habitantes de ambos pisos, ya estaría hecho el recuento de todo el edificio. Sólo entonces podrían ponerse a buscar respuestas, o quizás se encontraran con ellas cuando menos lo esperasen.

—Te mola la morena del pelo largo, ¿verdad? —dijo Alfonso a su hermano al oído. Los dos habían pasado a la cola de la comitiva, que estaba encabezada por los tres compañeros de piso, mientras que las chicas se habían

colocado en el centro e iban preguntándoles todo lo que se les pasaba por la cabeza acerca de la sustancia gris, sin obtener ninguna respuesta coherente.

—Calla gilipollas, que te van a oír —protestó Jaime.

—La verdad es que Marta está muy buena, no te lo voy a negar, pero me gusta más la amiguita del rubio.

—Sigue soñando, capullo. Esa está fuera de tu liga.

—Y Martita de la tuya, mamón.

Alfonso soltó un bufido de risa contenida, a lo que Jaime le contestó con un puñetazo en el brazo. Marta y Lorena se giraron con una mirada de reproche.

—Chicos, ¿os han dejado salir de la guardería sin permiso? —dijo Lorena—. Ya os vale...

Alfonso le hizo burla con la lengua de forma ostentosa, y Jaime enrojeció de nuevo. Lorena se volvió con resignación, y levantó el dedo corazón de su mano derecha en un gesto que no dejaba lugar a dudas.

—Eh, la gordita tiene carácter... eso me gusta —susurró de nuevo Alfonso al oído de su hermano.

—¡Cállate ya, saco de hormonas! —respondió éste, justo cuando llegaban a la altura de la puerta a la que tenían que llamar.

—¿Quién vive aquí? —preguntó Michael.

—Nos queda el *IMSEERSO* —respondió Alfonso, cada vez más a gusto en su papel de *tocapelotas*—. Aquí vive un viejo, y en la puerta que nos falta en el primero, unas cuantas más. En cuanto los saquemos podemos empezar con la fiesta.

—Me gusta el chaval, tiene su gracia —dijo Lucio, con una sonrisa de oreja a oreja, gesto que fue respondido por Alfonso llevándose la mano al ala de un sombrero imaginario, a modo de agradecimiento.

—Sí, la misma que tienes tú —le soltó Michael mientras aplastaba con insistencia el timbre de la puerta—. Espero que esto no dure tanto como para que hagáis buenas migas, o conseguiréis que nos zambullamos en esa mierda gris con tal de no escucharos.

El sonido de unos pasos apresurados al otro lado de la puerta cortó en

seco la conversación.

—Sí que está ágil el vejete —soltó Lucio. Unos segundos después, la puerta se abrió de golpe, dejando al grupo cara a cara con el sorprendido Abdou, un inmenso negro de más de dos metros de alto con aspecto de haber escapado de un combate de la WWE, en camiseta de tirantes y gayumbos, que esperaba encontrarse con sus compañeros de piso que venían buscando el relevo para descansar. Abdou abrió mucho los ojos y soltó una frase ininteligible que sonó a una especie de dialecto del francés. Luego, cerró la puerta de golpe.

—¿Qué coño ha sido ese galimatías? —preguntó Anna. Michael respondió encogiéndose de hombros, y pulsando de nuevo el timbre...

—¿Quién se supone que era ese? —preguntó Jaime.

—El abuelete no, eso seguro —añadió su hermano, y justo en ese momento, la puerta se abrió de nuevo. El negro inmenso los miraba con la misma cara de sorpresa, y estaba acompañado en esta ocasión por otros dos, que estaban situados por delante de él. El primero de ellos llevaba una camiseta azul con la imagen de Julio Iglesias vestido de Darth Vader y la leyenda “*Yo soy tu padre*”. Aunque no era tan grande como su compañero, superaba los uno ochenta de altura. El último, al contrario, era delgado en extremo, mucho más bajo, y el hecho de moverse encorvado acrecentaba la impresión. El de la camiseta habló con un español con poquísimos acentos.

—¿Quiénes son ustedes?

—Bueno, a lo mejor esa pregunta deberíamos hacértela nosotros —saltó el italiano—. ¿Dónde está el viejo?

El negro inmenso lanzó una parrafada con tono interrogativo al de la camiseta, que sonó como una ráfaga de metrallera. El de la camiseta respondió con tono conciliador, moviendo las manos de arriba abajo en un gesto universal que pedía calma. No pareció surtir efecto, en especial al que caminaba encorvado, que se lanzó a un interminable galimatías acompañado por grandes aspavientos. La voz se le entrecortó en un par de ocasiones, y tuvo que detenerse a coger aire. El grupo los miraba sin salir de su asombro.

—Mi nombre es Moussa. El grande es Abdou y él es Modou. El señor Antonio nos ha alquilado la casa por un mes a nosotros y a nuestros compañeros —dijo vocalizando, con evidente esfuerzo. Sin embargo, se le entendió a la perfección.

—¿Compañeros? ¿Cuántos estáis viviendo ahí? —preguntó Michael. Una nueva ráfaga de frases en su extraño dialecto precedió a la respuesta.

—Doce en total. Pero nunca estamos al mismo tiempo, nos turnamos —dijo Moussa, como si eso fuese una disculpa, y como si él fuese el culpable de que Antonio se hubiese aprovechado de su necesidad.

—Olé por el abuelete —soltó Alfonso—. ¡Qué *crack!*

—Bueno, eso ahora es igual. Lo importante es que nos reunamos todos abajo —añadió Michael. Moussa lo miró con gesto de no entender nada. Michael escudriñó el interior de la casa por encima del hombro del grandullón, y lo comprendió todo. Tenían las persianas bajadas, y por eso no se habían dado cuenta de lo que estaba pasando.

—Vamos a ver, lo primero que te voy a pedir es que no te asustes, pero sube las persianas, y ahora seguimos hablando.

Moussa se le quedó mirando, como si dudase de haber entendido bien lo que le habían dicho. Tras unos instantes, dijo algo a sus dos compañeros, y estos salieron disparados hacia el interior. Pasaron unos segundos de silencio, que fue roto por el sonido de las persianas al subir, y por los gritos histéricos de los dos hombres. Moussa miró al grupo con los ojos muy abiertos, y luego corrió hacia el interior de la casa.

Cuando los tres volvieron a la puerta, estaban tan temblorosos y asustados que la gente del grupo casi no pudieron entenderlo cuando preguntó:

—¿Q... qué es esa cosa de las ventanas?

DÍA 1. ZONA COMUNITARIA. LAS VIEJAS DEL ARCA DE NOÉ.

El grupo, que era cada vez más numeroso, siguió descendiendo las escaleras hasta llegar al primer piso. Por el camino habían intentado explicarle a Moussa lo que estaba pasando, si es que había algo que se pudiera explicar teniendo en cuenta que estaban todos en el mismo punto de partida. Moussa no paraba de hablar con sus compañeros, que mostraban un terror casi reverencial a la masa que pugnaba por entrar a través de cada una de las ventanas de los rellanos que cruzaban conforme iban descendiendo. Cada vez que tenían que pasar cerca de una de las ventanas se detenían, y se lo pensaban un millón de veces antes de cruzar a toda velocidad, como alma que lleva el diablo, con la cara descompuesta y sudando a mares. Moussa había preguntado varias veces por sus compañeros que estaban fuera, pero poco podían decirle a ese respecto. Michael le comentó que al menos dos vecinos habían desaparecido sin dejar rastro, pero que no parecía que estuviesen en la calle en ese momento.

En definitiva, aunque estaban algo menos asustados que ellos, se encontraban igual de perdidos. Aquello los había pillado de sorpresa, y aunque no sabían cuándo había empezado, sí tenían claro que llevaban ya cerca de tres horas dando bandazos en el interior del edificio sin que, al menos de momento, tuviesen noticia del exterior.

Al otro lado de la puerta del primero B, Eugenia y Rogelia se encontraban tan desconcertadas como el resto de sus vecinos. Sin embargo, Eugenia tenía una idea bastante clara de qué era lo que estaba pasando. Llevaba horas recorriendo la casa sin rumbo definido, arrastrando su *pierna mala* por encima de montones de cajas desmontadas y cartones de leche y zumo vacíos con fechas de caducidad de varios años atrás. El loro azul que aleteaba intentando mantener el equilibrio sobre su hombro, y la cara de mala leche que ella llevaba hacían que solo le faltase una barba poblada para ser una imitación perfecta de un capitán pirata. Sin embargo, su aspecto físico recordaba más a Popeye el marino, por sus ojos casi cerrados, y su barbilla prominente, con la parte inferior de la mandíbula siempre más adelantada que la superior por la falta de piezas dentales.

—¡Esos *cabrone!* ¡Ya sabía yo que algo intentarían! —protestaba dando *cojetadas* a lo largo del salón. Su hermana la miraba sin decir palabra, sentada en

una silla. Si Eugenia era la viva imagen de un pirata, al contemplar a Rogelia la primera que se venía a la cabeza era la de una *hippie* superviviente de los 60 a la que el LSD había ido destrozando una a una todas sus conexiones neuronales hasta dejarle la mente tan vacía como los bolsillos de un becario a fin de mes. Su sonrisa de oreja a oreja y su vista perdida en el infinito la mayor parte del tiempo no hacían más que acentuar la sensación.

—¿Cómo van a llevarse a Ignacia esos *chusmosos*? —preguntó Rogelia desde la silla, con las piernas abiertas y las medias mugrosas por encima de los tobillos —. ¡Con lo que chilla nos hubiese despertado a las dos!

—¡Pues la habrán *drogao* para que no haga ruido! ¡Te digo que se la han *llevao* con los animales y nos han *encerrao* aquí para que nos *muéramos* de hambre! ¡*Joputas*, eso es lo que son todos!

—¡*Joputas*! ¡*Joputas*! —repitió el loro.

—¿Y si se han llevado a Ignacia y a todos los animales, por qué no se han llevado también al loro? —insistió Rogelia, a quien la teoría de su hermana no acababa de convencerla del todo.

—Porque Pirata tiene *los cojones bien puestos*. Seguro que le ha *saltao* el ojo a alguno. ¡Lorito bueno!— Eugenia levantó la mano para acariciar al loro como si fuese un perro, y este agradeció el gesto con un buen picotazo.

—¡Ay! ¡Cabronazo! ¡No te hubieran *llevao* a ti también y te hubieran *convertío* en una hamburguesa del *Burquikin*!

Rogelia lanzó el brazo e intentó coger al loro por el cuello, pero este escapó con un par de potentes aletadas y se posó sobre los montones de periódicos cubiertos de mierda de pájaro que adornaban la mesa del comedor.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó Eugenia obviando la escena del ave, que ya había visto repetida hasta la saciedad. Lo de su hermana con el loro era una relación amor-odio que, de repetida, acababa por aburrir.

—Tarde o *trempano* tendrán que soltar a Ignacia. Y cuando la suelten nos van a limpiar todas las ventanas de la mierda esa que nos han *echao*. ¡Y como le hayan hecho daño a alguno de los animales se van a *cagá*! ¡No conoce esa gentuza a la Eugenia!

El loro, como si estuviese harto de escuchar a su dueña, se quedó en equilibrio sobre una de sus patas para, muy despacio levantar la otra y rascarse el

lateral de la cabeza con ella. El sonido del timbre hizo que aleteara sobre la mesa por el susto y repartiera parte de los periódicos por el suelo, con su desagradable contenido. La ley de Murphy hizo que los papeles se girasen sobre sí mismos en el camino hacia el suelo y quedaran pegados sobre la alfombra de desperdicios.

—¡Ignacia! —dijo Rogelia dando un respingo y haciendo ademán de levantarse. Los años que aplastaban su esqueleto y el grito que le lanzó su hermana la disuadieron de seguir intentándolo.

—¿A dónde vas, insensata? ¿Vas a abrirle la puerta a los *piojosos*? ¡Tate ahí quieta!

Eugenia recorrió la distancia que la separaba de la puerta con su curioso caminar. Pierna mala, pierna buena. Pierna mala, pierna buena. Cuando llegó a la altura de la puerta, el timbre llevaba ya un buen rato sonando. Apartó con cautela la tapa de la mirilla, gesto que le costó más esfuerzo de lo normal debido a la capa de grasa que había empezado a actuar de pegamento. Acercó el ojo, echó un buen vistazo y dejó caer la tapa. Sin mediar palabra, se giró y se dirigió a donde había dejado a su hermana.

—¿Es Ignacia? —preguntó ésta con impaciencia. A pesar de que Rogelia nunca lo hubiese reconocido, estaba acostumbrada a vivir con sus dos hermanas y, aunque su *modus vivendi* incluía las peleas y los gritos a todas horas, estaba preocupada por ella. Ignacia era la más despierta, la que hacía de enlace entre *villa mierda* y el exterior. Se encargaba de ir a cobrar la pensión, de hacer las compras, de pagar a los cobradores y de despachar a los que venían con la intención de venderles algo. Eugenia y Rogelia apenas salían al exterior, más que en situaciones de extrema necesidad, entendiéndose como tal el tener que asistir al médico. Les habían ofrecido la posibilidad de que los médicos acudieran a visitarlas a casa, pero ellas sabían que esa no era una opción posible. En cuanto alguien del exterior asomase la cabeza y viese la casa, les quitarían a sus pobres animales y las llevarían a algún asilo para que se muriesen. Lo habían visto un millón de veces en la tele. Esa misma tele que llevaba toda la mañana negándose a mostrar imagen alguna.

—¿Qué te dije? Ya están todos en la puerta. Pues están listos si se creen que vamos a abrirles. ¡Hasta negros han *traído*, que lo he visto yo con mis propios ojos! ¡Ahí se van a quedar esperando!

—¿Negros? ¡A mí los negros me caen muy simpáticos! ¿Sabes que estuve a punto de tener un novio negro? —dijo Rogelia con su eterna sonrisa—.

¿Abrimos?

¿Un novio negro? Tú estás *agilipollá*. Eso es de la *pinicula* que echaron ayer por la tarde en la tele y ya te lo has *quedao* como si te hubiera *pasao* a ti. Quédate *callaíta* hasta que se vayan, anda...

Las hermanas se quedaron en silencio, cada una de ellas sumida en sus propios pensamientos. Un silencio sólo roto por la insistencia del timbre, que martilleaba sus cabezas con su desagradable zumbido.

—¿Y qué vamos a comer? —preguntó Rogelia, con la vista perdida en un punto indeterminado. Hacía años que la nevera se había estropeado, y no hicieron nada por arreglarla, hasta el punto de que acabó convirtiéndose en un dormitorio para gatos. Tan poca atención le prestaban que en una ocasión la puerta se cerró atrapando a uno de ellos en su interior durante unos cuantos días. Cuando abrieron la puerta, el gato, famélico y desorientado, salió como una fiera arañando a todo lo que se encontraba a su paso. Aunque atrancaron la puerta con un montón de desperdicios para que no pasara de nuevo, el gato ya nunca volvió a ser el mismo.

—Nos comeremos lo que haya. Y beberemos agua del grifo —respondió Eugenia.

Lo malo era que “*lo que había*” apenas les daba para llegar hasta la cena. Rogelia lo sabía, y así se lo dijo.

—Ya nos soltarán. Y si no, tenemos latas *pa* gatos y bolas de pienso *pa* perros *pa* aguantar hasta que nos *muéramos* de viejas. Esos no saben con quién se la están jugando. Me quieren *joé* a mí, y voy a ser yo la que los *joa* a ellos. Que a mí, a *japuta* no me gana nadie.

—¡*Japuta!* ¡*Japuta!* —graznó Pirata, como queriendo remarcar la afirmación.

—Se oyen ruidos al otro lado de la puerta —dijo Anna.

—Ya, ya lo sé —respondió Michael—. Y han usado la mirilla. O sea, que no nos han abierto porque no les da la gana.

El gigantón Abdou dijo algo, incomprensible como de costumbre, que fue contestado por Moussa. El último componente del trío, Modou parecía

absorto, afanándose en colocarse cuanto más lejos de las ventanas, mucho mejor.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Jaime con curiosidad.

—Dice que huele como si se hubiese muerto algo ahí dentro —tradujo Moussa.

—Lo que huele es como si llevasen años sin lavarse el... —comenzó a decir Alfonso.

—¡Basta! —le cortó Lorena—. ¿Es que siempre tienes que ser tan asquerosamente desagradable?

—Pero si apenas nos conocemos, cariño —respondió éste con sarna.

—¡Ya está bien! —gritó Michael, que comenzaba a erigirse en el líder natural del grupo sin que mediase ningún proceso para elegirlo—. Si no nos quieren abrir ahora, ya lo harán más adelante. No podemos obligarlas. ¡Ojala la situación se normalice pronto y esta misma tarde podamos volver a nuestras casas con tranquilidad!— Se quedó mirando la puerta unos instantes, como dándole una última oportunidad, y luego se dirigió a la escalera. Modou lo adelantó de un empujón, ansioso por alejarse lo más posible de aquellas ventanas. Antes de llegar de nuevo al portal, pasaron por una entreplanta, sin acceso al exterior. Era mucho más estrecha que los rellanos, y el techo era bastante más bajo. Lo único que rompía la monotonía era una puerta metálica, que como pudo comprobar Michael al girar el pomo, estaba cerrada con llave.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó, pero ninguno de los que lo acompañaban parecía tener la respuesta.

—Habría que preguntarle a alguno de los vecinos *antiguos* —dijo Marta—. Aunque tiene toda la pinta de ser el cuarto de contadores, o el del depósito de agua. Parece que se escucha un zumbido al otro lado...

—Sí, es cierto, se oye un zumbido —asintió Anna, acercando la oreja a la puerta—. También se percibe una vibración.

—Seguro que alguno de los vecinos tiene la llave —aseveró Jaime, que había permanecido en silencio bastante rato, avergonzado por el comportamiento de su hermano.

—Bueno. Lo apuntaremos en la lista de pendientes a comprobar más adelante, si es que seguimos en la misma situación —respondió Michael.

—... virgencita mía que me quede como estoy —acabó la frase Alfonso con retintín.

—¿Qué quieres decir? —soltó Lorena como impulsada por un resorte. La antipatía que sentía por aquel chico era cada vez más evidente, e iba en aumento—. ¡Seguro que ya están movilizándose ahí fuera para sacarnos!

—¿Y qué te hace suponer que hay un *ahí fuera*? ¿Todavía no te has dado cuenta de que lo que nos está pasando se sale de las escalas del ranking de la *anormalidad*? —se defendió Alfonso, que parecía estar disfrutando de vivir en primera persona una situación que parecía sacada de una de sus adoradas películas de serie B—. ¿Qué te hace suponer que no le está pasando esto a todo el mundo? ¿Y si toda la gente está atrapada en sus casas? ¿Qué pasará si van transcurriendo las horas, y los días, y se acaba la comida, y...?

Un silencio cada vez más incómodo se fue instalando entre los presentes.

—¡BASTA! —le cortó Michael. Su voz nunca había sonado tan autoritaria como en ese momento. Alfonso no pudo evitar sentir un escalofrío, detuvo su discurso en seco, y bajó la vista hacia el suelo—. Vamos abajo, tenemos que hablar *todos* —remarcó especialmente esta palabra— y planificar los pasos que vamos a seguir.

El grupo se encaminó por el último tramo de escaleras que conducía hacia la entrada al edificio. Michael esperó a que fuesen bajando todos, y cuando Jaime llegó a su altura, lo retuvo sujetándolo del brazo. Esperó a que terminasen de pasar los demás, y entonces le habló en voz baja.

—Tienes que controlar a tu hermano. Ya estamos bastante nerviosos como para que él enrarezca aún más el ambiente.

Jaime barajó una buena cantidad de excusas para salir en defensa de Alfonso, pero no encontró ninguna que fuese razonable. Se estaba comportando como un capullo, y él lo sabía perfectamente.

—Haré todo lo posible. Todos estamos nerviosos, y esa es su forma de reaccionar a lo que no sabe cómo hacer frente.

Michael apretó el brazo de Jaime hasta hacerlo rozar el umbral del dolor, y acercó su cara a la de él.

—Si crees en Dios, pídele que esto acabe pronto. No puedes imaginarte lo que pueden hacer personas aparentemente normales en situaciones límite. Yo

he vivido alguna antes, y te aseguro que no te gustaría. En absoluto.

—No... no sé a qué te refieres —tartamudeó Jaime—. ¿Q...qué situaciones? ¿Q... qué te ha pasado?

Michael aflojó la tenaza en la que se estaba convirtiendo su mano, y desvió la mirada.

—Contrólalo. No lo olvides —le ordenó, mientras bajaba las escaleras, dejando a un asustado Jaime casi en estado de shock.

DÍA 1. ZONA COMUNITARIA. PRIMERA SANGRE.

Maruja Torres observó con su habitual cara de desprecio cómo los recién llegados iban desembocando en el portal. No se sorprendió al ver que las viejas no estaban entre ellos. Estaba acostumbrada a ser la que llevaba la voz cantante en todas las reuniones de vecinos, entre otras cosas porque al ser la propietaria de la mitad del edificio, allí se hacía siempre su santa voluntad, y estaba deseando incorporar a Marta, Lorena y Antonio a su lista de súbditos presentes. Por supuesto, lo que jamás en la vida podía haber llegado a imaginarse era que éste había sido sustituido por Abdou, Moussa y Modou.

—¿QUIENES SON *ESOS*? —gritó, marcando de forma despectiva la última palabra, y salió lanzada hacia adelante como una locomotora, con el dedo índice apuntando a los tres africanos como si llevase una pistola. El efecto que consiguió al reaccionar de esa manera fue tan inesperado como satisfactorio para ella. El gigantón retrocedió asustado y se refugió al fondo de la escalera, arrastrando en su huida al nervioso Modou, que miraba hacia la puerta con la cara desencajada. Sólo Moussa fue capaz de permanecer en su posición, aunque adoptando una evidente postura defensiva.

—¿Qué habéis hecho con Antonio? —gritó, golpeando de forma repetitiva con el dedo sobre el pecho de Moussa.

—El señor Antonio nos alquiló el piso, señora... nosotros no queremos problemas, sólo dormimos...

—¿Qué? ¿QUÉ? —aquello fue demasiado para Maruja, que montó en cólera. Si se hubiese imaginado que los que ocupaban el piso no eran solo ellos tres, sino un total de doce personas, la que se podía haber organizado en aquel portal hubiese dejado en pañales a lo que estaba ocurriendo en el exterior.

—¡Fuera de aquí! ¡He dicho FUERAAAA! —gritó, desquiciada. No estaba dispuesta a que sus dominios fuesen invadidos por gentuza de la calle, y menos aún a perder el control de lo que sucedía en su edificio. Sin previo aviso, cambió de dirección y se encaminó a paso ligero hacia la puerta de la calle. Antes de que ninguno de los presentes fuese capaz de reaccionar, con un rápido giro de muñeca la abrió de par en par.

Lo que sucedió a continuación pareció transcurrir en cámara lenta. Todo se concentró en unos pocos segundos, y sin embargo se dieron tantos acontecimientos relevantes que se podría haber llenado un libro con ellos.

La pasta grisácea que se agolpaba en el exterior crujió de una forma siniestra y pareció querer inundar el portal, pero era tan espesa que apenas se introdujo unos centímetros, manteniendo la forma de la puerta, como si un niño aplastase una bola de plastilina casi seca sobre un agujero. Todos se apartaron de forma instintiva y corrieron hacia el fondo del pasillo. Todos, excepto Maruja, que permanecía impassible, sujetando la puerta y mirando con un odio infinito hacia los tres que habían osado usurpar sus dominios, mientras señalaba hacia afuera con el dedo índice extendido.

—Señora... ¿está loca? —intervino Albert— ¿Cómo se atreve siquiera a pensar que vamos a echar a nadie a la calle?

Por vez primera, Marta reparó en realidad en la presencia del muchacho, y a Jaime no le hubiese gustado nada la amalgama de sentimientos que brotaron sin esperarlo en su interior. Sin embargo, sí que captó el extraño brillo en la mirada de la chica. Tomó nota en su mente para repararlo cuando las cosas volviesen a su cauce.

—¡No voy a repetirlo dos veces! ¡FUERA! —insistió Maruja. Michael decidió tomar cartas en el asunto antes de que fuera a más, pero Modou hizo algo inesperado, más aún teniendo en cuenta el pánico que parecía inspirarle aquella cosa. Salió del grupo y, a grandes zancadas se dirigió hacia la entrada del portal. Maruja pareció perder de golpe toda su soberbia, dejó caer la puerta, y se apartó del camino del africano. La materia que pugnaba por colarse en el interior impidió que ésta se cerrase.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? —soltó Michael, y se dirigió hacia él, seguido por su amigo italiano. Modou se llevó la mano al bolsillo de atrás del pantalón y sacó una navaja, lo que provocó que ambos se detuvieran en seco. Con las piernas flexionadas, y la navaja trazando arcos circulares con lentitud por delante de su torso, Modou lanzó una ráfaga de palabras ininteligibles. Gruesas gotas de sudor perlaban su frente.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Michael sin apartar la vista de él.

—Dice que tiene que salir fuera. No puede perder el trabajo, su familia necesita que le envíe el dinero —respondió Moussa, y a renglón seguido le gritó algo a su amigo. El grandullón Abdou también había salido del fondo, y se

dirigía hacia él con las manos extendidas, pidiéndole calma, murmurando algo en su idioma.

—¡No sabemos lo que hay fuera, díselo! —casi suplicó Michael. A Moussa no le dio tiempo, porque Modou, con un gesto de agradecimiento hacia sus amigos, se encaminó a la materia, e introdujo sin pensarlo el brazo en su interior hasta la altura del codo. La sustancia pareció acogerlo con delicadeza, adaptándose a su perfil como lo hace el agua de una piscina al cuerpo del bañista.

Modou dejó de estar tenso, se giró hacia la gente del interior, sonrió y dijo algo. Casi sin permitirle acabar la frase, algo tiró con violencia de él y lo introdujo por completo en la masa, sin darle tiempo siquiera a gritar. La superficie de la sustancia mantuvo su silueta durante una milésima de segundo, como si de una película de dibujos animados se tratase, para luego ir recuperando poco a poco su lisa superficie.

—¡NOOOO! —gritó Moussa e intentó saltar hacia la masa en busca de su amigo, pero Michael lo agarró antes de que lo consiguiera.

—¡No podemos hacer nada por él, pero hay que cerrar YA! —ordenó Michael. Algo en su voz hacía que la gente obedeciera sin rechistar, aún por encima del caos que había generado la súbita desaparición de Modou. Michael y Moussa se apoyaron contra la puerta e intentaron cerrarla de nuevo, pero la materia que había conseguido introducirse en el portal lo impedía. Abdou añadió su inmensa fuerza a la del grupo, y entre todos consiguieron quedar a centímetros de poder cerrarla. En el interior del portal, los gritos se mezclaban con los llantos y el nivel de histeria iba subiendo hasta límites insospechados.

—¡Hay que sacar fuera ese reborde de masa, si no, no podremos conseguirlo! —gritó Lucio, acercándose a ella. No había manera de aplicar más fuerza a la puerta, porque aunque los demás se habían acercado para ayudar, no había espacio material en ella sobre el que poder aplicar presión.

—¡Esperad un momento! —ordenó el italiano—. ¡Dejad de empujar, pero manteneos ahí, que no se abra!

—¿Qué vas a...? —comenzó a preguntar Michael, pero su compañero de piso actuó sin darle la oportunidad de impedirselo. Con su mano izquierda, empujó el reborde de masa hacia el exterior, ahuecándola y apretando los dedos unos contra otros para evitar que se filtrase entre ellos. Antes de dar tiempo a Michael a protestar, había rebañado hacia fuera toda la materia sobrante.

—¡Ahora! ¡Cerrad! —ordenó. La puerta se cerró con un crujido apagado.

¡Estás loco, tío! —le recriminó Michael—. ¡Ya has visto lo que podía haberte pasado!— Se detuvo en seco, y se giró hacia los dos compañeros de Modou. Moussa trataba de calmar a Abdou, que lloraba sin consuelo.

—Yo... lo siento... Podríamos haber... —comenzó a decir, pero Moussa lo detuvo con un gesto.

—Usted intentó detenerlo —le dijo—. Lo hizo bien.

Michael agradeció el gesto con un leve movimiento de la cabeza. Intentó esbozar una sonrisa, pero sólo consiguió una mueca nerviosa, indefinida.

—¿Puedo preguntarte algo?

Moussa dejó una vez más de centrar su atención en el grandullón para asentir con la cabeza.

—¿Qué... qué dijo antes... antes de que se lo llevaran?

Moussa pensó durante unos instantes, como si buscara la traducción más exacta posible.

—Dijo... “Me hace cosquillas”.

Un murmullo recorrió la estancia, y luego todo quedó en silencio. Rocío, que durante un buen rato había permanecido en estado de shock, vio dibujada con toda claridad en su mente la imagen de sus hijos acercándose a las ventanas, y enfiló el camino hacia las escaleras a toda prisa. De repente, un grito desgarrador rebotó contra las paredes.

—¿Qué ocurre? —preguntó Michael girándose bruscamente. Lucio estaba tirado en el suelo, retorciéndose entre convulsiones. El brazo que había usado para empujar la masa, estaba cubierto de ampollas.

—¡Dios mío! ¿Qué le está pasando? —gritó Anna, arrodillada junto a él. Las convulsiones habían ido subiendo de intensidad hasta hacer que casi flotase sobre el suelo sin tocarlo. Michael también se acercó, sin saber qué hacer.

—¡Espagueti! ¡Lucio! ¿Puedes oírme?

Abdou dijo algo en voz muy baja. Moussa le puso la mano en el hombro y le contestó de la misma manera.

—¿Qué le pasa? —preguntó el *pobre* Mora casi susurrando, escondido entre las sombras del fondo del portal. Si Maruja no hubiese estado tan fuera de sitio por el odio y la rabia, y se hubiese dado cuenta de que su marido se había escabullido de su lado, éste se habría encontrado con problemas muy serios. De hecho, esta era la primera y única ocasión en la vida del *pobre* Mora en la que estaba haciendo algo sin el consentimiento y la aprobación de su esposa.

—Él cree que el señor pequeño está embrujado. Que la cosa ha entrado dentro de él —respondió Moussa.

Rocío había quedado congelada a mitad de camino en la frenética carrera hacia su piso. La sensación de que sus hijos estaban en peligro era asfixiante. Sin embargo, no pudo evitar oír la conversación, ni sentir un escalofrío al recordar con pánico como esa misma mañana, al descubrir la pasta, había introducido el dedo índice en su interior. Recordó la sensación de frío, seguida de calor. Examinó su dedo, y no encontró nada fuera de lo normal... al menos de momento. Sacó fuerzas de flaqueza, y se escabulló por fin escaleras arriba aprovechando que Lucio acaparaba toda la atención.

Tan de repente como las convulsiones habían comenzado, se detuvieron. Lucio quedó inmóvil, tumbado boca arriba.

—¿Está vivo? —preguntó alguien en el grupo. El *pobre* Mora retrocedió sobre sus pasos hasta colocarse tras su mujer, justo a tiempo de que ésta le dedicase una mirada, mitad de desprecio, mitad controladora.

—Sí... eso creo —respondió Michael, y le colocó los dedos índice y corazón en la carótida, para buscarle el pulso. En ese momento, Lucio se sentó de golpe, formando un ángulo de noventa grados con su cuerpo. Su cara era una extraña máscara, mezcla de diversión y perversidad, con una media sonrisa difícil de describir. Sin girar la cabeza, como si tuviese el cuello trabado, recorrió a sus vecinos con la mirada, de izquierda a derecha. Las frases que pronunció a continuación les heló la sangre en las venas.

—*Ellos nos quieren. Nos quieren a todos. Pronto seremos uno.*

Con cuidado, Lucio se tumbó de nuevo, y se quedó dormido.

—¿Qué... qué mierda ha sido eso? —preguntó Alfonso.

—N...no lo sé —respondió Anna, y le puso una mano en la frente—. Está ardiendo, pero respira.

—¿Qué hacemos ahora? —insistió Alfonso—. ¿Os sigue pareciendo tan absurda mi teoría de los extraterrestres?

Todos lo miraron, sin saber qué responder. Después de lo que acababan de ver, cualquier posibilidad de buscar una explicación coherente se esfumaba como un trozo de hielo seco en agua.

Marta se abrazó a Lorena, temblando sin poder evitarlo. Tenían la historia perfecta, se estaba escribiendo por sí sola ante sus incrédulos ojos. Lo malo era que empezaban a sospechar que ahí fuera no quedaba nadie para leerla.

ORGANIZANDO EL CAMPAMENTO.

—Ese tío tiene algún tipo de formación militar, te lo digo yo.

Alfonso estaba poniendo patas arriba la cocina, en busca de todo el alimento del que pudiesen disponer. Había pocos productos frescos, pero una buena cantidad de latas. Ventajas de no contar con mamá para hacer de comer, después de todo.

—No sé si tiene formación o no, pero nos está viniendo bien para poner un poco de orden en todo este caos —respondió Jaime, mientras apuntaba en una libreta todo lo que pudiera serles de utilidad, tal y como había ordenado Michael. Tras subir a Lucio al piso que compartían junto a Anna, y asegurarse de que, dentro de lo que cabía, el italiano se encontraba bien, bajó de nuevo al portal para planificar la estrategia a seguir. Lo primero, esencial, era cerrar todas las ventanas de cada uno de los pisos. Bajar las persianas era tarea imposible porque estaban atrancadas con la sustancia. La facilidad con la que el *pobre* Mora había podido bajar la de su cuarto esa misma mañana era cosa del pasado. Quizás el cristal no sirviese de mucha protección, pero la realidad era que los problemas no comenzaron hasta que Maruja abrió la puerta. Luego, y no menos importante, había que hacer un recuento del alimento que había en el edificio. Y en eso se encontraban metidos ambos hermanos.

—¿Cómo ves lo de compartir la comida con los demás? —preguntó Alfonso.

—¿A qué te refieres con que cómo lo veo?

—Joder, no seas gilipollas... Mira nuestra despensa. Parece la sección de conservas del Carrefour. No sabemos cuánto tiempo vamos a pasar aquí encerrados, pero con esto podríamos aguantar meses... si fuese sólo para nosotros dos. ¿Cuánta gente hay fuera? ¿Una docena? ¿Más?... No sé lo que tendrá cada uno en su cocina, pero me temo que no será como la nuestra...

Jaime se quedó pensativo unos instantes, sopesando lo que acababa de decir su hermano. Era duro, pero no estaba exento de razón.

—No sé, tío, joder... No me imagino encerrado en casa comiendo

mientras alguien se muere de hambre tras la puerta... *y menos si ese alguien es Marta* —completó en su mente.

—Tú sigue así, hermanito, que vas por buen camino. Algún día te darás cuenta de que no vivimos en *los mundos de Yupi*. Más vale que no estemos mucho tiempo encerrados, o verás qué desagradables se vuelven nuestros queridos vecinos. Lo hemos visto en decenas de películas, *hermanito*.

La última palabra la lanzó con cierta cantinela, al mismo tiempo que le arrojaba una servilleta que le impactó en plena cara.

—Muy gracioso, capullo. ¿Cuántas latas tenemos?

Alfonso restó unas cuantas del total y las reservó en el fondo de la alacena, con la intención de llevárselas a su cuarto más tarde, y le dijo a su hermano la cantidad restante.

Marta y Lorena hicieron inventario de todo el alimento que tenían en casa, y el panorama no era halagüeño en absoluto. Ellas hacían la compra una vez a la semana, y ya casi les tocaba, por lo que, con lo que tenían en la despensa apenas podrían sobrevivir tres o cuatro días, y eso racionando la comida de una manera bastante seria. Una vez tuvieron todo controlado, se quedaron en la habitación de Lorena, reflexionando sobre los extraordinarios acontecimientos de las últimas horas.

—Me encantaría ponerme a escribir ahora mismo, tía —dijo Lorena, mientras aporreaba las teclas de su portátil, sólo para comprobar que seguían sin conexión a Internet, aislados por completo del exterior.

—Sí, no podemos negar que es el caso de *desbloqueo del escritor* más rápido que he visto en mi vida. Yo también podría sentarme y escribir trescientas páginas de golpe... si no estuviera *cagadita* de miedo. Necesito una *lluvia de meteoritos*, por favor.

La lluvia de meteoritos era la versión *Martalorenizada* de la tormenta de ideas. Cuando estaban escribiendo, y llegaban a un callejón sin salida, se tomaban un par de cervezas y decían todo lo que se les pasaba por la imaginación, por muy absurda que fuese la idea... Teniendo en cuenta que ellas no bebían jamás, el efecto de las dos cervezas hacía que surgiesen ideas bastante curiosas. Dicho y hecho, sólo diez minutos después, y con dos cervezas en el

estómago, las amigas comenzaron a hablar acerca de lo que estaba pasando.

—Vamos a ver —dijo Lorena. La cerveza estaba haciendo su efecto, y se sentía lo bastante desinhibida como para soltar todo lo que le ocurriera—. ¿Alguna idea acerca de lo que está pasando?

—Bueno... la clásica sería pensar en extraterrestres, pero vamos a empezar por algo más plausible... ¿experimento que se sale de madre? —preguntó Marta.

—¿Como King en *La Niebla*? Bueno... la situación tiene ciertas similitudes, no puedo negarlo. Si cambiamos la pasta por la niebla, y el pueblo entero por este jodido edificio. *Peeero* falla lo principal... los americanos parecen tener una base militar haciendo experimentos raros en cada esquina. Aquí no lo veo.

—Vale, pero... ¿te fijaste en lo que hizo el italiano? —Marta no pudo reprimir un escalofrío—. Tía, casi me cago encima cuando se sentó y nos habló con esa cara tan... extraña. ¿Qué fue lo que dijo?

—*Ellos nos quieren. Nos quieren a todos. Pronto seremos uno* —repitió Lorena, en un patético intento de imitar el tono de voz de Lucio—. Sí que da miedo, desde luego... ¿Quiénes son ellos? ¿A qué se refieren con que nos quieren? ¿Y... qué le pasó al hombre que salió del edificio?... Algo tiró de él desde el exterior...

—Puede que fueran *ellos*. Lo que quiera que sea que está ahí fuera. A lo mejor ese hombre ya es *uno con ellos*. Joder... cada vez me da más miedo...

Lorena se quedó unos instantes pensativa, como valorando alguna opción.

—¿Crees... crees que eso estará fuera... por todas partes? —preguntó por fin—. Quiero decir... ¿Te... te imaginas el mundo entero cubierto por esa masa asquerosa? Las ciudades... los campos... ¡El mar! ¿Podría esa cosa cubrir el mar?... Joder... y si... ¿Y si la masa son los extraterrestres? Siempre los hemos representado como figuras humanoides, cuando no tiene ningún sentido que sea así, a menos que descendamos de un mismo antepasado común.

—¿Quieres decir que nuestros extraterrestres pueden ser unos seres microscópicos que nosotros vemos como una *plasta* asquerosa? Y al contacto con nuestra piel, nos controlan. Feo, pero encajaría...

—¡Eh! ¿Por qué feo? —protestó Lorena.

—Yo que sé, tía... imagínate a Will Smith en *Independence Day* con una aspiradora tragando espuma en vez de meterse en la nave nodriza para colocarles un virus. O a Tom Cruise escapando de una ola de pasta en *La guerra de los mundos* en vez de hacerlo de las naves y de sus rayos desintegradores... feo es un rato largo... —explicó Marta.

—Vale, te lo acepto... es menos espectacular, sin duda —reconoció su amiga.

—De momento, no me desagrada esa posibilidad... Aunque hay otra... recuerdo un episodio antiguo de *En los límites de la realidad*, en la que una familia compuesta por los padres, el hijo y la hija, aparecían de repente en una casa, encerrados. Todos tenían la mente en blanco, como si les hubieran borrado la memoria, y por todos los orificios abiertos de la casa, ventanas, chimenea, etc., se colaba una sustancia de color castaño y olor dulzón —explicó Marta, haciendo un esfuerzo por recordar.

—Joder... ¿y qué era lo que pasaba? —preguntó Lorena, ansiosa por conocer el motivo que daba forma a la historia.

—No me acuerdo... creo que mis padres apagaron la tele antes de ver la resolución...

—¡No me fastidies! —protestó Lorena dando un salto de la cama, donde se habían sentado a hablar.

—Que no, joder, que era broma —lanzó Marta dándole un empujón mientras se *partía* de risa—. Lo recuerdo perfectamente. Al final resultaba que tanto la casa, como sus ocupantes, eran juguetes muy realistas, en el futuro, que pertenecían a una niña. El hermano de ella, para fastidiarla, había metido sus juguetes en el horno junto a sus golosinas. El calor estaba fundiendo los circuitos a los muñecos, que no recordaban que lo eran, y al final lo que entraba por las ventanas era una golosina de chocolate derretida...

—Vaya *truño* —respondió Lorena—. Lo malo es que lo que tenemos ahí fuera no parece tan apetitoso como el chocolate... y, que yo sepa, yo no soy ninguna muñeca.

—Eso es lo que tú te piensas, *muñeca* —bromeó Marta—. Te recuerdo que ellos tampoco sabían que lo eran.

—Vale... pues si soy una muñeca, ya les vale... me podían haber hecho con el molde de *Barbie*...

Las dos amigas rieron con ganas la ocurrencia. Durante ese fugaz instante en el que las cervezas tenían el control del circuito mental que se encargaba de discernir entre lo que tenía importancia y lo que no, se olvidaron de la masa, de que estaban atrapadas, de Modou, e incluso de que *pronto serían una*.

Raúl entró en el piso seguido a bastante distancia de Albert. El portazo con el que éste último cerró presagiaba que el enfrentamiento que habían tenido esa mañana estaba lejos de haberse solucionado. A pesar de que la situación parecía indicar que Raúl no tenía nada que ver en la desaparición de Julia, Albert tenía que usar toda su fuerza de voluntad para no lanzarse de nuevo sobre el hombre que dormía con su madre y apretarle la garganta con todas sus fuerzas. Mientras aquel intruso trasteaba en la despensa, curioseando y moviendo de sitio las latas de conserva que su madre organizaba con una precisión milimétrica, sintió una nueva oleada de rabia que le nacía justo debajo de la boca del estómago.

Desde el punto de vista de la otra parte de la ecuación, Albert había perdido toda la importancia del mundo, hasta llegar a convertirse en algo tan insignificante como la más diminuta de las hormigas. Todo su pensamiento, al menos el que Raúl podía manejar de forma consciente, estaba centrado en Julia. En por qué no estaba con ellos en la casa. En quién la había sacado de allí, en cómo lo había hecho, en dónde estaría ahora, en ese preciso instante, mientras él contabilizaba latas de forma automática, con la vista perdida.

—Échame una mano, anda. Coge papel y un bolígrafo para apuntar lo que tenemos —pidió, sin dejar de mirar hacia las latas.

Albert salió de la cocina. Aunque a cualquiera que no los conociese le pudiera dar la impresión de que iba a buscar algo para escribir, nada más lejos de la realidad. No tenía la más mínima intención de obedecer, ni siquiera se le había pasado por la imaginación llevarle a Raúl lo que le había pedido. Tan sólo quería apartarse de ese hombre. Poner la máxima distancia posible entre ambos. *Arrojarlo a la masa y olvidarlo para siempre* —le dictó su subconsciente sin que lo pudiese evitar—. *Ver cómo se lo iba tragando poco a poco hasta convertirse en una simple huella en la superficie que desaparece unos segundos después.*

Entró en el cuarto de baño y se miró en el espejo. Tenía mala cara, algo bastante normal teniendo en cuenta que acababa de perder a su madre, y que estaba atrapado con la persona que más odiaba en el mundo en un edificio aislado del resto del universo por una sustancia desconocida. Abrió el grifo y dejó correr el agua. No. Eso no estaba bien. No sabían el agua del que disponían, si aún recibían suministro del exterior, o si estaban agotando la que quedase en los depósitos del edificio. Con un rápido gesto, tapó el desagüe del lavabo, y segundos después cerró el grifo. Ahuecó las manos, y se refrescó el rostro un par de veces antes de quitar el tapón. Apoyó los codos en ambos lados del lavabo y dejó que las gotas resbalasen por sus mejillas hacia su nariz, y de ésta hacia el desagüe, que con la vista desenfocada, se había convertido en un extraño borrón grisáceo.

—*Ellos nos quieren.*

—¿Qué?

—*Nos quieren a todos.*

La voz provenía de todas partes a la vez, como si en el cuarto de baño se hubiese montado el más perfecto sistema de sonido envolvente de la historia. Y en cuanto a la propietaria de la voz, no quedaba lugar a dudas.

—¿M... mamá? —susurró, con lágrimas en los ojos.

—*Pronto seremos uno.*

—¡MAMAAAAAAA!

—¡Abre la puerta! ¡Abre! —gritó Raúl aporreando la puerta del baño. Al ver que Albert no le respondía, cargó con el hombro contra ella un par de veces hasta que el cerrojo saltó hecho pedazos. El muchacho estaba arrodillado en el suelo, con los ojos empañados por las lágrimas y dos surcos de sal recorriéndole las mejillas.

—La tienen *ellos* —susurró con una tristeza infinita. Raúl creía estar preparado para cualquier cosa en lo tocante a su relación con el *cabroncete*, pero verlo tan destrozado, tan vulnerable, desmontó todos sus prejuicios. Se arrodilló junto a él y, por vez primera desde que lo conocía, le pasó el brazo por la espalda y dejó que llorase sobre su hombro.

—¡Ja! ¡Se creerán esos piojosos que van a comerse MI comida! ¡Están listos! —decía Maruja mientras desvalijaba su nutrida despensa e iba repartiendo las bolsas repletas por escondrijos a lo largo de toda la casa. El *pobre* Mora la miraba ir y venir, en silencio, sin atreverse a decir ni media palabra. Viéndola arrastrar las bolsas, sudorosa, le daba la impresión de que iba a reventarle una vena en el cerebro por el esfuerzo de un momento a otro. Su estridente voz poniéndolo firme le sacó de tan dulce pensamiento.

—¡Tú! ¿Es que no piensas ayudarme? ¡Coge las bolsas y escóndelas!

—Maruja... creo que deberíamos compartirlas con los demás, esto no está bien —dijo el enanito que manejaba el área encargada de la lógica en alguna parte del cerebro del *pobre* Mora. El que se encargaba de interceptar los pensamientos que supusieran un riesgo evidente antes de que llegasen al habla hizo su trabajo a las mil maravillas. Por la boca del *pobre* Mora se oyó un débil «Sí, Maruja», y se puso manos a la obra en la poco solidaria tarea de ocultación de alimentos.

—Negros... ¡negros! ¡Lo que me faltaba por ver... ¡Negros viviendo en MI edificio! Ojalá esa asquerosa *plasta* le haya caído encima a ese viejo hijo de puta y lo haya asfixiado... porque como caiga en mis manos se arrepentirá del momento en que decidió meter negros en mi casa...

—Hacer distinciones por el color de la piel es estúpido. Esos pobres hombres estaban destrozados por lo que le pasó a su amigo —pensó el *pobre* Mora. El enanito trabajaba a destajo, deteniendo todos los pensamientos dañinos en el camino a la zona del habla—. El grande me da pena. Parece tan triste...

Fallo en los sistemas. Las últimas frases llegaron a la sección del habla, y se convirtieron en sonido. Sonido audible. ¿Muy alto? ¿Lo suficiente como para que lo hubiese oído ella?

—¿QUÉ? ¿QUÉ HAS DICHO?

La voz —por llamarla de alguna manera— se hundió en el cerebro de Mora como un cuchillo caliente en mantequilla, trayendo desagradables recuerdos de pasadas reyertas, de días ya olvidados en los que ella le hacía daño... tanto daño...

—Na... nada Maruja —se atrevió a responder mientras cogía una de las bolsas rebosantes y se maravillaba de la impresionante fuerza de la mujer con la que, por alguna razón inexplicable que no alcanzaba a recordar, se había casado

hacía ya tanto tiempo que ni siquiera creía que hubiese habido una vida anterior a ella. Y además lo había hecho por amor. Ella se le acercó con una maliciosa sonrisa en la cara. Viéndolos juntos, parecía que la fuerza de gravedad de la inmensa masa de Maruja acabaría por atraer a la esquelética figura del *pobre Mora* sin remisión.

—Sí. Sí que has dicho —susurró Maruja, mientras se colocaba el dedo índice sobre los labios, en un claro gesto que imponía silencio. Una grotesca imitación de la fotografía de la enfermera que antiguamente presidía las salas hospitalarias. Cuando Maruja levantó su enorme puño cerrado, Mora cerró su único ojo y trató de pensar en otra cosa. El enanito que manejaba el circuito del dolor se puso a trabajar a destajo.

Rocío no podía alegrarse más de haber enviado a sus hijos arriba antes de que las cosas se desquiciaran. Eso había supuesto que se ahorraran las convulsiones de Lucio y la desaparición de Modou. No hacía falta ser un experto en psicología para darse cuenta de que eso les podría haber causado todo un extenso repertorio de pesadillas durante mucho tiempo. Y eso sin tener en cuenta que ella se había perdido el final de la función, cuando el italiano se sentó y habló a los presentes.

Mientras subía los escalones de dos en dos, sintió cómo la ansiedad iba creciendo a pasos agigantados. Al llegar a la puerta, le llegó el desagradable olor del vómito. No es que tuviera muchas esperanzas de que sus hijos lo hubiesen limpiado por propia iniciativa, lo que ocurría es que aquel momento de escapar corriendo de su casa en busca de una salida le parecía irreal y lejano, casi olvidado. Se quedó mirando la amalgama amarillenta que horas antes había estado dentro de su estómago, y de forma subconsciente trató de recordar qué alimentos habían sido en su origen, antes de convertirse en aquella cosa desagradable y maloliente, mientras rebuscaba en sus bolsillos la llave. Fue entonces cuando el corazón le dio un vuelco. Le había dado las llaves a sus hijos para que entraran en casa, de manera que la única forma de acceder al piso era que ellos le abriesen desde dentro. *Pero eso es imposible, porque les ha pasado algo. Algo malo, y tú lo sabes. Porque las madres están programadas para sentir cuando algo va mal, y tú lo has sentido abajo.*

Apartó los malos pensamientos con una sacudida de la cabeza y pulsó el timbre. Una sola vez, con calma. Porque mientras ella mantuviese la calma, los acontecimientos no se precipitarían. Oyó como el ascensor pasaba por la planta

sin detenerse. La reunión había acabado, y los vecinos estaban volviendo a sus pisos. Cuando comprobase que todo iba bien, que no había problemas con sus hijos, subiría a preguntar qué se había perdido. A la casa de las chicas. Esas dos muchachas no le caían mal, a pesar de no haber tenido mucho contacto con ellas. Volvió a pulsar el timbre, y no se sorprendió en absoluto al comprobar cómo le temblaba el pulso. Se sobresaltó al oír de nuevo al ascensor, que bajaba a recoger una nueva tanda de pasajeros a la planta baja. Esperó a que el corazón recuperase su ritmo normal, y ya no despegó el dedo del timbre.

Hasta que empezó a gritar y a llorar desconsolada, llamando a voces a sus hijos.

EL PRESENTIMIENTO DE ROCÍO.

Michael y Anna estaban esperando junto a Moussa y Abdou a que el ascensor quedase libre de nuevo, una vez que todos los demás vecinos hubieron abandonado el portal para hacer recuento de la comida y los elementos de utilidad que pudiesen tener en sus casas. Por eso llegaron enseguida, subiendo a grandes zancadas los escalones en busca del origen de los gritos. Al llegar al rellano de la primera planta se encontraron a Rocío arrodillada en el suelo, junto al charco de vómito, con el dedo pulsando de forma frenética el botón del timbre mientras gritaba una mezcla ininteligible de palabras, de la que, con mucho esfuerzo, se podían distinguir los nombres de sus hijos.

—¡Señora, cálmese! —dijo Anna abrazándola. Rocío luchaba con todo su ímpetu para evitar apartar el dedo del timbre. Ni por un momento pasó por su mente la idea de dejar de gritar su suplicante letanía.

Michael cogió la mano que Rocío estaba usando para aplastar el timbre entre las suyas, y aplicó una suave pero firme presión hasta conseguir que dejase de hacerlo. Al mismo tiempo, le hablaba con suavidad para intentar calmarla.

—Señora, por favor... díganos qué ha sucedido. Sólo así podremos ayudarla.

Abdou y Moussa estaban paralizados, sin saber qué hacer, el primero de ellos porque no entendía ni media palabra de lo que estaban diciendo, y el segundo porque ya había agotado sus *reservas de iniciativa* por ese día.

En la confusa mente de Rocío anidó el verbo *ayudar*. Eso fue lo que hizo que detuviese sus gritos y comenzase a controlar el ataque de histeria que estaba sufriendo. Sus hijos la necesitaban. Y aquellas personas le estaban ofreciendo ayuda. Al lado contrario del rellano, la mirilla de la puerta de *las viejas del Arca de Noé* se mantuvo abierta unos instantes, para caer de nuevo de forma silenciosa.

—Ha... ha pasado algo malo —tartamudeó Rocío—. Mis hijos no... no me abren la puerta...

Moussa se puso tenso al oír la palabra *hijos*, tanto fue así que Abdou lo detectó de inmediato, y lo obligó a traducirle las palabras de Rocío. El gigantón montó en cólera, y se puso a aporrear la puerta con tal violencia que pareció que

iba a derribar el edificio.

—Eh, eh, tranquilo amigo. Así no vas a conseguir nada —dijo Michael con tono conciliador.

—Todos nosotros dejamos familia en nuestro país —explicó Moussa, e hizo una pausa, en la que sus ojos se inundaron en lágrimas que se desbordaron y dibujaron una irregular carretera en su rostro mal afeitado hasta difuminarse al llegar a la barbilla. Inspiró profundamente, y continuó con voz temblorosa—. Yo he dejado allí a mi pequeño de dos años. Modou tiene... *tenía* tres hijos... su mujer no podrá salir adelante sin el dinero que él enviaba. Cuando... cuando salgamos de aquí Abdou y yo trabajaremos el doble para que ella no deje de recibir ayuda. Y él tiene tres hijas pequeñas —añadió, señalando al gigantón que había dejado de golpear la puerta para mirarlo. Aunque no entendía ni una palabra, las lágrimas que derramaba Moussa dejaban muy claro de qué estaba hablando—. Los echamos muchísimo de menos. Él quiere ayudar a que la señora pueda llegar a sus hijos.

Michael y Anna quedaron en silencio. El llanto de Rocío se había convertido en un murmullo que repetía sin cesar mientras se mecía hacia delante y hacia atrás en los brazos de Anna.

—Déjame intentarlo —dijo Michael tocando en el brazo a Abdou. Sacó una cartera del bolsillo trasero del pantalón, y rebuscó en ella hasta extraer una tarjeta de crédito—. Espero que no esté cerrado con llave desde dentro —añadió, y la introdujo por la rendija entre la puerta y el marco. Tras unos instantes de manipular la tarjeta, deslizándola por la zona en la que suponía que el pestillo se introducía en el marco, empujó hacia adentro con el borde del plástico al mismo tiempo que, con un golpe seco, se lanzaba contra la puerta, que se abrió con un crujido. Lo primero que vio al entrar fue que en la pared de enfrente de la puerta había un colgador sobre el que reposaba un llavero con las que, supuso, eran las llaves de la casa. Las cogió con la intención de dárselas a Rocío, pero ella no le dio ocasión.

—¡Hijos! —gritó la mujer y se levantó como impulsada por un resorte, arrasando a su paso a Michael e incluso al voluminoso Abdou. Corrió por el interior de la casa, llamando a voces a sus hijos, sin hallar respuesta. Al llegar a la sala de estar se detuvo y dejó escapar un horrendo grito. Sus cuatro vecinos, que hasta ese momento se habían mantenido a una respetuosa distancia, entraron en tromba por el pasillo. La escena que encontraron al llegar a la sala fue tan simple como demoledora. Rocío, que no había podido aguantar más la tensión,

estaba en el suelo, desmadejada, sin conocimiento.

Lo que había provocado su desmayo, era la silla que los niños habían acercado a la ventana abierta, para poder acceder a ella. Y sobre todo, la zapatilla de la niña que descansaba junto a la silla, indicando de forma inequívoca, que sus hijos habían salido por allí.

—¡Joder! —maldijo Michael mientras cerraba la ventana. Moussa se preguntó en silencio si iba a servir para algo el cerrar una ventana de cristal para tratar de contener a lo que sea que hubiese allí afuera.

Abdou recogió en sus brazos a Rocío como si pesara menos que una pluma, y le preguntó a Moussa qué había pasado. Cuando su amigo le contó sus sospechas, no pudo contener las lágrimas.

El grupo abandonó la casa después de asegurarse de que todas las ventanas estaban cerradas y aseguradas. Ninguno de ellos reparó en la cámara de vídeo que reposaba sobre la mesa de la sala de estar, con el piloto rojo parpadeando para indicar que seguía grabando, algo que haría mientras quedase espacio en la tarjeta de memoria, puesto que la habían dejado enchufada a la pared para que no hubiese problemas con la batería.

La cámara que Andrés, el hijo de Rocío, había usado para grabar su pequeño experimento. La investigación que él mismo y su hermana habían llevado a cabo unos minutos antes. Y cuyas escalofriantes imágenes estaban ahora convertidas en datos y almacenadas en la tarjeta de memoria, esperando a que alguien pulsara el botón correcto para visionarlas.

LA PRIMERA NOCHE.

Michael había dado tiempo más que suficiente a sus vecinos para organizarse y decidir qué hacer. Conforme fue transcurriendo el tiempo, la confianza inicial en que los rescatasen pronto se convirtió en un deseo más que en una posibilidad.

Habían pasado más de doce horas desde que se reunieron por primera vez en la planta baja, y tras un día desastroso en el que habían sufrido la desaparición de tres personas, dos de ellas niños, estaba claro que era el momento de organizarse. Lucio, el italiano, había vuelto en sí un par de horas antes, sin recordar absolutamente nada de sus convulsiones ni de sus extrañas palabras, y el único rastro que quedaba del incidente era un aparatoso vendaje que protegía la mano que había quedado dañada tras tocar con ella la sustancia.

Rocío, por su parte, descansaba en una cama de la habitación de invitados en el cuarto A, el piso de Marta y Lorena. Michael, con buen criterio, había pensado que no sería seguro dejarla en su casa, y mucho menos sin vigilancia, porque acabaría saltando por la ventana en busca de sus hijos. De todos los pisos en los que podía hospedarse, el de las chicas le pareció la elección más lógica teniendo en cuenta que en el resto, los ocupantes eran en su mayoría masculinos —y en Maruja, mejor no pensar—. Le habían administrado una buena dosis de Lorazepam, con la que, con un poco de suerte, descansaría hasta la mañana siguiente.

El ascensor se detuvo una vez más en la planta baja, donde los vecinos ya llevaban rato esperando, y donde la noticia de la desaparición de los niños había corrido como una chispa sobre un reguero de pólvora.

—¿Pero qué le ha pasado, señor? —preguntó Moussa al ver salir del ascensor al *pobre* Mora con la cara magullada. Había sido un error de Maruja el golpearle en el rostro. No es que Mora fuese asiduo a conversaciones con gente del exterior, pero ella tenía bien aprendida la lección, y los efectos de los golpes fuertes siempre quedaban ocultos bajo la ropa. Mientras menos sospechas se levantasen, mucho mejor.

—¿Y a ti que mierda te importa? Métete en tus asuntos. Se ha caído, que es un torpe —restalló como un látigo la desagradable voz de la mole hecha mujer, a la vez que empujaba a su marido para que no se detuviese a hablar con

aquellos negros metomentodo. El único ojo de Mora se cruzó con la mirada de Abdou, y por un fugaz instante el gigantón captó una infinita tristeza, una tristeza que pudo entender a la perfección a pesar de no hablar ni media palabra de español.

Con la llegada de Maruja y de su marido, se completó el cupo de vecinos, a excepción, claro está, de las *viejas del Arca de Noé*, que seguían encerradas sin dar señales de vida.

—Perdona... ¿puedo hablar contigo?

Albert se dirigió a Michael. Iba acompañado por Raúl, quien desde la escena en el cuarto de baño había conseguido entrever al verdadero hijo de Julia. Ahora rezaba porque pudiesen reunirse con ella e intentar por fin formar una familia, sin reproches ni ataques continuados.

—¿Sí?

—Mi nombre es Albert —dijo, tendiéndole la mano. Michael respondió al gesto con un fuerte apretón—. Parece que eres el que manda aquí, ¿no?

—Bueno... yo no lo veo de esa manera. Simplemente, tengo ciertos conocimientos que creo que se pueden aplicar en esta situación.

—Vale... *lo que sea*. He oído hablar a mi madre en el baño. No sé qué mierda es esa cosa de fuera, pero mi madre está aquí, en el edificio. Estoy seguro.

Michael miró a Raúl por encima del hombro del chico, lo que a él no le pasó inadvertido. El marido de Julia enarcó las cejas a la vez que se encogía levemente de hombros.

—¿Estás seguro que la oíste? Todos estamos bajo mucha presión, pero entiendo el extra que supondrá para ti el no saber qué le ha ocurrido.

—Sé perfectamente de lo que estoy hablando—. El inicio de la frase estuvo cargado de rabia contenida. —Y también sé lo que dijo. La misma mierda que largó ese amigo vuestro. Que nos quieren a todos y que seremos uno.

—¿Sólo la oíste tú? —preguntó Michael, mirando de nuevo hacia Raúl. Esta vez, Albert no quiso dejar pasar el gesto por alto, y se giró esperando el apoyo del novio de su madre.

—Ehhh... bueno, en realidad yo no puedo decir que la oyera... entré en

el baño al oírle gritar, pero...

—Vete a la mierda, tío —le cortó Albert, y se apartó de un tirón—. ¡Gracias por nada!

«Iba a decir que confío en ti, gilipollas» pensó Raúl mientras las viejas rencillas saltaban de nuevo a un primer plano en su mente, disolviendo lo que había sentido al verlo llorar desconsolado en el baño. Con tanta facilidad como había dejado de serlo, volvió a convertirse en el *cabroncete*.

Albert se metió al fondo del portal y se sentó en el suelo, haciéndose invisible para el resto de la gente. Había estado dándole vueltas a cómo era posible que oyese a su madre. Y la única opción razonable era que hubiese sido a través de los respiraderos del baño. Y justo debajo de ellos, vivían las viejas del primero B. Las únicas que no habían abierto la puerta. Eso es lo que quería decirle a ese tipo antes de que lo tratase de una forma tan gilipollas y condescendiente. Que estaba seguro de que su madre estaba encerrada en la casa de las viejas. Y que entraría allí por la buenas o por las...

—Fuiste el único que salió en defensa de ese pobre hombre —oyó decir a su lado. Levantó la vista, y sus ojos se cruzaron con los de Marta.

—No fue nada. No iba a dejar que esa tía borde lo echara a la calle. La he visto sólo un par de veces, y me han bastado para comprobar que no la soporto.

—Ya somos dos... me llamo Marta.

—Yo soy Albert, encantado...

—¿Te importa que me sienta?

—Hay suelo de sobra —respondió Albert dibujando un arco con su mano izquierda de lado a lado. En la otra, jugueteaba con un móvil de última generación.

—Parece que ahora mismo no sirven de mucho, ¿eh? —preguntó Marta mientras se sentaba a su lado, a pesar de que la respuesta era obvia.

—Nunca había estado tanto tiempo sin acceder a Internet... nada de Twitter, ni Facebook, ni Snapchat... mis amigos se estarán preguntando qué ha pasado conmigo...

En la pantalla del teléfono, volvía a aparecer una y otra vez el mensaje que avisaba de que el móvil estaba sin conexión.

—¿Crees... crees que todo sigue bien fuera del edificio? —preguntó ella. Tenía curiosidad por saber lo que pensaría una persona *normal* acerca de lo que estaba pasando. Entendiendo por *normal* a alguien que no hablase de fantasmas, extraterrestres o dimensiones alternativas como algo normal y corriente

—Claro. ¿Qué piensas, que esa cosa ha invadido el mundo entero? Ves demasiadas películas del *Syfy channel*, me temo.

—Bueno... no sé... ¿qué explicación le das entonces?

—Ni idea... puede que alguien estuviese transportando esa cosa por aire, y se les haya caído encima de nosotros...

Marta tuvo que reprimir una sonrisa. Aquello sonaba bastante peor que la idea de los extraterrestres.

—¿Y qué crees que es?

—Parece algún material aislante... no se puede negar que funciona de escándalo con las ondas... nada de televisión, radio, wifi... Quizás un experimento de algún tipo...

—Vale... aceptemos que es eso que dices... ¿cómo explicas entonces lo del hombre al que arrastraron hacia afuera? ¿O el numerito del italiano?

Albert aporreó la pantalla del móvil durante unos instantes, empeinado en conseguir aunque fuese una barra de cobertura.

—No tengo ni puñetera idea. Histeria colectiva, quizás.

Desde el otro extremo del portal, cierto *hermano friki* observaba la escena a distancia, sintiendo como los celos le atenazaban la garganta. Hubiera dado casi cualquier cosa por estar en el lugar de aquel tipo.

—Te la están levantando, hermano... vaya *matao* —susurró Alfonso al oído a Jaime. Estaba claro que disfrutaba con la situación más que con una de las pesadas bromas que ambos se dedicaban constantemente.

—¡Aparta, petardo! —protestó este último dándole un empujón. Alfonso estaba a punto de contraatacar con una de las suyas cuando Michael reclamó la atención de los presentes. Para que se le viese bien, subió un par de escalones.

—Vecinos, creo que debemos empezar a organizarnos... No sabemos lo que está pasando fuera, así que vamos a basarnos sólo en los hechos. Por una

parte, está clarísimo que todos queremos salir de aquí lo antes posible, pero es innegable que en el tiempo que llevamos encerrados, no ha habido ninguna acción de rescate. Es más, ni siquiera han intentado contactar con nosotros.

—¡Eso no demuestra nada! —gritó Maruja—. ¿Qué quieres decir, que nos van a dejar aquí? Y además... ¿a ti quien te ha dado vela en este entierro? ¿Llegas el último y te vas a poner tú a dar órdenes? —Conforme iba hablando, Maruja notaba como le hervía la rabia en el interior. Nadie iba a llegar a su edificio a cuestionar su poder. Ella era la que debía estar allí, acaparando la atención de sus súbditos, no aquel zarrapastroso rubio que, para más inri, no era propietario.

—No voy a dar órdenes a nadie, señora. Lo que ocurre es que tengo una serie de *conocimientos* —hizo una pausa al pronunciar la palabra— y creo que nos pueden ser de mucha utilidad si esta situación se alarga. En cualquier caso, por supuesto, no voy a obligar a nadie. Si le parece, votamos y que decida la mayoría...

—¡Y una mierda! —gritó aquel ogro disfrazado de señora. No estaba dispuesta a participar en una votación a mano alzada. Ella tenía la sartén por el mango. Si aquella situación duraba más de la cuenta, su despensa estaba lo bastante llena como para resistir lo que hiciera falta. Ya llamarían a su puerta aquellos zarrapastrosos a suplicarle un mendrugo de pan. Y por supuesto, en el momento en que todo aquello acabase, haría todo lo que estuviese en su mano para dar una patada en el culo al rubito, a la zorra y al italiano que no iban a olvidar en su vida. Ni tiempo iban a tener para recoger las cosas antes de que los echasen de su casa. Ya vería cómo.

A grandes zancadas, atravesó el pasillo y abrió la puerta del ascensor. Se quedó dentro unos segundos, sosteniéndola, y al ver que no pasaba nada, asomó la cabeza.

—¡Tú! ¡A qué esperas! —le gritó al *pobre* Mora. Durante unos instantes, se mantuvo un tenso silencio.

—N...no... no voy —susurró. Por primera vez desde que conoció a la que sería su esposa, se estaba atreviendo a llevarle la contraria.

—¿Qué... estás... diciendo? —preguntó Maruja con los ojos inyectados en sangre. Si se le hubiese podido tomar la tensión arterial en ese momento, la aguja del tensiómetro se habría puesto a girar a lo loco como una ruleta. Tenía los puños apretados y el rostro congestionado.

—Me quedo aquí, con ellos —respondió Mora en voz baja. Había echado un órdago, y ya no había vuelta atrás. Si subía con esa mujer a su casa, no saldría con vida de esa noche.

Maruja se le quedó mirando, fijamente, mientras él era incapaz de levantar la vista de su único ojo del suelo. La respiración de ella, agitada, parecía la de un toro a punto de embestir. A pesar del odio que le hervía en las entrañas, supo mantener la suficiente sangre fría como para contenerse, girarse sobre sus talones, y cerrar la puerta del ascensor sin decir nada.

—Estás muerto, pequeño cabrón hijo de puta. Muerto —susurró mientras el ascensor recorría con parsimonia el camino vertical que la llevaría a su casa.

Mientras tanto, en la planta baja, las palabras de Maruja habían dejado un ambiente gélido que lo envolvía todo como una telaraña espesa. El primero en romper el silencio fue Abdou, que comentó algo a Moussa en su idioma. Tras un intercambio de frases, Moussa se dirigió a Mora.

—Señor, será un placer para nosotros que se quede en casa el tiempo que necesite. Compartiremos lo que tenemos con usted.

—Gra... gracias —susurró Mora con el ojo empañado en lágrimas. Abdou le palmeó el hombro con una amplia sonrisa. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió entre amigos.

—Bueno, capítulo cerrado, entonces —añadió Michael en voz alta, y continuó a renglón seguido—. Es esencial que mantengamos un grupo de vigilancia continua aquí abajo. Si os parece, luego hablamos del orden en el que nos vamos a organizar. Ahora, vamos a descansar, porque no sabemos lo que nos van a deparar los próximos días, y a partir de mañana vamos a trasladar a un único sitio los alimentos y las medicinas, para poder llevar control sobre ellos. De momento, seguimos teniendo agua corriente, pero debo rogaros que no la malgastéis. No sabemos si estamos agotando las reservas de los depósitos, o si aún existe abastecimiento. Dejamos los baños para más adelante, ahora nuestra supervivencia es el principal objetivo.

La gente oía el discurso de Michael, y aunque como era lógico cada uno tenía sus propios sentimientos, la sensación generalizada era de incredulidad. Aquello no les podía estar pasando a ellos. No podían estar hablando de racionalización, de falta de alimentos o de agua, ni de servicios sanitarios a los que no se podía acceder. Y sin embargo, así era.

Poco después de que Michael diese por concluida la reunión, y aconsejase a todos los vecinos que subieran a descansar a sus pisos —a sus recién estrenados pisos, en el caso de Mora—, se estableció la primera guardia. Habían decidido que iban a hacerse por parejas. La mayor parte del tiempo estarían en lo que debía haber sido la residencia del portero, pero que acabó convirtiéndose en un almacén donde los vecinos guardaban los trastos cuyo destino verdadero debía haber sido la basura. Una vez cada hora, saldrían para comprobar a una distancia prudencial de la puerta de entrada que no había cambios en la sustancia. Una vez hecho, una persona se quedaría en el portal mientras que la otra hacía una ronda por las escaleras para asegurarse de que todo estaba en orden. Como, por fortuna, seguían teniendo suministro eléctrico y éste, al contrario del agua no debía agotarse con su uso, entraron en el cuarto de contadores y colocaron la luz del portal en posición fija, para que no se apagase constantemente en intervalos de tres o cuatro minutos. Si el edificio hubiese tenido la aljibe en la parte de abajo, hubiesen podido comprobar si seguían teniendo suministro de agua. Sin embargo, al ser una construcción con cierta antigüedad, los depósitos estaban en la parte de arriba de los tejados, y no se podía acceder a ellos sin salir al exterior.

La próxima reunión quedó establecida para el día siguiente, por la mañana. De momento seguían agarrándose a esos conceptos como a una tabla salvadora; mañana y tarde, amanecer, anochecer... aunque ya no tuvieran confirmación visual del día o la noche, sus cuerpos seguirían manteniendo esa cadencia aprendida durante largo tiempo, esa memoria genética de la luz y la oscuridad, y esperaban no tener que pasar allí tanto como para llegar a perderla. El objetivo primordial era crear un operativo para organizar las comidas, el racionamiento de los víveres, y, en definitiva, tratar de organizarse para resistir el máximo tiempo posible. Algo que iba a resultar difícil, por no decir imposible.

Así, la primera noche pasó sin ningún incidente reseñable. Al menos, en las zonas comunes. Sin embargo, lo que ocurrió en el primero B, en la casa de Rocío, donde la cámara aún continuaba en modo de grabación, agotando ya los últimos megabytes disponibles de su tarjeta de memoria, era otra cosa muy diferente.

NO HAY NADA FUERA

EL DESPERTAR DE ROCÍO

Rocío se despertó. Se sentía descansada, como no lo había estado en mucho tiempo. Se encontraba en ese estado en el que, sin estar ya dormida, era aún incapaz de tomar el control de su cuerpo al cien por cien. Con un esfuerzo que se le antojó titánico, consiguió mover su mano izquierda hasta la cara con la intención de quitarse el antifaz, pero en vez de un movimiento preciso, coordinando todos los músculos necesarios en mano, antebrazo y brazo, fue un movimiento de látigo, tosco, iniciado desde el tronco, que acabó con un golpe seco de la mano sobre su cara, sobre el lugar en el que debería haberse encontrado su antifaz, el que le permitía dormir evitando la mínima luz. Y sin embargo, allí no había nada. Sintió un creciente desasosiego, pero no podía precisar a qué era debido. Ya con más control sobre su cuerpo, dejó caer el brazo derecho extendido a su lado, y tropezó con el borde del colchón. Lo mismo le ocurrió con el izquierdo.

El corazón aumentó el ritmo de sus latidos sin previo aviso. Aquella no era su cama. No era una cama de matrimonio. Era mucho más estrecha. Una cama individual. Abrió los ojos, y todo siguió oscuro. Y con esa sensación llegaron los recuerdos, con la fuerza del agua que rompe la presa que la controla.

Su marido. Sus hijos. La sustancia.

Y entonces gritó.

Marta y Lorena llevaban ya despiertas un par de horas. Habían estado conversando delante de una buena taza de café caliente acerca del tema estrella, en el único lugar en el que podían controlar la hora, puesto que el reloj de pared de la cocina era analógico. El resto de relojes digitales de la casa, desde los de pulsera a los despertadores habían dejado de funcionar, mostrando sus pantallas en blanco como si la energía que recibían desde las pilas o desde los enchufes de la pared no fuese suficiente para alimentarlos, como si las reservas de aquellas pilas sólo diesen para mover, no sin esfuerzo, las agujas de sus antepasados. Lo que quiera que fuese lo que las había agotado, no afectó sin embargo a las baterías de los móviles ni de los portátiles. Los ordenadores en la casa parecían también estar sufriendo un extraño efecto más allá de la pérdida de conexión con el exterior: tanto la fecha como la hora en cada uno de ellos cambiaba de forma

aleatoria al reiniciarlos. De este modo, los únicos fiables parecían ser los aparatos que se basaban en la tracción mecánica, más allá de los que confiaban todo su funcionamiento, en mayor o menor medida, a los microchips.

El reloj de pared, único gobernante ahora del tiempo en la casa, indicaba orgulloso de haber recuperado su esplendor de antaño que eran las diez de la mañana del segundo día de *la sustancia* —decidieron llamarla así, porque les sonaba más atractivo para un futuro relato—. Durante ese tiempo, habían entrado a menudo a comprobar cómo se encontraba su invitada forzosa, pero claro, la *ley de Murphy* indicaba que tenía que despertarse cuando no hubiese nadie allí para calmarla, y eso era lo que acababa de suceder, a tenor del grito que se había oído en el cuarto.

Las dos amigas se levantaron a la vez, y corrieron por el pasillo hacia el cuarto de Lorena, que ahora ocupaba la invitada. Cuando llegaron allí, la encontraron levantada, agarrándose a la puerta del armario, aún mareada por el efecto del Lorazepam. Cuando las vio entrar de forma atropellada, se protegió con las manos, esperando el ataque de algo desconocido. Aunque no sin cierto esfuerzo, reconoció a sus vecinas.

—¡Mis hijos! ¡Dónde están mis hijos!

—Tranquilícese, señora —le respondió Marta, mientras la agarraba por un brazo y la ayudaba a mantener el equilibrio. Rocío sentía la cabeza cada vez más despejada, y el recuerdo de cómo sus hijos habían desaparecido le llegó con violencia, demoledor.

—Oh Dios mío... Te... tengo que ir a mi casa... mis hijos...

—Enseguida... *eeeh*... un momentito, vamos a esperar a que recupere las fuerzas —Marta le hizo un gesto con la cabeza a Lorena, quien no tuvo que darle muchas vueltas para darse cuenta de que su amiga quería que avisara a sus vecinos de enfrente y, por supuesto, salió a toda velocidad. Dejó abierta la puerta de su piso, y se lanzó a por el timbre de la del otro lado del rellano. Aunque a Lorena le hubiese encantado que le abriese el rubio, quien lo hizo fue el pequeñajo.

—¡Se ha despertado y está histérica! ¡Venid a echarnos una mano, por favor!

Lucio se le quedó mirando con la boca abierta, sin decir nada, como si no pudiese entender lo que estaba diciendo. Tenía los ojos medio cerrados.

—Eh... ¿Hola? ¿Una ayudita... por favor?

En un instante, como si hubiese hecho contacto algún circuito implantado en su cerebro, el italiano reaccionó... aunque no como a Lorena le hubiese gustado. Sus ojos brillaron con una chispa de inteligencia, como si su cerebro acabara de conectarse, y sus labios se curvaron en una sonrisa malvada, una sonrisa que hizo que la piel de los brazos de Lorena se convirtiese en un paisaje de diminutos montículos, uno por cada vello de su piel.

—¿Qué pasa? —preguntó Michael asomándose al pasillo desde el interior de la casa. La expresión de Lucio cambió una vez más al girarse para hablar a su compañero de piso, ofreciendo en este caso una nueva versión, diferente a la de bobalicón o a la sádica: la de una normalidad absoluta, teñida de una leve preocupación.

—La señora ha despertado. Vamos a echar una mano —dijo, y salió hacia el piso de las amigas, no sin antes dedicar de nuevo una sonrisa terrorífica a Lorena, que se apartó de su camino con la cara desencajada. Michael y Anna lo siguieron de inmediato, y esta última se dio cuenta de que algo raro sucedía.

—¿Niña? ¿Estás bien?

—S... sí... Eso creo. Serán los nervios por esta maldita situación —mintió, y decidió de momento guardar sus impresiones acerca de Lucio y sus extraños cambios de humor. Hasta que pudiera hablar con Marta.

Cuando volvió a la habitación, aunque Rocío continuaba llorando en silencio, estaba mucho más calmada. Le habían prometido que iban a bajar a su piso a intentar encontrar algún rastro de sus hijos.

No podían siquiera llegar a imaginar lo que les esperaba tras aquella puerta cerrada.

IGNACIA EN EL ESPEJO.

Antes de que llegase la sustancia, las *viejas del Arca de Noé* seguían su ciclo diario en base al sol que entraba por las ventanas o se retiraba de ellas, y al antojo de los animales que pululaban por cada rincón de la casa. Ahora, sin esa referencia, y sin el ruido de los animales, estaban perdidas por completo. La noche anterior habían estado levantadas hasta las tantas, desorientadas por la falta de televisión y de luz diurna. Esa mañana, aunque ya eran pasadas las diez, Eugenia seguía durmiendo como una bendita. Todo lo contrario que Rogelia, que se había levantado con las primeras luces del alba, si es que más allá de aquella extraña *plasta* seguía habiendo un alba. Una vez había comprobado que su hermana estaba bien, aunque profundamente dormida, cerró la puerta de su habitación para evitar que el loro la despertase con su estruendosa cacofonía, una desquiciante espiral de ruidos de la calle mezclados con frases inconexas y, como no, su repertorio habitual de palabrotas.

Rogelia se dirigió al cuarto de baño, arrastrando los pies en sus gastadas zapatillas de andar por casa y teniendo cuidado de no resbalar en los cúmulos de trapos sucios y hojas de periódico. Al llegar, encendió la luz fluorescente, que parpadeó con un ritmo frenético durante un buen rato, grabando postales de luz en su retina hasta que, finalmente, se estabilizó con una insegura claridad blanca que parecía iba a apagarse en cualquier instante. La anciana cerró la puerta y, desoyendo los consejos que su hermana repetía hasta la saciedad, echó el pestillo, haciendo imposible el acceso desde fuera. Se acercó al lavabo, puso el tapón, y dejó correr el agua. Hacía años que no se bañaba, los mismos que llevaba sin poder levantar la pierna para acceder al interior de la bañera. Eso mismo les ocurría a sus dos hermanas, por lo que el accesorio de aseo había terminado sirviendo para otros usos, lo que, en aquella casa, quería decir que se había convertido en otro sitio en el que almacenar mierda.

El aseo diario de las tres hermanas consistía en *lavarse como los gatos*, con un poco de agua en el lavabo y, de vez en cuando, un poco de jabón. Si se sentían con ganas, una vez cada cierto tiempo se daban un lavado *a fondo* e incluso usaban el bidé. Pero eso solo de vez en cuando.

Aquél no era uno de esos días. Los acontecimientos habían dejado a Rogelia sin muchas ganas de nada, así que puso el tapón en el lavabo y dejó que se llenase con el agua del grifo hasta la mitad. Luego, metió los dedos índice y

medio de ambas manos en el agua, y se frotó con ellos los ojos. Sin abrirlos, tanteó en busca de la toalla que estaba en el colgador, y que tenía todo el aspecto de poder salir andando por sí misma si se la ponía en el suelo. Con los ojos entrecerrados, la inspeccionó a apenas un palmo de distancia en busca de un centímetro de superficie textil que no estuviese cubierta de suciedad, y se restregó los ojos con ella. Cuando fue a soltar de nuevo la toalla en el colgador, vio a Ignacia en el espejo.

—¡Hermana! ¿Qué haces ahí? —preguntó mirando la imagen de su hermana, absorta. En el espejo, Ignacia la miraba sonriente. Nunca la había visto con tan buen aspecto. A decir verdad, la realidad era que como no la había visto nunca era así, tan limpia.

—Hola Rogelia. ¿Cómo te encuentras? —dijo la imagen del espejo.

—Bien. ¿Cómo te has metido ahí? —respondió, preguntando a su vez mientras acariciaba la lisa superficie del espejo.

—Han sido *ellos*.

—¿Ellos? ¿Los *piojosos*? —preguntó, refiriéndose a sus vecinos.

—No. No ellos. Los *de fuera*.

—Sí que estás rara con tanto misterio. ¿Te vas a quedar con nosotras?

—Sí. Pronto estaremos juntas. Pero antes gastaremos una broma a Eugenia, si tú me ayudas.

—¿Una broma? No sé yo... ya sabes cómo se pone la hermana cuando se cabrea.

—Anda, verás lo que nos vamos a reír... Pero no puedes decirle que me has visto. Será nuestro secreto.

Rogelia se quedó un instante en silencio, sopesando las consecuencias que podría tener la broma. Al final, pesaron más *pros* que *contras*. Después de todo, le serviría para entretenerse un rato, ahora que estaban sin tele y las horas se hacían interminables.

—Venga, cuéntame...

La sonrisa de Ignacia en el espejo se curvó de una manera extraña, dándole un aspecto maléfico. La vista cansada de su hermana la libró de captar

ese detalle, algo de lo que se habría arrepentido más adelante si no viviese en su versión particular del mundo, en la que todo acababa tendiendo al rosa.

VIVIR SIN MIEDO.

El reloj que Mora tenía en el estómago lo despertó a las ocho treinta de la mañana, como lo había estado haciendo todos y cada uno de los días de su vida desde que comenzó a ser productivo en el mercado laboral. El fatídico accidente que lo privó para siempre de la capacidad de tallar piedras preciosas y de trabajar metales nobles, no afectó sin embargo a su reloj interno, que siguió funcionando, para bien o para mal.

Eso fue lo único que esa mañana se mantuvo igual que en las de todos los años anteriores. El resto había cambiado para bien. Para excelente, si es que se podía usar esa expresión. Por primera vez en mucho tiempo, Mora había dormido a pierna suelta, sin miedo. Sin escuchar el desquiciante sonido de Maruja en la habitación de al lado. Sin rogar por no encontrar a su señora esposa con los cables cruzados al levantarse. Por primera vez desde que cometió el inexplicable error de casarse con ella, era libre.

Estaba en el piso del señor Antonio, que para sorpresa de su mujer, y para la suya propia, había sido realquilado sin su permiso a un grupo de africanos. Y si eso había sido toda una sorpresa, mucho más aún lo había sido, y además de una forma muy agradable, el cómo aquellos desconocidos lo habían aceptado como uno más en el grupo. Tras la desgraciada pérdida de uno de sus compañeros, Modou, en el piso había sitio de sobra: dos camas y un sofá, y aunque Mora había insistido mil y una veces en ser él quien durmiese en este último, Moussa y Abdou se negaron rotundamente. Era curioso como el gigantón Moussa había hecho tan buenas migas con él en tan sólo unas horas de convivencia, hasta llegar al punto de que, en la mayoría de las ocasiones, ambos podían comprenderse a la perfección con la ayuda de gestos y expresiones faciales. Lo que Mora no sabía era que Moussa había pasado tantas penurias en la vida que tenía una especie de sexto sentido, un radar que le decía sin palabras que aquel *simpático señor pequeño* llevaba años sufriendo un infierno del que tenían la obligación de rescatarlo.

Mora había disfrutado de todos y cada uno de los minutos que componían la hora y media que transcurrió desde las ocho y media hasta las diez, que fue cuando despertaron sus compañeros de piso. Al abrir su único ojo sano se sintió desorientado, perdido. Se incorporó en la cama con el corazón golpeando con fuerza en su pecho. Le dolía todo el cuerpo, y al mirarse en el espejo del baño, descubrió que la paliza había sido algo más fuerte que las de

costumbre, o al menos que las marcas habían quedado con bastante peor aspecto. Tratando de hacer el mínimo ruido posible, se lavó las heridas y rebuscó en el mueble hasta encontrar un desinfectante, que usó sobre las que lo necesitaban aguantando el dolor con lágrimas contenidas. Luego, volvió a la cama y se sentó, con la espalda apoyada —con muchísimo cuidado— sobre la cabecera de madera. En esa postura, repasó los últimos años de su desesperanzadora vida, con la tristeza reflejada en el rostro. Hasta que llegó a la noche del día anterior.

Un punto de inflexión.

No lo había previsto, y es más, si lo hubiese hecho, estaba convencido de que no hubiera sido capaz de llevar el plan hasta sus últimas consecuencias. Pero había surgido de repente, de la nada.

No.

Le había dicho *no* al monstruo. Y el monstruo intentaría vengarse, de eso no tenía duda alguna. Ella no permitiría que le llevase la contraria. Pero ahora, en este preciso momento, era libre. Por primera vez desde que la conoció. Y quién sabe si ahora, también por primera vez, pudiese hacerle frente. Porque ahora no estaba solo. Los tenía a ellos. A pesar de que los conocía desde hacía sólo unas horas, había sentido una empatía instantánea. Se preocupaba por ellos, y ellos por él. Estaba seguro de que no iban a permitir que Maruja le hiciera daño de nuevo.

Se levantó, y se vistió con la única ropa que tenía, la que llevaba puesta cuando huyó. Ya vería de qué forma podía —y si podía— acceder a su vivienda para recoger sus cosas. Ya arreglado, salió del cuarto y dio una vuelta por la casa. Sus compañeros dormían plácidamente. Se quedó mirando a Abdou, intentando imaginar la vida que había dejado atrás. Estaban solos en España, pero tenía el absoluto convencimiento de que alguien los esperaba en su país. Esposas, probablemente hijos. Él estaba sólo, por completo. Su única familia era el monstruo.

Paseó hasta el salón, donde dormía Moussa. No entendía como aquel hombre tan inmenso podía descansar en un sofá tan pequeño. Y sin embargo, había insistido en cederle su cama, y no consintió que su compañero durmiese en el sofá, lo que hubiese sido bastante más lógico. Cuando estaba a punto de volver a su habitación —ni se le pasaba por la imaginación el despertarlos— Moussa abrió los ojos y le dedicó una enternecedora sonrisa, a la vez que lo saludaba con la mano y le decía algo, por supuesto, incomprensible para él.

—Ho... hola. Disculpa, no quería despertarte. Yo me... me vuelvo al cuarto, no te preocupes, sigue durmiendo. —Hizo un gesto y señaló la habitación en la que había descansado sin preocupaciones por vez primera desde que Maruja se cruzó en su vida.

Moussa le dedicó una ristra de palabras encadenadas sin perder la sonrisa. Luego levantó la voz, y de entre el galimatías, Mora pudo distinguir el nombre de Abdou.

—No, no —dijo Mora, levantando y bajando las manos con suavidad. Llevaban demasiado tiempo diciéndole que era una molestia, tanto que él lo había asumido por completo. De nada sirvió el gesto, puesto que Moussa ya estaba despierto y asomó al pasillo, desperezándose ruidosamente. A pesar del pánico que les provocaba la sustancia, de la incertidumbre acerca de lo que les deparaba el futuro más inmediato, tenían tanto cansancio acumulado que podían dormir como si estuviesen libres de preocupaciones.

—Señor Mora, buenos días... ¿ha dormido usted bien?

—Sí... Sí, claro... no quería despertaros...

—Oh, no se preocupe... esta noche hemos dormido tres veces más tiempo de lo que lo hacemos normalmente —le tradujo en dos frases cortas a Abdou, que respondió asintiendo con una carcajada—. Vamos a desayunar, y si le parece bien bajaremos al portal. Aún falta bastante para la reunión —dijo, mirando el carillón que Antonio tenía en el pasillo—, pero de todos modos no hay gran cosa que hacer aquí arriba.

—Perfecto. No quiero ser una molestia, de hecho en casa no suelo desayunar casi nunca *porque ella no lo considera necesario* —completó mentalmente, pero se guardó la apreciación para sí mismo.

—Hoy, al menos, tenemos para poder hacerlo. Mañana Dios dirá —añadió Abdou subiendo la voz conforme se alejaba en dirección a la cocina. El desayuno fue tan austero como se puede esperar en la casa de quien no tiene recursos, pero a Mora le pareció el manjar más delicioso que había probado en su vida.

Minutos después, salieron al rellano y enfilaron las escaleras hacia el portal. No les apetecía esperar a que el ascensor llegase a la planta, y en realidad el camino hacia abajo se hacía sin ningún esfuerzo. Cuando Abdou y Moussa comenzaron el descenso, Mora no pudo evitar echar un vistazo de soslayo hacia

la puerta tras la que habitaba el monstruo. La mirilla estaba abierta, porque veía el resplandor que generaba la luz de la lámpara del recibidor. Hasta que se oscureció. Era *ella*. Sentía su mirada atravesándolo como una daga envenenada. Estaba allí, a sólo unos metros, separada de él tan sólo por unos centímetros de madera. Sería tan fácil dejarse arrastrar de nuevo tras esa puerta, y recibir el castigo. Luego, todo volvería a ser igual, no tendría que huir, no tendría que...

—¿Señor? ¿No viene?

La voz de Abdou actuó como un antídoto contra el veneno que lo estaba invadiendo. Mora recuperó el sentido común con la misma inmediatez con la que la luz volvió a la mirilla, y salió corriendo antes de verse atrapado de nuevo en las redes del monstruo.

PERVERSAS ALIANZAS.

Marta y Lorena habían bajado por las escaleras mientras sus tres vecinos, junto a Rocío, usaban el ascensor. La idea de Michael era llegar a la entrada del edificio, hacer un recuento de los vecinos presentes, y luego enviar a Lucio a llamar a las puertas de los que no estuviesen allí, además de pedir a alguien que acompañase a Rocío a echar un vistazo a su piso. Aunque estaba convencido de que, por desgracia, no iba a encontrar nada, puede que al menos sirviese para calmarla. Mientras tanto, él iba a estar organizando las cosas allá abajo para una reunión que se presumía tan importante como tensa. El objetivo estaba claro, pero no por ello dejaba de ser complicado: conseguir que unas cuantas personas que estaban acostumbradas a vivir en pisos independientes unos de otros, se comportasen como si viviesen en una comuna. Era imprescindible establecer una única despensa en la que se almacenase todo el alimento disponible en el edificio. O comenzaban a racionar ya la comida, y a alimentarse de forma inteligente teniendo en cuenta los recursos de los que disponían, o se verían en serios problemas en cuestión de días. Y lo mismo se podía decir de las medicinas. El agua, de momento, parecía fluir con normalidad, aunque tampoco convenía malgastarla. Más valía prevenir que pasar sed. El civismo es una fina capa que se disuelve enseguida bajo las condiciones adecuadas, y a menos que se tomasen las medidas oportunas a la voz de ya, las cosas se iban a poner muy difíciles. Ahora, lo esencial era hacer que unas personas que no estaban habituadas a la disciplina, se adaptasen a una cercana a la militar. Si finalmente aparecía alguien y los rescataba, y de una puñetera vez por todas les explicaba qué era lo que estaba pasando, genial. Pero si no era así, y la situación se eternizaba, tenían que estar preparados.

Nada más salir del ascensor se encontraron con Moussa, Abdou y su recién adoptado compañero de piso. Los hermanos frikis también estaban allí, así que sólo faltaban a la reunión Albert y su *padraastro* Raúl, eso dando por supuesto que ni las viejas del primer piso iban a aparecer, ni tampoco la desagradable Maruja, después del mutis por el foro que hizo el día anterior. A pesar de ello, Michael pidió —ordenó— a Lucio que, además de avisar a Albert y Raúl para que bajasen, lo intentara tanto con una como con otras.

Así, Lucio subió las escaleras, y llamó varias veces a la puerta de *las viejas del Arca de Noé*. Por supuesto, nadie abrió, pero el timbre despertó a Eugenia de su sueño tan solo unos minutos después de que Rogelia terminase lo

que su hermana le había pedido que hiciera desde el otro lado del espejo.

Tras esperar unos instantes, Lucio subió a la planta siguiente para encontrarse con que Albert y Raúl acababan de cerrar la puerta de su piso y se dirigían hacia el ascensor.

—Hola —saludó Lucio sonriendo—. Justo ahora venía a avisarles de que ya estamos preparados para la reunión.

—Ya, suponía que llegábamos tarde —dijo Raúl, visiblemente enfadado—. No tenemos ni un puñetero despertador a pilas. Es el problema de vivir en una casa en la que hasta la cisterna del baño funciona con wifi —exageró—. La mirada que Albert le dedicó podría haber fundido el acero. —¿Somos los últimos en llegar?

—Bueno, depende de si la vecina de arriba viene o no, ahora voy a avisarle. En cualquier caso, aún no hemos empezado.

—Bajamos entonces. Ahora nos vemos —se despidió con una sonrisa y un gesto de la mano. Albert esperó a que hubiese al menos un tramo de escaleras de distancia entre ambos antes de iniciar el descenso, a un ritmo mucho más cansino, con desgana. Seguía dándole vueltas a la idea de que su madre estuviese encerrada en el piso de las viejas, y la reunión podría ser el momento perfecto para intentar entrar. Mientras bajaba, se lamentó por no poder acceder a google y encontrar dos o tres docenas de métodos para poder abrir una puerta explicados paso a paso y con enlaces a los videos en YouTube.

Lucio llegó a la puerta de Maruja casi a la vez que Albert y Raúl alcanzaban la planta baja, así que esperó un tiempo prudencial para asegurarse de que nadie oía lo que tenía planeado decir. A lo lejos, no sin cierto esfuerzo, se podía escuchar el rumor sordo de la gente agolpada en el portal, hablando de mil cosas a la vez. Lo estaban esperando a él, así que no disponía de mucho rato. La transformación que horas antes se había producido ante los ojos de Lorena tuvo lugar de nuevo, y la expresión relajada del rostro de Lucio se transformó como por arte de magia en otra, malvada, casi sádica. Y *el otro Lucio* pulsó el botón del timbre del piso de Maruja, y lo mantuvo pulsado incluso cuando ésta, sin abrir la puerta, contestó con desprecio.

—¿Qué mierda quieres?

—Quiero hablar contigo. Ábreme la puerta.

—Sí... estás tú listo —lo primero que se le pasó por la cabeza era que el *huevón* había soltado prenda sobre todo lo que guardaban en la despensa, y que éste era el primer intento de contacto para llevárselo todo. Pero Maruja, además de ser desagradable hasta extremos casi inimaginables, era ante todo una mujer inteligente, y desestimó la idea enseguida. Por varias razones: el *huevón* era incapaz de arriesgarse hasta tal punto. Sabía que la había desafiado, la había ninguneado, había osado desafiar su poder, pero aquello no era más que una rabieta de niño pequeño que olisquea la libertad. Volvería. Claro que volvería. Y entonces, oh sí, entonces iba a saber lo que era un castigo de verdad. Para rematar, dejando de lado ese asunto, estaba el enano del otro lado de la puerta. Si estaban intentando convencerla de que abriese, no habrían enviado al enano, que inspiraba cualquier cosa menos confianza. Hubiesen enviado a las niñas, al rubio macizo, o incluso, en última instancia, al *huevón*. Y sin embargo, allí seguía aquel tipo desagradable, sin levantar el dedo del timbre. Se le pasó por la cabeza la idea de abrir y tumbarlo de un soberano sopapo. La mirilla le permitía, con su efecto de *ojo de pez*, tener la seguridad de que no había nadie oculto esperando a saltar sobre ella, de modo que la mala leche que hervía en sus tripas, aderezada con el desquiciante sonido del timbre, hizo que pasara por alto cualquier precaución.

Lucio levantó el dedo del timbre al escuchar descorrerse el cerrojo. La masa corporal de la mujer que apareció tras la puerta era inmensa en comparación con la del hombre que esperaba fuera. Maruja miró a lado y lado, solo para cerciorarse de lo que ya sabía, allí no había nadie más que el *enano*. Entonces, y solo entonces, lo miró. Y vio algo en aquellos ojillos brillantes, en aquella sonrisa desagradable, que la descolocó por completo.

—¿Puedo pasar? Tenemos que hablar de negocios.

Y Maruja, con todo lo grande que era, no pudo hacer otra cosa que obedecer. Se apartó, y dejó que Lucio penetrara en aquel recargado museo a la santa voluntad de la mujer, y que tantas horas de sufrimiento había visto padecer a Mora.

Lo que se trató en los minutos siguientes entre ambos produciría muchísimo sufrimiento en el futuro a las personas que, ignorantes a lo que se maquinaba tan solo unas plantas por encima de sus cabezas, esperaban a que Lucio volviese para comenzar la reunión.

ESTAR SIN ESTAR.

El ruido del timbre había arrancado de manera brusca a Eugenia de un sueño intranquilo pero reparador. Necesitó unos segundos para ubicarse, para recordar que, a pesar de que por las ventanas no entraba la luz solar y que lo único que bañaba la puerta de su cuarto era el lánguido resplandor de las luces del salón, podían ser tanto las diez de la noche como las de la mañana. El reloj que regía su organismo estaba tan oxidado como cabía esperar por su edad, y curiosamente en ella provocaba que tuviese hambre a todas horas. Por lo tanto, ni siquiera se podía hacer una idea del tiempo que había pasado desde la anterior comida por el ruido de su estómago. Y para acabar de arreglarlo estaba la diarrea. Antes de acostarse habían agotado las últimas reservas de alimento “para humanos”, por lo que le había dado un buen tiento al pienso seco para perros. No estaba mal de sabor, pero no parecía haberle sentado nada bien. De hecho, había tenido que levantarse un par de veces para ir al baño. Si seguía así, no iba a tener más remedio que salir y pedir ayuda a los piojosos. Después de todo, no era más que una desvalida anciana, seguro que alguno de aquellos gilipollas se apiadaba de ellas y les echaba una mano.

Pero eso sólo si era absolutamente imprescindible.

Se incorporó en la cama, bajó las piernas, y esperó unos segundos a que el mundo se estabilizara a su alrededor. Tanteó con los pies en la penumbra y tuvo que apartar un considerable montón de bultos inclasificables para dar con las zapatillas. Cuando lo consiguió, se aseguró de que el horizonte había dejado de dar bandazos y se puso de pie. Maldiciendo al mundo en general por ningún motivo en concreto, como hacía a diario, arrastró los pies hacia el salón, donde Rogelia la esperaba sentada, con una sonrisa mal contenida en la cara.

—¿Y a ti qué coño te pasa, *gilipoya*? ¿*T’as levantaó mú* contenta, no? — preguntó con su peculiar acento.

—No me pasa nada —rió por lo bajo— Están llamando a la puerta desde hace un rato.

—¿No has *mirao* quién es, *joia*? —preguntó mientras arrastraba los pies con relativa rapidez hacia la puerta. Un nuevo rugido en su estómago le avisó de que puede que no fuese mala idea establecer contacto con aquella gentuza antes de que la cosa fuese a peor. Sin embargo, al apartar la tapa de la mirilla y

acercarse, descubrió que no había nadie fuera. Quien quiera que fuese el que llamaba al timbre, se había aburrido y se había ido.

—¿Han *llamao* muchas veces? ¿Por qué no me has *desperta*o? — preguntó intrigada mientras volvía al salón apartando papeles y desperdicios varios en cada paso que arrastraba. No sabía qué, pero algo no terminaba de encajar en la situación. Oyó como el loro cabrón revoloteaba de un lado a otro del salón levantando una corriente de aire que movió papeles encima de los muebles.

—*Joío* loro, siempre dando *porculo* —protestó levantando la vista hacia el techo. No consiguió verlo, pero no le dio mayor importancia—. *Porculo. Porculo* —oyó repetir a Pirata, fiel a su costumbre de aprenderse tan sólo las palabras malsonantes.

Rogelia volvió a dejar escapar una risita enigmática.

—*Ojú*. ¿Pero qué coño te pasa? ¿Has *desayunao* ya?

—No, te estaba esperando. No sé qué comer.

—*Pos* lo mismo que ayer. Pienso *remojao* en agua. ¿Qué quieres, que salga a la calle? —Al decirlo, no le pareció tan mala idea. Lo que no se le ocurrió era que no había manera de saber si seguía habiendo una calle a la que salir, o una tienda a la que ir a comprar.

—Es que sabe muy asqueroso. ¿No hay otra cosa?

—*¡Asqueroso! ¡Asqueroso!* —gritó Pirata mientras una nueva corriente de aire volvía a poner desorden en donde ya parecía imposible.

—¡Mierda de loro! —chilló Eugenia manoteando al aire, a ver si conseguía pillarlo—. ¿Pero dónde coño se ha *metío*?

Aquello ya fue demasiado para Rogelia, que no pudo aguantar más y rió a grandes carcajadas mientras se agarraba la barriga. Los ojos se le inundaron de lágrimas y se bamboleó peligrosamente sobre la silla en la que estaba sentada. Le costó un buen rato recuperar el aliento, antes de poder hablar.

—¡Ay que tonta eres! ¡No te has dado ni cuenta!

—¡Ya me estoy cabreando! ¿Que *cohone* te pasa con tanta pamplina?

El loro siguió revoloteando, fuera de sí, llenando el salón con el sonido

de sus alas al batir. Sin embargo, en esta ocasión no dijo palabra, sino que graznó de una forma extraña, como Eugenia nunca lo había oído antes.

Rogelia se secó las lágrimas con el dorso de la mano, y al acabar, se quedó mirándosela con expresión bobalicona antes de explicarse.

—¡Es una broma!

—¿Qué coño broma ni broma? ¿*Qué* estás diciendo?

—Me lo dijo Eugenia, desde el espejo. Como ella no podía salir, me dijo lo que tenía que hacer...

Eugenia parpadeó, incrédula. Sabía que su hermana hacía *cosas raras* por naturaleza, y que pasaba la mayoría del tiempo viviendo en su propio mundo, pero aquello era demasiado... ¿podía estar perdiendo la cabeza? ¿Cómo dijo el médico ese de la tele que se llamaba aquella enfermedad?

—De... ¿de qué estás hablando? —preguntó, sintiendo como su corazón se aceleraba.

—¡El loro, tonta! ¿No ves que no está?

Levantó la cabeza y buscó al animal, ansiosa. No lo veía por ninguna parte. Como si el loro quisiera demostrar su presencia, el sonido de su aleteo llenó una vez más el salón apartando de la frente sudorosa de Eugenia un grupo de canas amarillentas que, de escasas, no alcanzaban ni siquiera la categoría de mechón.

—Eugenia me dijo desde dentro del espejo que lo metiera en la jaula y lo tirase a eso de la ventana.

—¿Estás loca? ¿Has *tirao* a Pirata a la mierda esa?

—¡Que no te preocupes, que Eugenia me lo explicó todo! Lo metí en su jaula, para que no se hiciera daño, y lo empujé con cuidado, antes de que se asustara demasiado. ¡Al ratito de echarlo, volvió!

—¿Qué volvió? ¿Y dónde está, que lo escucho pero no lo veo?

—¡Esa es la broma, tonta! ¡Es invisible! ¡Eugenia ha hecho magia y ha vuelto invisible a Pirata!

El loro pareció volver a revolotear a baja altura. Los papeles de encima de la mesa del comedor salieron despedidos, a la vez que el animal emitía un

extraño graznido, parecido a una risa.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! —gritó Eugenia, tendiéndole la mano a su hermana, que no entendía nada. Con mucho esfuerzo, se levantó de la silla y ambas iniciaron su particular versión de una huida —que dejaba mucho que desear en cuanto a velocidad— hacia la puerta de la calle, perseguidas por el aleteo y los gritos del loro que estaba, sin estar.

ALGO HA PASADO AL OTRO LADO DE LA PUERTA.

—Quiero ir a mi piso. Me prometisteis que podría ir a buscar a mis hijos.

Rocío llevaba unos minutos con la mirada perdida, repitiendo la frase como una letanía, y había ido intensificando el tono conforme iba pasando el tiempo. Michael pensó que no tenía más remedio que pedir a las chicas que la acompañasen incluso antes de lo que tenía previsto en un principio. La mujer comenzaba a preocuparlo. Estaba preparado para manejar la situación, pero no si ella perdía los estribos. Podría hacerse daño, o provocar que alguien se lo hiciera. Hizo una seña a Marta y Lorena para que se acercasen, lejos de donde Rocío pudiese oírlos.

—Chicas... ¿os importaría acompañar a Rocío a su piso? Preferiría que no subiese sola... —dijo, mientras les acercaba las llaves que tenía en su poder desde que entraron el día anterior tras forzar la puerta con la tarjeta de crédito.

—No... ¿nosotras? —tartamudeó Lorena, mirando a su amiga, que estaba tan sorprendida como ella misma—. No sé... está muy nerviosa, no sé si podremos...

—Yo subo con vosotras. Entre las tres podremos manejar cualquier situación.

Las amigas se giraron y se encontraron con Anna, quien cogió las llaves de la mano de Michael. La seguridad que destilaba sirvió para compensar la que les faltaba a ellas.

—Bueno... supongo que podremos hacerlo —dijo Marta sin demasiada confianza, buscando apoyo en los ojos de Lorena. Antes de darles tiempo a que cambiasen de idea, Michael se alejó de ellas dando una palmada.

—¡Perfecto entonces, lo dejo en vuestras manos! Si os parece, podéis ir ahora, antes de que baje Lucio.

—Rocío, ¿te importa acompañarnos? —pidió Anna. La mujer pareció salir de un trance.

—¿Vamos a mi casa?

—Sí, te vamos a acompañar Marta, Lorena y yo... pero me tienes que prometer que nos vas a hacer caso y te vas a portar bien, ¿vale?

Marta no pudo evitar el pensar que la estaban tratando como a una niña pequeña, pero quizás Anna no estaba tan desencaminada. Rocío tenía todo el aspecto de una persona a punto de derrumbarse. Sin embargo, la perspectiva de entrar en su casa pareció insuflarle unos ánimos que momentos antes eran impensables.

—¡Vamos! ¡Me están esperando, lo sé! —gritó y corrió hacia la escalera. Michael y Anna cruzaron una mirada de preocupación antes de que ella saliera corriendo tras Rocío.

La idea de poder encontrar a sus hijos hacía que, más que correr, volase sobre los escalones. Marta y Lorena salieron en pos de ambas, y aunque al principio iban igualadas, pronto la mejor forma física de Marta hizo que tomase la delantera, de modo sólo Lorena se encontraba en la entreplanta cuando se oyó el extraño sonido que surgía de detrás de la puerta de metal que, hasta donde ellos sabían, debía llevar al cuarto de contadores, o quizá a la aljibe si es que el edificio tenía una. Al principio fue solo un rumor apagado que hizo que ella se detuviese, sorprendida, pero fue subiendo de intensidad como si algo se acercara desde el otro lado de la puerta. El sistema de alarma personal de Lorena le pedía que corriera, que subiese los escalones hacia la seguridad de la primera planta donde la esperaban las demás, pero la curiosidad se lo impedía. ¿Había algún animal allí encerrado? ¿Un perro? Se oía un jadeo entrecortado, parecido al de un perro sediento. La chica se aproximó a la puerta, y colocó las manos sobre ella. Sentía una leve vibración, una especie de temblor contenido. Acercó la cara y pegó la oreja, aguantando la respiración. Y entonces llegó el horrible chirrido. Estridente, perturbador, terrorífico. Como si alguien arrastrase un juego de cuchillas sobre el metal.

Uno, dos, Freddy viene a por ti.

La frase se dibujó en su imaginación. La oyó en su mente con una claridad espeluznante. Se separó de la puerta con brusquedad. Su corazón había decidido poner a prueba sus límites, y era prácticamente imposible calcular el tiempo entre un latido y el siguiente. Tropezó y estuvo a punto de caer de espaldas por el tramo de escaleras hacia el portal, pero en el último instante consiguió recuperar el equilibrio y, acompañada por un nuevo y desquiciante arrastrar de uñas sobre metal, se lanzó hacia la planta de arriba.

—¡Nena! ¿qué te pasa? —gritó Marta asustada. Lorena había subido los últimos escalones de dos en dos y por poco no cae en plancha sobre ella.

—Hay... hay algo abajo, tras la puerta de metal... lo he oído arañar...

—¿Estás segura? —preguntó Anna—. Todas estamos muy nerviosas y quizá te haya jugado una mala pasada la imaginación, puede que... —dejó el final de la frase en suspenso, mientras miraba a la sustancia que se agolpaba contra el cristal de la ventana del rellano del primer piso.

—¿Quieres asegurarte tú misma?— la invitó Lorena, poniéndose a la defensiva, a la vez que le señalaba el camino hacia la entreplanta.

—Las llaves... quiero buscar a mis hijos —Rocío se colocó ante Anna, impidiéndole el paso con la mano extendida y la palma hacia arriba. Fue un gesto innecesario. De todos modos, ella ni se había planteado bajar las escaleras.

—Cuando volvamos no podemos olvidar comentárselo a Michael —dijo, girándose hacia la puerta e introduciendo la llave en la cerradura.

—San Michael— susurró Marta al oído de su amiga—. Ya me está empezando a cargar el muchacho. Pronto tendremos que pedirle permiso para ir al baño. Ni que decir tiene que yo te creo...

—Lo daba por hecho —respondió Lorena también en voz baja—. No te puedes hacer una idea del miedo que he pasado. Ahí... —hizo una pausa y comprobó que Anna y Rocío seguían intentando abrir la puerta— ahí abajo hay algo muy grande encerrado... y con muy mala leche.

Marta sintió que se erizaba la piel en la nuca, casi en el mismo momento en que la puerta se abría por fin.

—Estaba atascada... —dijo Anna moviendo la puerta adelante y atrás repetidas veces—. Parece que hay algo en el suelo...

—Déjame pasar —ordenó Rocío, apartándola de un empujón, y enfiló el pasillo hacia la sala de estar. Conforme se acercaba, iba ralentizando el paso, mientras miraba hacia el techo.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Anna, siguiéndola a una distancia prudencial. Un par de pasos por detrás de ella iban las dos amigas. En zonas en apariencia aleatorias, justo en el punto en el que la pared acababa y daba paso al techo, se agolpaba una sustancia cristalina, anaranjada, con un aspecto muy

similar al de la gelatina que se usa en alimentación.

—Joder... también está por el suelo —añadió Anna levantando los pies para comprobar las suelas de sus zapatos—. Es lo que tenía atascada la puerta.

En el suelo, la consistencia de aquella cosa era distinta. Era de un granulado muy fino, similar a la arena de la playa. Hasta ese momento no se habían dado cuenta de que caminaban sobre ella, porque aunque se acumulaba en las esquinas, por el resto de la superficie estaba tan repartido que parecía invisible.

—Si lo barremos se formará un buen montón —susurró Lorena—. ¿Qué es?

—No pienso tocarlo para averiguarlo, pero apostaría a que se desprende de esas plastas del techo. Mirad como bajo ellas los montones son más abundantes —respondió Anna.

—Dios... mío —acertó a decir Rocío. Mientras Anna, Lorena y Marta estaban absortas contemplando la sustancia anaranjada, ella había llegado a la sala de estar. La realidad le llegó como un baño de agua fría, y supo en su interior que no iba a encontrar a sus hijos. Sus vecinas se agolparon tras ella, y se quedaron sin habla.

La imagen era sobrecogedora. La gelatina naranja inundaba la estancia en su totalidad, como la infección que va arrasando un organismo sano. La habitación era practicable hasta la mitad de su espacio. De ahí en adelante, hacia la ventana, la gelatina lo había inundado todo. Estaba adherida a las paredes, amontonada sobre los muebles, agolpada sobre las baldosas. En especial bajo la ventana. Parecía haberse filtrado por las rendijas de la ventana cerrada, y de ahí se había ido propagando por toda la casa, como una enfermedad contagiosa. Pero lo que había hecho perder la esperanza a Rocío era lo que la gelatina provocaba en las cosas que estaban en contacto con ella. En los sitios en los que la concentración era más abundante, los muebles se mostraban frágiles, quebradizos, y habían perdido el color, adquiriendo un tono blanquecino. Marta recordó la escena de la segunda parte de la película *Terminator*, en la que el robot era bañado con hidrógeno líquido y se iba desmoronando a cada paso que daba, hasta acabar convertido en un puñado de cristales.

—¡No lo toques! —grito Anna. Rocío estaba tendiendo la mano hacia una de las sillas que estaba cubierta de gelatina, y la retiró con un respingo.

—No sabemos lo que hace eso, pero no tiene muy buena pinta — continuó.

—Pe...pero... mis hijos —trató de protestar, a la vez que las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Intentó por todos los medios evitar pensar en la gelatina resbalando por la piel desnuda de sus niños, y estaba a punto de derrumbarse cuando oyó la exclamación de Anna.

—¡Joder! ¡Ahí hay una cámara funcionando!

En la esquina contraria de la habitación, en el extremo más alejado de la ventana, la cámara de video seguía conectada a la corriente. Su tarjeta de memoria se había agotado hacía ya tiempo, pero el piloto parpadeante había captado la atención de la chica.

—¡Dios mío! ¡Eso ha sido cosa de Andrés! ¡Siempre estaba jugueteando con la cámara! ¡Está grabado! ¡Lo que les haya pasado... ESTÁ GRABADO!

Rocío acabó la frase gritando a pleno pulmón, en medio de un ataque de ansiedad. Anna la abrazó e intentó tranquilizarla.

—Vamos a verlo ahora mismo, no te preocupes. Pero tienes que intentar calmarte. Tus hijos necesitan que estés bien, tienes que hacerlo por ellos, por favor.

La última frase actuó como un poderoso hechizo que transmutó su ansiedad en calma. Era cierto. Tenía que controlarse. Sus hijos la necesitaban. Con la mano temblorosa, desconectó el enchufe de la pared, y cogió la cámara.

—El televisor del cuarto de mi hijo está preparado para poder visionar esto... aunque no tengo demasiado claro cómo funciona, se verá mucho mejor que en esta cosa tan diminuta —añadió, señalando la pantalla que traía incorporada la propia cámara.

—No te preocupes, no es complicado —dijo Marta—. El funcionamiento de estos cacharros es muy similar, sea cual sea la marca. Sólo hay que conectar el HDMI, encender el televisor y seleccionar la entrada correcta.

—Lo que tú digas —suspiró Rocío, que creyó por unos momentos estar escuchando uno de los galimatías tecnológicos de su hijo. No sin esfuerzo, consiguió separarse de la cámara y ponerla en manos de la chica—. Por favor, acompáñame... que no se te caiga, por lo que más quieras.

Apenas cinco minutos después, el aparato reposaba en el mueble sobre el que se sostenía la televisión de pantalla plana, en el cuarto de Andrés. Anna y Rocío estaban sentadas sobre la cama, con las manos cogidas. Lorena se encontraba de pie, apenas un par de pasos dentro de la habitación. Marta, tras conectar el cable y seleccionar la entrada adecuada en la televisión, trasteó unos segundos en la pantalla táctil de la cámara. La imagen en la pantalla plana cambió, mostrando un mosaico de pequeños cuadrados: la primera imagen de cada una de las grabaciones almacenadas en la tarjeta de memoria. Estaban ordenadas por fecha, y la última había sido grabada el día anterior. El cuadrado mostraba un primer plano de los ojos de Andrés, mirando a la cámara. Más de la mitad de la imagen estaba en negro, una mancha que comenzaba siendo circular, anaranjada, y que se fundía a negro hacia el final del cuadro.

«*Un dedo*» pensó Marta. «*El chaval sería lo que fuese, menos un buen cámara. Tenía un dedo tapando medio objetivo*».

Seleccionó el cuadro, que se bordeó en color azul.

—¿Lo pongo en *play*? —preguntó, mirando a las dos mujeres sentadas en la cama. Ambas asintieron. Marta pulsó con el dedo índice en la pantalla de la cámara, y la habitación se inundó con las voces de los dos niños a la vez que la imagen se ponía en movimiento en la televisión.

QUÉ HABÉIS HECHO CON MI MADRE

Apenas unos segundos después de que Lorena oyese al monstruo de las uñas afiladas tras la puerta de metal, Albert hizo el mismo recorrido, aprovechando que nadie iba a echarlo de menos con el alboroto de la reunión. En esta ocasión, si había algo extraño tras aquella puerta, no dio signos de vida. El muchacho subió las escaleras a toda prisa, saltando los escalones de dos en dos; no tenía muy claro lo que iba a hacer, pero debía comprobar si su madre estaba en la única casa que permanecía con las puertas cerradas: la de las viejas de la primera planta. La había oído con total claridad en el baño, y la única opción razonable, si es que quedaba algo que se pudiera definir como razonable en aquella situación de locos, era que la voz se hubiese propagado a través del hueco de ventilación de los baños.

Esperó unos instantes a que dejasen de oírse las voces de las chicas en la primera planta, y en cuanto se cerró la puerta del piso completó los escalones que le faltaban hasta llegar al rellano. Se quedó mirando hacia la puerta de Rocío, como esperando a que se abriese de nuevo, aunque eso no sucedió. Reparó, con un gesto de asco, en el charco de vómito seco que había junto a la pared. Se giró hacia la puerta de las viejas, y se mantuvo unos instantes así, sin tener claro qué hacer. Había actuado por impulso, y no había pensado en cómo iba a entrar, así que, aun sabiendo que era inútil, colocó el dedo sobre el timbre, pero apenas le dio tiempo a pulsarlo porque la puerta se abrió de par en par. El olor que lo golpeó inundando sus fosas nasales era tan repugnante que no tenía palabras para describirlo. Le sobrevino una arcada que lo dobló por la mitad. La anciana que acababa de abrir la puerta de golpe dio un respingo al ver al chico doblado sobre el pegajoso felpudo que, en algún momento de su vida, había tenido escrito algo así como *Bienvenidos*, pero que ahora mostraba una extraña tipografía ilegible de trozos de letra borrados a medias.

—¡Tú! —le increpó Eugenia—. ¿Qué *hase* en mi *ferpudo*?

La frase no hubiese quedado sin su correspondiente interpretación sarcástico-erótica si Alfonso hubiese estado presente, pero como no era así, pasó desapercibida por completo.

—Mi... madre —acertó a decir Albert aguantando a duras penas una

nueva arcada. El olor era más repugnante a cada segundo que pasaba, y el chico rogó porque llegase un instante en el que sus células olfativas se saturasen y dejarasen de recopilar información con destino a su cerebro.

—¡A mí que *cohone* me importa tu madre! —protestó Eugenia—. ¡Apártate y *déjano salí* de aquí! —ordenó, mirando hacia atrás en busca de alguna señal que indicase que Pirata, en su recién estrenada forma incorpórea, seguía por allí. Pero lo único que vio fue a su hermana Rogelia de pie, tras ella, con una sonrisa estúpida y cara de no estar enterándose de nada.

—Ni hablar de eso —dijo Albert incorporándose, y haciendo de tripas corazón se introdujo en la casa apartando a las viejas y cerrando la puerta tras de sí. El espectáculo que ofrecía la casa a ojos de una persona no habituada a contemplarlo era repugnante. Montones y montones de desperdicios repartidos de forma arbitraria a lo largo de todo el campo de visión.

—Dios mío —murmuró.

—¿Qué vas a *haserno*? —preguntó Eugenia, que de repente se había visto desprovista de la seguridad de la que solía hacer gala, ante la perspectiva de que aquel *zarrapastroso* que acababa de colarse por la fuerza en su casa pudiera hacerles daño. Mientras le preguntaba, no dejaba de mirar atrás en busca de indicios del loro.

—¿Dónde está mi madre?

—¿Quién es tu madre, muchacho? —preguntó Rogelia, encantada ante la posibilidad de recibir visitas.

—No estoy dispuesto a aguantar tonterías. La he oído desde mi baño, que está justo encima del suyo. Sé que la tienen encerrada allí —dijo. Había decidido respirar por la boca en un intento desesperado por no vomitar, pero el efecto era aún peor. Le estaba dejando la boca pastosa.

—Pero en el baño no hay nadie... bueno, está Ignacia, pero dentro del espejo —contestó Rogelia risueña.

—¡No digas más *gilipollese*! ¡No le *haga* caso, que está *más p'allá que p'acá*!

Albert las miró con cara de asombro. No estaba preparado para enfrentarse con dos ancianas que, evidentemente, estaban mal de la cabeza. Pero tampoco estaba dispuesto a irse de allí sin buscar señales del paso de su madre

por aquella casa. Dejó a las ancianas atrás, y no tuvo ningún problema para localizar el cuarto de baño puesto que la disposición de las habitaciones era idéntica a la de su casa, ni una ni otra habían sufrido remodelaciones y mantenían la estructura inicial. Mientras el muchacho hacía *lo que quiera que fuese* que estaba haciendo en el baño, Eugenia volvió a recuperar su *encantadora* personalidad, e intentó abrir la puerta para salir de allí.

—¡Mierdaputa! ¡No se abre! —protestó.

—Normal... eso es que Ignacia no quiere que la dejemos sola. La pobre se aburrirá sin poder salir del espejo.

—¡Y dale con el espejo! ¿Te *quíe callá* ya, que parece que estás *chalá perdía*?

Ajeno a la conversación de las hermanas, Albert abrió la puerta del baño. El hedor era allí incluso más fuerte que en el resto de la casa, pero su cerebro parecía haber llegado al máximo que estaba dispuesto a soportar, y apenas le afectó. El panorama era en aquella zona más caótico que en ninguna otra parte, y los montones de ropa sucia se mezclaban con los desperdicios y las defecaciones de los animales hasta alturas imposibles.

—Ma... ¿Mamá? —preguntó, deseando y temiendo a la vez que su madre pudiese estar oculta tras alguno de aquellos montones de inmundicia.

Conteniendo las arcadas, tanteó con cuidado todos los montones, llegando a la conclusión que él mismo ya había anticipado: su madre no estaba allí. De pronto, sintió una corriente de aire y oyó un aleteo. Instintivamente se protegió la cara y esperó unos segundos, pero allí no había nada.

—¿Qué demonios...? —comenzó a decir en voz alta, pero la pregunta se le atascó a medio camino en la garganta. Aunque había comprobado que allí no había nadie, el espejo no sólo reflejaba los montones de desperdicios que tenía frente a él, también se podía ver una anciana con cierto aire familiar a las dos de fuera. Para terminar de darle un aire psicodélico a la escena, la mujer tenía un loro apoyado sobre su hombro. Durante una décima de segundo, no pasó nada.

Luego la mujer la miró con una mueca de desprecio infinito, y con una voz de ultratumba, le gritó:

—¡¡FUERAAAAAA!!

Albert no se quedó a ver qué pasaba después, y salió del baño a toda la

velocidad que le permitieron los resbaladizos desperdicios con los que estaba pavimentado el suelo.

TODO ESTÁ GRABADO

—Mis niños —balbuceó Rocío al aparecer en la pantalla la imagen de Andrés en primer plano, con Nuria al fondo. El extraño encuadre dejaba entrever sin lugar a dudas que estaba cogiendo la cámara al revés, mientras la situaba sobre el mueble en el que la encontrarían las chicas al día siguiente. La imagen tembló bruscamente cuando el niño, al final, la soltó y se alejó de ella, sin dejar de mirar a la pantalla para asegurarse de que no se perdía ningún detalle importante de lo que quería grabar.

—Nos la vamos a cargar, ya verás —le recriminó Nuria, y por el tono se podía deducir que estaba bastante acostumbrada a las trastadas de su hermano.

—Es un experimento, y no esperarás que lo deje sin documentar de forma adecuada —respondió él, engolando la voz para darle cierto aire académico.

—Pamplinas... como te pille mamá te va a caer una buena... yo no quiero saber nada, te aviso.

El encuadre se centraba en la ventana, que por aquellos entonces estaba cerrada y sin el más mínimo indicio de la gelatina que unas horas después acabaría cubriendo buena parte de la estancia.

—Eres una aguafiestas... Mamá no se enterará de nada si tú no se lo dices, así que cállate un poquito la boca, anda, que cansa oírte.

—Tú veras —insistió la niña en voz baja, sabedora de que no iba a conseguir que su hermano cambiase de idea, pero reservándose la pequeña victoria de que la última palabra fuese la suya. Andrés se dirigió hacia la ventana y la abrió sin el menor atisbo de duda ni precaución.

—Jo, cómo mola —susurró, mientras introducía la mano hasta la muñeca en la masa gelatinosa, en apariencia sin el menor esfuerzo. Rocío dio un respingo a la vez que soltaba un lamento ahogado, casi inaudible. La imagen del italiano con convulsiones en el suelo sobrevoló su mente, pero ella luchó con todas sus fuerzas para no dejarla entrar de nuevo. A pesar de ello, los ojos se le inundaron de lágrimas. Al menos, por suerte para ella, no estaba en el portal cuando Lucio realizó su particular y su terrorífica *performance* posterior con las referencias a *Ellos*, porque no hubiera sido capaz de soportarlo.

—Qué asco —dijo Nuria desde la pantalla contemplando a su hermano con una mueca.

—No seas tan *delicadita* y ayúdame, anda —le respondió él dándole una musicalidad a la palabra que daba a entender que la usaba con frecuencia para dirigirse a su hermana. Extendió la mano que tenía fuera de la masa, y la niña lo agarró con fuerza.

—¿Qué vas a hacer?

—Sujétame fuerte. Voy a ver lo que pasa ahí dentro.

Nuria, que en esos precisos instantes hacía gala de una madurez a la que su hermano ni siquiera se acercaba a pesar de ser tres años mayor, trató de actuar como la voz de la conciencia y quitarle al niño la absurda idea de la mente, pero antes de que le diese tiempo a articular palabra él se lanzó de cabeza hacia la espuma con la confianza con la que un saltador de trampolín se lanza a la piscina. Fuera, en la vida real, la que sucedía más allá de las imágenes que se movían con una cadencia hipnótica atrapadas en la transparencia de la pantalla, Rocío apretó la mano de Anna con tanta fuerza que ésta no pudo evitar que se le escapase entre dientes un quejumbroso suspiro de protesta. En la imagen, Andrés estaba ya sumergido casi hasta la cintura, dejando sólo las piernas en la habitación, apoyándose en precario equilibrio sobre la silla, mientras que Nuria le agarraba con las dos manos por la cintura del pantalón, echando el cuerpo hacia atrás para tratar de ofrecer la mayor resistencia posible. Lorena no pudo evitar pensar en las similitudes de la escena con el pescador que sujeta la caña a la espera de que el confiado pez muerda el anzuelo, y desechó al instante la imagen a la vez que un escalofrío la hacía temblar de pies a cabeza. Como respondiendo al macabro pensamiento, el niño dio un tirón que casi arrastra a su hermana hacia la espuma.

—¿Qué haces, tonto? —preguntó la niña, pero por alguna extraña razón sonó más como una súplica que como una pregunta—. ¡Sal de ahí!

La única respuesta por parte de su hermano fue un nuevo tirón, más violento aún que el anterior, que la hizo perder el equilibrio y caer hacia la masa. Los pies de Andrés se separaron de la silla y se perdió por completo al otro lado de la ventana. A pesar de ello, la niña lo siguió sujetando, sin preocuparse porque sus brazos estuviesen ya también dentro de la sustancia, más arriba del codo, y adentrándose poco a poco camino de las axilas. En cuestión de segundos tenía la nariz rozándola, y sus ojos le devolvían una imagen doble, borrosa,

consistente en pequeñas burbujas que se apelotonaban y bullían como agua oxigenada sobre una herida con infección. Giró la cabeza para evitarla, y al sentir su contacto sobre la mejilla, gritó con todas sus fuerzas.

—¡Andrés! ¡Sal *yaaaaaa*! ¡No puedo sujetarte más!

La última palabra se apagó al introducirse la cabeza de la niña en la materia. Por un instante pareció que retrocedía, como si al final hubiese soltado a su hermano o éste hubiese decidido tomar el camino de vuelta, pero sólo fue un efecto óptico. Un violento tirón acabó por introducirla por completo en el mundo de más allá de la ventana.

El silencio que se apoderó de la habitación de la pantalla hubiese sido un clon perfecto del que hacía lo propio entre las mujeres que la observaban, de no ser por el quejido tembloroso que surgía de la garganta de Rocío. Había soltado a Anna y ahora tenía los dedos de ambas manos entrelazados entre sí, y apoyaba la barbilla sobre ellos a la vez que se movía con una cadencia casi convulsiva hacia delante y hacia atrás, sentada sobre el borde de la cama. Sus compañeras de habitación no sabían qué hacer ni qué decir; si existían en el mundo algunas palabras que pudiesen romper ese silencio y traer algo de consuelo a Rocío, ellas no las conocían.

—*Nononono...* —comenzó a repetir en un susurro. Anna temió que la situación desembocara en un nuevo ataque de nervios, porque lo que acababan de presenciar no era para menos, pero justo cuando comenzaba el gesto de abrazar a Rocío para tratar de susurrarle algunas palabras de apoyo, un grito de Marta la hizo detenerse en seco.

—¡Mirad! ¡Hay algo tras la sustancia! ¡Parece que vuelven!

Y así era. Algo estaba haciendo que la superficie del material que cubría la ventana por completo se combara, como si empujasen desde el otro lado. Del centro surgió una protuberancia que fue alargándose hasta que su resistencia cedió, dando paso a algo.

Una mano.

Pero como se podía comprobar a simple vista, no era la mano de ninguno de los dos niños que acababan de desaparecer por allí mismo. Por el tamaño, pertenecían a un adulto. Por la anchura y la vellosidad que cubría buena parte del dorso, a un hombre.

Las chicas contemplaron boquiabiertas como tenía lugar el extraño parto. Tras la mano apareció el brazo, y tras él llegaron el hombro, la cabeza, el torso, y poco a poco, el resto del cuerpo, que acabó hecho un ovillo bajo el marco de la ventana. Se quedó así durante unos instantes que parecieron eternos, durante los cuales a ninguna de ellas se le ocurrió que si *eso*, el hombre, quienquiera que fuese, había entrado en la casa, cabía la posibilidad de que aún estuviese allí, acechándolas.

Poco a poco, el individuo se incorporó y se estiró como si quisiera desentumecer sus músculos. Llevaba una ropa neutra, sin nada especial que llamase la atención: unos pantalones oscuros con una chaqueta de una tonalidad similar y unos zapatos de un brillante color negro. No parecía alto, y no era en absoluto esbelto, más bien parecía tener algunos kilitos de más. Se giró y se acercó a la cámara hasta que la imagen de su cara ocupó por completo la pantalla.

—*Ellos nos quieren a todos. A todos. Pronto seremos uno* —dijo, tras lo cual se volvió hacia la ventana y se introdujo de nuevo en la materia, dejando la escena con una quietud que ya no volvería a ser rota de nuevo hasta mucho rato después, hasta el momento en que las chicas irrumpieron en la habitación.

En el mundo real de más allá de la pantalla, Marta soltó un suspiro que llevaba conteniendo desde que el hombre apareció en escena.

—Qué... ¿Qué demonios acaba de pasar? ¿Qué hemos visto? —preguntó Lorena entre balbuceos—. ¿Quién demonios era ese tipo?

Rocío tuvo que hacer acopio de las pocas fuerzas que le quedaban para tratar de articular unas pocas palabras con algo de sentido.

—Es... es mi marido —susurró.

YA NO HAY NADIE EN LA PRIMERA PLANTA

Albert estaba preparado casi para cualquier cosa, excepto para lo que encontró al entrar en el piso de *las viejas del Arca de Noé*. Ahora, él y las dos propietarias que estaban en este lado del espejo formaban un grupo cuanto menos pintoresco, de pie a la entrada del primero B. El chico luchaba por ignorar el ritmo infernal de los latidos de su corazón, que parecía haber abandonado su reino en el centro del pecho para trasladarse hacia la parte superior de su garganta. Hacía tan sólo unos instantes que había cerrado la puerta tras de sí, dejando al otro lado casi todo el repugnante olor, a las ancianas que aparecen gritando en medio de los espejos, y buena parte de su cordura.

A este lado de la puerta, en el que ni los olores ni el resto del paisaje parecían sacados de las mismas entrañas del infierno, las dos ancianas lo miraban expectantes, una de ellas huraña, a la defensiva; la otra con una sonrisa de oreja a oreja, como si no se lo hubiese pasado mejor en su vida.

—¡Qué bien! ¿Vamos a salir a la calle?

Albert miró a Rogelia asombrado. La pregunta no dejaba lugar a dudas de que la señora no estaba del todo en sus cabales.

—N... no creo que podamos salir ninguno de nosotros, señora —le respondió sin demasiada energía, señalando a la masa informe que se apretaba contra la ventana del rellano. Todas las esperanzas que se había forjado acerca de la posibilidad de que su madre hubiese estado retenida contra su voluntad en la casa de aquellas mujeres se habían esfumado por completo. Y no le gustaba nada la sensación de irrealidad, de estar viviendo una pesadilla que la estaba reemplazando. Sentía que la rabia le hervía en las entrañas y necesitaba aplacarlas enfrentándose a algo físico, algo que se pudiera doblegar a base de fuerza bruta, no un puñetero ectoplasma atrapado tras una superficie reflectante. Ese pensamiento le llevó a una imagen que le heló el corazón. Fue un fugaz instante, menos de un segundo, pero pudo ver con toda claridad a su madre atrapada tras el espejo, gritando sin voz, golpeándolo para poder traspasarlo y volver aquí, a la vida en tres dimensiones. La voz de la vieja *infeliz*, la que parecía una mezcla entre el *Gollum* y la madrastra de *Blancanieves* lo sacó de sus ensoñaciones, y a pesar de lo desagradable que era, dio gracias por ello en

silencio.

—¿Y ahora que va a *pasá*? *M'as dejao* en la calle con mi hermana. Has *cerra*o de un portazo y la llave *s'a queda*o ahí dentro con *tó* lo demás—. Mentalmente, acabó la frase con una buena ristra de insultos dirigidos al *zarrapastroso*, aunque de su boca no salió nada más. Una cosa era el vocabulario de dentro de la casa, el lugar en el que, hasta que había ocurrido lo del loro que no podía ver, se sentía a salvo, y otra muy distinta el casi inexplorado y a buen seguro hostil territorio de este lado de la puerta. Albert abrió la boca para decir algo, pero el sonido del pestillo al descorrerse en la casa de Rocío cortó lo que quiera que hubiese pasado por su mente. Las chicas del tercero A aparecieron en el rellano junto a Anna y a la propietaria del piso, la madre de los niños. Todas estaban lívidas como si hubiesen visto un fantasma, pero en especial Rocío, que se apoyaba sobre Anna como un anciano nonagenario sobre su bastón, parecía a punto de desmayarse. Marta lo saludó y dibujó una leve sonrisa que pareció costarle un esfuerzo sobrehumano. Al mirarla, Albert reparó en que llevaba una cámara de vídeo en la mano.

—Ho... hola. ¿Qué ha pasado? —preguntó sin estar muy seguro de querer conocer la respuesta. Eugenia dio un paso atrás, colocándose tras su hermana, que parecía estar más feliz que nunca de ver cómo cada vez más personas se unían a la fiesta en la que se había convertido su, hasta hacía tan sólo unos minutos, solitaria existencia.

—Es largo de contar —intervino Anna sin darle tiempo a la chica a esbozar una respuesta que, de todas maneras, era imposible dar en pocas palabras. A renglón seguido, argumentó una excusa razonable para evitar unas explicaciones que a buen seguro tendrían que repetir en más de una ocasión por lo increíble de las imágenes guardadas en la cámara—. Creo que es algo que todos debemos saber, por nuestra seguridad— añadió, dando un énfasis especial a la palabra *todos*, en clara referencia a las ancianas que hasta ese momento habían permanecido al margen de buena parte de los acontecimientos. Tras hacer un gesto a Lorena para que se acercase, dejó a Rocío a su cuidado.

—Dios mío de mi vida —susurró Lorena al sentir la primera *bocanada* del olor que desprendían las *viejas*, y que poco a poco se había ido apoderando del rellano. En silencio, agradeció el leve perfume que emanaba de la piel de la madre de los niños y que al menos sirvió para contrarrestar algo del insoportable hedor.

—Voy a avisar a Michael, la reunión con los vecinos es un inmejorable

momento para poner todo esto en común. Déjame la cámara, por favor —le pidió a Marta, antes de continuar—. Si os parece, bajad vosotros al portal y esperadnos allí.

—¿Quién mierda es la *tiparraca* esa? —preguntó en un susurro Eugenia a su hermana, pero esta no le respondió, ilusionada ante la idea de trasladar la reunión a la planta baja, donde además habría más personas. Y de todos modos, en lo referente a la identidad del resto de habitantes del edificio, estaba tan perdida como su irascible hermana.

Los vecinos fueron haciendo acto de presencia de manera gradual en la planta baja en aquella, que para todos era la segunda mañana de cautiverio. La sensación de incredulidad que había presidido el día anterior, poco a poco había ido dejando paso a otra mucho más inquietante: un miedo sordo, de fondo, que estaba presente en cada uno de los actos cotidianos. Y lo que era aún peor, una incertidumbre acerca de lo que les depararía el futuro más inmediato, porque ninguno de ellos se había parado a pensar en lo que podría suceder si aquella surrealista situación seguía prolongándose por mucho más tiempo.

Al grupo formado por el señor Mora y sus recién estrenados amigos, que fueron los primeros en llegar, se unieron los hermanos de la segunda planta. Jaime tenía un aire ausente, ensimismado, que no había llegado a abandonarlo del todo desde que el día anterior fuese testigo de cómo Marta parecía haberse fijado en Albert, mientras que él era tan invisible como el aire que, esperaba, siguiese existiendo en algún punto más allá de la sustancia. Alfonso, mientras tanto, no había perdido la ocasión de dejarle claro entre carcajadas y grandes aspavientos al señor Mora, cuánto había ganado con el cambio al dejar atrás su relación con Maruja e irse con los vecinos de enfrente. Moussa lo miraba intrigado, sin entender ni una palabra, acompañando cada exagerado gesto del chico con un cómico tic que le hacía abrir los ojos de manera exagerada, a la vez que enarcaba las cejas. Aunque no supiera de qué iba la conversación, la verdad era que aquel muchacho no le inspiraba ninguna confianza. Cuando preguntó a Abdou, lo que éste le respondió en su idioma no hizo más que confirmar sus sospechas. Y en eso estaban cuando oyeron los ruidos en la primera planta. Primero un portazo, seguido del rumor de unas voces, algo parecido a una discusión. Luego se oyó cerrarse otra puerta, y nuevas voces se unieron a las primeras. Ya estaban dispuestos a subir para ver qué ocurría cuando el grupo formado por Marta, Lorena y Rocío bajaron las escaleras. A Jaime se le iluminó

la cara, pero el efecto le duró los segundos que tardó el ascensor en llegar a la planta baja. Cuando la puerta se abrió y Albert hizo acto de presencia fue todo un jarro de agua fría, más aún al ver la mirada de complicidad que surgió como un chispazo eléctrico entre él y la que iba a ser su chica fuera como fuese.

Albert ya tenía *quemadas* sus células olfativas, pero el resto de sus convecinos no pudo reprimir una mueca al respirar el nauseabundo olor que, como si tuviese vida propia, había abandonado la casa y parecía envolver a las ancianas como un abrigo invisible.

—Dios mío... es... insoportable —susurró Lorena—. Como esto dure mucho, a mí me va a dar algo...

Rocío, que tenía grabado en sus genes el papel de *cuidadora*, no tenía mucho ánimo para intervenir en ese momento, pero apuntó para recordar luego que se encargaría de aquello en cuanto fuese capaz. Por desgracia, su madre había fallecido tan sólo unos meses antes, y aún tenía en casa su ropa, preparada en bolsas para donarla a beneficencia. Seguro que les quedaría un poco grande, sobre todo a la anciana delgaducha que tenía aspecto de cascarrabias, pero tendrían que acostumbrarse. Ella se iba a encargar de cuidarlas, y de su aseo, seguro que al chaval rubio no le iba a parecer en este caso un mal uso de las reservas de agua. Sin ser consciente de ello, había decidido volcarse en las ancianas como un mecanismo de defensa, para tratar de pensar lo menos posible en el incierto destino de sus hijos.

El puzle se completó apenas unos minutos después con la llegada de Anna, Michael y Lucio. El muchacho mostraba un semblante serio, preocupado, y Marta dio por hecho que ya había visionado la cinta. Por su parte, Lorena no podía apartar la vista del italiano, tratando de buscar algo en su lenguaje corporal, en sus gestos, que la convenciese sin lugar a dudas de que ocultaba algo, después del extraño encontronazo que tuvo con él el día anterior, sin encontrarlo.

Por supuesto, Maruja no apareció, y Mora dio gracias a Dios por ello en silencio.

—Vamos a ver, prestadme atención, por favor —pidió Michael, levantando la voz por encima del murmullo de las conversaciones de sus vecinos. Algo en aquel chico hacía que, cuando hablaba, se le prestase atención, y aquella no fue la excepción que confirmara la regla—. Veo que tenemos

nuevas vecinas, me alegro de que hayan decidido unirse al grupo —sonrió, dirigiéndose a las *viejas del Arca de Noé*. Eugenia aplaudió con entusiasmo, luciendo su imperturbable sonrisa de oreja a oreja. Si su hermana sintió alguna emoción, desde luego no llegó a reflejarse en su rostro

—Hay algo que todos debemos conocer— continuó, y comenzó a relatar todo lo que había sucedido. Poco a poco fue desgranando los sucesos que había contemplado en la grabación de la cámara, aderezándolos con las explicaciones que Anna le había ido dando sobre las imágenes. Al acabar, la cámara fue pasando de mano en mano, todos querían ver con sus propios ojos lo que Michael les había comentado.

—Esto tiene cada vez peor pinta —dijo Raúl, el *quizá-futuro-padrastro* de Albert, levantando la voz por encima del angustioso murmullo que había ido subiendo de volumen conforme cada vez más personas visionaban las imágenes almacenadas en la cámara, y sin apenas ser capaz de creerse él mismo lo que estaba a punto de decir—. ¿Qué piensas que puede ser eso? ¿Estamos... sufriendo visiones por una especie de ataque químico o algo así? ¿Terroristas quizá?

Por muy evidentes que fuesen las pruebas, se negaba a creer lo que tenía delante de sus ojos, y aún trataba de buscar alguna explicación razonable.

—Ojalá tuviera alguna respuesta a eso. Pero te recuerdo que nos encontramos en las afueras de la ciudad, en mitad de ninguna parte. Dudo mucho que seamos objetivo preferente de ningún tipo de ataque.

—Lo que sí es más que evidente es que estamos ante un *expediente X* en toda regla, por si aún había alguien que lo dudase —escupió Alfonso ignorando el codazo de su hermano para que cerrase el pico, mientras se dedicaba a mordisquear lo que quedaba de la uña de su índice derecho. Su tono era socarrón, como si el haber estado convencido desde primera hora de que aquello era un suceso paranormal le hiciese merecedor de algún tipo de premio o reconocimiento—. ¿Y ahora qué? ¿Pensamos alguna forma de salir de aquí, o nos sentamos a esperar a que se nos acaben las provisiones y tengamos que comernos unos a otros?

El comentario levantó un incómodo murmullo entre los vecinos, y Michael se dispuso a cortarlo de raíz antes de que se convirtiese en algo más. Sin embargo, Albert intervino sin darle tiempo a abrir la boca.

—Si tuviésemos que comernos a alguien está bastante claro quién nos iba

a permitir tener provisiones para meses —le soltó con rabia. La situación era lo bastante tensa como para echar más leña al fuego. Tras visionar las imágenes de la cámara y sufrir el incidente de la vieja en el espejo —algo que de momento prefería guardarse para sí mismo—, no necesitaba que una bola de grasa con un par de neuronas mal contadas anduviese revolviendo a la gente y provocando el pánico.

—Mira, chulito, si tienes algo que decirme... —iba a completar la frase con el manido *dímelo en la calle*, pero se dio cuenta de lo absurdo de la idea antes de hacerlo. Su hermano decidió cortar por lo sano antes de que la situación fuese a más.

—Tío, ya está bien, mejor que lo dejes —susurró.

—Menudo gilipollas estás hecho —contraatacó Alfonso, dándole un empujón—. No tienes bastante con que te esté *levantando* a la chica que te gusta, encima no tienes huevos para defender a tu hermano.

Lorena y Marta intercambiaron una mirada a medias entre la complicidad y la sorpresa, y esta última no pudo evitar una leve sonrisa que pasó desapercibida para Jaime.

—¡Eres un imbécil! —gritó, agarrando a su hermano por el cuello de la camisa y lanzándolo contra la pared.

—¡Ya está bien! —cortó Michael con autoridad, a pesar de que Moussa ya se había encargado de separar a los hermanos antes de que la cosa fuese a mayores—. ¡Ahora es el momento de permanecer unidos, no de enzarzarnos en discusiones absurdas!

Alfonso se colocó bien la camiseta que había quedado hecha un guiñapo y, con un gesto de desprecio, se apartó hacia la pared, evitando la mirada desafiante que aún mantenía su hermano. Moussa se quedó por allí hasta estar seguro de que las brasas se habían apagado.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Esperar y ya está? —preguntó de nuevo Raúl una vez los ánimos estuvieron calmados por completo.

—Me estáis haciendo preguntas para las que no tengo respuesta. Ojalá las tuviera —respondió Michael—. Creo que debemos estar abiertos a cualquier sugerencia. Si hay algo que se os ocurra que podamos hacer, decidlo en voz alta. Cuantos más seamos buscando soluciones, mejor para todos. Y sobre todo,

debemos tener en cuenta que para que tengamos alguna oportunidad de salir de esta, ya sea por nuestros propios medios o porque nos rescate alguien desde fuera, tenemos que organizarnos para resistir el máximo posible. Ese es nuestro objetivo ahora. Debemos olvidarnos de lo que hay fuera, y centrarnos en lo que tenemos aquí dentro.

Y a eso se dedicaron, porque en realidad no podían hacer otra cosa.

EL NUEVO ORDEN

Los días fueron pasando pastosos, idéntico cada uno de los nuevos al anterior, cada uno de los anteriores al siguiente. Se bajaron al portal un par de relojes analógicos, que habían adornado, uno de ellos la cocina de Marta y Lorena, y otro el salón comedor de los hermanos *frikis*, y que como no podía ser de otra manera, tenía de fondo en la esfera una imagen sacada de la serie *The walking dead*, y en el que las manecillas eran brazos arrancados cuyas manos, con el índice extendido, apuntaban a los números. Ambos relojes se colgaron en sitio visible, el primero sobre una mesa que habían bajado de casa de Rocío y que se utilizaba como improvisado centro de reuniones, a una distancia razonable de la puerta que permanecía atrancada con la masa agolpándose sobre los cristales, y el otro en las estancias del portero, en las que pasaban la mayor parte del tiempo aquellos a los que les tocaba hacer la guardia nocturna mientras el resto de sus convecinos intentaban descansar. La zona del portal, que durante muchos años había servido tan sólo como sitio de paso para los propietarios que se dirigían a sus domicilios, o que salían de ellos para acudir a sus quehaceres diarios, había acabado convirtiéndose en lo más parecido a un cuartel general. Durante todo ese tiempo no había habido la más mínima señal de actividad en lo que a medios de comunicación se refiere: Internet seguía muerta y enterrada, y lo mismo se podía decir de las señales de radio y televisión. Por otra parte, los pisos de la primera planta seguían cerrados, el de las *viejas del arca de Noé* por el bien común, para mantener a buen recaudo —dentro de lo posible— el nauseabundo olor, que aún se filtraba a través de las rendijas de la puerta, y el de Rocío porque no había forma de saber con seguridad si los residuos que se habían formado en techos y paredes pudieran ser tóxicos o peligrosos de alguna manera, por lo que lo más recomendable era curarse en salud. A pesar de ello, de manera periódica un par de vecinos se encargaba de abrirlo y echar un vistazo para asegurarse de que todo seguía bien y no había de qué preocuparse, o bien para sacar de él algo que fuese necesario, como en el caso de la mesa de reuniones o las camas. Rocío se había mudado al piso de las chicas en el cuarto A, junto a las dos ancianas, quienes tras recibir los cuidados que ellas mismas se habían estado negando durante tantísimos años, consiguieron por fin desprenderse de los restos del insoportable olor que las acompañaba a todas partes. Eugenia seguía tan cascarrabias como de costumbre; una vez que se acostumbró al exterior y comenzó a sentirse segura, volvió a repartir reproches e insultos a diestro y siniestro a todo ser vivo que se le aproximaba. De hecho, sus

objetivos preferentes eran las dos *pelandruscas* que con tanta amabilidad les habían permitido vivir en su piso. Pero claro, eso ella no podía —o no quería— verlo. Rogelia, por su parte, era por primera vez en mucho tiempo, feliz. La ropa que Rocío les había facilitado le quedaba como un guante porque iba algo sobrada de peso, pero su escuchimizada hermana no tenía más remedio que llevarla anudada por todas partes para evitar que se le cayese.

—Te juro que como esto dure mucho más cojo a la vieja asquerosa, la arrastro escaleras abajo y la saco a la calle de una patada en el culo. Estoy segura de que la sustancia de mierda esa se aparta a su paso como el Mar Rojo con Moisés —dijo en voz baja Lorena mientras descendía los últimos peldaños del tramo de escalera que daba al portal, provocando un ataque de risa floja en Marta.

—No puedes tomártela en serio... A la mujer le falta un tornillo, eso es todo —le rebatió con una sonrisa—. Rocío sí que tiene el cielo ganado, encima que está todo el tiempo pendiente de sus necesidades se lleva los peores insultos...

—Conmigo podía dar... —insistió, pero al ver que se abría la puerta del ascensor en el que viajaban las dos ancianas con Rocío, decidió callarse y no empeorarlo más.

—¡Tira ya *palante*, que estás *chalá perdía!* —soltó Eugenia dando un empujón a su hermana para que saliese. El gesto no consiguió borrar la sonrisa de la cara de Rogelia, y además, dada la extrema delgadez de la primera en comparación con ella, tuvo un efecto parecido al de la picadura de un mosquito en la piel de un elefante. A pesar de ello, se llevó la reprimenda de Rocío.

—Eugenia, controle ese mal humor... cualquier día le va a hacer daño a su hermana...

La señora refunfuñó algo por bajo en su extraño dialecto, y salió del ascensor, no sin dedicarle antes una mirada a medias entre el odio y el reproche a ambas. El resto de vecinos ya se encontraba en el portal, con la excepción, que ya se había convertido en una regla, de Maruja, quien seguía encerrada a cal y canto en sus dominios ajena a las preocupaciones del resto. Su marido la imaginaba devorando sin ningún remordimiento su repleta despensa, que por supuesto no tenía la más mínima intención de compartir, mientras que las reservas del resto iba menguando peligrosamente. Ese era de hecho el motivo

por el que los había reunido Michael.

—Por favor, prestadme atención —dijo éste, que presidía la mesa, flanqueado como siempre por sus inseparables compañeros de piso, la atractiva Anna y el inclasificable Lucio, quien tras el extraño incidente al tocar la sustancia se encontraba ya totalmente recuperado; de hecho en su brazo, por muy increíble que pudiera parecer, las cicatrices habían desaparecido como por arte de magia.

Tras unos breves instantes las conversaciones que mantenían los grupos que se habían ido formando se diluyeron hasta quedar en completo silencio.

—Os hemos reunido porque debemos tomar una decisión acerca de los alimentos. Algunos vecinos me han comentado que apenas les quedan provisiones para unos días... como ya os dije cuando empezó todo esto creo que deberíamos hacer una despensa común que nos permita racionarlas de forma inteligente. Por alguna razón que no llego a comprender hemos ido aplazando esta decisión, pero ya se ha convertido en un asunto urgente del que nos debemos ocupar cuanto antes.

A pesar de lo que acababa de decir, Michael sabía sin duda alguna por qué no habían hablado antes del tema: porque hacerlo implicaba para ellos alcanzar un punto de no retorno, un punto que abría las puertas a la posibilidad de pasar hambre, de enfrentarse a la enfermedad sin medicinas, de aceptar como una realidad la eventual llegada de la muerte.

—No creo que eso sea decisión de uno solo —lanzó Alfonso sin apenas darle tiempo a acabar la frase.

—Tú como siempre, haciendo amigos —le soltó Lorena con una sonrisita sarcástica.

—Lesbiana —respondió Alfonso, a modo de insulto, camuflando la palabra en un golpe de tos simulada. Lorena le respondió con un gesto a medias entre el hastío y el asco, y decidió dejarlo por imposible.

—Tío, ¿pero que mierda te pasa? —le preguntó en voz baja Jaime. Estaba acostumbrado a las *pamplinas* de su hermano, pero aquella situación había sacado a flote una faceta de él desconocida por completo, y que además no le gustaba nada en absoluto.

—¿Por qué tenemos que compartir nuestra comida con nadie? ¡Tenemos

latas para sobrevivir hasta navidades, si hace falta! Si las compartimos con ellos... ¿cuánto pasará hasta que nos tengamos que comer las uñas para engañar al estómago? —le escupió con rabia, pero procurando que no los escuchara el resto.

—Vamos a ver, no sé qué demonios os pasa, pero os aseguro que lo mejor para todos es que tengamos un fondo común y hagamos un uso inteligente de nuestros recursos —insistió Michael alzando la voz—. Podremos resistir muchísimo más que haciendo la guerra cada uno por su cuenta. De todos modos, ninguno de nosotros puede obligar a nadie si no quiere hacerlo, pero he visto lo que pasa en situaciones extremas cuando falta la comida. La gente es capaz de cualquier cosa por una migaja de pan.

—Creo que lo mejor es que votemos a mano alzada —sugirió Raúl—. Puede que veamos un problema donde no lo hay. Ya veremos qué hacer dependiendo del resultado.

—Está bien. Levantad entonces la mano los que estéis de acuerdo con que hagamos una despensa común —asintió Michael.

Rogelia fue la primera en levantar la mano sin tener ni idea de lo que hacía, pero si había algo que no se podía negar, es que ella era obediente. Le habían dicho que levantase la mano, y eso mismo era lo que estaba haciendo, sin perder un instante su imperturbable sonrisa. Eugenia la imitó sin dudarle un segundo, ella sí que sabía lo que hacía: ya le había echado un vistazo a la alacena de las *pelandruscas* y con lo que guardaban allí no tenían ni para una semana. Y la perspectiva de volver al pienso para gatos no la atraía en absoluto. Las *pelandruscas* también votaron que sí, al igual que Rocío. Abdou, Moussa —tras la correspondiente traducción—, y el señor Mora votaron a favor con el convencimiento de que debían compartir lo poco que tenían. Lo mismo hicieron Albert y su *padraastro*. Cuando les llegó el turno a los hermanos, Jaime levantó la mano sin dudarle un instante. Alfonso sopesó las opciones que le quedaban, y tras unos momentos dubitativo, hizo lo mismo. Al fin y al cabo contaba con las latas que había guardado en su habitación sin que su hermano se percatase. Lo mismo al final, incluso salía ganando. Michael, por supuesto, al igual que Anna y Lucio, secundaron la propuesta.

—Bien, pues parece que aprobamos la iniciativa por unanimidad. El siguiente paso sería entonces realizar el traslado —hizo una pausa mientras buscaba algo en el bolsillo del pantalón. Tras unos segundos, extrajo una llave pequeña, cogida con un aro que, en tiempos mejores con total seguridad habría

servido como ancla a un llavero, pero que ahora era tan inútil como el router de Albert—.Rocío me ha facilitado esta llave, que abre la puerta de la entreplanta. Creo que será un buen sitio para usarlo como almacén.

A Lorena se le heló la sangre en las venas. Puede que la entreplanta fuese un lugar perfecto para almacenar la comida, pero siempre y cuando *lo que vivía allí dentro* lo permitiese. Porque ella lo había oído respirar al otro lado de la puerta. Y arañarla, con unas garras que sólo alguien que se dedicase a escribir historias de terror podría imaginar.

LA SOLEDAD DE MARUJA

Por primera vez en muchísimo tiempo, Maruja se sentía sola. A pesar de ello, no llegaba a estar agobiada por el silencio de la casa, y buena parte de la culpa la tenía el movimiento que percibía en el exterior. Cada cierto tiempo, la puerta de enfrente se abría y entraban o salían los negros con él.

El señor Mora.

Ja.

El alfeñique de su marido la seguía temiendo. Podía oler su miedo a través de la gruesa puerta, de las paredes. Incluso desde la distancia, cuando esos inútiles estaban haciendo lo que quiera que hiciesen en el portal, a través del encofrado, del hormigón, de las escaleras.

Ella lo vigilaba. Cada instante de su vida, cada insignificante segundo, estaba ahora dedicado por completo a la venganza. Cuando la puerta de sus inesperados inquilinos de enfrente se abría, a la milésima de segundo siguiente lo hacía también la mirilla de la suya. Y entonces veía sus gestos torpes, sus furtivas miradas de reojo, y saboreaba su miedo, como si se tratase de la más deliciosa de las bebidas.

Sabía que volvería a ella. Cuando todo se viniera abajo, él volvería. Y entonces iba a saber de verdad lo que era el dolor, como nunca antes lo había sabido.

Y mientras ese momento llegaba, ella seguía allí, disfrutando de la abundancia que le proporcionaba su repleta despensa. Aún era pronto para que los de fuera pasaran hambre, pero ese momento estaba más cerca de lo que podían imaginar. El enano se lo había dicho, le había dicho lo que iba a pasar, y ella lo creía a pies juntillas. No sabía por qué, pero lo hacía. También le había dado instrucciones sobre lo que tenía que hacer.

Y después le daría su merecido al alfeñique.

El último paso sería reclamar su puesto en la comunidad. El que siempre se le había negado y era suyo por derecho. Ahora que el mundo se había reducido a aquellas cuatro paredes rodeadas por la cosa que se agolpaba contra las ventanas, ya no se sentía fuera de lugar: ahora no existía nadie más importante que ella, sin nadie más por encima, y toda esa plebe, esa gentuza, por

debajo.

Quizás después de todo, lo que quiera que hubiese pasado fuera no había estado mal.

Nada mal, en absoluto.

Maruja sonrió, con esa sonrisa torva y mezquina que la caracterizaba, y levantó la tapa de la mirilla.

TE PILLÉ

—Tío, de verdad que no sé qué mierda te está pasando últimamente — dijo Jaime con desgana. Llevaban un buen rato vaciando la despensa, pero apenas habían cruzado dos frases y alguna mirada furtiva—. Esto nos está viniendo grande a todos, no te creas que eres alguien especial por sentirte descolocado.

Alfonso no respondió enseguida. No sabía si porque no tenía nada en el fondo de armario para rebatir la acusación, o porque no le apetecía entrar en otra discusión vacía que no les iba a llevar a ninguna parte. Cogió la última lata de melocotón en almíbar y la metió en la cesta. Después, comprobó que no cabía nada más, la levantó con esfuerzo y la puso con la otra, junto a la puerta.

—Esto no es uno de nuestros juegos, *pringao* —dijo al volver a la cocina—. No va de quién asusta más a quién, o de cuál hace la gamberrada más gorda. Tarde o temprano nos vamos a quedar sin comida. Si no hay nada fuera, si esto es lo que nos queda, por la mierda que sea que haya pasado, llegará el momento en que empiece a morir gente. De hambre, por alguna enfermedad, o porque se nos vaya la pinza y nos liemos a cuchilladas unos contra otros, yo que sé... Sólo espero que entonces te olvides del rollito de *boy scout* que llevas para impresionar a la lesbi y pienses en nosotros dos antes que en nadie más.

Alfonso abrió el cajón inferior del mueble bajo la encimera y sacó otra bolsa de rafia. Jaime se le quedó mirando mientras metía en ella lo poco que quedaba en la despensa. Sabía que tenía razón aunque no quisiera reconocerlo; sólo esperaba que no llegasen a esos extremos... que más allá del edificio hubiese alguien trabajando por sacarlos de allí.

«*Que papá y mamá estuviesen bien*».

Borró la idea de su mente y se obligó a dejar de pensar en nada que no pudiese solucionar por sí mismo.

—Bueno, esto ya está, figura —dijo Alfonso tras comprobar que no quedaba nada en el interior del mueble que usaban como despensa. Cogió la bolsa que acababa de llenar, que pesaba más bien poco, abrió la puerta y salió al rellano—. Las dos que pesan para ti, que eres el generoso —sentenció con sarcasmo.

—Cuando pienso que no puedes ser más capullo, vas tú y me sorprendes —se defendió Jaime después de arrastrar, no sin cierto esfuerzo, las dos bolsas al exterior. Tiró de la puerta y la fuerza de la costumbre hizo que cerrara con llave, girándola dos veces, como si existiera el riesgo de que alguien fuese a entrar a robar. Después, le arrojó las llaves a Alfonso, que las agarró de milagro con la mano libre después de que rebotasen contra su prominente barriga—. Las llaves para ti, que llevas menos peso —sentenció.

—Eres un... —comenzó su contraataque Alfonso mientras descendía el primer tramo de escaleras, pero se cortó en seco al oír los pasos que bajaban desde el piso superior. Su hermano, al encontrarse con Marta, se quedó congelado como de costumbre, sin poder reaccionar. La chica llevaba una bolsa pequeña, con algo que podía ser harina, o quizá pan rallado, en su interior.

—Hola. Qué mal rollo esto de vaciar la despensa, ¿verdad? —dijo, señalando con un gesto las bolsas que llevaba Jaime—. Es como aceptar que la situación se pone seria...

—Sí. La verdad es que sí... atinó a decir él, y luego mantuvo un incómodo silencio, que Alfonso se encargó de romper con una de las suyas.

—Teníais la despensa en las últimas, ¿no?

El comentario provocó una mirada asesina de su hermano, y una risita sarcástica por parte de la chica.

—Ya hemos bajado lo nuestro —se defendió, levantando la bolsa a la altura de los ojos—. He subido a por esto, que se había quedado en la mesilla de la cocina.

—Acabo de recordar que me dejo algo en casa —dijo Alfonso de repente, quitándole a la chica la bolsa de las manos y metiéndola en la de rafia, para ofrecérsela luego—. Toma, no pesa casi nada. Si no te importa baja con mi hermano y vais hablando de vuestras cosas por el camino.

—¿Qué haces? —dibujó Jaime con los labios, acompañándolo con un gesto interrogativo y sin emitir sonido alguno, tras asegurarse de que Marta no podía verlo.

Alfonso se alejó de ella y, cuando estaba a su espalda, le respondió a su hermano con un gesto obsceno, haciendo un aro con los dedos índice y pulgar de la mano derecha que atravesó con el índice de la izquierda repetidas veces, de

manera compulsiva, mientras ponía los ojos en blanco y abría la boca de manera exagerada, en un intento bastante patético de imitar un orgasmo.

—¿Que hablemos de nuestras cosas? ¿Tenemos *nuestras cosas* y yo no me he enterado? —preguntó Marta divertida, mientras comenzaba a bajar los escalones con parsimonia.

—No le hagas caso. Es gilipollas sin remedio... Eh... qué tal, cómo lo estáis llevando... ¿eh?... —tartamudeó. En condiciones normales, habría comentado algo acerca del tiempo, pero ahora no tenía ni idea de si hacía calor o frío fuera. Otro inconveniente de la sustancia.

Alfonso introdujo la llave en la cerradura y abrió, pensando en lo poco que iba a aprovechar su hermano la oportunidad que le estaba brindando de ganar puntos respecto al chulito del piso de enfrente, y de paso ligarse a la chica. Por supuesto no había olvidado nada, pero se iba a entretener durante unos minutos a propósito aunque no parecía que a Jaime le fuese a servir para mucho.

Claro que él no contaba con lo que se iba a encontrar al cerrar la puerta tras de sí.

—Q... ¿Quién demonios eres tú? —atinó a decir con un hilo de voz mientras su corazón se lanzaba a tumba abierta a velocidades inexploradas hasta ese momento.

LOS TRES AMIGOS

Anna puso el tapón y abrió a tope el grifo. Llenó hasta los bordes el lavabo de agua fría y se quedó mirando absorta la pequeña corriente provocada por el rebosadero, que trabajaba a destajo absorbiendo el excedente y evitando de esa manera que el agua inundara el suelo del cuarto de baño. Cuando el nivel quedó por debajo del orificio, se detuvo a observar el caleidoscopio del reflejo de su imagen rompiéndose y volviéndose a recomponer en la superficie del líquido sin pestañear, hasta que le dolieron los ojos. Los cerró, y disfrutó del contacto del agua fría con su rostro, ahuecando las manos y llevándoselas a la cara una, dos, tres veces. Luego se mantuvo apoyada sobre el borde del lavabo, dejando que las gotas se reagrupasen formando carreteras líquidas que volvían a su punto de partida en la superficie del agua, con una cadencia casi musical.

—¿Estás bien? —preguntó Michael desde el quicio de la puerta, recreándose en la figura de la chica sin que ésta se diese cuenta de ello. Le encantaba verla pasear por la casa con esos *leggings* que dejaban poco sitio a la imaginación. No sabía si era consciente del efecto que provocaba en él, aunque habría apostado a que sí sin dudarle un instante.

—No. No lo estoy. Me está afectando demasiado... Si hubieras visto la cara de Rocío cuando vio desaparecer a sus hijos...

—Tenemos que estar preparados para esto y para lo que venga, ya lo sabes... Esto no ha hecho más que empezar. Las cosas van a ponerse cada vez más difíciles...

—Ya, pero...

—No. No quiero el menor atisbo de duda. Si permanecemos unidos podremos con esto y con todo lo que se nos ponga por delante —le cortó, abrazándola. Sintió el calor de su cuerpo pegado al suyo, y se mantuvo así hasta que ella lo separó suavemente, pero con firmeza. Justo en ese momento, Lucio apareció en la puerta del baño, con su inseparable sonrisa libidinosa en el rostro.

—Qué... ¿molesto?

La presencia del italiano hizo que aumentase la distancia entre Michael y ella.

—No me queda vida suficiente para hacerte comprender lo capullo que

puedes llegar a ser, en serio —le soltó Anna.

—Yo también te quiero, preciosa —se defendió Lucio con sarcasmo, y luego le habló a Michael, pero sin quitarle ojo de encima a la chica—. La gente está bajando la comida al portal, así que cuando quieras hacer los honores, puedes abrir la puerta de la entreplanta para ir organizando la despensa.

—Vale. No vamos a hacerlos esperar más. Que empiece la fiesta.

Sin decir nada más, Michael salió del baño con las llaves tintineando en la palma de la mano, dejando a la improbable pareja una frente al otro, mientras oían descorrerse el cerrojo de la puerta del piso. La voz de Michael llegó ya desde el rellano, amplificadas y distorsionadas a la vez por un millar de ecos.

—¿Venís, o qué?

La cara de Lucio volvió a convertirse en una máscara grotesca, desagradable.

Claaro que vamos. No me perdería la *fiesta* por nada del mundo —dijo, pensando en *lo que había* tras la puerta de metal.

—A veces me das miedo, te lo aseguro —le soltó Anna y salió del baño, apartándolo con malos modos. El italiano aprovechó el momento y dejó que sus ojos bailaran al ritmo de las caderas de la chica conforme ella se alejaba por el pasillo en dirección a la puerta.

—Recoge esas babas antes de bajar, que lo dejas todo perdido —le lanzó ella con desprecio, y salió al rellano.

EL DIARIO

Albert había conseguido a duras penas adaptarse a su nueva situación. Por primera vez en lo que le alcanzaba la memoria todos los artilugios tecnológicos que abarrotaban su cuarto, el que hasta ese momento había sido su santuario, eran totalmente inútiles. Se sentía desubicado, huraño, un superviviente rodeado de los restos de un naufragio entre los que no encontraba nada útil para su nueva realidad. A pesar de ello, aunque ninguno de sus dispositivos electrónicos fuese capaz de conectar con el mundo exterior, si es que seguía existiendo algo con lo que conectar más allá de la sustancia, al menos podía utilizar el ordenador para acceder a la información almacenada en él, y en especial, a las fotografías de su madre. Levantó la pantalla de su portátil y miró la esquina inferior derecha con hastío. Señalaba las 12:15 del 24 de octubre. El día anterior, más o menos a esa misma hora, marcaba las 23:00 del 17 de mayo; lo que sea que hubiese ocurrido en el exterior parecía haber convertido la fecha y la hora del ordenador en una especie de ruleta de la fortuna. Dejó de dar vueltas a lo que no parecía tener solución y volvió a su madre. Aunque ya habían pasado varios días desde su desaparición, seguía sin poderse hacer a la idea de que ella ya no estaba allí. No estaba en el edificio, nadie la tenía retenida contra su voluntad tras ninguna de las puertas cerradas de las viviendas, por mucho que le costase reconocerlo. Ella había salido al exterior, ya fuese por su propia voluntad antes de que la sustancia hiciese acto de presencia, o contra ella, arrancada de la seguridad del edificio por algo que venía de más allá de las ventanas, de más allá de lo que se agolpaba contra las puertas.

Una lágrima se deslizó descuidada por la superficie de su mejilla sin que él hiciese nada por interrumpir su camino, y goteó hasta la mesa. En la pantalla, su madre sonreía abrazada a Raúl, en una foto que recordaba haber tomado hacía no demasiado tiempo, poco más de una semana, quizás.

Un momento tan lejano que parecían haber transcurrido *siglos* enteros.

Recordó lo que sentía en el momento de tomar la fotografía. La rabia contenida, contra Raúl, contra su madre... contra el mundo, contra todo en general y contra nada en particular, y se sintió estúpido. Ahora, tan solo una semana y unos días después, hubiese dado cualquier cosa por poder volver a vivirlo de nuevo, por poder abrazar a su madre y decirle que todo estaba bien, que podía querer a Raúl y también a él, que no pasaba nada por lo que hubiese hecho antes, por lo que había provocado que papá se fuese.

Papá, en alguna parte de ahí fuera.

Lo mismo que mamá.

Ahora tan sólo existía lo de dentro, y eso incluía a Raúl. El nuevo sentimiento borró al anterior, y sintió una explosión de rabia que le nacía en la boca del estómago y lo hizo temblar de pies a cabeza.

Ahora no existía mamá.

Ahora no tenía que esforzarse por integrarlo a él en su vida.

Ahora podía hacerle pagar por haber roto su familia.

Si no hubiese sido por él, por lo que hizo, si no hubiese sustituido a papá en la fotografía, ahora los tres podrían estar lejos de allí, donde vivían antes, donde quizás la sustancia fuese algo inimaginable, la informe protagonista de una película de serie B, no algo real, tangible y asfixiante.

Se levantó de golpe, con los puños apretados, dejando caer la silla sobre la alfombra que tapizaba buena parte del suelo de la habitación con un ruido sordo, desagradable, casi orgánico. Como el cuchillo del carnicero al golpear sobre la carne fresca.

Salió de la habitación y lo oyó respirar pesadamente en la de al lado, el respirar pausado de quien está dormido. Sin hacer el más mínimo ruido recorrió los escasos metros de pasillo hasta alcanzar a verlo en la cama. El olor a alcohol le llegó antes de ver la botella casi vacía, y eso lo enfureció aún más. Ciego por la ira, lanzó de un manotazo al suelo todo lo que había sobre la cómoda, pero el ruido no provocó más que un sonoro ronquido en Raúl. Entonces vio la mancuerna que el sustituto forzoso de su padre había comprado con la intención de *volver a recuperar la forma*, según sus propias palabras, y la cogió casi sin pensar, con el piloto automático puesto. Rodeó la cama, y levantó la mancuerna por encima de su cabeza. A su espalda, sin que él fuese consciente de ello, la superficie de la sustancia se aplastó contra la ventana y en su interior se adivinaron dos figuras oscuras, de aspecto humano, que se movían frenéticamente. En ese preciso momento, Albert vio el bolígrafo que descansaba sobre la cama, a pocos centímetros de la mano derecha de Raúl, y el diario de su madre, desaliñado, que se encontraba en el suelo con las tapas abiertas, como queriendo recoger las hojas que se desparramaban sobre la moqueta. Si en algún momento había sido realmente capaz de utilizar la mancuerna como un arma contra él, la curiosidad hizo que ese momento pasara, por suerte para Raúl.

Extrañado, la dejó en el suelo, y cogió el diario. Al hacerlo creyó detectar un movimiento a su espalda por el rabillo del ojo, pero al girarse sólo encontró la sustancia, agolpándose como siempre contra el cristal, en un inútil esfuerzo por atravesarlo y entrar en la habitación.

Las primeras páginas del diario mostraban la cuidada caligrafía de su madre, y al pasear la mirada por sus líneas de color azul no pudo evitar que las lágrimas lo asaltaran de nuevo. Volvió a sentir que el fuego de la ira prendía una vez más en sus entrañas. ¿Por qué aquel tipo, aquél que tan sólo unos meses atrás era un completo desconocido, había violado la intimidad de su madre, sus pensamientos secretos, lo que la pertenecía a ella, sólo a ella y a nadie más? ¿Cómo había tenido el atrevimiento? Siguió pasando las páginas, más por melancolía, por sentir que su madre estaba allí, a salvo tras esas palabras, que por ninguna otra razón. Y de forma abrupta, las páginas escritas por ella acabaron y fueron sustituidas por una caligrafía mucho más descuidada, rozando incluso a veces lo ininteligible:

Ya no puedo contar los días que llevo sin ti. Los días que han pasado desde que te fuiste. No puedo dejar de sentirme culpable por haber estado dormido, por no despertarme cuando pasó eso, lo que quiera que sea que te ha separado de mí. No sé dónde estás, si estás bien, si sigues... si sigues estando con nosotros. Me siento inútil, no sé qué puedo hacer para buscarte, no sé cómo intentarlo siquiera. Estas cuatro paredes son mucho más una cárcel para mí que para los demás, y lo único que puedo hacer desde aquí es prometerte que voy a cuidar de tu hijo. Voy a encargarme de que esté a salvo, de protegerlo incluso a costa de mi vida si fuese necesario. Porque sé que es lo que tú querrías... Lo que tú quieres.

Si estás fuera, si hay la más mínima posibilidad de que puedas volver... lucha. Por favor, lucha.

Te quiero.

Albert cerró el diario con cuidado, y lo depositó donde lo había encontrado, sobre la moqueta. Miró a Raúl como si lo hiciera por primera vez, y en cierto modo así era. Pudo ver los surcos salados que habían dejado las lágrimas derramadas cuando el alcohol aún no le había ganado la batalla, cuando aún no había nublado sus sentidos y adormecido el recuerdo.

Bajó la mirada avergonzado y sus ojos se encontraron con la mancuerna. Su expresión se ensombreció. Si no hubiese visto el diario, si éste no hubiese

captado su atención, quizás...

Su cara reflejó una mezcla entre horror e incredulidad, y por primera vez desde que todo comenzó, se alegró de no tener a su disposición una red social para compartir ese sentimiento con nadie en absoluto.

ESO NO SE HACE

Mientras Marta empezaba a disfrutar, sin apenas darse cuenta, de los esfuerzos del pobre Jaime por intentar establecer una conversación con ella sin tartamudear cada dos por tres, Lorena la esperaba en la planta baja con el resto de sus escasas provisiones. Eso quería decir que Rocío se había quedado al cuidado de las dos ancianas en la casa de las chicas.

Últimamente había comenzado a sentirse cada vez mejor con Rogelia, sus conversaciones con ella, aunque la mayoría de las veces eran caóticas y carentes de sentido, la ayudaban a mantener a sus hijos —al *destino* de sus hijos — fuera de su pensamiento, en un lugar en el que no podían hacerle daño. La anciana, por su parte, lucía una eterna sonrisa en el rostro, y todo le parecía bien. Ella y su hermana eran el anverso y el reverso, la cara y la cruz de una misma moneda. Todo el tiempo que ella sonreía, Eugenia lo pasaba refunfuñando y quejándose acerca de todo lo que la rodeaba, cuando no le daba por insultar a las chicas que con tanta amabilidad las habían acogido en su casa cuando nada las obligaba a ello. De momento, Rocío se había ido librando de ser objetivo de sus iras, al parecer en dichos menesteres la edad era un grado, y por ello eran las dos jóvenes las que se llevaban todos sus *regalitos dialécticos*.

Eugenia salió del cuarto de baño, soltando una casi inaudible y quejumbrosa retahíla de palabras del lenguaje que había acuñado como propio, y que se basaba casi siempre en introducir aunque fuese con calzador algún impropio cada dos o tres palabras *normales*. En este caso, el motivo de su enfado no era otro que había tenido que tirar dos veces de la cadena para que el *regalito* que había dejado se decidiera a dejarse ir tubería abajo, con la consiguiente espera para que se llenase la cisterna, quitándole tiempo de su apretada agenda. Cuando se dirigía a la salita en la que se encontraban su hermana y la otra mujer, pasó por delante de la puerta abierta del cuarto en el que, desde que ellas estaban allí, dormían las *pelandruscas*. No podía dejar pasar la ocasión de registrar a ver si encontraba algo interesante, aprovechando que su hermana no dejaba de, según su lenguaje, “*desí chalaúra que la majarona la otra se queda escuchando con la boca abierta*”.

Eugenia echó un vistazo desde el marco de la puerta. La habitación hubiese hecho las delicias de los hermanos *frikis*; aunque no llegaba al nivel de las de ellos, las paredes estaban llenas de posters de películas de terror, en una mezcla perfectamente estudiada de cine y anime, y sobre los muebles se podían

ver decenas de figuras de colección, con un gusto a años luz del agolpamiento sin sentido de los hermanos. Eugenia entró, sin poder quitar ojo de aquel montón de *muñecajos* que no tenían ningún significado para ella. No entendía por qué aquella habitación parecía más la de un niño de cinco años que la de una niñata hecha y derecha, pero tampoco le importaba demasiado. Aguzó el oído para asegurarse de que Rocío seguía hablando con su hermana antes de abrir con cuidado los cajones de la mesilla de noche y trastear en su interior sin revolverlos demasiado, para que su propietaria no se diese cuenta de que alguien había estado registrando. Aunque en realidad, eso era algo que a ella le importaba bien poco, nunca iba a reconocer que había pisado siquiera el suelo de esa habitación, ni aunque la torturasen.

—Vaya *mojón*... Aquí no hay *ná* que valga un pimiento... —susurró por lo bajo la anciana, mientras estiraba el tanga de hilo sin sospechar ni por un instante que aquella goma elástica de color rosa estuviese destinada a la misma función que sus cómodas bragas de color carne.

—¿Y esto que *cohone* es? —se preguntó a sí misma en un tono de voz que fue lo bastante alto como para hacerla temer que la hubiesen escuchado. Tras unos segundos de pausa oyó la carcajada de Rocío en el salón y frunció el ceño... a saber que nueva *gilipoyé* se le había ocurrido a su hermana como para hacerla reír así. Fuera como fuese, a ella le había venido de perilla para continuar con su registro sabiendo que no corría ningún riesgo de ser descubierta. Volvió a centrar su atención en el objeto que había rescatado del fondo de último cajón: un enorme vibrador de silicona semi translúcida, de color rosa neón. Lo cogió por uno de los extremos y lo miró absorta, asombrándose de cuánto pesaba, mientras el extremo contrario oscilaba de izquierda a derecha como un extraño péndulo sacado de la imaginación calenturienta de algún adolescente.

—Esto va a *sé pa* Gruñón, *verá* qué contento se va a *poné* cuando lo *suerten* los *mamarracho* estos... —susurró mientras lo guardaba entre los amplios pliegues de la ropa que Rocío le había prestado, cogido con la parte trasera del elástico de sus bragas, sin llegar a sospechar que allí estaba muy cerca del uso para el que fué concebido, mucho más que el que Gruñón le pudiese dar cuando lo atrapase entre sus fauces. Pero eso era algo que nunca iba a suceder aunque ella, en sus estrechas entendederas, no podía llegar a imaginarlo siquiera.

EL MONSTRUO AL OTRO LADO DE LA PUERTA

Lorena soltó un suspiro de alivio cuando vio aparecer a Marta acompañada de Jaime. Desde lejos, le hizo señas a su amiga, quien esbozó una rápida disculpa al chico a la vez que dejaba la bolsa en el suelo, y se dirigió con paso apresurado hacia ella.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—Has tardado una eternidad, tía —le recriminó Lorena sin quitar ojo de encima al *friki*, que las miraba desde lejos con una estúpida sonrisa. No podía dejar de pensar en lo que oyó tras la puerta de metal que el *cachas* se había empeñado en abrir para utilizar la habitación como despensa. Se le erizaba el vello al pensar en la llave girando en la cerradura.

En lo que ocurriría después.

No quería que llegase el momento de abrir la puerta sin que su amiga estuviese allí junto a ella. Intentó olvidar la sensación cambiando de tema

—¿Y tú qué? ¿No vas a dejar títere con cabeza? —añadió, señalando hacia el chico con un gesto.

—¿Jaime? Anda ya.

—Ah, que ya tiene nombre y todo —soltó con sarcasmo—. Ya tienes a dos bebiendo los vientos por ti. Por si las moscas, no vaya a ser que haya que repoblar el planeta, más vale tener donde elegir. Y a mí me dejas al *hermanito*. Vaya regalo.

—Qué idiota eres —sonrió Marta y sin apenas fuerza, le golpeó el brazo con el puño cerrado.

—¡Ay! Eso es agresión, vaya con la mosquita muerta —bromeó.

—Encima de que te dejo al *rubio*, te quejas —dijo, señalando a Michael con un movimiento de cabeza. Éste, como si hubiera podido escuchar la conversación de las chicas desde la distancia, intervino zanjando la

conversación.

—Bueno, si os parece echamos un vistazo a ver si la habitación puede servirnos como almacén para la comida —dijo, con las llaves tintineando en su mano derecha, y se dirigió hacia el tramo de escaleras que acababa justo enfrente de la puerta de metal. Lorena no pudo reprimirse, y lanzó un grito.

—¡Espera!

Michael se detuvo en seco, sorprendido. A Anna le cambió la cara, como si de repente hubiese recordado algo muy importante.

Y en realidad, así era.

—Joder, lo había olvidado por completo —dijo.

—¿Qué demonios pasa? ¿Me estoy perdiendo algo? —preguntó el muchacho.

—Lorena me advirtió de que había oído algo al otro lado de la puerta... han pasado tantas cosas desde entonces que lo descarté involuntariamente...

—¿Cómo es eso de que oíste algo? ¿Algo como qué? —preguntó Jaime, en cuya imaginación moldeada por mil películas de serie B comenzaban a germinar teorías, a cual más absurda y enrevesada. Pero ninguna lo había preparado para lo que Lorena dijo a continuación. La chica respiró hondo, se pasó la mano por el pelo de colores imposibles siempre despeinado y se ajustó las gruesas gafas de pasta. Aunque ese ritual solía calmarla en situaciones incómodas, en aquella ocasión no hizo el menor efecto, así que se decidió a continuar sin pensarlo demasiado.

—Hay... hay algo vivo tras esa puerta. Lo oí. Un animal, creo... y por el ruido que hacía, bastante grande. —*Uno, dos, coge el crucifijo.* La cantinela volvió a resonar en su cerebro sin que pudiese hacer nada por evitarlo—. *Freddy* —dijo en un susurro apenas audible.

—¿*Krueger*? —preguntó el chico, casi eufórico.

Lorena lo miró unos instantes. Quizá después de todo, hubiese algo que se pudiera salvar en el chico del flequillo de cortina. Cualquiera fan de Freddy merecía una segunda oportunidad.

—Arañó el metal, pero no sólo para que se oyese ese chirrido desquiciante. Parecía como si quisiera atravesarlo. Como... como si pudiera

hacerlo.

—Joder... esto es una pasada —sentenció el muchacho, mientras se preguntaba por qué demonios no había bajado ya su hermano. Se estaba perdiendo lo mejor que les había pasado desde que tenían uso de razón —un momento que su padre dudaba que hubiese llegado todavía—. Por supuesto él se lo iba a contar luego palabra por palabra, pero ya no sería lo mismo.

—No se si “*una pasada*” sería la mejor manera de describir esta situación —protestó Michael, y continuó a renglón seguido, cortando cualquier posibilidad a los *fans* del asesino de las garras metálicas de seguir con su conversación—. No veo muy razonable la posibilidad de que haya algûn animal ahí. Cuando Rocío me dio las llaves me dijo que en esa sala es donde se encontraba la antigua aljibe del edificio. Una vez se anuló y se puso la entrada de agua directa de la red de abastecimiento, quedó inutilizada... creo que lo único que encontraremos ahí será alguna que otra araña...

—Sí, pero... —trató de intervenir Lorena, aunque Michael no le dio oportunidad.

—No te preocupes, a pesar de todo, tomaremos precauciones al abrir —la tranquilizó, tomando una barra de metal que había recuperado del trastero que en algún momento se concibió como sala de estar para un portero que nunca llegó a existir en el edificio, y que ahora era una amalgama de desechos y recambios para las zonas comunes como pomos, tiradores, clavos y alcayatas o bombillas, tanto usadas como nuevas, mezcladas sin orden ni concierto—. No creo que ninguno de los vecinos haya decidido guardar su mascota ahí, a oscuras, sin ventilación ninguna.

—Lo que me preocupa no es lo que haya puesto ahí nadie del edificio, sino lo que haya podido entrar desde el exterior —susurró Lorena a su amiga—. No recuerdo si eso tenía alguna ventana... sólo lo vi abierto una vez que estuvo trasteando el técnico de la compañía cuando pusieron el agua... y me dio corte asomarme descaradamente, subí por las escaleras en lugar de por el ascensor para husmear un poco, nada más.

—Pues ya sabes más que yo. No tengo ni idea de lo que hay detrás de la puerta, siempre la he visto cerrada —le explicó Marta por lo bajo, con una mueca de disculpa.

Michael subió en tres grandes zancadas el tramo de escaleras que separaba la puerta metálica objeto de la discusión del portal de entrada al

edificio. Introdujo la llave en la cerradura y la giró un par de veces hasta que quedó trabada. El ruido de los cerrojos al descorrerse reverberó por el pasillo y un silencio sepulcral se instaló entre los vecinos presentes. Michael agarró la barra con fuerza con su mano derecha mientras la izquierda asía el pomo con firmeza. Esperó así unos instantes para comprobar el efecto del sonido provocado por el cerrojo en el interior, pero no se oyó nada en absoluto.

—Bueno, allá vamos... que empiece la fiesta —susurró. Giró el pomo y abrió la puerta de golpe. Agarró la barra con ambas manos y se preparó por si fuese necesario utilizarla, como el bateador que espera el lanzamiento del *pitcher* para golpear la pelota de béisbol en busca del *home run*. El corazón de Lorena se desbocó y apretó el brazo de su amiga con tanta fuerza que provocó que a ésta se le escapara un quejido a modo de protesta. El momento que tanto temía estaba a punto de llegar. El ser que se ocultaba en las sombras iba a saltar desde el interior para romper la barra de hierro entre sus fauces y desgarrar la carne y los huesos del muchacho rubio con tanta facilidad como si fuesen mantequilla derretida.

Sin embargo, no ocurrió nada.

Michael tanteó la pared en la oscuridad. Sus ojos eran incapaces de distinguir más allá de una exigua gama de grises que iban desde el muy oscuro al negro casi absoluto, lo que le daba para poco más que algún contorno desdibujado. Cuando sus dedos tropezaron con la familiar forma del interruptor y lo accionó, sus pupilas protestaron ante la brusca avalancha de luz y sus párpados se cerraron involuntariamente. Si había algún animal allí, ese era su momento perfecto para atacar, para pillarlo indefenso. Sólo una milésima de segundo, en la que no ocurrió nada. Michael abrió los ojos, parpadeando de forma repetida, hasta que la luz dejó de ser una tortura. La sucesión de imágenes estroboscópicas que se grabó en su cerebro tenía un punto común: allí no había nada vivo. Soltó la barra, dejándola apoyada contra la pared, y entró para inspeccionar la habitación.

—Bueno, parece que ha sido una falsa alarma —dejó escapar en un suspiro. La sala no era más que una amplia estancia de forma rectangular, diáfana y vacía, sin ningún recoveco en el que se pudiera ocultar un posible atacante. Lo único que llamaba la atención era el enladrillado en el suelo que tapaba lo que en su momento fue la aljibe.

Y lo mejor era que no tenía ventanas al exterior.

—No... no puede ser —balbuceó Lorena, entrando con cierta desconfianza en la sala—. Estaba convencida de que...

—No te preocupes —la animó su amiga—. Todos estamos pasando muchos nervios, quizá la imaginación te gastó una mala pasada. No es la primera vez que nos pasa, son efectos secundarios de nuestro blog —continuó, mientras tocaba las rugosas paredes. Estaban frías, aquél sería un buen sitio para mantener la comida a buen recaudo.

—Jo... joder...

La voz que llegó desde sus espaldas sonó como un quejido lastimero. Jaime había girado la puerta para curiosear por la parte de atrás; a la altura de sus ojos, a poco más de metro setenta desde el suelo, cuatro hileras paralelas de anchos arañosos habían penetrado en el metal lo suficiente como para arrastrarlo y convertirlo en otras tantas espirales de color brillante que se agolpaban al final de los surcos como imposibles caracoles metalizados sobre una hoja de lechuga.

—¡Fueraaaaa! —gritó Michael, y apenas se detuvo a coger la barra que había apoyado contra la pared. En menos de un segundo, todos salieron a trompicones, y cerró dando un portazo que hizo retumbar las paredes. Apenas había girado las dos vueltas de la llave en la cerradura cuando comenzaron a oírse los arañosos y los bufidos al otro lado de la puerta.

—Se nos ha olvidado apagar la luz —dijo Jaime con un hilo de voz temblorosa cuando fue capaz de recuperar el aliento.

FUNDIDO A NEGRO

La relación entre Moussa y el señor Mora se podría definir como una variante sin connotaciones sexuales del *amor a primera vista*. Aunque el grandullón africano no entendía ni media palabra de español, cuando ambos estaban juntos parecía como si entre ellos existiera una especie de telepatía, una corriente de empatía, de amistad en el grado más puro, que hacía que no fuesen necesarias las palabras. Paradójicamente, los días que llevaban atrapados en el edificio —exceptuando aquellos últimos que compartió con Maruja y que ella se encargó con todo el empeño que pudo de convertir en un absoluto infierno—, fueron los únicos en los que el señor Mora se había sentido libre desde que se casó con su *santa* esposa. Pero esa sensación de euforia, de libertad a pesar de ser prisionero, era inversamente proporcional a la distancia que separaba a aquel pobre hombre de la puerta tras la que se ocultaba el monstruo: tan pronto como salían al rellano y el señor Mora detectaba su presencia —porque era así, de la misma manera en que un animal presiente el peligro antes de que ninguno de sus sentidos lo ponga sobre aviso—, su confianza y su alegría se esfumaban, absorbidos por el agujero negro que generaba el ser que los espiaba desde el otro lado de la mirilla.

Aquella ocasión no tenía porqué ser distinta de las anteriores, y el animado señor Mora que compartía el piso con Abdou y Moussa, ese que había insistido hasta la saciedad para conseguir que Moussa durmiese en la cama y él en el sofá, no al contrario porque le parecía absurdo que un hombre tan grande se encogiera en un mueble tan diminuto comparado con su tamaño, ese que reía a carcajada limpia cada vez que trataba de ayudar a Abdou para que Moussa pronunciase al menos una palabra inteligible en español sin conseguir nada en absoluto, ese que estaba disfrutando como nunca, como lo hace el niño al que sus padres dan la libertad de dormir por vez primera en casa de su mejor amigo, volvía a apagarse como una vela sin oxígeno al oír el roce de la tapa de la mirilla. El efecto que conseguía ese sonido que estaba en el límite de lo imperceptible tenía un efecto casi físico en el hombre. Sus hombros se encogían y parecían tirar de él hacia delante, haciendo que se encorvara como un anciano nonagenario. Su mirada se perdía, quedaba flotando y sin poderlo evitar acababa posándose, de reojo, en aquella puerta de madera oscura tras la que se escondía su perdición. Todo rastro de alegría se despejaba de su persona y se disolvía como el humo de una vela al apagarse.

Era tan sólo cuestión de segundos.

Desde el otro lado de la realidad, donde todo seguía bajo su control absoluto, donde los muebles olían a antiguo, donde la despensa estaba repleta como para resistir meses y meses, Maruja percibía todo aquello. Bebía el miedo de su marido y lo saboreaba como el experto enólogo percibe el *bouquet* de un buen vino, sin prisa, sorbo a sorbo. Y sentía como su odio iba creciendo a cada segundo que el mequetrefe se mantenía fuera de su alcance, al cobijo de los negros que se habían atrevido a invadir su casa. Pero se los haría pagar, a los negros primero, y luego a su marido. A él lo iba a dejar para el final, para que viese lo que les hacía a esos malnacidos, para que sufriese cada interminable segundo pensando en lo que le esperaba cuando le llegase su turno.

En el rellano, Moussa fue, una vez más, testigo mudo de la transformación casi instantánea del estado de ánimo del hombre que ahora consideraba su amigo. En este caso no fueron necesarias las palabras para que se diese cuenta de lo que estaba sucediendo. Había una cosa que tenía clara aunque no entendiese una palabra cuando el señor Mora le hablaba: que era una buena persona. Examinó la postura del hombre, la pose que cada vez más se parecía a la de un animal acorralado, al conejo que se queda inmóvil ante los faros del coche que se acerca a toda velocidad, esclavo de su fatal destino, y dirigió su mirada hasta la puerta que estaba causando tal efecto en él. Vió la sombra que interrumpía buena parte de la claridad que se filtraba por la rendija entre la puerta y el suelo, los cambios casi imperceptibles de luz que provocaba Maruja al cambiar el ojo con el que espiaba por la mirilla, y se dio media vuelta para volver a meterse en el piso. El señor Mora lo oyó soltar una retahíla de palabras sin sentido en el interior, a un millón de kilómetros de distancia, a las que Abdou respondió con otra tanda de las mismas características. Mientras él, allí fuera, se sentía solo y desprotegido como no lo había estado nunca antes. Sintió de nuevo la necesidad de acabar con todo aquello, de entregarse a Maruja y olvidar toda esperanza; quizá de esa manera los dejase a ellos en paz.

Quizá no les hiciese daño.

Maruja pareció notar esa indecisión y decidió aprovechar el momento. Su ojo se separó de la mirilla y su mano se cerró como una garra alrededor del pomo de la puerta.

Lo habían dejado solo.

Ella era el depredador y tenía a su presa al alcance. Era tan sencillo como

abrir, cogerlo de un tirón y arrastrarlo a sus dominios, donde todo estaba permitido. Cuando los negros quisieran darse cuenta, ya sería tarde. Y luego les tocaría a ellos el turno, el enano de la planta de arriba, el de la extraña y sádica sonrisa, le había dado lo que necesitaba para hacérselo pagar a todos. Inició el giro de muñeca para abrir la puerta a la vez que echaba un último vistazo por la mirilla para asegurarse de que todo seguía en orden, y entonces lo vió: el negro gigantesco estaba al otro lado, mirándola fijamente con los labios apretados y la ceja levantada, con una expresión que parecía querer recriminarle lo que había estado a punto de hacer.

En un acto reflejo, Maruja se separó con brusquedad de la mirilla. Cuando volvió a mirar, todo estaba negro.

—¿Qué has hecho, hijo de puta? ¿QUÉ HAS HECHO? —gritó, fuera de sí.

En el rellano, Moussa se giró hacia el señor Mora con una sonrisa de oreja a oreja. Era una sonrisa franca, limpia, sin ningún tipo de malicia. En su mano derecha aún estaba destapado el rotulador indeleble con el que había pintado a conciencia toda la lente de la mirilla, sin dejar el menor resquicio por el que se pudiera colar algo de luz. El señor Mora se le quedó mirando incrédulo, con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas, como si no pudiera dar crédito a lo que acababa de pasar. La sorpresa inicial dio paso a una risa que comenzó poco a poco, como un escape de gas mal contenido que silbaba entre los labios, y que subió de intensidad hasta convertirse en una explosión de carcajadas que limpió de repente todos los años de represión, de miedo, de sufrimiento. Una risa que se contagió como un virus al gigantón, y que hizo que ambos se retorcieran, apoyados uno en el otro sin que pudieran evitarlo. Abdou salió y cerró la puerta con la sonrisa del que sabe que se está perdiendo algo divertido, pero no tiene claro el qué. Preguntó algo a su compañero, aunque estaba convencido de que no iba a obtener respuesta hasta que pasara el momento. Entonces vió el rotulador en la mano de Moussa, y se unió al concierto de carcajadas.

Dentro, Maruja se retorció también, pero de ira. Las risas eran como cuchillas que iban rajando cada centímetro de su piel, las sentía casi como un dolor físico. Tenía los puños tan apretados que las uñas —las *garras*— se le clavaron profundamente en la parte carnosa de las palmas de las manos, y finos ríos de color escarlata se dibujaron entre sus dedos en dirección al suelo, donde dejaron un tétrico mosaico de salpicaduras.

Con un gruñido de rabia se apartó de la puerta y, en grandes zancadas se

dirigió a la mesilla de noche donde había guardado lo que le dejó el repelente pequeño italiano. Se había estado preguntando cuándo iba a necesitarlo, pero ahora lo tenía clarísimo.

Abrió el cajón, y la sangre manchó la empuñadura del revólver, aunque a ella no le importó lo más mínimo. Sonreía, y su sonrisa no tenía absolutamente nada que ver con la de Moussa.

NO TE VAYAS

—¡Tío! ¿Dónde te has metido?

Jaime cerró la puerta de golpe tras de sí. Sentía una mezcla de emociones difícil de definir; por una parte estaba asustado como nunca antes lo había estado en su vida, pero por otra eufórico por lo que acababa de ocurrir. Ese ser, lo que quiera que fuese, había aparecido de la nada, justo delante de sus narices. La sala en la que sucedió todo era diáfana, rectangular, sin ningún recoveco, ningún escondrijo en el que hubiese podido estar oculto. Simplemente no estaba, y al segundo siguiente, sí. Así de claro y rotundo. La cabeza le bullía con las ideas, las posibilidades, las respuestas, cada cual más absurda e imposible que la anterior. Dimensiones paralelas, esa era la más factible, sin duda. Tanto la sustancia como el ser habían llegado desde otra dimensión que, por la razón que fuese, se estaba solapando con la realidad. Estaba deseando compartirlo con su hermano, ver la cara que se le iba a quedar, y oír sus suposiciones. No tenía ni la menor idea de por qué el gilipollas se había quitado de enmedio de esa manera, perdiéndose algo único e irrepetible. Se iba a morir de la envidia cuando se enterase.

—¡Alfonso! ¡Tenemos que bajar, hay reunión urgente! ¡No te imaginas lo que ha pasado!

Miró a toda prisa en la cocina y el salón, que estaban vacíos. El cuarto de baño tenía la luz apagada y la puerta abierta, y Alfonso tampoco se encontraba allí. La siguiente puerta en el pasillo era la de la habitación de su hermano, pero estaba tan vacía como los anteriores. La única que aún faltaba por comprobar era la suya propia, y de repente lo comprendió todo. El rostro se le iluminó como un relámpago ilumina un noche de tormenta, y una maliciosa sonrisa se dibujó en sus labios. La pieza había encajado de repente, y veía el puzle completo: su hermano se había quitado de enmedio para prepararle una de sus *sorpresitas*.

Volvía de nuevo la competición, y Alfonso estaba preparándole con total seguridad alguna broma pesada. Ni siquiera la situación crítica que estaban viviendo era suficiente para que olvidase que le iba ganando. Cambió de estrategia y se asomó con sigilo. Tal como había sospechado, el *tontolaba* estaba allí, tan concentrado en lo que quiera que fuese que estaba preparando que ni lo había oído llegar. Estaba sentado en la silla ergonómica, frente al monitor de su ordenador de sobremesa. Hacía ruidos acuosos, como si estuviese masticando

algo blando, casi líquido.

“Qué guarrada”, pensó. “Me lo quiere poner todo pringando de vómito falso, o algo así”.

Como corroborando su pensamiento, Alfonso soltó un sonoro eructo, al que siguió una serie de arcadas que pareció no poder controlar hasta última instancia. Se detuvo, levantó la cabeza y olisqueó el aire, como un animal, para luego seguir con sus escandalosas masticaciones.

Jaime empezó a sentirse incómodo. ¿Qué jodida broma le estaba preparando su hermano? Aquello más que el escenario de una de las suyas, parecía un *fan video*, la recreación cutre del banquete de un zombi de *The walking dead* hecha por un aficionado a la serie. De repente cayó en la cuenta de que *era imposible* que su hermano no lo hubiese oído. Había entrado llamándolo a grito pelado, y no sólo una vez.

Se acercó a él, y a cada instante la intranquilidad iba dejando paso a la angustia. No estaba a más de un par de metros de distancia cuando le pareció notar un movimiento a su izquierda, y se giró. La ventana estaba abierta de par en par, y *algo* se había movido *dentro* de la sustancia, estaba seguro.

—Jo... joder, hermano... la... la ventana está abierta —se le escapó en un hilo de voz. Ahora solo quería que Alfonso se girase y se riese en su cara a grandes carcajadas. Era el ganador supremo, enhorabuena. Aquí tiene su Oscar, me ha dado el susto de mi vida. *Soy un capullo y he caído como un pardillo, pero por favor dime que es una broma, date la vuelta y por favor dime que es una broma...*

Pero la vocecita que llevaba un rato avisándole en su interior ahora era un grito desesperado que le decía que no, que nada iba bien, que en realidad nada volvería a ir bien, y entonces su hermano se giró.

Su cara era una horrible máscara, la locura misma convertida en un ser humano. El pelo, más grasiento que nunca, se le pegaba a la frente dibujando desagradables ondulaciones que parecían finísimos gusanos oscuros que quisieran alcanzar sus ojos sin conseguirlo, unos ojos tan abiertos, tan *expresivos*, que parecía que iban a salir disparados hacia delante como el corcho de las botellas de sidra con las que brindaban en nochevieja, en casa de sus padres, cuando todo aún estaba bien, cuando cualquier cosa que pasara tenía arreglo.

Pero lo peor, con diferencia, era su boca.

Las *manchas* de alrededor de su boca.

¿Era sangre? ¿Su propia sangre? ¿O estaba... comiéndose algo?

¿Pero qué? En la casa no quedaba nada, la nevera estaba tan vacía como la despensa, y aunque no fuera así, ellos no tenían carne fresca, su alimentación se basaba en las latas al cien por cien...

Nada sangra así.

Ninguna comida sangra así.

La voz de su interior hizo su trabajo, poniéndolo sobre aviso, aunque no hacía ninguna falta, él ya lo sabía.

Nada que no estuviese vivo.

Alfonso se levantó y le enseñó las manos.

—Este ya es mío, pero hay más. Hay *muuuuchas* más cosas ahí. Puedo pedirles alguna para tí, si quieres. *Ellos* nos darán lo que le pidamos, ¿sabes? Porque nos quieren. *Ellos nos quieren a todos.*

De sus manos colgaba un pellejo que parecía un perro. Un perro que Rogelia habría reconocido, probablemente, con algo de esfuerzo. Jaime sintió que el mundo daba una vuelta de campana y cayó de espaldas sobre la moqueta, sobre el dibujo que marcaba la posición exacta del cadáver, sin coincidir lo más mínimo.

—Yo ya me voy, tú te quedas —sonrió, mostrando el mosaico rojo y blanco de su dentadura—. Te estaré esperando, pero vendrás. El primero o el último, vendrás.

En un par de grandes zancadas, se acercó a la ventana y se *zambulló* en la sustancia, que lo acogió con un desagradable chasquido.

—¡NOOOOOO! —gritó Jaime lanzándose hacia él, pero cuando llegó sólo quedaba la superficie que hervía en diminutas y *amenazadoras* burbujas. Quería lanzarse tras él, buscarlo, quizá aún pudiera traerlo de vuelta, quizá aún...

Las tres sombras con forma levemente humana se acercaron desde el interior de la sustancia y Jaime cerró la ventana con tanta fuerza que estuvo a

punto de hacer saltar los cristales.

Cayó de rodillas allí mismo y lloró.

Lloró porque sabía que no iba a ver nunca más a su hermano.

No podía estar más equivocado.

NADIE SOLO

—Ha sido horrible... horrible —gimoteó Jaime con la voz ahogada mientras ocultaba su cara entre las manos. Marta lo abrazaba tratando de darle un consuelo que parecía imposible. Los vecinos, que habían acudido a la llamada de Michael, estuvieron oyendo el relato de los hechos en un silencio sepulcral; ni siquiera las ancianas habían hecho el más mínimo ruido, una de ellas porque no le importaba un pimiento, la otra porque no se enteraba de la misa la media.

Los *supervivientes* estaban reunidos en el pasillo de entrada al edificio: a las bajas de Modou y la familia de Rocío —su marido desde un principio, sus hijos después— había que sumar ahora la de Alfonso. Eso sin contar con la madre de Albert, que llevaba desaparecida desde un primer momento y de la que no se podía constatar aún cuál había sido su destino, aunque tras visionar la cinta en la que aparecía el marido de Rocío, los únicos que creían —que *necesitaban* creer— que aparecería sana y salva en cualquier momento eran su pareja y su hijo.

Jaime lloraba de forma desconsolada, sentado en una de las sillas que habían bajado para las reuniones, con los codos apoyados sobre la mesa. Marta estaba sentada a su lado intentando que mantuviese la calma, con Lorena siempre cerca, mientras que Michael y sus dos compañeros de piso estaban allí mismo, de pie junto a la mesa, mirándolos a unos pasos de distancia. El grupo lo completaba, por orden de cercanía, el señor Mora y sus dos amigos, Albert —que había arrojado al novio de su madre y lo había dejado arriba, durmiendo la borrachera—, Rocío, a cuyo brazo se sujetaba la siempre sonriente Rogelia, y por último al fondo, junto a la puerta del ascensor, Eugenia, que se apoyaba contra la pared con la esperanza de que nadie notase el bulto del *juguete para el perro* que ocultaba tras de sí.

—Esto es una *puta* locura —soltó Albert de repente, rompiendo el silencio que se había instalado entre los sollozos del muchacho—. La situación se nos está yendo de las manos. ¿Qué vamos a esperar, a que algo rompa los cristales y entre a por nosotros? ¿Es que no tenemos sangre en las venas?

—Ya no hace falta que venga de fuera —intervino Lucio, echando más leña al fuego, como de costumbre—. Ahora lo que sea se puede materializar delante de nuestras narices, sin más —chasqueó los dedos y, como si respondiera al gesto, el monstruo de detrás de la puerta redobló la intensidad de los golpes y

arañazos contra el metal.

Moussa se encogió al oír el escándalo, de la misma manera en que lo hacía el señor Mora al sentir la presencia de su mujer. Aunque éste le dio unas suaves palmadas en el brazo con la intención de que se calmase y Abdou le dijo algo en su idioma, ninguna de las dos cosas consiguió tranquilizarlo en absoluto.

—¿Qué es lo que se os ocurre? Estoy abierto a cualquier idea que aporte algo de luz —se defendió Michael, visiblemente enfadado—. No he pedido ser líder del grupo. ¡Es más, no creo que lo sea, pero siempre os dirigís a mí esperando respuestas! ¿Estáis asustados? ¡Yo también! No es para menos, la situación es para estarlo, pero pase lo que pase, debemos mantener la calma o estaremos perdidos.

—No creo que perder los nervios nos ayude nada en absoluto —asintió Anna, y su mirada atravesó al italiano en un evidente reproche por haber colaborado en incendiar los ánimos—. Lo único que he sacado en claro de todo esto es que debemos mantenernos juntos, ninguno de nosotros debe quedarse solo bajo ningún concepto. Todos los *ataques*, si es que podemos llamarlos así, se han producido aprovechando un momento en que la *víctima* —se arrepintió al instante de haber usado ese término, pero ya no había marcha atrás posible— se encontraba sola.

Rocío se acordó sin poder evitarlo de sus hijos, que estaban juntos cuando desaparecieron. Pero su caso era distinto. Ellos se habían introducido por propia voluntad en la sustancia.

Aunque eso no había pasado. Sus hijos estaban bien. No había pasado.

Albert pensó en Raúl, tumbado en la cama, totalmente *fuera de servicio*. Su padrastro —por primera vez desde que lo conoció, pensaba en él en esos términos— estaba arriba solo, y de repente sintió que debía protegerlo. Había sido un *capullo integral* interponiéndose entre su madre y él, pero ahora que había leído el diario sentía que debía hacer todo lo posible porque no le ocurriese nada malo. Se lo debía a su madre. En cuanto acabase aquella reunión, en cuanto se llegase a algún acuerdo acerca de lo que había que hacer para tratar de manejar aquella situación de locos, correría a su casa y haría guardia hasta que Raúl pasara la resaca.

—Está bien, tenemos mucho trabajo por delante —dijo Michael, asumiendo de nuevo ese papel de líder que decía no haber pedido, pero en el que se sentía como pez en el agua—. Tenemos que elegir un nuevo sitio en el que

almacenar la comida, y organizar turnos de vigilancia. *Eso* que está al otro lado de la puerta ha redoblado la fuerza de los golpes, y el metal no va a resistir para siempre. Y además debemos estar preparados para un posible ataque desde el exterior.

—*Ellos nos quieren a todos* —casi susurró Lorena, sin atreverse a levantar la voz.

—Eso es —asintió Michael—. Pero van a tener que *currárselo*, porque no vamos a ponérselo fácil en absoluto.

El sonido de un aplauso lento, cansino, apagó las últimas palabras de Michael. Jaime lo miraba con una expresión difícil de definir dibujada en el rostro, a media entre la indignación y la ira, mientras seguía aplaudiendo, cada vez con más desgana.

—Muy bonito, tío —le escupió—. Te ha faltado nada más que la bandera americana ondeando detrás, y la banda sonora *metiendo caña*.

Se levantó zafándose del abrazo de consuelo de Marta, y la silla cayó a sus espaldas, golpeando la pared y rebotando contra el suelo. Señalándolo con un dedo tembloroso por la rabia contenida, por estar oyendo clichés gastados de película de bajo presupuesto mientras su hermano masticaba perros muertos, le gritó con todas las fuerzas que era capaz de reunir.

—¿Tú te estás escuchando? ¿TE ESTÁS ESCUCHANDO?... ¿Qué te crees que somos? ¡Míranos! ¡No somos un grupo de mercenarios! ¡La mayoría somos unos niñatos, o unos ancianos! ¿Cuánto crees que íbamos a durar si *algo* nos asalta desde fuera, o si eso rompe la puerta? ¿CUÁNTO?

—¡Bien, perfecto, pues entonces dame SOLUCIONES! —respondió Michael en el mismo tono, acercándose a él hasta casi quedar frente contra frente. Tenía los puños tan apretados que los tendones dibujaban un intrincado laberinto bajo la piel de sus brazos. La situación se les estaba yendo de las manos a tal velocidad y de una manera tan evidente que Moussa, a pesar de no tener ni idea de qué era lo que estaba pasando ni lo que la había provocado, se preparó para intervenir. El sonido del ascensor al llegar a la planta baja enfrió los ánimos de repente. A través del cristal esmerilado se adivinaba una figura enorme, gigantesca. Albert desechó al instante la idea de que *aquello* pudiese ser Raúl, que hubiese despertado del sueño inducido por el alcohol. La puerta se abrió poco a poco, como en una antigua película de terror de cine mudo, sin el más mínimo ruido, sin un chirrido que helase la sangre, sin ni siquiera un suspiro

de angustia por parte de los presentes, que la contemplaban con la respiración contenida.

Cuando se abrió por completo y Maruja salió al exterior, sus ojos mostraban un grado de locura que el señor Mora, a pesar de haber vivido en sus propias carnes varios *momentos estelares*, jamás había visto con anterioridad. Su boca se curvaba en una sonrisa torva, mezquina, y en las comisuras de sus labios brillaba la saliva producida por la excitación, amenazando con rebosar y resbalarle mentón abajo en una explosión de éxtasis, porque allí, empuñando el revólver en dirección a toda aquella chusma, por fin podía ver en sus ojos la expresión que siempre había soñado.

Ahora, por fin la respetaban.

AQUÍ SE HACE LO QUE YO DIGO

El cañón del revólver se paseaba lento, ominoso, de uno a otro lado, dibujando desde la distancia, una tras otra, invisibles trayectorias desde su cañón hasta las cabezas de los que allí se reunían, agolpados ahora contra la pared en un inútil intento por escapar de él, de ese túnel oscuro que anticipaba la muerte de aquellos que osaban interponerse en su camino.

Maruja, mientras tanto, se alimentaba del miedo que provocaba. Estaba acostumbrada a beber del terror que causaba en el mequetrefe escuálido que tenía por marido, pero hacerlo sobre tanta gente a la vez era una experiencia inexplicablemente embriagadora. Disfrutaba de la expresión de pánico que se dibujaba en aquellos rostros al descubrirse en la trayectoria del mortífero proyectil, los labios temblorosos, las bocas abiertas en una súplica, a veces silenciosa y otras desgarrada, los ojos llorosos, con los párpados apretados, o abiertos hasta el punto de casi salir de sus órbitas.

Y mientras tanto, ella seguía sonriendo. O al menos lo hacía hasta que la voz del *rubio imbécil* la sacó del maravilloso trance.

—Señora... deje eso... va a hacer daño a alguien y acabará arrepintiéndose —dijo con voz suave, conciliadora. Tal como había supuesto, en el mismo instante en que abrió la boca se convirtió en el único objetivo del arma. A pesar de que era una molestia, Maruja no tuvo más remedio que reconocer para sus adentros que tenía los *cojones* bien puestos porque, si le afectó en algo el hecho de que le apuntase justo entre los ojos, no dio muestras de ello.

—¿Y a ti quien te ha dado vela en este entierro? —escupió con todo el desprecio del mundo—. Más te vale tener la boca cerrada o te vuelo los sesos.

La amenaza, si era un farol, desde luego no lo parecía. Los vecinos, asistentes mudos a lo que estaba ocurriendo, detectaron como una especie de electricidad estática que cargaba el ambiente. Marta pensó, sin poder evitarlo, que eso es lo que se debe sentir en la milésima de segundo previa a que ocurra un accidente... o justo antes de que alguien muera asesinado.

—¿Cree usted que sabe usar el arma? Le aseguro que no es tan fácil —insistió Michael, que seguía sin amedrentarse lo más mínimo.

Los seguros movimientos de Maruja le borrarón la duda de inmediato.

Acarició el gatillo y aplicó la presión necesaria para que el tambor girase al tiempo que el percutor se alejaba y volvía a su posición inicial con un siniestro *click*.

—La persona que me la *regaló* me dio las instrucciones oportunas. Como el revolver no tiene seguro, me dijo que dejase sin cargar la primera posición en el tambor para evitar accidentes. Ahora ya está en la segunda, con su bala esperando órdenes. ¿Quieres comprobarlo? —preguntó, evitando mirar a Lucio. Esta vez, Michael levantó las manos hasta el pecho con las palmas hacia delante e hizo un gesto de negación con la cabeza. Evitó seguir mirándola a los ojos, y esperó a ver a dónde les llevaba la situación.

Era evidente que Maruja tenía muy claro el siguiente paso.

—Tú, asqueroso trozo de mierda. Tú te vienes conmigo, de vuelta a casa.

El señor Mora nunca se había sentido tan pequeño. En otro lugar, en otro mundo que no era real, en el que estaba a salvo, había llegado incluso a cometer la imprudencia, el *pecado*, de reírse de ella. Y ahora sabía que había llegado el momento de la *expiación*. Se acabaron las sonrisas, la calma, el dejar pasar el tiempo sin tener miedo a cuándo o por qué iba a llegar la siguiente paliza. Se acabó la ilusión óptica y allí estaba la imagen real en todo su esplendor. Al menos, había algo bueno en todo aquello: no creía que esta vez fuese capaz de sobrevivir al castigo. Y una vez acabase, ya estaría para siempre fuera de su alcance. Una vez se le escapase la vida, entonces...

—Pero antes... —Maruja hizo una pausa, y esta vez sí que fue incapaz de mantener la saliva dentro de la boca. Estaba babeando de puro placer, porque allí comenzaba su venganza, e iba a disfrutarla como nunca había disfrutado nada en su vida. Dirigió el cañón de arma hacia Moussa y entonces acabó la frase.

—Antes voy a *limpiar* de *negros* el edificio. ¡Tú! ¡Sal fuera de aquí! ¡Ahora mismo, o te meto un tiro en el pecho! —ordenó, haciendo un movimiento de vaivén con el cañón del revólver en dirección a la puerta. Moussa miró a Abdou con la cara desencajada y un interrogante en los ojos. No era necesario entender su idioma para comprender que Abdou le había traducido la orden de la mujer, porque su reacción fue tan descriptiva que no necesitó de nada más. Puso las palmas en alto a la altura del pecho, como si el gesto pudiera brindarle alguna protección, y negó con la cabeza repetidas veces mientras una ininteligible retahíla surgía de sus labios como una plegaria.

—¡NO! —gritó el señor Mora, interponiéndose en la *futura* trayectoria del proyectil.

—¿QUÉ... ESTÁS... HACIENDO? —preguntó Maruja fuera de sí, con los tendones del cuello resaltando como las cuerdas de una horrible arpa que ningún músico se atrevería a tocar. Se detuvo en cada una de las palabras que componían la pregunta, cogiendo aire y escupiendo cada una de ellas en una bocanada de odio infinito. Todo en su cuerpo hacía prever que se disponía a saltar sobre su presa —su *marido*— y a dar buena cuenta de él. De sus ojos parecían brotar dos líneas de fuerza invisibles que atrapaban al señor Mora, retorciéndose sobre él, estrujándolo, impidiéndole respirar. Y entonces él hizo, por primera vez en su vida, lo imprevisible.

—¡Te he dicho que NO, que ya basta, que está bien, que es suficiente! ¡Que NOOOO!

Maruja se le quedó mirando con los ojos muy abiertos, impactada. Tras unos instantes que parecieron eternos estuvo así, manteniendo la respiración, con las manos crispadas sobre la culata del arma y el dedo tenso sobre el gatillo, esperando a que su cerebro tan sólo sugiriese la orden de apretarlo para obedecer sin rechistar.

—¿Sabes lo que más me jode de todo esto? —preguntó, sujetándose con los dedos índice y pulgar de la mano libre el puente de la nariz en el punto que separa ambos ojos, como si tratara de mantener a raya una jaqueca que estuviese a punto de hacer su acto de aparición en escena. Sin esperar respuesta, continuó —: Que me has fastidiado la diversión, enano de mierda.

Sin mediar más palabra, estiró el brazo por completo y apuntó al señor Mora en el entrecejo. El cerebro de la mujer no sugirió la posibilidad de disparar, por el contrario, fue tajante al respecto. En un punto medio entre su cerebro y el dedo que comenzaba a apretar el gatillo, la orden se detuvo cuando un fuerte golpe en la base del cráneo de su propietaria hizo que todo a su alrededor se llenase de explosiones multicolores. El revólver salió volando desde su mano y cayó a los pies del señor Mora, que se convirtió en su nuevo propietario de manera instantánea.

—A *tomá porculo* la gorda, ya *mestaba* tocando los *cohone* con tanto *chillá* —soltó Eugenia, que había estado contemplando toda la escena desde el fondo junto al ascensor, a la espalda de Maruja, antes de que le diera por intervenir. Blandiendo entre sus manos el enorme vibrador de goma que ahora se

mecía de de un lado a otro, como un jugador de béisbol sostiene su bate, se asemejaba a algún imposible justiciero nocturno salido de una película porno de bajo presupuesto. Ese vibrador que había confundido con un juguete para el perro y que acababa de usar como una porra, golpeando con todas sus fuerzas a la desprevenida Maruja, que intentaba mantener el equilibrio apoyada con una mano en la pared mientras el mundo se ondulaba a su alrededor.

—¿Eso no es tu...? —comenzó a preguntar Marta al oído de su compañera de piso.

—*Chist*. Ni media palabra —la cortó Lorena.

VEREDICTO

—¿Qué hacemos ahora con ella? —preguntó Michael. Maruja estaba sentada en una de las sillas que usaban para las reuniones, con las manos atadas con cinta aislante a la espalda. Las patas de la silla se combaban peligrosamente hacia afuera, incapaces de resistir el peso de la mujer, que aunque seguía aturdida, estaba ya casi por completo recuperada del golpe que le había propinado Eugenia. Los vecinos, que aún seguían en estado de *shock* por la situación que acababan de vivir, se encontraban reunidos a una distancia prudencial de ella, lo suficiente como para poder hablar con libertad sin sentirse cohibidos por su presencia.

—Es evidente que no podemos dejarla suelta —dijo Anna—. Esa mujer es un peligro. Si no llega a ser por la señora, hubiese apretado el gatillo. Está como una cabra.

—Como una vaca, más bien —intervino Jaime. Las miradas de reprobación hicieron que enrojeciera de tal manera que, ni ocultándose tras su pelo largo fue capaz de disimularlo. Siguió hablando para tratar de que el mal momento pasara lo antes posible—. Está claro que es un peligro. Llegará un momento en que sea o ella o nosotros, si no ahora, más adelante.

—¿Y qué sugieres? —insistió Anna, a la que no le gustaba nada el cariz que estaba tomando la conversación.

—Bang —escupió Lucio, poniéndose el dedo índice en la sien mientras imitaba una pistola con la mano.

—¡Yo no he dicho eso! —se defendió Jaime.

—Eh, no es ninguna tontería... con lo que debe comer esa mujer, si nos la quitamos de enmedio ahora, podremos sobrevivir un mes extra... o incluso más —insistió Lucio.

—No sé si estás intentando hacerte el gracioso... si es así, no tiene maldita la gracia. Si no... —Michael dejó la frase en el aire, y fue el señor Mora el que intervino, dando un giro radical a la conversación y sorprendiendo a Abdou y Moussa, que hasta ese momento no lo habían visto expresarse con tanta fuerza, con tanta convicción.

—¡Esa... esa mujer aún sigue siendo mi esposa, y aunque sea un mal

bicho, no voy a permitir que le hagáis daño!

—Vamos, amigo... debería estar contento de que la hayamos cogido — atacó de nuevo Lucio—. No me va a convencer de que esos moratones se los ha hecho cayéndose en la ducha. ¿Lo del ojo también fue cosa suya?

—¡Ya está bien! ¡Vamos a cortar esto YA! —gritó Michael. Lucio levantó las manos como señal de paz, pero no borró la enigmática sonrisa de la cara. Estaba disfrutando de la situación, y no podía —o no quería— ocultarlo.

—¿Soy la única que aún confía en que nos van a rescatar tarde o temprano? —preguntó Rocío—. Ahí fuera están trabajando para sacarnos de aquí... ¿quiénes somos nosotros para tomarnos la justicia por nuestra mano?

—Nadie ha dicho en serio absolutamente nada acerca de tomarnos la justicia por nuestra mano —zanjó la discusión Michael, lanzando una mirada a Lucio que, si hubiese sido un rechazazo, lo hubiera noqueado al instante—. Pero una vez que ya tenemos eso claro, también lo está el hecho de que esa mujer es peligrosa y que no podemos dejarla sin vigilancia. Nadie nos asegura que no pueda tener oculta otra arma en su casa, o que haga cualquier trastada que nos ponga en peligro a todos. Quizá consigamos preparar alguna habitación en la vivienda del portero donde encerrarla sin que pueda hacer daño a nadie... ¿Lo sometemos a votación? ¿Mano alzada?

Algunos de los allí reunidos asintieron tímidamente. Sabedor de que poco más iba a conseguir, alzó la voz.

—Está bien... los que estéis de acuerdo en una reclusión, en un lugar que ya decidiremos para tenerla controlada, levantad la mano.

El acuerdo fue absoluto.

—Hay una habitación que se cierra con llave, que se usaba como almacén, para guardar los productos de limpieza, hasta que se decidió en una reunión que cada uno haría su rellano y el portal cuando le tocara, para ahorrarnos el gasto de una limpiadora —intervino de nuevo Rocío—. Es bastante amplia, y podríamos meter una cama dentro. Además no tiene salida al exterior, no tendremos que preocuparnos porque pueda romper alguna ventana ni nada por el estilo.

—Vale, pues decidido entonces. La mantendremos vigilada aquí hasta que habilitemos el sitio. ¿Usted tiene llave de su casa? —preguntó Michael,

dirigiéndose al señor Mora.

—Sí, la tengo...Podemos bajar su colchón, es lo bastante grueso como para que no necesite cama. La suya es un armatoste que tardaríamos en bajar siglos. Además... —hizo una pausa, como si estudiase en silencio la conveniencia de seguir hablando todo lo que sabía, o guardarse algo a lo que agarrarse si Maruja volvía a recuperar su poder, y decidió que había llegado a un punto de no retorno. Ya no había marcha atrás, había escapado de las garras de Maruja, y esta vez era para siempre. En ese preciso instante lo que iba a decir le pareció la más dulce de las venganzas—. La despensa... está llena, hay lo suficiente como para alimentarnos a todos por semanas... Si os parece bien podemos establecer allí el almacén de alimentos, y utilizar los electrodomésticos o la cocina. Todo está en perfectas condiciones, y son aparatos de alta gama...

—Es usted muy amable. Si nadie tiene nada en contra, podemos hacerlo así —asintió Michael—. Muy bien, entonces vamos a ponernos en marcha. Tenemos mucho trabajo por delante: hay que echar un vistazo a esa habitación, a ver qué tal es, y una vez la instalemos, habrá que establecer turnos de vigilancia. No sólo por ella, sino para estar también al tanto de cualquier cambio que se pueda producir con lo que da golpes al otro lado de la puerta del rellano... lleva ya un buen rato sin hacer ruido y quiero asegurarme de que si intenta algo no nos va a pillar desprevenidos. ¡Manos a la obra!

Cuando el señor Mora pasó junto a la silla sin detenerse, pudo sentir la oleada de rabia en estado puro que emanaba de la mujer que se encontraba allí maniatada, como algo casi físico. Pero también sintió que se rompían las últimas ataduras que lo mantenían aún unido a ella, aprisionado con grilletes invisibles. Y aunque ninguno de los presentes pudo oírlo, él captó perfectamente cómo entre dientes Maruja le dedicaba una única y fatídica frase:

«Te mataré».

LAS AGUAS VUELVEN A SU CAUCE

—¡Os he dicho que quiero ir al baño! ¡YAAAA!

—Joder... otra vez... ¿Cuántas van ya en la última media hora? — preguntó Albert en voz baja.

—Cinco, creo... hace rato que dejé de contarlas —le respondió Jaime de la misma manera.

Los vecinos llevaban tres días turnándose para hacer guardia de dos en dos tras la puerta de la habitación en la que la insoportable Maruja insistía en su objetivo de hacer la vida imposible a todos y cada uno de ellos, ya fuese de dos en dos, de tres en tres, o todos al mismo tiempo.

Las cosas habían cambiado para Jaime, y mucho, a partir del momento en que su hermano desapareció. Fieles al lema que había acuñado Michael —*nadie solo*—, fue invitado a compartir casa por Albert y su padrastro Raúl, quien se había ganado con creces ese título después de que el muchacho leyese las líneas en el diario que habían cambiado por completo la percepción que tenía de él. Si su madre hubiese podido ver la forma tan espectacular en la que habían cambiado las cosas en los últimos días, habría sido la persona más feliz del mundo.

Y a pesar de que cada nuevo día que pasaban aislados le iba quitando las esperanzas poco a poco, algo en su interior le decía a Albert que volvería a verla.

Tenía que ser así.

Un nuevo grito, tan desagradable como el anterior, lo sacó de sus pensamientos.

—¿Qué mierda esperáis? ¿Me lo hago encima?

Jaime se levantó arrastrando la silla con desgana. Ambos muchachos se encontraban sentados uno frente al otro en lo que se había dado en llamar la *mesa de vigilancia*, que no era otra cosa que una desgastada mesa de cocina con la parte superior forrada de un material plástico pegajoso, de un desagradable color amarillento.

—Yo abro y tu la apuntas con la pistola, odio esos chismes —dijo Albert, levantándose también, pero de una manera bastante más educada.

—Claro, amigo —respondió Jaime haciendo girar el revólver en su mano al más puro estilo del *Viejo Oeste*.

—¡Eh, ten cuidado con eso!—le recriminó—. Ya eres mayorcito para jugar a vaqueros.

—Debo llegar a la *Torre* y detener al *Hombre de negro*. Sigamos el *haz* —le contestó Jaime, con voz aguardentosa.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Déjalo, no lo entenderías. —Aquel chaval, evidentemente, no era su hermano. Continuó hablando, más que nada por intentar vadear la tristeza que lo había invadido de repente. *Perros muertos*. Las dos palabras afloraron a su mente y las evitó como pudo—. No os he dado las gracias por acogerme en vuestra casa. Tú y tu padre sois buena gente.

Albert lo miró con media sonrisa. No hizo ni siquiera la intención de sacarlo de su error.

Padrastro, no padre.

¿Qué más daba?

¿Qué más daba ya todo?

—¿Te vas a poner tierno ahora? Lo siento, pero no eres mi tipo —le contestó Albert.

Jaime sonrió. Dudó unos momentos antes de seguir con la conversación.

—Oye... esa chica, Marta... si te gusta, yo...

Albert lo interrumpió antes de que siguiera.

—Lo que te he dicho antes de que no eres mi tipo, iba totalmente en serio.

Jaime se le quedó mirando absorto, sin entender nada. De pronto, algo hizo contacto en su cerebro.

—Oh... ¡Ah! Quieres decir que eres... eres...

—La próxima vez que alguien te intente tachar de homófobo, ya puedes decir para defenderte, sin faltar a la verdad, que tienes un amigo gay. Tienes el camino libre con la princesita cadáver, pero si te da calabazas lo mismo me lo pienso y te entro, estás avisado.

—Ya podéis tardar lo que os dé la gana. El primero que entre, que lo recoja —se oyó de nuevo la desagradable voz de Maruja al otro lado de la puerta.

—No puede ser verdad —balbuceó Jaime, escondiendo la cara entre las manos—. Quítame la pistola, que no respondo.

DOPPELGANGER

Marta levantó la cabeza de la almohada. Se sentía desorientada, y la constante iluminación eléctrica, la falta de la luz del sol debido a la masa que se agolpaba contra los cristales del cuarto, no la ayudaba en absoluto a sacudirse esa sensación de que vivían una situación entre onírica e irreal. Ya había perdido la cuenta de los días que llevaban atrapados en aquel edificio, y el no saber si era de día o de noche, el no tener la mayor parte del tiempo ni idea de la hora en que estaban viviendo, la tenía desquiciada. Como habían *donado* el reloj de pared que tenían en la cocina para que se colocase en el portal a vista de todos, a veces salía de casa y bajaba las escaleras —a pesar del pánico que le daba pasar a menos de cien metros de la puerta de metal tras la que el ser invisible arañaba y bufaba, incansable— sólo para acercarse a él, que ahora estaba colgado sobre la mesa de reuniones y asegurarse de que el segundero seguía girando, atrapado dentro de la esfera de cristal. Aquel reloj era su ancla, su punto de unión con el mundo real, un mundo en el que los niños entraban al colegio a las nueve de la mañana, a las tres de la tarde las familias se reunían a almorzar mientras veían la televisión y su editor esperaba a que ella y Lorena se decidiesen de una puñetera vez a enviarles el primer borrador de ese libro que ni siquiera habían comenzado a escribir. Si la aguja se detenía —cuando la aguja se detuviese, porque tarde o temprano acabarían por agotarse las pilas—, estaba convencida de que su cordura se detendría de la misma manera y entonces todo sería posible, como arrancarse los mechones de pelo a tirones o incluso abrir la puerta de metal para jugar con *lo que araña* al otro lado.

Sus ojos se detuvieron en la figura de Lorena, que dormía plácidamente en la cama de al lado con la imposible cascada de pelo multicolor arremolinada sobre la frente, separada de ella por la mesilla de noche. Era el menor de los cambios que había traído el hecho de que acogieran en su casa a Rocío y las dos ancianas. Su amiga se había trasladado a su cuarto para dejar el otro disponible para las nuevas inquilinas, lo que entre otras cosas traía implícito un completo adiós a la intimidad. Aunque era cierto que ambas eran como uña y carne, esperaba que aquella situación no durase tanto como para que llegaran a odiarse.

¿Qué hora era? Miró absorta la porción del suelo que quedaba bajo la ventana tratando de encontrar una diferencia, aunque fuese mínima, entre la luz eléctrica que dibujaba una mancha borrosa e indefinida sobre las baldosas y la que lo hacía antes de que ella se quedase dormida, sin conseguirlo. La ventana

seguía siendo tan opaca como la pared que la rodeaba, y dejaba pasar la misma cantidad de luz: cero. De repente, saber qué hora era se convirtió en una necesidad casi física, angustiada. Tratando de hacer el menor ruido posible, se levantó de puntillas y se asomó al pasillo. Otra de las novedades que había traído consigo la sustancia de las ventanas era que ya no se cerraban las puertas. Ni la de las habitaciones, ni la del piso. No le hacía ninguna gracia, pero era cierto que a quien debían temer no era a quienes estaban dentro del edificio, sino a lo que se encontraba fuera, pujando por entrar. Sacudió la cabeza para intentar librarse de la idea, y se concentró en lo que estaba haciendo. Se asomó a la que antes era la habitación de Lorena, y comprobó que tanto Rocío como las hermanas dormían en las camas que habían introducido como piezas en el juego de *Tetris*, sin dejar apenas espacio en el que moverse. Justo cuando iba a volverse, Rogelia soltó algo ininteligible que por la manera en que sonó era con total seguridad un insulto, se giró con muy malos modos y dejó escapar un estruendoso pedo. Después, siguió roncando como si no hubiera pasado nada.

Si había alguna posibilidad de que Marta retomase el sueño, aquello ya la desveló por completo, así que se reafirmó en su idea inicial de bajar a comprobar la hora. Recorrió el pasillo a oscuras, sólo bañada por la tenue luz de su cuarto, que apenas era capaz de llegar allí tan solo como una sugerencia. El rellano de la escalera parecía una extensión del interior del piso: más sustancia agolpándose contra los cristales y la luz eléctrica tiñéndolo todo de la misma iluminación pastosa. El silencio sepulcral sólo se veía roto por los ahogados suspiros del ser de detrás del metal.

«Cerca. Tengo que pasar cerca. Demasiado cerca».

Se deshizo de los malos pensamientos centrándose en el recuerdo del segundero, en su cadencia, en como ponía su insignificante granito de arena en forma de segundos, uno tras otro, hasta conseguir acumular minutos, que con paciencia se convertirían en horas. Ahora ya el monstruo no importaba, sólo el reloj. Sólo saber la hora. Bajó los escalones con paso lento pero firme. Al acercarse al monstruo titubeó, y éste pareció detectarlo a través de las paredes y del grueso metal porque redobló la intensidad de sus embestidas. Marta recorrió el último tramo de escaleras bajando los escalones de dos en dos, y a punto estuvo de llegar al final rodando hecha un ovillo. Sin embargo, por suerte más que por habilidad, se rehizo en el último instante y consiguió agarrarse a la barandilla. Cuando puso los pies sobre el suelo del portal su corazón latía a un ritmo desenfrenado, y tuvo que detenerse a respirar profundamente para recuperar la normalidad. El reloj marcaba las cinco, quizás de la tarde, quizás de

la madrugada. Puede que sus cuerpos aún tuviesen memoria de los ciclos circadianos y el hecho de que en su casa todas durmiesen y de que hubiera tanto silencio fuese un indicio innegable de que en el mundo *normal* el cielo en ese mismo instante estaba oscuro y las estrellas brillaban en lo más alto. De repente, una voz la sacó de su ensimismamiento con un sobresalto.

—Hola.

Marta se giró con los ojos muy abiertos y el corazón de nuevo campando a sus anchas. Al ver a Albert, sonrió y dejó escapar un profundo suspiro.

—Ho... hola. Vaya susto me has dado —consiguió decir, con las manos sobre el pecho.

—Lo siento —respondió Albert con una mueca de disculpa y las manos levantadas, como un cirujano que fuese a entrar a operar—. Subo a mi piso a lavarme las manos con lejía. No puedes imaginarte lo que he tenido que hacer... ¿Te importa quedarte con Jaime un momento mientras vuelvo?

El recién nombrado asomó la cabeza desde el interior de la portería y saludó con una tímida sonrisa y un movimiento de mano.

—Claro, será un placer tener alguien de mi edad con quien hablar... Lorena duerme como un tronco y la verdad es que me estaba agobiando un poco...

A Jaime aquello le sonó a música celestial. Si tan sólo fuese capaz de encontrar un interés común, un tema en el que no tuviese que esforzarse por seguir hilando la conversación sin temor a que se rompiera...

—Pasa... —atinó a decir—. Kathy Bates lleva un rato callada, ojalá se haya dormido...

Marta sonrió.

—Gran película... si el señor Mora hubiese sido escritor, ella desde luego da la talla, y nunca mejor dicho...

—¿Has visto *Misery*? —preguntó el chico con el corazón en un puño. Si no había sufrido una alucinación, ella había cogido la referencia al vuelo, algo que sólo estaba acostumbrado a ver hacer a su hermano.

—Tan buena como el libro, cómo no...

—¿Lees a Stephen King? —preguntó Jaime rozando el éxtasis.

—Os dejo a lo vuestro, tortolitos... —dejó caer Albert y empezó a subir los escalones de dos en dos. Aunque podría haber cogido el ascensor, prefirió asegurarse de que la puerta de metal no mostraba signo alguno de estar comenzando a ceder. Justo cuando entraba en su casa, algo sacó a Lorena, su vecina del cuarto piso, de sus sueños de repente. La muchacha se restregó los ojos y tanteó la mesilla de noche en busca de sus gafas. La figura cuyo contorno borroso apenas podía distinguir aunque los entornase estaba demasiado cerca de la ventana. El mundo recuperó su nitidez en cuanto pudo verlo a través de las gruesas lentes, y lo que vio no le gusto lo más mínimo.

—¡Marta! ¿Qué demonios estás haciendo?

Marta se giró y la miró con el rostro inexpresivo. Había algo en ella que no estaba bien... no podía precisar el qué, pero la ponía en estado de alerta. No pudo detenerse a pensar sobre ello porque vio la ventana abierta.

—¿Por qué está así la ventana? —por la forma en que le temblaba la voz, era difícil precisar si se trataba de una pregunta o de un ruego. Entonces Marta se dirigió hacia la sustancia e introdujo poco a poco la mano en ella. Habló, y sus palabras se le clavaron en el alma como frías estacas de hielo:

Ya se acaba. No van a esperar más. Algunos saldrán, otros se quedarán pero el final se acerca, y ellos nos quieren a todos. Ellos nos quieren a todos.

—¡NO! ¡Espera, no lo hagas! —suplicó Lorena al darse cuenta de que Marta se sentaba en el alféizar con la intención de salir. En lo que tardó en liberarse de las sábanas que estaban arremolinadas entre sus piernas, su amiga ya estaba atrapada, apenas tenía la cabeza y los hombros fuera de la masa. Y lo peor era su cara, ese *algo* indescriptible que la confundía y la aterrorizaba a un tiempo. Llegó junto a ella en un salto, y entonces se dio cuenta de que no sabía qué hacer. No había forma de tirar de Marta sin pringarse en aquella cosa. Sólo se le ocurrió gritar pidiendo ayuda... seguro que a Rocío se le ocurría algo.

Seguro que sí.

—Ya viene, aguanta, ya viene —suplicó a la cabeza de Marta, lo único que aún no estaba hundido en la sustancia. Entonces ella levantó la cabeza, la miró a los ojos, y en aquél preciso instante supo qué era lo que hasta ese momento no había podido precisar.

Aquella no era Marta.

Lo era, pero a la vez, no.

Lo que se parecía tanto a Marta sonrió, y de la masa surgieron tres pares de manos que agarraron a Lorena de la ropa y la introdujeron de un tirón en ella, justo a tiempo de que una somnolienta Rocío apareciese en el dintel de la puerta para, incrédula, verla desaparecer sin dejar rastro.

AMOR DE MADRE

Albert rebuscó en el bolsillo la llave del piso a pesar de que la puerta no estaba cerrada. Las costumbres de toda la vida no desaparecen así como así, tienden a quedarse agarradas en el subconsciente hasta que la nueva es lo bastante fuerte como para borrarla, no sin dejar rastro, pero sí lo suficiente como para que sólo aflore desde su escondite en el lugar más recóndito de los recuerdos muy de vez en cuando. Apenas había entrado en casa cuando recordó que su padrastro se había trasladado esa noche al piso que ocupaban Moussa, Abdou y el señor Mora; a veces era todo un ejercicio de organización conseguir que nadie se quedase solo. A pesar de todo, él, durante unos instantes, iba a incumplir la norma porque necesitaba urgentemente lavarse las manos —de hecho tenía pensado hasta cambiarse de ropa, que parecía impregnada con el repulsivo olor—, así que sin darle más vueltas se dirigió al cuarto de baño y abrió el grifo a tope. Aunque por lo general seguía a rajatabla el consejo de ahorrar agua siempre que fuera posible, la ocasión lo merecía. Pulsó tres o cuatro veces el dispensador de jabón y se frotó con fuerza, hasta que las manos desaparecieron envueltas en un aromático baño de espuma. Las mantuvo así un buen rato, como si con ello pudiera asegurarse de que no sólo se acabaría cualquier rastro de suciedad, sino que además borraría de su memoria el escatológico momento que había tenido que vivir gracias a su *adorable* vecina del piso de arriba. Luego las colocó bajo el refrescante chorro de agua, y no contento aún, repitió la operación una vez más, frotándose con tanta fuerza como la primera. Se estaba secando las manos en la toalla cuando escuchó el ruido fuera del baño.

—¿Raúl? ¿Eres tú?

Silencio.

Se intentó convencer a sí mismo que en realidad no había oído nada y continuó con el minucioso proceso del secado. De nuevo se oyó el ruido, ahora con más claridad. Una especie de siseo seguido de un golpe seco.

—Ra... ¿Raúl?

Agarró el pomo del baño y se mantuvo así unos instantes, aguardando. Al otro lado de la puerta estaba pasando algo (*había alguien*) y no quería arriesgarse a menos que fuese absolutamente necesario. No en un edificio en el

que las viejas campaban a sus anchas en los espejos y las personas desaparecían sin dejar rastro. El pensamiento le heló la sangre en las venas y tuvo que hacer de tripas corazón para atreverse a mirar la superficie del espejo. Ésta sólo le devolvió su imagen. Una imagen asustada, incluso demacrada, pero la suya. Soltó un leve suspiro de alivio que se vió acompañado por un nuevo sonido en el exterior, calcado a los anteriores. Volvió a coger el pomo de la puerta y no se sorprendió al descubrir que estaba temblando. Respiró hondo una vez más para tratar de calmarse y descorrió el pestillo de la puerta del cuarto de baño. Con mucho cuidado, abrió poco a poco, tratando de evitar cualquier mínimo chirrido de las bisagras que pudiese poner alerta a quienquiera (*lo que quiera que sea*) que estuviese fuera. Una gota de sudor le resbaló desde la frente hasta la ceja, y desde allí hasta el ojo, provocándole un desagradable escozor y emborronándole la visión. Asomó la cabeza con cuidado y justo en ese momento se volvió a oír el sonido, sólo que ahora, sin que quedase ahogado por la puerta del baño, era perfectamente reconocible.

La impresora.

Una vez más, el sonido de una impresión breve, cortísima, el golpe de los inyectores al regresar al punto de partida, y el siseo de la hoja al caer al suelo, una más en el montón que ya era bastante abultado.

—Jo... joder... ¿qué mierda es esto? —susurró mientras avanzaba con paso inseguro hacia su cuarto. Como si hubiese detectado su presencia, la máquina se lanzó a imprimir a un ritmo desenfrenado.

Una hoja.

Otra.

Otra.

Cuando Albert llegó a su lado, estiró la mano hacia la hoja que se estaba imprimiendo y la cazó al vuelo antes de que cayese al montón. En la parte superior, en el margen izquierdo, una sola palabra:

HOLA

Y de repente, como si todas esas hojas le hubiesen servido sólo para coger carrerilla, el carro atrapó una nueva y se lanzó a imprimir como si su destino dependiera de ello. La nueva hoja era una retahíla interminable que repetía la misma palabra, sin separaciones entre ellas, con una mínima distancia

entre líneas.

HOLAHOLAHOLAHOLAHOLAHOLAHOLAHOLAHOLAHOI

—¿Ho... hola? ¿Quién eres? ¿Qué... qué quieres de nosotros?

La impresión se detuvo y la máquina escupió la hoja sobre el montón sin acabar su trabajo. Sin apenas pausa, arrastró una en blanco de la bandeja y volvió a imprimir una nueva retahíla continua de palabras sin separación alguna. Tan pronto como imprimió lo suficiente como para que Albert pudiese leerlo, su sangre se convirtió en hidrógeno líquido y sintió que se congelaba desde dentro.

NIÑOBUENOMINIÑO BONITONIÑOBUENOMINIÑO BONITONI

—M... ¿Mamá? —suplicó, más que preguntar. De repente, se encendieron todas las pantallas a su alrededor. La televisión, el monitor del ordenador de sobremesa, el portátil... todos los aparatos electrónicos que estaban sin vida desde que la sustancia apareció en las ventanas se conectaron de repente y mostraron todos la misma imagen: las manos que surgían del interior de la sustancia. Albert se giró sobresaltado para ver en vivo la escena que acababa de contemplar en las pantallas. Las uñas repiqueteaban sobre el cristal con una cadencia cansina, repetitiva... y entonces la visión del anillo le volvió el alma del revés. El anillo que le había regalado por su último cumpleaños y que su madre no se había quitado desde entonces.

—*Nnn...* no por favor. *Nononono* —susurró sin apenas vocalizar mientras abría la ventana con los ojos inundados en lágrimas. Tomó las manos con las suyas y sintió el calor, tan reconocible, tan familiar.

Las manos tiraron de él con suavidad hacia el interior de la sustancia, y él se dejó llevar.

PUNTO DE EBULLICIÓN

—¿Qué es ese escándalo? —preguntó sobresaltada Marta al oír desde la portería los gritos amplificadas por los ecos del hueco de la escalera. Se levantó de un salto y corrió hacia el pasillo seguida por Jaime, que tardó unos segundos en reaccionar antes de correr tras ella. Al levantarse, la silla cayó hacia atrás y rebotó contra el suelo con un sonido seco. Sobre la *mesa de vigilancia*, el revólver quedó como único testigo de los sucesos que ocurrieron a continuación.

—¡EEEEH! ¿Qué está pasando ahí fuera? ¿No me vais a contestar, pedazos de mierda?

La puerta retumbó como si una estampida de elefantes la golpeará desde el otro lado. Maruja esperó unos instantes para comprobar si recibía alguna contestación, pero el silencio era absoluto. Había oído a los niños hablar sobresaltados, y después un sonido de arrastrar las sillas y golpes, aunque de eso hacía ya un buen rato.

—¿QUÉ ESTÁ PASANDO?

La voz sonaba tan áspera y desagradable como de costumbre, pero esta vez había un leve regusto de temor, un punto de miedo a lo desconocido oculto por la soberbia que la caracterizaba. Al fin y al cabo, más allá del odio ciego que sentía por su marido, por los negros, y en general por todo aquel que se atreviese a llevarle la contraria, era lo bastante inteligente como para comprender que allí estaban pasando cosas que se escapaban de su control, y eso era algo que no podía soportar. Miró a su alrededor buscando algo que pudiese utilizar para defenderse, y sus ojos se posaron en la banqueta de madera. No era el arma definitiva, pero si golpeaba a alguien con ella en la espalda, estaba segura de que pasaría bastante tiempo encorvado antes de poder recuperar la postura normal. Como si estuviese leyendo sus pensamientos, alguien tocó la puerta desde el otro lado. Lo sintió arrastrarse contra ella, como si estuviese con el oído pegado, vigilándola.

—¡Entra si tienes cojones, aquí te estoy esperando! —gritó mientras cogía la banqueta y la levantaba por encima de su cabeza. Como única respuesta, un sonido: el del pestillo descorriéndose. Esperó unos segundos, preparada para golpear a cualquiera que tuviese la pésima idea de asomar la cabeza, pero el tiempo siguió pasando sin que nadie hiciera acto de presencia. Maruja bajó la

banqueta y la mantuvo a media altura con una mano, mientras con la otra, con todas las precauciones del mundo, tiraba de la puerta para abrirla. El exterior estaba tan tranquilo y solitario como el interior de la improvisada celda. Cuando vio la pistola sobre la mesa, abrió los ojos como platos. Asomó la cabeza, y miró a un lado y a otro antes de respirar tranquila, soltó la banqueta en el suelo y cogió el arma. La examinó con una desagradable sonrisa, y pensó en lo gilipollas que era el que dijo aquello de que segundas partes nunca fueron buenas. Salió de la portería con el arma en alto, preparada por si tenía que hacer uso de ella. Al principio, cuando el enano desagradable llamó a la puerta de su casa y le entregó la pistola, le dio también un curso rápido para enseñarla a disparar, y esta vez no iba a dudar ni un sólo instante en hacerlo.

Mientras, en la última planta, Marta y Jaime llegaban con el corazón latiendo a un ritmo desenfadado después de haber subido los escalones prácticamente de dos en dos. Cuando pasaron por delante de la puerta del piso de Albert, éste acababa de ser absorbido por la sustancia, pero claro, eso era algo que ellos no podían saber. En el piso de Marta, la situación era crítica. Rocío estaba arrodillada en el suelo, llorando desesperada. Al ver a Marta extendió los brazos hacia ella, suplicante.

— Se... se ha ido.... —atinó a decir entre sollozos.

—¿Qué quieres decir?¿Quién se ha ido? —preguntó Marta a voz en grito, deseando no tener que oír la respuesta. Jaime no era capaz de reaccionar, mirando incrédulo la masa que parecía querer introducirse en la habitación ahora que el cristal no le impedía el paso.

Ahora alguien más está allí comiendo perros muertos.

Se repuso con un escalofrío del pensamiento, y trató de calmar a Marta sin conseguirlo.

—Lorena. Lorena se ha ido... ahí dentro.

Esa era la respuesta que tanto miedo le daba oír. Quería volver atrás, quería rebobinar el tiempo y no haber preguntado. Quería tantas cosas, pero sólo fue capaz de bosquejar otra tímida pregunta:

—C... ¿Cómo?

—N... no lo sé. Oí que hablaba con alguien, en principio creí que contigo, pero... aunque no entendía la conversación, no parecía nada del otro

mundo... hasta que el tono fue subiendo y entonces me decidí a asomarme. Cuando llegué no había nadie con ella en la habitación... de hecho, Lorena casi no estaba tampoco. Sólo tuve la oportunidad de verla desaparecer en... en eso. Lo... lo siento, no fui capaz de reaccionar a tiempo...

Marta sólo pudo emitir un quejumbroso sonido que le salió desde lo más profundo del alma. Los ojos se le cegaron con lágrimas, y se entregó a un llanto desconsolado, doloroso, en silencio. Jaime la abrazó e hizo lo único que podía: apoyarla y esperar a que se recompusiera. Por desgracia para él, acababa de pasar por lo mismo y el verla así había reavivado su propio dolor.

Rocío se levantó con gestos inseguros, y se acercó a Marta con la intención de abrazarla, pero entonces oyó los golpes en el cuarto que compartía con las ancianas.

—¡No! ¡Ellas no!

Salió corriendo en dirección a la habitación contigua, esquivando a Jaime y haciendo inútil su intento por detenerla. La puerta estaba cerrada, pero ella la había dejado abierta, sin duda alguna. Al entrar, la escena que encontró la dejó sin habla. La ventana estaba de par en par, y Rogelia se encontraba sentada en la cama con un par de gatos encima y un perro a sus pies, mientras que Eugenia se paseaba de un lado a otro con un loro sobre el hombro, perseguida por otro perro que movía la cola efusivamente.

—Mira... el *joputa er loro* ya se ve... *Menúo* susto me dio *er Pirata* cabrón —soltó Eugenia con una risotada, a lo que el loro contestó con un par de repeticiones del insulto y un aleteo para tratar de mantener el equilibrio sobre el escuálido hombro de su dueña.

—Q... ¿Qué es esto? ¿Eugenia, Rogelia, cómo han llegado estos animales aquí? —preguntó Rocío, boquiabierto. Eugenia, con su eterna sonrisa, le contestó con un movimiento de cabeza en dirección a la ventana.

Marta y Jaime no salían de su asombro, contemplando la escena desde el pasillo. El muchacho trataba con todas sus fuerzas de no pensar en los perros, en lo que se parecía uno de aquellos perros al que su hermano...

—S... salid de ahí, la ventana está abierta. Salid ahora mismo de la habitación —ordenó Jaime, y se sorprendió a sí mismo por lo autoritaria que sonó su voz, tanto que Rocío lo obedeció al instante, se giró hacia Rogelia para ayudarla a levantarse, y en ese preciso momento la puerta se cerró con violencia,

con un golpe brusco.

Durante unos interminables segundos se oyeron gritos y ladridos.

Después, nada.

—¿Qué está pasando aquí?

La voz pertenecía a Michael, que había salido del piso de enfrente alertado por los gritos. Anna venía detrás de él.

—A buenas horas, *Capitán América* —dijo en voz alta Jaime con rabia, pensando en que él y Marta habían llegado desde la portería mucho antes que los vecinos de enfrente, lo cual era, cuanto menos, sospechoso. ¿Por qué no habían aparecido en cuanto se oyeron los primeros gritos? Puede que ya hubiera sido tarde para Lorena, pero... ¿y Rocío y las viejas? Quizá se hubiera podido hacer algo...

—¿Va a contarme alguien lo que ocurre? —volvió a preguntar, lanzando al muchacho una mirada asesina. Con toda seguridad al antiguo Jaime eso le hubiese afectado hasta el punto de apartar la vista y correr a esconderse en lugar seguro, pero claro, ese Jaime no había visto a su hermano comer perros mientras se suicidaba metiéndose en una *puta* sustancia que estaba acabando con todos ellos poco a poco, así que le mantuvo la mirada, desafiante.

—Lorena... eso se la ha llevado. Y la puerta de la habitación se ha cerrado de golpe atrapando a Rocío y a las señoras mayores —explicó Marta con la voz entrecortada haciendo un resumen en pocas palabras de la situación, que al menos sirvió para cortar de cuajo la escalada de tensión entre los chicos—. Había... animales dentro.

—¿Animales? —preguntó Anna, apartando a Michael del chico.

—Perros. Gatos. Incluso un loro —respondió Marta, consciente de lo absurdo que sonaba todo aquello.

—¿Habéis intentado abrir la puerta? —quiso saber Michael, mientras pegaba el oído a la superficie. El silencio al otro lado era absoluto.

—No hemos tenido mucho tiempo para decidir qué hacer a continuación —dijo Jaime con tono cortante. Como única respuesta, Michael giró el pomo y abrió. La habitación estaba vacía a excepción de un puñado de plumas en el suelo. Marta dejó escapar un quejido ahogado y se llevó las manos a la boca.

—¡Jaime, ayuda a Marta a cerrar la ventana del otro cuarto, yo me encargo de esta! ¡Anna, baja y avisa a todo el mundo, lo que sea viene a por nosotros! ¿Dónde se ha metido el *jodido espaghetto*?

En esta ocasión, nadie cuestionó las órdenes ni las dotes de mando de Michael, tan sólo obedecieron.

Anna bajó en cuatro saltos la escalera. La puerta del piso de Maruja estaba abierta de par en par para facilitar el acceso a la despensa y la cocina, pero la de los africanos y su huésped estaba cerrada, a pesar de que en las reuniones había quedado muy claro no hacerlo para poder acudir lo más pronto posible en caso de emergencia. Anna se quedó mirando un instante hacia el interior de la vivienda de Maruja, y sin girarse apretó el pulsador del timbre. Cuando oyó el cerrojo descorrerse, centró su atención en la puerta que tenía delante. Abdou la miró con gesto serio, semioculto tras la puerta entreabierta. Si no hubiese sido imposible por el color de su piel, Anna hubiera jurado que estaba lívido.

—¿Por qué habéis cerrado la puerta? Por seguridad, ya sabéis que...

A Anna se le quedó la frase a medias cuando Abdou abrió la puerta del todo y pudo contemplar la escena al completo. Su compañero Moussa y Raúl, el padre de Albert, estaban arrodillados con las manos tras la cabeza, y junto a ellos, el señor Mora se encontraba de pie. Lo que hacía que la situación fuese dramática, era la enorme mole que se situaba detrás de él y lo tenía cogido por el cuello con un brazo mientras con la mano del otro sujetaba la pistola cuyo cañón le apretaba la sien hasta el punto de hacerle daño.

—Hombre, la *guarra*... pasa, pasa, no te quedes ahí fuera.

Anna obedeció a Maruja porque era evidente que no se podía hacer otra cosa.

—Señora, baje usted el arma antes de que haga daño a alguien —pidió Anna con tono condescendiente, pero desde luego no obtuvo el resultado que a ella le hubiera gustado.

—*Claaaro*. Y luego me meto otra vez en mi *celda* y me quedo calladita... estás tú lista... ¿dónde están los demás? —preguntó remarcando de forma exagerada cada una de las palabras a la vez que separaba el arma de la sien de su marido y encañonaba directamente a Anna.

—¡Está bien! ¡Está bien! —respondió sin querer mirar el cañón del arma,

agitando las manos delante de ella de manera casi compulsiva. Cuando el arma volvió a apretar la sien del marido de la persona que la empuñaba, exhaló un suspiro y trató de parecer calmada.

—No te lo tengo que repetir, ¿verdad? —insistió Maruja con una sonrisa difícil de definir, pero desagradable a más no poder. Anna se apresuró a darle la respuesta que pedía.

—Arriba está Michael con Marta y Jaime. Eso... eso de fuera parece haberse desquiciado y está tratando de cogernos a todos... se ha llevado a Lorena primero, y luego a Rocío y a las ancianas... Venía a avisaros de lo que estaba pasando... la intención era que nos reuniésemos todos para cubrirnos las espaldas unos a otros...

—Albert... ¿no está con vosotros? —preguntó con un hilo de voz Raúl, ignorando a la vocecilla del interior de su cabeza que le advertía de que, mientras esa mujer tuviese un arma en las manos, lo más inteligente era hacerse invisible y llamar la atención lo menos posible.

—No. Ni él ni Lucio. Al menos arriba, no... no sé si se habrán quedado abajo... —casi susurró Anna.

—*Ja*. Abajo no queda nadie, ricura, te lo puedo asegurar porque yo vengo de allí—intervino Maruja. Sus palabras tuvieron en Raúl el mismo demoledor efecto que un puñetazo en la boca del estómago. Se dobló sobre sí mismo en el suelo, en el lugar en el que estaba arrodillado y lloró en silencio, a medias por la rabia, a medias por la impotencia.

—Tengo que buscarlo... tienes que dejarme que lo busque...

—Claro. Ahora mismo, no te preocupes... ¡Si tienes cojones, te levantas! —gritó Maruja, cambiando una vez más el objetivo del arma, de la sien del señor Mora a la cabeza de Raúl—. Nos vamos abajo TODOS, en silencio y en fila por la escalera. Tú, niñata, ve la primera. Vosotros os vais levantando y la seguís. Yo iré detrás con el imbécil éste. Cuando lleguemos abajo y estemos situados, le das una voz a tus amiguitos de arriba para que bajen con nosotros SIN QUE SOSPECHEN NADA. Como intentes avisarles me lío a tiros, no lo voy a decir más de una vez, ¿entendido?

Anna asintió con la cabeza, y salió al rellano en silencio. Raúl se levantó con los ojos empañados por las lágrimas y la siguió. Modou hizo lo mismo tras recibir las instrucciones traducidas a su idioma por Abdou, que salió tras él.

—Vamos *cariño*, nos toca a nosotros —le susurró Maruja a su marido a la vez que apretaba la tenaza sobre su cuello. La falta de oxígeno combinada con el olor del aliento de su mujer casi le hizo perder el conocimiento. Cuando la mole notó que el hombre se estaba convirtiendo en un peso muerto le permitió respirar de nuevo, evitando que se desmayase. La silenciosa comitiva descendió las tres plantas hasta el portal, donde Maruja se sentía más cómoda porque podía controlarlos a todos de un vistazo. Además, tenía planes para la que había sido su celda durante unos días. Los acompañó hasta la habitación, y encerró en ella a todos, excepto a Anna y a su marido, el señor Mora, con quien pensaba estar en estrecha unión *hasta que la muerte los separase*.

Siguiendo las detalladas instrucciones de Maruja, Anna se asomó al hueco de la escalera y levantó la voz.

—¡Michael! ¡Marta! ¡Jaime! ¡Necesito que bajéis! —gritó. Como respuesta, vio la cabeza de Michael aparecer cuatro pisos más arriba.

—¿Qué ocurre? ¿Pasa algo?

—No... necesito que veáis algo —mintió Anna. Maruja se encontraba tras ella, a una distancia suficiente como para comprobar que no trataba de poner sobre aviso a sus amigos sin que se la pudiese ver desde arriba. Ahora que sólo se tenía que preocupar del *alfeñique* y de la *guarra*, estaba mucho más cómoda, más relajada, y su cerebro se podía deleitar en la anticipación de lo que iba a hacer a los negros y a su señor esposo en cuanto tuviese ocasión, lo que, si todo seguía rodando tal como iba, sería tan solo en cuestión de minutos.

Apenas habían transcurrido unos instantes cuando los tres amigos llegaron a la planta baja y se encontraron con lo que menos podían haberse imaginado.

—Joder —exhaló Michael al ver de nuevo a Maruja con el arma en la mano.

—Mierda —masculló Jaime, sabedor de que buena parte de la culpa de que esa mujer tuviese otra vez la pistola en sus manos la tenía él. Lo que no alcanzaba a comprender era cómo demonios había podido salir de su encierro. Marta se ocultó tras él, pegándose a su espalda todo lo que pudo. Sentir su calor casi hizo que mereciese la pena todo por lo que estaban pasando.

—Venga, ya estáis tardando en venir hasta aquí —dijo Maruja con su amabilidad habitual. Por supuesto, no tuvieron más remedio que obedecer. Con

un gesto, la mujer les indicó que se pusiesen al fondo—. ¡De cara a la pared! —ordenó—. ¡Al que se mueva le vuelo la cabeza! ¡Tú, tráete a los demás! —le dijo a Anna. Tan pronto como se introdujo en la portería, Maruja le susurró al oído a su esposo:

Vete con ellos de momento. Ya tendrás tu merecido.

De un empujón, lo apartó de su lado. La escasa envergadura del hombrecillo en comparación con la de la mujer hizo que saliera despedido, quedando de rodillas a unos metros de ella. Tuvo que esperar unos instantes que se le antojaron eternos antes de que el aire volviese a entrar libremente a través de su tráquea. Tosió de manera compulsiva, y por fin pudo recuperar su compostura. Con su único ojo funcional enrojecido por el esfuerzo, se arrastró hasta ocupar su lugar en la pared, sin atreverse a mirar atrás. Tan sólo unos segundos después, Anna volvió con Moussa, Abdou y Raúl. Los cuatro obedecieron el gesto de la mujer para que ocupasen su lugar en la fila.

—Señora, seguro que hay alguna forma de arreglar esto antes de que no haya vuelta atrás. Todavía podemos pararlo antes de que se nos vaya de las manos —dijo Michael tratando de ser persuasivo.

—Seguro. Siempre que te metas la lengua en el culo y escuches. Ahora voy a acabar lo que empecé hace unos días. La mayor parte de este edificio es mío. ¡MÍO! ¿ME ESTÁS OYENDO? —el volumen de su voz fue creciendo al mismo tiempo que se distorsionaba, hasta convertirse más en un graznido que en algo con origen humano—. ¿Cómo cojones se han colado estos negros en uno de MIS pisos? ¿Me lo puede decir alguien?

Mientras gritaba, iba moviéndose de un lado a otro y manoteando al aire con la pistola. Cada vez que el cañón dibujaba una trayectoria que acababa cerca de uno de los *prisioneros*, éste se encogía anticipando la posibilidad de que el arma se le disparase accidentalmente, lo que no hubiera sido raro en absoluto. De repente, un sonido metálico cortó el discurso de manera abrupta. Todos se giraron, porque presentían de dónde provenía, y eso les provocaba un temor mayor incluso que el que sentían por Maruja y su revólver.

—Joderjoderjoder... —Michael no pudo evitar soltar una retahíla que le salió de lo más hondo de su ser. La puerta metálica tras la que se encontraba el monstruo se estaba abriendo desde dentro, lenta, pero inexorablemente.

—¡QUE NADIE SE MUEVA! —ordenó Maruja, se volvió a mirarlos para que tuviesen claro que iba en serio y movió el arma en horizontal a lo largo

de la fila, de principio a fin y luego en sentido contrario. Luego miró a la puerta sin dejar de apuntarlos, justo en el momento en que se abría del todo.

Lucio asomó desde el interior y se quedó bajo el marco de metal, rodeado por la penumbra que mordía desde el interior de la sala en la que habitaba el monstruo. Tenía la cara ensangrentada, y un horrible rictus que dejaba ver a medias algo entre un dolor insoportable y una sonrisa sarcástica, como si todo aquello le pareciera una enorme broma de inmensas proporciones, como si ya no tuviese nada que ver con él, como si el juego se hubiese acabado. *Game Over*. La camisa estaba destrozada, parecía que unas enormes uñas la hubiesen desgarrado llevándose consigo parte del pecho. Era imposible saber el color original del tejido, porque ahora era de un aterrador rojo ennegrecido. Rojo sangre. Sangre que ya llevaba un rato secándose poco a poco. Entonces, habló, y lo que dijo se les grabó en una zona del cerebro de la que ya nunca desaparecería:

El animal ES. El animal está y no está. No lo véis, pero lo podéis sentir. Lo oís arañar desde el otro lado de la puerta, pero ahora está a este lado. No lo podéis ver, pero está aquí.

Hizo una pausa, y durante el tiempo que la mantuvo, su mirada se quedó fija en un punto perdido delante de él, como si mirase algo que los demás no pudiesen intuir siquiera. Su rostro se quedó inexpresivo, y dejó de sonreír. Una bocanada de sangre le resbaló por la barbilla, y manchó la camisa de rojo fresco sobre rojo seco. Entonces pareció recuperar el control de su cuerpo, miró al grupo, y siguió hablando:

El animal tiene hambre, y nosotros le gustamos. Le gustamos a él, y a ellos. Ellos nos quieren a todos. El animal me está comiendo, pero no duele. No dueeeeeeelle.

La última palabra sonó como si la pronunciase desde una montaña rusa. El tono subió y bajó varias veces durante la vocal, que se mantuvo en el tiempo como un extraño grito de protesta. Y entonces Lucio se dobló sobre sí mismo, como si una inmensa mano invisible lo estuviese aplastando, y con un horrible crujido salió disparado hacia el interior de la habitación de la puerta de metal, donde la oscuridad lo siguió mordiendo.

Una oleada de pánico en su estado más puro y descarnado arrasó al grupo como un tsunami. Los más afortunados pudieron apartar la vista a tiempo, pero para la mayoría ya fue demasiado tarde para evitar ver. Moussa y Abdou

recitaban con voz temblorosa y apenas audible un galimatías que en su idioma original se usaba a medias como una oración, a medias como un ensalmo de protección. El grandullón temblaba como un niño pequeño que, por más que lo intentaba, era incapaz de comprender lo que acababa de suceder ante sus ojos. Marta lloraba aterrorizada, abrazando a Jaime con tanta fuerza que resultaba casi doloroso. Él le devolvía un abrazo que trataba de parecer protector a pesar de que lo horrible de la situación lo superaba en todos los aspectos. Junto a ellos, Raúl lloraba en silencio, sobrecogido por el terror más intenso que había sufrido en su vida, y horrorizado a la vez porque lo que acababa de ver podía ser muy similar al incierto destino que habían sufrido Albert y su madre. Mientras, Michael parecía estar sufriendo una lucha interna por mantener el control, por ser capaz de mantener la cabeza fría al menos lo suficiente para seguir buscando una fórmula que les permitiese salir indemnes, en principio de Maruja y de su arma. Lo que ocurriese después, el tiempo lo diría. Y Maruja, por su parte, seguía manteniéndose fiel a sus principios. No tenía muy claro lo que acababa de ver, pero sí lo que había que hacer, así que se puso manos a la obra.

—¡Tú! ¡Cierra la puerta! —ordenó. La pistola apuntaba a Abdou entre los ojos. Si la mujer había llegado en algún momento a sentir miedo, ansiedad, o algo parecido, su pulso no lo reflejaba, porque el cañón del arma se mantenía perfectamente inmóvil, sin el más mínimo temblor.

—¡No! ¡No puedo ir allí! ¡No me haga ir allí! —suplicó. Su compañero se le unió en una letanía suplicante al tiempo que gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Ya está bien, Maruja. No tienes porqué hacerlo —dijo el señor Mora. Lejos de tranquilizar a su mujer, aquello la espoleó aún más.

—¡HE DICHO QUE CIERRES LA PUERTA! —gritó—. ¿O prefieres que decore la pared con lo que sea que tienes dentro de la cabeza?

Los tendones en el dorso de la mano que sujetaba el arma se marcaron bajo la piel cuando su dedo índice comenzó a ejercer presión sobre el gatillo, y eso hizo que Abdou se saliera de la fila y se dirigiese con paso lento e inseguro hacia el tramo de escalera que acababa en la puerta de metal, que ahora más que nunca se asemejaba a la boca de una oscura cueva. En un par de ocasiones se giró con expresión suplicante con la esperanza de que aquello fuese sólo una demostración de poder, esperando que la mujer le permitiese volver a la relativa seguridad de la fila, pero en lugar de eso lo que obtuvo fue un rápido gesto con la pistola indicándole que siguiera adelante. A Abdou le pareció insalvable el

esfuerzo necesario para subir cada uno de los siete escalones que lo separaban del lugar desde el que *el hombre pequeño* les había hablado. Cuando llegó al rellano, el corazón le latía en el pecho con una fuerza que nunca antes en su vida había experimentado. Al extender el brazo para coger el pomo y cerrar la puerta, por un efímero instante creyó que quizás pudiera salir con vida de aquello, que a lo mejor podía cerrar la puerta y atrapar de nuevo dentro al monstruo que no se podía ver.

Desde la fila, lo único que intuyeron fue que en un instante Abdou estaba, y al siguiente no. Algo tiró de él con tanta violencia desde la oscuridad, que todo ocurrió en apenas un parpadeo. La puerta de metal se cerró de golpe, dejando dentro a Lucio, a Abdou, y a la oscuridad que podía morder.

—¡NOOOOOOOO! —gritó el señor Mora, y el grito surgió de lo más profundo de su alma—. ¿Por qué lo has tenido que hacer, Maruja? ¿POR QUÉ?

—¡CÁLLATE DE UNA VEZ! —le ordenó la mujer. Aquella voz parecía una fuerza de la naturaleza, era a todas luces imposible de desobedecer, y el señor Mora era el menos indicado para hacerlo. El hombre que poco a poco había ido recuperando la autoestima gracias a las personas que lo habían acogido, se hacía cada vez más pequeño mientras el antiguo señor Mora, el de toda la vida, el que vivía bajo la estricta supervisión de Maruja, el que de vez en cuando tenía que sufrir los merecidos castigos, volvía a regañadientes a ocupar su lugar. Ahora lo único que le importaba era que todo aquello acabase, que al menos Moussa...

Como si hubiese sido capaz de leer sus pensamientos, Maruja cogió a su marido por el cuello de la camisa y lo arrastró hasta el portal acristalado, sin dejar de apuntar a los de la fila. Cuando llegó junto a las puertas, lo soltó sólo el tiempo necesario para girar el pomo y abrirlas de par en par. En cuanto lo hizo, lo agarró de nuevo por la camisa, y le gritó a Moussa.

—¡Tú! ¡El grande! ¡Ven aquí!

Moussa no entendió nada, pero la mujer se dirigía inequívocamente a él. De momento, decidió no hacerle caso, aunque la forma en que cogía al *buen señor* no presagiaba nada bueno.

—¡Que vengas, te he dicho! —repitió, y para que todos vieran que iba en serio empujó la cabeza de su marido hasta dejarla a centímetros de la sustancia. Aquello tuvo un efecto inmediato en Moussa, que corrió hacia ella con las manos en alto, diciendo algo que sólo él mismo podía comprender ahora que

Abdou no estaba allí.

—Maruja, ya basta... ¿no has hecho suficiente? —preguntó (*suplicó*) el señor Mora.

—Que. Te. Calles —ordenó ella, y de cada una de las palabras destiló veneno puro—. ¡FUERA DE AQUÍ!

Con un gesto de la pistola, le indicó a Moussa que saliera del edificio. Él unió ambas manos y le suplicó en su idioma. Le rogó de todas las maneras que conocía, porque lo que había al otro lado del cristal lo aterrorizaba casi más que la muerte. Como respuesta, Maruja levantó el arma y disparó hacia el techo. El estruendo de la detonación resonó en los oídos de todos y se mantuvo en ellos, ensordecedor, hasta que se fue atenuando y quedó convertido en un molesto zumbido.

—Fuera. Ahora —ordenó de nuevo, apuntándole entre los ojos. Lo dijo casi susurrando, con una sádica sonrisa que parecía invitarlo a negarse, para darle así un motivo para disparar. Moussa, con la cara recorrida por los surcos de sal que le dejaban las lágrimas, extendió una mano temblorosa y la introdujo poco a poco en la masa. Al llegar a la muñeca, paró un instante y miró a Maruja, suplicando piedad con la mirada. A cambio, obtuvo un nuevo gesto del arma, indicándole que siguiera. Él obedeció, y poco a poco llegó al codo, y luego al hombro.

Y entonces algo tiró de él.

En un principio, y gracias a su envergadura, trató de resistirse como lo hace el pescador agarrado a su caña tratando de conseguir la mayor pieza de su vida. Dijo algo, pero allí ya no había nadie capaz de entenderlo. Abdou hubiese dicho que aquello no tenía mucho sentido en español:

Manos. Me atrapan muchas manos. Cada vez hay más manos.

Un nuevo tirón, mucho más brusco y potente que los anteriores lo introdujo por completo en la sustancia.

—¡NOOOOO! —gritó el señor Mora y golpeó con los puños cerrados la inamovible figura de Maruja mientras iba resbalando hacia el suelo, hasta quedar arrodillado, llorando desconsolado. En unos fatídicos minutos su mujer había acabado con las dos únicas personas que le habían dado calor, que le habían permitido volver a tener esperanza.

—Hazlo —dijo.

—Que haga qué.

—Mátame. Pégame un tiro, o lánzame ahí fuera, me da igual. Lo que sea pero ya.

Maruja rió con una carcajada estentórea que resonó por todo el edificio.

—Ni lo sueñes. Eso sería muy rápido. Tienes que recibir tu castigo. Tienes que aprender. En casa, conmigo.

El señor Mora suspiró. Ya no tenía fuerzas para volver al pasado. No podía imaginar un mísero segundo siquiera bajo el yugo de Maruja. Prefería la muerte mil veces.

—No tiene por qué hacerlo.

Maruja se giró con tal violencia que estuvo a punto de perder el equilibrio y dar con sus huesos en el suelo. La *niñata* estaba fuera de la fila, con los puños apretados, desafiándola abiertamente.

—¿Pero qué haces? ¿Estás loca? —susurró Jaime entre dientes mirando de reojo a la mujer del arma, y trató de hacerla volver a la fila sin conseguirlo.

—Sí, anda, hazle caso a tu *noviete* y vuelve a la fila. A lo mejor hasta consigues seguir viva un día más —escupió Maruja.

—Póngase en pie, señor. No va a hacerle más daño, no lo permitiremos —insistió Marta.

—¿Ah, no? ¿Y cómo vas a impedirlo? —preguntó Maruja, colocando el arma en la sien del señor Mora y ejerciendo una leve presión sobre el gatillo.

—El techo —cortó Marta—. Mire al techo.

Maruja levantó la vista, y la bajó al instante.

—¿A qué juegas? ¿Estás intentando ganar tiempo?

—El techo está nuevo. Ni un sólo desconchón. Y sin embargo, acaba de disparar hacia arriba hace un momento. Si va a hacerle daño, desde luego no será con ese arma... o al menos con esa munición.

Maruja se quedó mirando el arma con expresión de incredulidad. ¿No era

una pistola *de verdad*? ¿Entonces por qué cojones se la había dado el enano? ¿Con qué fin...?

—Tú... tú... los has matado por nada... los has matado *con nada*...

Maruja levantó la vista del revólver y la posó sobre su marido, sólo que ella nunca antes lo había visto de esa manera, tanto era así que por vez primera se quedó sin palabras y fue incapaz de responder. Su único ojo ardía de rabia, y tenía los dientes tan apretados que parecía que se iban a resquebrajar y a estallar en miles de esquirlas. Antes de darle tiempo a nada, el señor Mora saltó como impulsado por un resorte, con una agilidad totalmente impropia de su edad y *arrasó* a Maruja. Se lanzó sobre ella con tanta fuerza que la hizo perder el equilibrio. Maruja trastabilló y cayó hacia atrás. En uno de los manotazos con los que trataba de recuperar el equilibrio agarró al señor Mora del brazo y lo arrastró con ella en su caída hacia la puerta.

La sustancia recibió a ambos con los brazos abiertos.

—¡NO! —gritó Marta y corrió hacia allí, seguida por los demás. Quería sacar al señor Mora, agotar hasta la última posibilidad de tirar de él hacia dentro, antes de que... *eso* se lo llevase. La sustancia aún mantenía levemente la silueta de Maruja y su marido, pero era cuestión de segundos el que mostrase de nuevo una superficie lisa. Al llegar junto a la puerta descubrió con gran sorpresa que la sustancia, al menos en aquella parte del edificio, había comenzado a dejar pasar algo levemente parecido a la luz. Un mínimo resplandor como el del fluorescente del baño visto a través de una cortina de ducha sucia. A contraluz, si es que se le podía llamar así a eso que llegaba filtrado desde la sustancia, se podía adivinar no sin esfuerzo la silueta del señor Mora manoteando, como si tratase de nadar en una piscina de puré. De Maruja, no quedaba ni rastro. Pensó con un escalofrío que quizá lo que se la había llevado estaba a punto de volver.

—¡VAMOS! ¡Puede conseguirlo! —gritó al ver que la figura se acercaba. Sin embargo, cuando estuvo tan cerca como para que la sombra oscura se convirtiese en una figura borrosa, vio los colores, y cayó sentada al suelo, tapándose la boca con las manos. Las lágrimas añadieron un punto más de difuminado a la figura.

—L... ¿Lorena?

Los colores eran los de su pelo, no había duda posible. Lorena (si en realidad era *ella*) se acercó aún más y le habló desde el otro lado:

Recuerda nuestra canción, porque ellos nos quieren a todos y el final está muy cerca. Recuerda nuestra canción.

Poco a poco, la forma se fue alejando, y Jaime tuvo que sujetar con fuerza a Marta para evitar que se introdujera en la sustancia en busca de su amiga. Los supervivientes trataron de cerrar la puerta, pero la sustancia ya se había metido tanto en el portal que era imposible, así que se alejaron de ella tanto como pudieron.

Supervivientes.

Eso es lo que eran.

Michael, Anna, Marta, Jaime y Raúl.

Sólo cinco personas, y aunque ninguno tenía ganas de hablar de ello, las palabras de Lorena eran ya más una realidad que una premonición.

El final está muy cerca.

DOBLES PAREJAS

—Dios mío... ¿qué vamos a hacer ahora?

La pregunta de Anna no iba dirigida a nadie en particular, pero a la vez iba dirigida a todos y cada uno de ellos.

—¿Ahora? ¿Es que en algún momento de toda esta mierda ha habido algo que pudiéramos hacer? —gritó Raúl—. ¿Es que aún no te ha quedado claro que “ellos” nos quieren a todos? ¡JA! ¡Que le pregunten a tu amigo el italiano cuánto lo quieren a él!

—No debemos perder los nervios, Raúl. Si lo hacemos, estaremos perdidos —intervino Michael tratando de calmarlo, pero el efecto que consiguió fue el diametralmente opuesto.

—¡No me digas que me calme! ¡Estamos atrapados, esperando a que nos devore un monstruo invisible, o a que algo nos arrastre afuera! ¡No hay salida!

—Sí que la hay. Arriba. La única salida es arriba —cortó Marta, con los ojos inundados en lágrimas.

Todos se la quedaron mirando como si hubiese perdido la cabeza.

—¿A qué te refieres, Marta? —le preguntó Jaime abrazándola con dulzura.

—Nuestra canción. Es lo que me ha dicho Marta desde ahí dentro. Cuando todo nos iba mal, para quitarnos el *mal rollo* poníamos a todo el volumen que nos permitían los altavoces la canción *The only way is up...* la de Yazz, la de los ochenta...

Jaime no tenía ni puñetera idea de cuál era esa canción, pero sus conocimientos de inglés le daban para, al menos, traducir la frase.

—El único camino es arriba —dijo.

—Sí, más o menos —asintió ella—. No sé a qué se refería, pero no tenemos mucho más donde elegir, ¿no?

Como si quisiera dar su opinión, el monstruo emitió un extraño gorgoteo desde el otro lado de la puerta... o al menos eso esperaban todos, que estuviese

al otro lado. Hasta donde sabían, podrían tenerlo perfectamente a un par de metros delante de sus narices y no darse cuenta de ello.

—¡Vámonos de aquí! ¡Al menos pondremos algo de distancia entre la sustancia, el monstruo y nosotros! —dijo Michael.

—¿Cogemos el ascensor? —preguntó Anna —No me apetece nada pasar cerca de esa maldita puerta de metal.

—A mí tampoco me parece buena idea acercarnos demasiado... no puedo quitarme de la cabeza lo rápido que Abdou desapareció cuando intentó cerrarla... pero la puerta estaba abierta entonces, y ahora no —contestó Michael—. Creo que es incluso peor idea que nos metamos en el ascensor. Si ocurre algo y nos quedamos bloqueados...

—Vamos, no es tan difícil... Subimos en dos o tres tandas y si alguno se queda atrapado, los demás le ayudarán desde fuera —dijo Raúl—. Yo subo primero, si todo va bien luego lo hacéis vosotros...

—Pero... ¿así, sin más? ¿Y si nos han preparado algo en el ascensor? ¿Dónde queda lo de la pajita más corta?... ¿Por qué tú y no otro? —preguntó Anna.

—¿No es evidente? Soy el único que no rompería las dobles parejas si me ocurriera algo... Por desgracia, la gente a quien importo ya no está aquí.

Sin darles el derecho a réplica, subió en el ascensor y los miró con una sonrisa melancólica mientras la puerta se cerraba. Acto seguido, comenzó su ascenso hacia *la única salida*.

—Ha dicho que somos pareja —le dijo Michael a Anna, con su seductora sonrisa.

—Ya quisieras —le respondió ella, desmontando la teoría de Raúl.

Jaime, sin embargo, parecía encantado de la situación, y Marta tampoco daba signos de que le molestase en absoluto. Cincuenta por ciento de aciertos.

—¡Algo va mal!

La voz de Anna rompió la magia y los trajo de mala manera de vuelta a la realidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Jaime.

—Se ha detenido en la segunda planta... no ha llegado al último piso...
—respondió Anna.

—No... nada va mal... lo ha hecho él a propósito. Va a buscar a Albert
—susurró Marta.

—Joder... ha dejado la puerta abierta... quiere asegurarse de que no intentamos detenerlo —protestó Jaime, pulsando el botón del ascensor repetidas veces, sin ningún resultado.

—Pues le va a salir mal el plan —soltó Michael, y corrió hacia la escalera. En tres saltos, salvó el primer tramo, pasó a toda velocidad por delante de la puerta de metal, y siguió escaleras arriba sin detenerse a tomar aire

—No me lo puedo creer —murmuró Jaime, y miró a Marta—. ¿Vamos?
—preguntó. Ella asintió, con un leve gesto de la cabeza. Él no se lo pensó dos veces, por temor a cambiar de idea, y siguió los pasos de Michael. Marta miró a Anna, y las dos corrieron tras ellos.

Si el monstruo invisible seguía atrapado al otro lado de la puerta de metal, no dio signos de importarle lo más mínimo.

Cuando llegaron a la segunda planta, Raúl ya estaba en el interior de su domicilio, y Michael había entrado tras él.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jaime.

—Entrar. Con mucho cuidado —respondió Anna—. No sabemos con qué nos podemos encontrar.

Siguiendo el consejo de Anna, los tres entraron en silencio, prestando atención a cualquier sonido, a cualquier movimiento que pudiera darles una pista acerca de dónde se encontraban Raúl y Michael. Entonces oyeron la voz de éste último, hablando en un tono conciliador, que trataba por todos los medios de ser convincente.

—No es ella, Raúl. No te dejes engañar por su aspecto. Sabes que no es ella...

—No lo entiendes, Michael. No puedes entenderlo. Sé que es ella.

La escena con la que se encontraron al seguir el sonido de la voz hasta llegar a su origen los dejó boquiabiertos. Michael estaba de pie, con la espalda apoyada en la pared opuesta a la ventana. Raúl, en el lado contrario, tenía cogida

de la mano a una mujer rubia.

Julia, la madre de Albert.

Raúl miró a los ojos a la mujer que parecía Julia, y la besó.

—Es ella. Hay cosas que no se pueden imitar —dijo—. Seguid.vosotros. Yo no tengo a nadie por quien huir. He llegado a donde quiero estar.

Acto seguido, Julia se introdujo en la materia, y él la siguió.

—¡No! —gritó Michael, pero ya no se podía hacer nada por impedirlo. Pasaron unos segundos en los que nadie fue capaz de reaccionar, hasta que Marta salió del trance.

—Te... tenemos que irnos. La.. la única salida es arriba —dijo.

Como respondiendo a la frase, la superficie de la sustancia se curvó, y la cabeza de Julia los miró y les habló, sonriendo con malicia

Ellos os quieren. A los cuatro. La única salida no es arriba. La única salida es venir a nosotros y aceptarnos.

—¡VÁMONOS DE AQUÍ! —gritó Michael, y no fue necesario que lo repitiese más veces. Todos le obedecieron al instante, y abandonaron la casa en tromba.

THE ONLY WAY IS UP

Los cuatro *supervivientes* salieron al rellano a toda la velocidad que les fue posible. Michael, el último de los cuatro en salir, cerró la puerta de golpe tras de sí. Como si de un siniestro eco se tratase, las puertas de cada una de las viviendas de las cuatro plantas se cerraron al unísono. Luego se oyó el sonido ahogado de las puertas interiores, las de las habitaciones, las de los armarios, las de los muebles incluso, cerrándose y abriéndose de nuevo, para volver a cerrarse y abrirse en una interminable cacofonía que desde fuera, ahogada por las puertas de los pisos, sonaba como el repiqueteo de los huesos de cientos de esqueletos. Se quedaron helados, incapaces de reaccionar, hasta que el infernal sonido cesó de repente, y de la misma manera, las puertas principales de cada uno de los ocho domicilios se abrieron, todas a la vez, con un escalofriante chirrido.

—¡Arriba! ¡ARRIBA! —gritó Marta, y se lanzó hacia la escalera. No había estado jamás en su vida tan asustada como se encontraba en ese momento, y se obligó a no mirar atrás. Se obligó a confiar en que los demás la seguirían sin rechistar, en especial Jaime. Y se obligó también a no mirar al interior de su casa cuando llegó al último piso, porque sabía que Lorena estaría allí, esperándola, y de la misma forma sabía que si la llamaba, no podría resistirse.

The only way is up, baby, for you and me now.

—Marta.

Dio un respingo y el corazón casi se le salió por la boca. Jaime la abrazó mientras trataba de recuperar el aliento.

—Ya está, ya está. Lamento haberte asustado...

—Bueno, pues ya estamos arriba... —susurró Anna—. ¿Y ahora qué?

—N... no tengo ni idea —respondió Marta.

—Genial —protestó Michael—. Tanto subir para estar tan atrapados como abajo. ¿No hay nada más? ¿Esto es todo?

—¡No lo sé! Subir no fue idea mía. Fue Lorena la que me dijo lo de la canción —se defendió Marta—. Yo no sabía...

—Eh... ¿qué esperabas? —salió en su defensa Jaime— ¿Que se hubiera abierto un portal dimensional que te llevase a las costas de Copacabana? ¡Estamos en la última planta, y al menos hemos puesto algo de distancia con el *bicho* de detrás de la puerta!

—¿Queréis dejar esta discusión absurda? —los interrumpió Anna— ¿No se os ha pasado por la cabeza que quizá todavía no hayamos llegado a arriba?

—¿A qué te refieres? —le preguntó Michael.

—A que tiene que haber alguna manera de subir al tejado. Mantenimiento, joder... ¿qué pasa si hay una gotera, o si se estropea alguna antena de televisión?

—¡Es cierto! —respondió Marta—. Pero no hay ningún acceso, al menos visible... y en el tiempo que llevo viviendo aquí, nunca he visto a nadie subir... ¿cómo demonios...?

—El techo es de escayola —intervino Michael—. Quizá alguno de los

paneles se pueda retirar, pero a simple vista son todos exactamente iguales... Anna, ven aquí, súbete a mis hombros. Marta, tú a los de Jaime... hay que golpear los paneles hasta que demos con uno que se pueda mover, si es que lo hay.

—¡Tiene que haberlo! ¡Vamos! —asintió Anna, encaramándose sobre los hombros de Michael. Cuando Marta hizo lo mismo con Jaime, éste no pudo evitar pensar que aquello era el contacto más íntimo que había tenido jamás con una chica, y que quizás no viviese lo suficiente para llegar más allá, ni con Marta ni con ninguna otra. Trató de apartar el sombrío pensamiento y concentrarse en lo que estaban haciendo, aunque el calor del cuerpo de la chica hizo que su imaginación volase hasta territorios que era mejor no explorar en un momento tan delicado.

—¡Lo tengo! —gritó Anna. Uno de los paneles se movía lo suficiente como para que se pudiese tener fé en que era posible retirarlo.

—¡Venid aquí! —ordenó Michael—. ¡Ayúdale, Marta, hay que moverlo!

Con el esfuerzo combinado de ambas, en un instante la placa descansaba sobre la parte interior del falso techo, dejando a la vista una trampilla cerrada con un candado.

—¿Un candado? ¿En serio? —exclamó Anna con desánimo.

—¡Bájame, Jaime, rápido!

El muchacho obedeció, aunque hubiese dado cualquier cosa por no tener que hacerlo, y Marta lo cogió de la mano.

—¡Ven conmigo! ¡Rocío dejó en mi casa un llavero con todas las llaves de las zonas comunes del edificio! ¡Ésta tiene que estar, seguro!

El simple hecho de acercarse a la puerta de su casa le provocó un escalofrío, e hizo que bajase la velocidad hasta casi detenerse. No podía evitar pensar que Lorena estaría allí, esperándola. Jaime se dio cuenta y la adelantó, entrando él primero en el piso.

—Jaime... —el nombre se le escapó en un suspiro casi inaudible al verlo desaparecer en el interior de la vivienda.

—Vamos, todo está en orden por aquí... —dijo él, asomándose al cabo de unos segundos—. ¿Dónde están las llaves?

—Teníamos una cesta, Lorena y yo la dejábamos en la salita, o en la cocina, pero al estar Rocío y la señoras, pueden haberla puesto vete tú a saber dónde...

—Venga, busca tú ahí y yo voy a la cocina... ¿sabes que hay unas plaquitas muy simpáticas, de madera, de plástico... de *mogollón* de materiales y formas. Todas tienen en común unos ganchitos para colgar llaves... ¿te suena?

—*Ja, ja* —dijo ella con la misma ironía que Jaime había puesto en su comentario. Al mover unas revistas, la cesta con el manojito de llaves apareció debajo—. Las tengo... —comenzó a decir, pero al girarse se topó de frente con el ser, y se quedó sin habla. De aspecto humanoide, era de un desagradable color rosado casi translúcido. Toda su piel brillaba como si estuviese húmeda, y de hecho parecía que así era, parecía estar derritiéndose y resbalando sobre una estructura interna que apenas se podía adivinar desde fuera, grisácea y desagradable. A Marta le recordó una de las vainas de *La invasión de los ultracuerpos*, cuando aún no había acabado el proceso de copia de su anfitrión. El ser emitió un sonido acuoso desde la abertura que hacía las veces de boca, y movió hacia ella una de sus extremidades, y eso le dio la fuerza necesaria para salir del trance y gritar a pleno pulmón.

—¿Qué...? —comenzó a preguntar Jaime, pero la pregunta murió en sus labios al ver al ente que se encontraba junto a Marta. Tuvo las fuerzas necesarias para agarrarla de un brazo y tirar de ella lo suficiente como para romper el hechizo, como para apartarla y echar a correr mientras el ser los miraba sin hacer la mínima intención de salir en su persecución.

Marta y Jaime salieron como alma que lleva el diablo y cerraron la puerta tras de ellos, aun sabiendo que la puerta se abriría por sí sola en cuanto *ellos* quisieran.

—¿Qué ocurre? —preguntó Michael.

—¡Hay... algo ahí dentro! ¡Un... ser... un ser extraño! ¡Creo que es... uno de *ellos*! —respondió Marta.

—Pero... —comenzó a decir Anna, aunque Michael la cortó antes de que siguiera.

—¡Hay que abrir esa trampilla y salir de aquí YA! ¡No sabemos cuántos de *ellos* pueden estar ya en el edificio! Creo... creo que han decidido que es el momento de *querernos a todos*, nos guste o no...

Como si sus palabras hubiesen sido premonitorias, desde la escalera subió un sonido extraño, acuoso, como si un camión frigorífico hubiese vaciado un cargamento completo de pescado fresco que se hubiese ido deslizando escalón a escalón hasta llegar a la planta baja.

—¡Vamos! ¡Algo viene por la escalera! —gritó Jaime. Marta se había vuelto a subir a sus hombros e intentaba localizar en el manajo de llaves cuál era la que encajaba en el candado que les impedía abrir la trampilla. Los nervios y el sudor de sus manos hicieron que el manajo se le escapase y cayera al suelo con un tintineante sonido.

—¡Venga, venga, venga! —casi suplicó Anna, agachándose y acercándole de nuevo las llaves. En esta ocasión, Marta consiguió acertar con la que abría el candado casi a la primera. Con manos temblorosas, lo retiró del cierre.

—N... no soy capaz de abrir, lo siento...

—¡Dejadme a mí, tengo experiencia en situaciones límite! —gritó Michael—. ¡Échame una mano, Jaime!

De ese modo, Jaime cambió a la que en otra vida podría haber sido su chica por Michael. Éste se encaramó a sus hombros y, no sin esfuerzo, levantó la trampilla.

—Joder, no se ve una mierda...

—¡Da igual, ya vienen! —grito Anna— ¡Recuerda, *the only way is up!*

—¡Súbelas, Jaime! ¡Vamos, no hay tiempo! —ordenó. El sonido acuoso se oía cada vez más cerca, quizás se encontrasen ya en la planta de debajo de ellos.

Jaime aupó primero a Anna, y después le tocó el turno a Marta.

—¡Por favor, no tardes en subir, no se te ocurra dejar que te cojan! —le dijo Marta, y le dio un fugaz beso en los labios que a él le supo a gloria. No tuvo que luchar contra lo que subía por la escalera porque Michael lo subió al instante siguiente, pero se sentía tan bien que de haberse tenido que enfrentar a *ellos*, lo hubiese hecho a bocado limpio con la total seguridad de salir victorioso.

En cuanto los cuatro se encontraron arriba, dejaron caer la trampilla y quedaron sumidos en una oscuridad total.

CORTE DE DIGESTIÓN

El sonido iba cada vez a más, y a pesar de estar ahogado por la trampilla, las vibraciones parecían filtrarse a través del falso techo y llegar a ellos convirtiéndolo en algo más inquietante aún, si es que eso era posible. Los cuatro estaban en absoluto silencio, con el ensordecedor latido de sus corazones martilleando en sus oídos hasta el punto de ser casi doloroso. La angustiada sensación de estar en la más completa oscuridad, sin un mínimo resquicio de luz que les permitiese hacerse una imagen mental del lugar en que se encontraban no hacía más que incrementar la sensación de peligro, de desastre inminente, de *fin del juego*. Lo único que podían saber era que estaban en un sitio estrecho, angosto, que no les permitía moverse de otra manera que no fuese de rodillas... y que el suelo y las paredes que los rodeaban estaban cubiertos de una sustancia esponjosa.

—No p... puedo r... respirar... —susurró Anna.

El sonido de fuera pareció fluctuar, atenuarse durante un segundo para luego crecer y estabilizarse.

—Sssh... —la calló Michael con un suspiro casi inaudible, y continuó con la voz temblorosa—. Nos oyen. Creo que nos oyen.

De nuevo la perturbación en el sonido. Como el zumbido de una mosca que vuela acercándose y alejándose de manera aleatoria.

—¡AAAAAH! —gritó Anna—. ¡Hay algo vivo! ¡Algo se ha movido por encima de mi mano!

El murmullo del exterior se convirtió en un desagradable y potente silbido. El sonido de una tormenta en el bosque azotando con furia las copas de los árboles.

—¡Movéos! ¡Hay que salir de aquí YA! —ordenó Michael.

—¡Pero no veo nada... no sé dónde dirigirme! —protestó Marta.

—¡Adelante y con cuidado, Michael tiene razón, esto se está poniendo feo! —gritó Jaime asustado. Como si respondiera a sus palabras, el sonido en el exterior aumentó hasta límites insoportables. Algo comenzó a golpear el falso techo de escayola, una marabunta de apéndices que componían una tétrica

cacofonía que sonaba igual que el repiqueteo de un aguacero sobre las lápidas de un cementerio.

—Pone la piel de gallina —susurró Jaime mientras gateaba a toda prisa, evitando pensar qué demonios era la sustancia que estaba aplastando con las manos y, lo que era aún más inquietante, qué efectos tendría sobre su piel.

—¡Joder! —maldijo Michael—. ¡Algo se mueve en el suelo, entre los dedos! ¡Creo que acabo de aplastar algo! ¡Lo he oído crujir!

Durante unos instantes la huida se convirtió en una muda y oscura pesadilla, un silencio interrumpido tan sólo por los jadeos provocados a partes iguales por el esfuerzo y el miedo. Tenían la sensación de que se encontraban en un conducto de ventilación orgánico, vivo, en el que cada metro que avanzaban en la más completa oscuridad se convertía en un desagradable chapoteo de *cosas vivas* aplastadas. Al menos, el sonido de los seres que golpeaban la trampilla se oía cada vez más lejos, cada vez más apagado. De repente, el tubo cedió y acabó convertido en una empinada pendiente, un tobogán de materia húmeda y cálida por la que se deslizaron entre gritos de terror. Mantener el silencio se convirtió en una tarea inútil, relegada al final en la lista de prioridades en cuanto el pánico más absoluto tomó el control. Conforme bajaban la oscuridad total fue dando paso a la penumbra, y en los últimos metros de la caída, ésta a la luz. Entonces fue cuando salieron despedidos del interior del tubo.

—¡Dios! —exclamó Jaime, tratando de incorporarse mientras sus ojos se acostumbraban a la luz tras la oscuridad total. Estaba mareado por la velocidad de la caída, y sus compañeros no se encontraban mejor que él. Cuando consiguió por fin enfocar la vista, descubrió a Marta a su lado, hincada de rodillas, mirando absorta a lo que les rodeaba. Anna y Michael estaban también a poca distancia de ella.

Aquel espacio era inmenso, o al menos así se lo parecía a él. La iluminación era extraña e irreal, y alcanzaba sólo la parte más baja del lugar. Pensó con un escalofrío que así debía ser la luz que percibía un feto en el interior del cuerpo de su madre. Conforme levantaba la vista, la penumbra iba haciéndose cada vez más espesa, más densa, hasta llegar a un punto en el que era imposible ver nada. Eso hacía más fuerte la sensación de que se encontraban en una sala infinita, sin techo, sin límites. Tanto las paredes como el suelo estaban cubiertas de la misma sustancia de aspecto orgánico que recubría el interior del tubo. Se giró para poder verlo: allí estaba el improvisado tobogán por el que habían resbalado, el que los había hecho caer hasta el sitio en el que ahora se

encontraban. No pudo evitar el pensar en cuánto se parecía a un tubo digestivo, y eso le provocó una fuerte arcada.

—¿D... dónde estamos? —tartamudeó Marta incorporándose. La sustancia le cubría hasta los tobillos, y parecía protestar con un burbujeo cada vez que hacía el más leve movimiento.

—Lejos de los seres, al menos —respondió Michael, poniéndose también de pie—. ¿Estás bien Anna?

La chica seguía de rodillas, con la vista clavada en el suelo.

—No. No estoy bien. De hecho, no creo que ninguno de nosotros esté bien...

—Vamos, no dejes que esto pueda contigo... estamos sobreviviendo —le dijo Michael mientras la cogía del brazo para ayudarla a levantarse.

—¡Suéltame! ¿Es que no te das cuenta de lo que está pasando? —le respondió ella, retirando el brazo de mala manera.

—¿A qué te refieres? —preguntó sorprendido.

—¡Joder, estamos en las tripas de algún jodido bicho! ¡No había caído nada en las ventanas, estábamos... *estamos...* dentro de algo monstruoso! ¡Algo, no sé cómo, ni por qué, se ha tragado entero el maldito edificio!

—¿Pero qué estás diciendo? ¿De dónde has sacado esa idea absurda? —le preguntó Marta con voz temblorosa. En realidad, no quería conocer la respuesta, porque no quería que fuese factible. No quería que existiese la más mínima posibilidad de que hubiese algo de verdad en las palabras de Anna. Y sin embargo...

—Pensadlo... somos cuerpos extraños en el interior de un inmenso *macroorganismo*... un ser cuyo único objetivo es expulsarnos fuera de sí antes de que descubramos alguna forma de dañarlo... Todo eso que nos persigue no son ni más ni menos que anticuerpos que tratan de cumplir su función de eliminar la amenaza...

—¡Y una mierda! —gritó Jaime, y Marta dio gracias en silencio, porque alguien la había parado antes de que siguiera con su absurda teoría.

—¿Una mierda? —dijo Anna poniéndose en pie y señalando a su alrededor con una mueca que trataba de ser sarcástica—. ¿Es que no tienes ojos

en la cara? ¡Hemos caído rodando por un tubo digestivo, por Dios! —gritó fuera de sí, señalando hacia el *tobogán orgánico* que los había llevado hasta allí, y continuó, ya gritando a pleno pulmón y saltando con todas las fuerzas que era capaz de reunir, aplastando la sustancia al caer como si pisara uvas— ¡Y esto es un estómago! ¡Un *puto* estómago que nos va a digerir a menos que...!

No tuvo tiempo de acabar la frase, porque el suelo cedió con un siniestro y acuoso chasquido y Anna desapareció engullida por la masa orgánica.

—¡NOOOO! ¡ANNA! —gritó Michael, lanzándose al suelo lo más cerca que le fue posible del lugar en el que había desaparecido la chica. La zona se movía como si aquello que parecía materia orgánica tuviese una piscina oculta debajo. Nata en la superficie de un café irlandés. Sólo que aquello no era nata, ni lo de debajo café. De repente, la mano de la chica surgió de entre la masa y Michael se lanzó a por ella—. ¡Te tengo! ¡Voy a sacarte de ahí! —gritó. La consiguió atrapar antes de que se hundiera de nuevo, y se sentó para poder hacer la presión suficiente como para rescatarla de aquellas *arenas movedizas* de aspecto repugnante. Al tirar con todas sus fuerzas, en lugar de soportar todo el peso del cuerpo de la chica, cedió y cayó de espaldas. Entre sus manos, tenía aún agarrada la mano de Anna. Pero no había nada más. Nada más allá de la muñeca, que terminaba en un muñón burbujeante. De la garganta de Michael surgió un grito apagado, gutural, que se asemejaba más al de un animal que al de un hombre. Marta y Jaime gritaron también al unísono, desquiciados, componiendo entre los tres el aria de una ópera infernal. Michael reuló sobre los codos, fuera de sí, sin poder soltar la mano de Anna, pero también sin poder dejar de mirarla con los ojos desorbitados. En su huida hacia atrás, de repente pareció que uno de sus codos tropezaba con un hueco, y en un segundo su tronco se hundió de espaldas a la vez que sus piernas se levantaban y se deslizaban lentamente en la masa hasta desaparecer. En un segundo no quedaba rastro alguno de él.

—¡Dios, no! ¡*Nonononono!* —suplicó Marta.

Ahora sólo quedaban ella y Jaime. Dos personas, con la muerte rondándoles cada vez más cerca. Ahora sabía que no había escapatoria. Ella o Jaime. Jaime o ella. El orden era indiferente, lo importante es que iban a morir, y no había manera de evitarlo. Se abrazaron sentados en el suelo, sobre la materia, sin atreverse a mover un sólo músculo y permanecieron así un tiempo que les pareció eterno.

—¿Q... qué vamos a hacer ahora? —preguntó Jaime con la voz entrecortada.

—No creo que haya nada que podamos hacer —respondió ella totalmente hundida. Luego volvió el silencio durante otro largo rato, tras el cual soltó una risita triste, que sonó a lamento.

—¿Qué ocurre?

—Es que tiene gracia... antes, cuando Lorena estaba... —hizo una pausa y se negó a sí misma la posibilidad de decir en voz alta que su amiga estaba viva antes, y que ahora estaba muerta— cuando estaba... aquí, antes de todo esto, teníamos un blog... escribíamos relatos de terror, y llegábamos a bastante público, no nos iba nada mal. Tanto era así que una editorial nos ofreció escribir un libro... y eso, en vez de darnos alas, nos bloqueó e hizo que nos quedásemos en blanco. Llevábamos meses estancadas, sin saber por dónde meterle mano... y ahora tengo delante mía la historia definitiva, y nadie va a leer ni una puñetera palabra sobre ella —acabó con amargura.

—¿No seríais Hiedra y Phoebe? ¿Del blog *Pasada la medianoche*?

—Sí... —respondió ella sin ánimo alguno. En el mundo real, en el de más allá de aquellas paredes se habría sentido halagada, encantada de que Jaime las conociera. Le habría preguntado si las había leído alguna vez, si le gustaban sus historias. Le habría preguntado tantas cosas... Sin embargo, quedó en completo silencio.

—¡No me jodas! ¡Pero si sois buenísimas! ¡Mi hermano y yo somos vuestros mayores fans!

Se dio cuenta de inmediato que ni su hermano ni Lorena *eran* ya nada de nada, pero ni se le pasó por la cabeza siquiera el intento de arreglarlo.

—Vaya... un par de fans dos pisos más abajo nuestra, el mundo es un pañuelo... y ahora más que nunca —dijo ella en voz baja, con desánimo.

—No puedes imaginarte como me duele haber descubierto tan tarde a quien tenía viviendo dos pisos por encima. Y no me refiero ni a Hiedra ni a Phoebe —dijo Jaime, y no pudo evitar ruborizarse. Marta lo observó mientras trataba en vano de protegerse tras su flequillo, y sintió que algo se movía dentro de ella.

—La vida es una mierda... —susurró, y acercó sus labios a los de él. Ambos cerraron los ojos, y esa fue la causa de que no vieran las primeras luces. Cuando los abrieron, la sustancia pareció encenderse en una sucesión de

explosiones lumínicas, como impulsos eléctricos en una medusa. La luz llegaba filtrada, sucia, extraña... Ambos se quedaron abrazados, inmóviles, sin palabras. Pasó un buen rato hasta que Jaime fue capaz de hablar.

—Se acabó —dijo con un hilo de voz.

TUDO LO QUE EMPIEZA...

AISLADOS

—De la misma manera que hubo un antes y un después del motor de explosión, un antes y un después de la creación del primer ordenador, habrá un antes y un después del *Izolim*.

El hombre que acababa de responder iba vestido con un elegante traje de Enzo D'Osi que costaba una cantidad de dinero de cinco cifras, y que no dejaba dudas acerca de su *poderío* económico. El pelo negro estaba peinado hacia atrás, y brillaba tanto por el exceso de gomina que podría haber quedado entre los primeros clasificados en un concurso de pelucas de plástico sin problemas. El entrevistador era un personaje histriónico que dejaba al *Joker* protagonizado por Jack Nicholson a la altura del betún. Vestía un traje de chaqueta oscuro, totalmente neutro, una baratija al lado del que llevaba el entrevistado.

—Así que resumiendo: para los edificios de nueva construcción, el *Izolim* será tan imprescindible como lo puede ser hoy en día el aislamiento acústico, pero... ¿qué pasa con los que ya están construidos? ¿No tienen derecho a su dosis de *Izolim*?

—Me alegra muchísimo que me hagas esa pregunta —respondió el del traje carísimo, como si no fuese evidente que estaba pactado antes de la entrevista que ese tema se tratase sí o sí. Por supuesto, sonó falso hasta la saciedad, pero a él no pareció importarle, y siguió con su discurso—. En este momento estamos terminando las pruebas sobre un *Izolim* líquido que se podrá aplicar sobre las paredes de la misma manera que se aplica la pintura antióxido sobre las rejas para prolongar su vida. Una aplicación fácil, al alcance de cualquiera... huelga decir que *Izolim* es totalmente inofensivo, amigable con el medio ambiente y no es en absoluto tóxico. Y el paso inmediatamente posterior es integrarlo en los tejidos. Cortinas, tiendas de campaña...

—Todo un partido, por lo que veo —soltó el presentador desmontando toda la seriedad que había tratado de imprimir el hombre a su disertación—. ¿Y qué me dice de los rumores acerca de monstruos venidos de otras dimensiones que ha traído consigo el *Izolim*? ¿*No comment*?

El público rió a carcajadas la ocurrencia del presentador, que sonrió a cámara en un forzado primer plano, demostrando lo encantadísimo que estaba de haberse conocido. A la imagen que captaban las cámaras sólo le faltó que un

brillo recorriese de lado a lado su dentadura blanqueada. Si el programa no se estuviese emitiendo en riguroso directo, con total seguridad le habrían añadido en postproducción el efecto a posteriori.

—Bueno, respecto a eso... —comenzó a responder el entrevistado, pero el presentador le cortó en seco.

—Estará usted de acuerdo conmigo en que esto da el pie perfecto para que añadamos a otra persona a nuestro *pack* de invitados, ¿verdad?

El presentador se incorporó al tiempo que subía la música y un muchacho entró en plató entre los aplausos del público. El aspecto, tanto físico como en cuanto a forma de vestir, estaba en el extremo opuesto al del primer invitado. Tenía el pelo largo, aunque no demasiado, y a pesar de ello lo recogía en una diminuta coleta a la altura de la coronilla. Una cuidada y espesa barba completaba el conjunto, que quedaba rematado por unas gruesas gafas de pasta de color verde fluorescente. El chico saludó en primer lugar al hombre del traje caro estrechándole la mano y luego hizo lo propio al presentador. A continuación, se sentó en el inmenso sillón curvo, junto al primer invitado.

—Y aquí tenemos al otro culpable de todo este *desaguisado*. —Acompañó el final de la frase deslizando sus gafas de sol por el puente de la nariz y mirando al público con sus ojos claros. La palabra se deslizó igual que las gafas. Luego, las colocó de nuevo en su sitio y miró al chico desde detrás de los cristales oscuros—. Marc Lorens... ¿no te sientes un poquito culpable de todo esto?

—Un poco sí, lo reconozco —sonrió el muchacho—. Al menos, a medias con Douglas, que fue el que me pidió que fuese creativo.

—Aunque todo el mundo ya sabe más o menos como comenzó todo, es la primera vez que *comparecen* ante las cámaras los responsables, los que decidieron pasar de la idea inicial a la realidad. Chicos, es vuestro momento... ¡queremos saberlo todo! —soltó el presentador poniéndose en pie y señalando al público, que lo premió con una gran ovación. Los invitados esperaron a que acabase el ruido, y Douglas hizo un gesto a Marc para que fuese él el primero en hablar.

—Bueno, la verdad es que cuando Douglas se puso en contacto conmigo, tenía las ideas muy claras en lo referente a que tenía un producto rompedor, que iba a ser un superventas, pero quería llevarlo más allá del campo estrictamente profesional. Sabía que el *Izolim* se iba a vender por sí mismo, sin esfuerzo

alguno, a los profesionales del sector de la construcción, pero él quería llegar al público de a pie, quería crear la *necesidad* de adquirir *Izolim* a la persona que está harta de que los vecinos le roben la wifi, a los obsesionados por la cantidad de ondas invisibles que nos golpean día y noche en nuestra vida diaria, a los puristas de la vida sana, en general.

—Claro, porque debemos recordar una vez más que *Izolim* es capaz de aislar por completo una estancia con una simple capa de pintura, de cualquier tipo de onda, ya sea wifi, radio, televisión —intervino el presentador.

—Así es —asintió Douglas—. Como dice Marc, tenía clarísimo que si hacíamos una inversión fuerte en publicidad orientando al producto al usuario no profesional. podríamos arrasarnos en el mercado... ¡pero creo que ninguno esperábamos esto! Al final no sólo nos superó, sino que además se abrieron oportunidades de negocio inesperadas que están aportando tantos beneficios, o quizá más, que el propio *Izolim*.

Marc esperó a que Douglas acabase, y tomó la palabra sin esperar a que el presentador le diese paso.

—Como os decía, Douglas buscaba una campaña de publicidad rompedora. Mi compañía era la elección más acertada, porque tenemos un amplio historial de campañas que se vuelven virales. Él lo sabía, pero no quería el típico comercial con grandes efectos especiales, ni la musiquilla o el slogan pegadizo que no consigues quitarte de la cabeza durante unas semanas... quería algo más, algo que hiciera historia en el mundo de la publicidad, algo de lo que hablase todo el mundo durante años. ¡Era todo un desafío que nos atrapó desde el minuto uno!

—Yo creo que lo que a todos nos encantaría saber es... ¿cómo demonios se pasa desde cero a una idea tan brillante? —intervino el presentador.

—Al principio nos pasamos días dándole vueltas, pero todo lo que se nos ocurría, en mayor o menor medida ya se había hecho antes. Y entonces, en un *brainstorming* con los compañeros de la empresa surgió la idea, más como una broma que otra cosa y... ¡nos encantó! Tenía un millón de flecos, cientos de aristas que pulir, y sobre todo un gran trabajo de localización, de realización... un buen número de complicaciones que casi dieron al traste con todo.

—Cuando me lo contaron, fue como una *epifanía*... lo ví, eso era *justamente* lo que estaba buscando—dijo Douglas—. Una idea absurda, loca, que implicaba una cantidad ingente de trabajo, de logística... ¡Pero fuimos a por

ella con todo!

—Bueno, en realidad teníamos todos los ingredientes delante nuestra — de nuevo fue Marc el que tomó las riendas de la conversación—. Investigamos el mercado, y sólo tuvimos que sumar. Los *realities* son los programas más vistos por el segmento de la población que nos interesaba, y por otra parte, hoy en día se producen más películas de terror que de ningún otro tipo. La idea tomó cuerpo por sí sola: qué pasaría si montásemos una especie de *Gran Hermano* sin que los concursantes supieran que lo eran? Un edificio en el que todos sus inquilinos despertasen de repente en una pesadilla, aislados del resto del mundo (gracias al *Izolim*, por supuesto). Sin televisión, sin radio, sin Internet, y rodeados por una sustancia desconocida que parece transformar a todo el que la toca...y así nació “*Aislados*”.

—El resultado no ha podido ser más espectacular —cortó el presentador—. Desde el minuto uno de la emisión, el programa se hizo viral en YouTube. Vamos a dar datos oficiales... En menos de una semana, el primer programa había quintuplicado el número de visualizaciones del vídeo más visto en la plataforma. El canal que emite 24 horas sin interrupciones tiene un flujo más o menos estable de cientos de millones de usuarios en cualquier momento del día, con picos que llegan a superar los mil millones. Dicho de otro modo, casi una de cada tres personas que tienen acceso a Internet en el mundo, acaban conectándose para ver el programa en algún momento del día. Se calcula que en poco menos de un mes, que es el tiempo que lleva emitiéndose *Aislados* en YouTube, ha tenido cientos de miles de millones de visualizaciones. Brutal, ¿no?

—Así es —dijo Douglas—. Queríamos algo viral, pero esto ha superado todas las expectativas. No hay un hueco en el planeta, por muy recóndito que sea, que no conozca ya el *Izolim*. Tenemos pedidos de todo el mundo, y cuando digo todo, es literal. En menos de un mes hemos multiplicado nuestra plantilla por cien, y seguimos contratando personal.

—Y luego está la industria paralela, que ha reportado a los creadores del *Izolim* casi tantos beneficios como la propia sustancia —dijo el presentador—, pero de todo eso hablaremos un poco más adelante. Si *Aislados* surgió como un proyecto controvertido, más aún los son las posibles implicaciones, llamémoslas con vuestro permiso “delictivas” —entrecomilló la palabra con los dedos— que pudo tener el proyecto, porque no todos los que se conectan al canal son fans absolutos; el programa también generó toda una *jauría* de fieros detractores. Se os ha acusado de secuestradores, de haber pisoteado el derecho a la privacidad

de las personas a las que se ha grabado en sus propios domicilios sin su consentimiento, de maltratadores tanto de personas como de animales, se han cuestionado sus métodos desde el momento uno, y de hecho hay bastantes temas *oscuros* en el *making of* del programa, como por ejemplo la preparación de las cámaras ocultas y los mecanismos para la apertura y el cierre de puertas, o los monitores especiales que sustituyeron alguno de los espejos. El sistema de sonido envolvente para el monstruo de detrás de la puerta, el del primer piso para imitar el aleteo del loro cuando se hizo invisible, los sistemas de ventilación para generar las corrientes de aire...para todo ello se tuvo que acceder al domicilio de los propietarios sin su permiso, y además no es algo que se haga en un rato, por lo que incluso se ha llegado a insinuar el uso de algún tipo de gas narcótico que les diera a los técnicos el tiempo necesario para montar todo el *atrezzo*. ¿Y la trampilla para acceder desde fuera a la *habitación del monstruo*? Todo eso hace *muuuucho* ruido, amigos...

—Eso no es cierto en absoluto —se defendió Douglas—, y no tenemos por qué desvelar los métodos que hemos utilizado para la preparación del programa. Hasta el momento, y sólo quedan dos personas en el interior del edificio, ninguno de los que han salido ha presentado denuncias contra el equipo, lo que deja muy claro lo que los propietarios piensan de nosotros o de nuestra forma de actuar.

—Y teniendo en cuenta que todos ellos se han convertido en millonarios de la noche a la mañana, dudo mucho que lo hagan... —soltó el presentador con una buena dosis de sarcasmo—. Se habló incluso de la posibilidad de que se actuase de oficio —insistió— y se detuviese la emisión del programa aún sin mediar denuncia, pero al final no ocurrió nada... unos dicen que por la lentitud de la justicia, otros que porque alguien con mucho poder en la esfera judicial o política del país es un gran fan de *Aislados*...

—Bueno, no me consta ese dato, pero sería todo un honor, desde luego —respondió Douglas con una sonrisa de oreja a oreja.

—De cualquier manera —ahora fue el turno de Marc— lo que sí es cierto es que el trabajo más importante fue la creación de la parte final del programa, el tubo y la zona en la que se encuentran ahora los finalistas, y todo eso al ser en la parte exterior del edificio se pudo hacer sin problema alguno.

—Ya, pero ustedes siguen sin desvelar cómo hicieron lo del interior de las viviendas, y eso permite a los *haters* tener todos los motivos del mundo para insistir en que se hizo uso irresponsable e indiscriminado de gas narcótico. En

cualquier caso, vamos a seguir dando paso a invitados, y que nos lo vayan contando ellos desde su propia experiencia. Señoras y señores..., ¡con todos ustedes, Rocío, Ramón, Andrés y Nuria, los propietarios del primero A!

El plató estalló en aplausos, con el público puesto en pie mientras los recién nombrados entraban saludando a diestro y siniestro. Cuando llegaron a su lugar en el sillón, tuvieron que esperar un buen rato a que parasen los vítores.

—Cuánto bueno por aquí, encantado de teneros en plató —dijo el presentador, saludando a los cuatro miembros de la familia—. A Ramón apenas tuvimos la oportunidad de verlo en *Aislados*, tan sólo cuando volvió desde la sustancia a llevarse a sus hijos, pero Rocío ha sido uno de los *pesos pesados* del *reality*, sin duda. ¿Qué tal ha sido vuestro paso por el programa?

—¡Ha sido una pasada! —gritó Andrés.

—¡Y tanto! —añadió Nuria—. Menos mal que estuvimos poco tiempo, porque vaya miedo, ¡pero hemos seguido a mamá desde fuera y nos ha encantado!

Más risas en el plató.

—Bueno, la verdad es que ahora, visto desde fuera, es una aventura irrepetible —habló por fin Rocío—. Aunque no quiero recordar la sensación de haberlos perdido a los tres... —tuvo que hacer una pausa para contener las lágrimas, que se ganó una gran ovación por parte del público y un cariñoso abrazo por parte de su marido, y respiró profundamente para poder seguir—. Cuando se cerró la puerta de aquella habitación en la que estaba con Eugenia y Rogelia, y todos aquellos animales, fue surrealista... Empezaron a salir personas de la masa, por la ventana, y nos llevaron afuera. No podíamos parar de gritar... bueno, no podía, mejor dicho, porque Rogelia no paraba de sonreír y Eugenia insultaba a todo el que se acercaba mientras iba arreándoles patadas —avalancha de carcajadas entre el público—; cuando me encontré a mi marido y a mis hijos allá fuera fue... bueno, no se puede expresar con palabras...

Nueva lluvia de aplausos en el plató.

—Y en cuanto a Ramón... seguro que todo el mundo se pregunta por qué razón no estuviste en la casa desde un primer momento... ¿verdad?

El público asintió a gritos, y por un momento el plató se asemejó a un circo romano, hasta que el regidor les ordenó con gestos que parasen.

—Bueno, esto merece una explicación detallada —intervino Douglas—. En un principio, con el proyecto aún sobre papel, sin nada en firme, una de nuestras piedras angulares fue el convencimiento absoluto de que era imprescindible contar con un *colaborador* en cada domicilio, alguien que quedase fuera del programa y que desde el exterior fuese nuestro asesor por si surgía algún problema, o por si necesitábamos consultarle cualquier duda que pudiera aparecer acerca de alguno de los miembros de su familia. Pero claro, cuando el equipo encargado de las localizaciones nos dio la lista de edificios que podían servir a nuestros propósitos, y visitamos uno por uno, decidimos sin duda alguna que éste era NUESTRO edificio...

—Podemos dar fé de que acertásteis de pleno con la elección, desde luego —apuntilló el presentador en un segundo que Douglas se detuvo a coger aire.

—Bueno, el resultado nos ha dado la razón, desde luego —continuó—. Pero claro, no existe la perfección absoluta: el edificio que iba al programa como anillo al dedo tenía varios pisos en los que era imposible conseguir la ecuación. ¿Qué hubiera sido por ejemplo de Maruja sin el señor Mora, o viceversa? ¿Y de Marta sin Lorena, o de Lorena sin Marta?

—Imposible de imaginar, desde luego. O al menos, aburrido —insistió el presentador.

—Por eso, tras varias semanas observando el edificio, el ir y venir de sus habitantes, decidimos que Ramón podría ser la persona perfecta con la que establecer contacto en primer lugar, que fuese la que nos sirviese como informador de todo lo que necesitáramos saber de la comunidad, así que contactamos con él y le contamos lo que queríamos hacer. Al principio, se mostró reacio como es lógico, pero cuando comprobó que su familia no iba a correr ningún peligro y pensó fríamente las posibilidades, se *unió a nuestra causa*. Con lo que Ramón nos contó decidimos que sería buena idea unir a Julia a nuestro equipo, porque estábamos convencidos de que iba a dar mucho juego ver a Raúl y Albert solos, y sacamos a Ignacia por *prescripción médica*, nos dijeron que estaba recibiendo tratamiento por algo del corazón y, evidentemente, no quisimos correr riesgos. Además, nos sirvió para asegurarnos de que no habría problemas con sus hermanas, nos pasó toda la información necesaria acerca de su salud, manías, etc...

—Bueno, imagino que la *compensación económica* también tuvo algo que ver en que nuestros tres vecinos desaparecidos antes de la llegada de la

sustancia se prestasen con tanto convencimiento a ofrecer ayuda, ¿verdad? — soltó el presentador con toda la intención del mundo.

—Eso es algo que, por contrato, no podemos desvelar —intervino ahora Ramón—. Pero podríamos decir que nos ha tocado una primitiva, y de las gordas. Tal como está la vida, como comprenderás no podía decir que no...

—Como pueden comprobar ustedes —dijo el presentador dirigiéndose al público—, los sueldos de los concursantes siguen siendo el secreto mejor guardado de *Aislados*. A pesar de ello, han habido algunas filtraciones que apuntan a cantidades astronómicas que llegan incluso a las ocho cifras, más incluso para los finalistas.

—Nuestros labios están sellados —dijo Rocío con una sonrisa—. Pero es cierto que, si Dios quiere, no tendremos que volvernos a preocupar más por llegar a fin de mes.

—Vale, pues como parece que por este camino no vamos a llegar a ningún lado, sigamos centrándonos en el concurso en sí... ¿qué es lo que más te impresionó de toda esta aventura, Rocío?

—La verdad es que, dejando de lado el trauma de creer que había perdido a mi familia, no puedo quitarme de la cabeza la sensación de cuando abrí la puerta de mi piso para buscar a mis hijos y me lo encontré todo cubierto de esa sustancia *rara* que colgaba de todas partes... hicisteis un trabajo de *atrezzo* espectacular... cuando estás ahí dentro creyendo a pies juntillas que todo lo que te está pasando es real... *buff*...

—Pues esos mismos sentimientos, esas mismas sensaciones que tenías mientras estábais atrapados en el edificio eran las que se filtraban por nuestras pantallas y nos llegaban a todos, de ahí el éxito arrollador del programa. Y hablando de arrollar, quiero dar paso a una de las personalidades más *arrolladoras* de *Aislados*... ¡Señoras y señores, con todos ustedes, el trío que deja a la altura del betún a *Las chicas de oro*... las inigualables *Viejas del Arca de Noé*!

El plató se vino abajo con la entrada de las tres ancianas, acompañadas por las secretarias del programa mientras Rogelia e Ignacia saludaban al público. Eugenia, por no perder la costumbre, tenía cara de haber preferido estar en cualquier otra parte, y caminaba con paso firme sin dejar de mirar al frente. El aspecto de las hermanas no tenía nada que ver en absoluto con la imagen descuidada que habían ofrecido durante todo el concurso, y llamaba en especial

la atención Eugenia por dos motivos: el primero, que llevaba al loro Pirata sobre su hombro; el segundo, la camiseta negra que mostraba una imagen cuya caricaturizada bajo la que se podía leer *Joputa*, uno de sus insultos favoritos.

—¡Encantadísimo de tenerlas por aquí! —dijo el presentador levantándose y saludando efusivamente a las ancianas. Pirata aleteó al notar que se acercaba a Eugenia y le dedicó un sonoro «*Joputa*» que provocó una avalancha de risas en el público.

Una vez las ancianas hubieron acabado la ronda de besos y saludos, el presentador comenzó la entrevista.

—¿Qué tal, cómo se encuentran mis jóvenes?

—¡Jóvenes dice! ¡Como no hace tiempo de eso ni nada...! —contestó Ignacia con un gesto que pretendió ser coqueto.

—Ya está *la* Ignacia con las *pamplina... pa qué* le haces caso, ¿no ves que está *chalo perdido*?

Las gradas estallaron en aplausos al ver en directo una demostración del inconfundible estilo de Eugenia. «¡*Chalo perdido!*» repitió el loro, provocando el *delirio* entre el público.

—Bueno, bueno, bueno... ¡menuda entrevista me espera! —bromeó el presentador—. Ignacia, a usted sólo la vimos en el espejo... ¿qué nos puede decir acerca de eso? ¿Cómo la metieron en todo este lío?

—Pues todo esto pasó... a ver, déjame que recuerdeee... sí, tuvo que ser el miércoles, porque primero de mes caía en miércoles. Salí, como todos los primeros de mes a cobrar, con la *cartilla* del banco y los papeles de mis hermanas para poder cobrar por ellas. El hombre del taxi viene todos los meses a recogerme, porque sabe que le dejo una buena propina, y me espera en la puerta del banco para traerme luego, pero ese día no estaba solo, me esperaban dentro del taxi este señor tan amable —señaló a Douglas—, y mi vecino de enfrente, ese, ese de ahí —señaló ahora a Ramón con una sonrisa—, que es también muy *buena gente*, que cuando tengo que ir al médico me pide la cita por la Internet esa...

—¡*Ojú* con la Ignacia, no le gusta hablar *ni ná!* ¿Te crees que la gente no tiene otra cosa que hacer que escuchar tus *gilipollería*?

Ignacia, acostumbrada a ignorar los arranques de su hermana, continuó

como si no la hubiera oído. En el público se oyeron de nuevo las carcajadas.

—Me dijeron que si quería gastarles una broma a mis hermanas a la vez que ganaba un buen fajo de billetes... ¡y las dos opciones me gustaron!

—¡Menuda broma la del espejo! —intervino Rogelia, dejando claro que, a pesar de dar la impresión de estar tres o cuatro mundos más allá, en realidad estaba aquí, y además siguiendo la conversación—. ¡Cómo corrías! ¿Por qué corrías así, si era una broma?

Se quedó mirando a su hermana, con su eterna sonrisa, en espera de una respuesta que no llegó. Eugenia la miró con su ojo a media asta, y le dijo muy seria:

—Estás *apollardá perdía*.

El loro reaccionó a la voz de su dueña al instante.

—*Apollarrrdá... Apollarrrrrdá* —dijo, apoyándose sobre una pata y rascándose compulsivamente el cogote con la otra.

—Me ha dicho un pajarito que vuestra vida ha cambiado por completo en el tiempo que lleváis fuera, ¿verdad? —dijo el presentador tratando de apagar el fuego antes de que la situación se le fuera de las manos—. ¿Qué tal os va ahora?

—Mientras ellas estaban en el programa, el señor Douglas me hizo un regalo increíble. ¡Si me llego a imaginar a cuánto se refería con un buen fajo de billetes! —respondió Ignacia con una sonrisa, rebuscando en su bolsillo. Después de un rato de esfuerzo, sacó una fotografía que le pasó al presentador.

—¡Vaya *regalazo*! —le respondió éste, mostrando la foto a cámara. La imagen mostraba una casa de campo con una buena extensión de terreno vallado alrededor, y una gigantesca jaula hecha a medida con listones de madera y tela metálica.

—Ya no vamos a volver al edificio —aclaró Ignacia—. Aquí estaremos mucho mejor, tanto nosotras como los animales. Además el señor Douglas ha contratado a unas personas que van a encargarse de la limpieza, de hacernos la comida, de limpiar a los animales... ¡vamos a vivir como marquesas!

—Me alegro muchísimo de que todo haya salido bien, os lo merecéis —dijo el presentador sonriendo—. Y una última cosa que no puedo dejar pasar antes de seguir con el resto de invitados... ¡Eugenia, qué pedazo de camiseta trae

usted! —gritó.

—¡*M'asustao, jodío!* —gritó la anciana sobresaltada—. ¡Mal rayo te parta!

El público acompañó una vez más con sus risas la verborrea de la anciana.

—Mil disculpas, señora, no era mi intención —se excusó el presentador con una sonrisa de oreja a oreja, tras lo cual se giró y habló a cámara en un riguroso primer plano—. No puedo dejar pasar la oportunidad de comentaros... de aconsejaros... de *exigiros* que compréis una de las impresionantes camisetas con las frases de la inigualable Eugenia. Como podéis ver son una verdadera pasada, y están arrasando en la tienda online de la web del programa. Las tenéis tanto para chico como para chica, en todos los colores del arcoíris y muchos más, y con *tooodo* el repertorio lingüístico al que nos tiene acostumbrados nuestra buena señora. Ya sabéis, no perdáis la oportunidad de adquirir vuestro *merchandising* preferido de *Aislados* desde nuestra tienda *online*.

—¿Qué *cohone* está diciendo el *tiparraco* éste que no se *l'antendió* una mierda? Y encima *ma dao* un susto que *m'a fartao ná pa* cagarme encima.

—Hija, que basta eres... ¿No puedes hablar con un poquito más de tino? —le recriminó Ignacia entre los gritos de ánimo y la algarabía del público—. Mentira parece que seamos hermanas.

—¡Señoras, que haya paz ante todo! —cortó el presentador—. Y mientras se van enfriando los ánimos, vamos a seguir con nuestros protagonistas... Con todos ustedes, y por fin reunidos... ¡Albert, Raúl y Julia! ¡Bienvenidos al plató de *Aislados*!

El recibimiento a los tres nuevos invitados fue tan entusiasta como los anteriores. Raúl se sentó junto Ignacia, y luego, por este orden, Julia y Albert.

—Albert, te aseguro que hoy me linchan si no te pregunto antes que nada por la salud de tus cuentas en las redes sociales... —dijo el presentador, dibujando los puntos suspensivos con el tono final de la frase, que claramente quedaba a la espera de una respuesta.

—No te puedes hacer una idea... lo primero que he hecho tras salir y descubrir que mi madre estaba bien —hizo una pausa y le plantó un sonoro beso en la mejilla—, ha sido entrar en mi cuenta de facebook, en la de twitter, en mi

instagram, en mi canal de YouTube... bueno, en *todo*... ¡Todavía estoy flipando! ¡Los seguidores, los *likes*, los retuits, las visualizaciones... todo lo que antes me costaba un mundo conseguir ha llegado de golpe y en avalancha... ¡Uno de mis vídeos tiene más *likes* que habitantes hay en España! ¡No me lo puedo creer!

—Vaya, me alegro de empezar la entrevista con buen pie... Y en cuanto a vosotros, parejita... ¿cómo lo lleváis?

—Yo estoy encantada —respondió Julia—. A pesar de no haber participado, de haberlo vivido desde fuera, no puedo estar más contenta. Antes de *Aislados* mi casa era una guerra continua entre mi pareja y mi hijo. Ahora son casi como uña y carne... ni en mis mejores sueños me lo hubiera podido imaginar... no puedo expresar con palabras cuánto le debo al programa...

—Así es —intervino ahora Raúl—. Siempre había intentado con todas mis fuerzas llevarme bien con Albert, por el bien de Julia, pero era imposible. ¡Imagino que él también lo intentó conmigo, pero éramos irreconciliables!

—Si nosotros lo hemos conseguido, todavía existen esperanzas para la paz en el mundo —bromeó Albert—. Sí que es verdad que *Aislados* ha sacado lo mejor de cada uno, nos ha hecho darnos cuenta de que, en realidad, lo importante aquí es mi madre y lo que siente por nosotros, no lo que sentimos uno respecto al otro...

—...sentimiento que ha mejorado mucho respecto a como era hace tan sólo un mes —aclaró Raúl.

—Totalmente cierto —asintió Albert con una sonrisa.

—Eso va para los detractores del programa, esos *haters* que nos machacan a diario en redes sociales... no todo lo que hemos hecho ha sido malo, ¿no? —sentenció el presentador—. Y en cuanto a tu inesperada y no premeditada *salida del armario* en directo, que ha sido uno de los temas estrella con los que nos han crucificado en twitter... ¿tienes algo que contarnos? ¿Qué tal ha sentado en tu entorno?

—Mi entorno sigue sobreviviendo después de enterarse de mis inclinaciones sexuales, gracias —respondió con una buena dosis de sarcasmo.

—Eh, vengo en son de paz —se defendió el presentador levantando las manos—. Era simple interés periodístico. Se nos ha machacado muchísimo con este tema y queríamos dejar claro en directo si te ha supuesto algún trauma el

hacerlo público de manera no intencionada, ante los ojos de medio mundo...

—Tanto como si hubiese desvelado que era heterosexual, supongo —respondió Albert comenzando a sentirse molesto por la insistencia del presentador—. ¿Sabes que estamos en el siglo XXI, verdad?... De todos modos, si así te sientes más cómodo, estaremos en paz si nos cuentas a todos en directo si eres *hetero* o *gay*...

El presentador reaccionó en una décima de segundo, esquivando la pregunta a la vez que conducía el programa a la presentación de un nuevo grupo de invitados:

—Ése es el Albert que ha llegado tan lejos en el concurso... de mente ágil, mordaz.. pero no hay tiempo para detenernos, el programa continúa, y el final de *Aislados* se acerca... No podemos dejar pasar la oportunidad de preguntarle al chico más *informático* de la edición su opinión sobre el Izolim... ¿cómo viviste tu etapa de aislamiento de las redes sociales y de las comunicaciones en general?

—En realidad, la preocupación por mi madre eclipsó cualquier otro tema, aunque es cierto que el no poder pedir ayuda en las redes, no poder informarte acerca de lo que estaba pasando en el exterior, ni siquiera si seguía habiendo algo más allá de las paredes del edificio —que llegamos a pensarlo, te lo aseguro —, era asfixiante. ¡Ni una barra de cobertura en los móviles, ni una imagen mal sintonizada en la tele... nada en absoluto! Ese producto es *la leche en bote*, te lo aseguro. Ya sea porque quieras resguardarte de las ondas de radio, de la wifi, de lo que sea... o porque quieras evitar que la señal que entra en tu casa te la puedan robar desde el exterior...lo necesitas, aunque no lo sepas.

—Si yo fuera uno de los altos cargos, te contrataba pero ya para la promoción del Izolim más allá del final de *Aislados*, desde luego —asintió el presentador.

—Tomen nota —sonrió Albert a cámara mientras hacía el gesto de escribir en un papel imaginario—. Quisiera decir una última cosa, con tu permiso.

—Adelante...

—Quería felicitar al equipo que me montó la escenita de la impresora y las pantallas... la imaginación al poder, no había mejor manera de pillarme.

—¡Equipo, podéis daros por felicitados! —gritó el presentador a la cámara—. Y ya dejamos a Albert y a la parejita para pasar a nuestros siguientes invitados... ¡os pido que recibáis como se merecen a los *aislados* que más cariño han recibido por parte del público desde el minuto uno! ¡El señor Mora y sus grandes amigos, Moussa, Abdou y Modou!

El plató se vino abajo al oír los nombres. El público se puso en pie y los recibió entre gritos de apoyo y aplausos.

El señor Mora entró junto a su ya inseparable amigo Moussa, el grandullón. Abdou y Modou caminaban juntos y, como era evidente por ser el único que hablaba español, fue el primero de ellos el que saludó tanto al presentador como al resto de invitados.

—Hola señores. Es un placer estar aquí y verlos bien a todos —dijo.

—El placer es nuestro —respondió el presentador, indicándoles que tomaran asiento—. ¡Señor Mora, no se imagina las ganas que tenía de conocerlo en persona!

—G... gracias —respondió el hombre, que no estaba acostumbrado a muestras de cariño como la que acababa de recibir del público. Se tocó el parche del ojo en un gesto inconsciente, como si eso lo liberase del nerviosismo.

—¡Bueno, no sé por dónde empezar! ¿Saben ustedes que son, de lejos, los concursantes más queridos por el público? Quién sabe si alguno de ustedes hubiese estado en la final, de no haber ocurrido los acontecimientos como lo hicieron. Según las reglas del programa, que evidentemente ustedes desconocían, el público votaba a su concursante preferido y, los que menos votos recibían, eran expulsados al exterior. Sin embargo, si los sucesos que iban aconteciendo en el interior del edificio hacían que alguno saliese, bien por voluntad propia u obligado por las circunstancias, era eliminado de forma automática. Y ahí fue donde la innumerable Maruja hizo la escabechina... pero ya hablaremos de ella más adelante, ahora quiero centrarme en mis concursantes favoritos, con permiso de los demás... Abdou, Moussa... ¿qué os ha contado Modou de lo que ha estado pasando fuera mientras estábais aislados en el edificio? ¿Sois conscientes de cómo han cambiado vuestras vidas? Él fue el primer eliminado del concurso, al arrojar al exterior de manera voluntaria, y ha tenido tiempo suficiente para adaptarse, cosa que no ha sucedido con vosotros...

Modou soltó una interminable retahíla a la que sus compañeros respondían de vez en cuando asintiendo, con algún sonido de aprobación, o con

una gran carcajada. Después de un buen rato, Abdou pasó a traducir lo que había dicho.

—Él al principio estaba muy asustado. Tenía miedo de estar atrapado en el edificio, de no poder ganar dinero para alimentar a sus hijas. También tenía miedo de la señora grande. Cuando tiraron de su brazo desde fuera, él creyó que los demonios se lo llevaban al infierno. Fuera lo esperaban las personas del concurso con un traductor, que le contó todo lo que estaba pasando, y le dijo que nosotros éramos unos héroes en nuestro país, que todo el mundo nos seguía, y votaba para que nos quedásemos. Le dijo cuánto había ganado por estar en el edificio, cuánto iba a ganar a partir de ahora, y desde entonces Modou no pudo parar de llorar. Estuvo llorando días enteros. Igual que nosotros cuando nos enteramos. Gracias a Dios, nuestras familias ya no pasarán más necesidades. Gracias a ustedes, a su bendito programa.

El público estalló en aplausos, con más fuerza que nunca.

—Una nueva demostración de cariño —dijo el presentador—. Pero por si no os pareciera suficiente, fijaos en esto... —dejó la frase en suspenso, mientras trasteaba detrás de su asiento en busca de algo, hasta que dio con lo que estaba buscando—. Este pack en particular ha sido vendido esta misma mañana en ebay por cerca de cinco mil euros —enseñó a cámara el pack de figuras de acción de lujo que contenía las figuras de Abdou, Moussa y Modou, y siguió hablando— ...y no es de los más difíciles. El pack de dos figuras, edición especial de coleccionista, que salió al mercado con motivo de la bonita historia de amistad entre el señor Mora y Moussa, que contiene sus dos figuras y un fotograma numerado de 1 a 300, puede llegar a alcanzar los sesenta mil euros, más aún si el número del fotograma es bajo. Y ya podemos hablar de precios absolutamente prohibitivos si nos referimos al pack que contiene a Maruja y al señor Mora... como ustedes ya saben, todo el merchandising de Maruja fue retirado debido a su vergonzoso comportamiento, así que si son los afortunados propietarios de uno de los pocos que llegaron a venderse... ¡enhorabuena, les ha tocado la lotería! Como ya saben, el programa se desligó por completo de cualquier cosa que tenga que ver con esa mujer... hay una *leyenda urbana* dando vueltas en internet que dice que la señora no ha denunciado al programa porque tenemos imágenes grabadas que demuestran que el señor Mora sufrió maltrato... no vamos a malgastar ni un segundo más hablando de ella, sólo decir que el programa le ha comprado los tres pisos que poseía en el edificio, y que ahora se encuentra en paradero desconocido... y allí se puede quedar. ¡Bueno chicos!... ¿qué va a ser de vuestra vida a partir de hoy?

—El señor Mora viene con nosotros a nuestro país —explicó Abdou—. Allí lo esperan nuestros familiares. Nuestras hijas ya le llaman abuelo Mora, nos ha contado Modou. Allí tendrá el cariño y la admiración que merece.

—S... sé que vuestro programa ha recibido muchas críticas —se atrevió a intervenir por fin el señor Mora—. No creo que pueda aprobar ninguno de vuestros métodos, pero me habéis salvado la vida. Allí atrapado, por primera vez en muchos años, he sido feliz. Cuando creí que mis amigos habían muerto, encontré las fuerzas para enfrentarme por fin a Maruja... descubrí que podía... que *debía* defenderme. Por fin escapé de sus garras, para siempre. Y ahora podré comenzar una nueva vida, rodeado de buenas personas.

El plató, una vez más, estalló en aplausos, con el público puesto en pie. La ovación duró varios minutos. El *hashtag* #libertadSeñorMora se convirtió en *trending topic* a nivel mundial en tan sólo cinco minutos. Abdou tradujo todo lo que el hombre había dicho a sus compatriotas, y los cuatro se fundieron en un abrazo ante el delirio de los espectadores.

—Bueno, ya se va acercando el momento de decidir quién es el ganador de *Aislados*. Os recuerdo que podéis votar en nuestra web www.Izolim.com diciéndonos si preferís que gane Marta o Jaime. Me dicen que ya hemos recibido... ¡más de sesenta millones de votos! Pero todo esto no hubiera sido posible, no habríamos podido llegar hasta aquí, sin nuestros siguientes invitados, nuestros *topos* dentro del programa... ¡Michael, Anna y Lucio! ¡Un fuerte aplauso para ellos!

Los dos hombres y la chica entraron saludando, con los brazos en alto y una gran sonrisa, y ocuparon su sitio en el sillón, que ya mostraba poco espacio libre. El presentador fue estrechándoles la mano entre las suyas conforme llegaban, y sin dejarlos saludar siquiera, lanzó su pregunta.

—¿Qué ha significado *Aislados* para vosotros? Os lo pregunto en general, responded en el orden que os parezca mejor.

—Un reto importantísimo —respondió Michael.

—Y una gran oportunidad, por supuesto —recalcó Anna.

—¿Te das cuenta? —intervino Lucio—. Así estaban en la casa todo el día. No me dejaban meter baza, yo siempre el último.

El público estalló en risas, y el presentador no pudo evitar dibujar una

amplia sonrisa.

—Sé que érais conscientes de ello, pero debo recordar que la responsabilidad del programa pesaba sobre vosotros. Un mínimo error, una palabra o un gesto fuera de lugar podía haber dado al traste con un proyecto en el que se habían invertido, literalmente, millones. De hecho, usásteis vuestros nombres verdaderos porque queríamos evitar la posibilidad de cualquier desliz inintencionado. Al fin y al cabo, actuar veinticuatro horas al día es una tarea de titanes. Y por si eso fuera poco, érais nuestros pies y nuestras manos allí dentro, no sólo para trabajar cara a vuestros *convecinos*, también habéis solucionado algún que otro problema técnico que de otro modo hubiera sido imposible.

—Si lo llego a saber hubiese pedido un aumento —soltó Lucio provocando de nuevo las carcajadas de los asistentes.

—Además, nos habéis regalado unas actuaciones de altísimo nivel... desde el primer momento, en el que Lucio metió la mano en el *Izolim* y la sacó llena de ampollas...

—Ampollas que ya estaban allí antes, evidentemente, y que el equipo de maquillaje se había pasado un par de horas pegándome —intervino Lucio—. Estaba previsto que yo tocara la sustancia después de tener una fuerte discusión con Michael, por pura *chulería*, pero tuvimos que improvisar sobre la marcha cuando Modou se lanzó a trastear el *Izolim*. Al final quedó bien, ¿a que sí?

—De escándalo... hasta me asusté —sonrió Anna.

—Esa fue la primera ocasión en la que oímos la famosa frase “*Ellos nos quieren a todos*”, cosecha propia de Lucio... y que además le sirvió para llevarse una buena reprimenda desde dirección... Cuéntanos cómo se te ocurrió, porque ha llegado a convertirse en el lema del programa....

—Sí, ahí me lancé a improvisar y casi la lío... Me chivaron desde el equipo que estábamos arrasando en twitter, que nuestros nombres eran *trending topic* un día tras otro a nivel mundial... Estábamos a punto de ser el término más mencionado en twitter, de ahí lo de “pronto seremos uno”... ¡Pronto seremos el número uno, el término más mencionado en el mundo entero, como así acabó ocurriendo! Entonces, por curiosidad, le pregunté si había alguno de los vecinos que sobresaliera por encima de los demás, o si alguno se quedaba fuera, y me soltó: «*Que va, tío, ellos os quieren a todos*». ¡Me pareció tan potente que no pude evitar usarlo en cuanto tuve ocasión! Lo *sientooo* —canturreó, poniendo carita de niño bueno—, pero no salió nada mal, después de todo...

—Y tanto —intervino Michael, que en la vida real no tenía un ego tan inmenso como su personaje en el *show*, y de hecho se mostraba bastante tímido—. ¡Estaban muertos de miedo, y no era para menos!... Es que la frasecita se las trae, empezaron a *comerse el coco* acerca de *quiénes* eran ellos, y a qué se referían con eso de “*querer*”...

—Pues si tenían algún tipo de duda —intervino el presentador—, se les quitó de repente cuando a Lucio lo atrapó el monstruo de detrás de la puerta, uno de los momentos estelares del programa...

—Cierto —respondió el aludido—. Aunque la verdad es que eran un público muy agradecido, estaban tan sugestionados que yo creo que se hubieran tragado cualquier cosa que hubiésemos hecho, aunque hubiésemos cometido algún error garrafal...

—De todos modos, creo que hablo por todos cuando digo que la escena del monstruo fue una pasada, tanto a nivel interpretativo como técnico... —intervino Anna—. Ahí pasamos nervios todos, porque mientras Lucio interpretaba su papel a la perfección, estaba sujeto por una serie de hilos finos atados a un arnés en su espalda, y varios miembros del equipo ocultos en la oscuridad de la sala tiraron de los hilos dando la impresión de que el monstruo lo arrastraba con violencia...

—Todavía me duele el culo al sentarme, a pesar de la colchoneta que colocaron, que mucho Izolim, mucho aislante, pero vaya si era fina —bromeó Lucio, provocando de nuevo las risas de los asistentes.

—Pues me viene muy bien lo que acabas de decir, porque me va a dar pie a presentar a nuestros últimos invitados de la noche antes de que conozcamos a al ganador o ganadora de *Aislados*... Señoras y señores, con todos ustedes... ¡Lorena y Alfonso!

La pareja entró acompañada por los aplausos del público, tal como había ocurrido con todos los demás invitados. Tras saludar al resto de vecinos y al presentador, ocuparon los dos únicos sitios que quedaban libres en el sillón.

—Como estábamos comentando, no se si lo habéis podido oír desde el *backstage*, el tuyo fue el único error de bulto que se cometió en todo el programa —dijo el presentador dirigiéndose a Alfonso—. Cuéntenos, qué ocurrió y cómo fue...

—Qué casualidad que me tuvo que pasar a mí... —respondió torciendo

el gesto—. Fue el día en que quise dejar a solas a mi hermano con su *cariñito*, a ver si se decidía a decirle algo... Por lo visto, una vez que cerramos la puerta y comenzamos a bajar las escaleras cargados de bolsas no esperábais que cambiase de idea y me dirigiese de nuevo a casa, así que os pillé *in fraganti*... Cuando abrí la puerta y vi un mogollón de gente trasteando en la casa... no sé si se asustaron más ellos o yo... menos mal que me contásteis en qué consistía todo, y se me ocurrió gastarle a mi hermano la broma *definitiva*...

—*Booo*... eso fue espectacular... lo de los perros... —casi balbuceó el presentador—. No te voy a preguntar cómo se te ocurrió, porque no sé si quiero oírlo, pero desde luego ha sido uno de los picos de mayor audiencia de todo el programa. ¡Obligaste a trabajar al equipo de efectos especiales a *contrarreloj*, y prepararon algo parecido a un perro destripado —gesto de asco— en cuestión de minutos...

—Algún día te contaré la competición que llevamos entre mi hermano y yo... hasta hace nada estábamos muy igualados, pero esto me pone a nivel *Dios*. Campeón absoluto...

El foco de atención del presentador cambió de repente, quizás guiado por las instrucciones que recibía a través del *pinganillo*.

—¿Y qué me dices de la chica del pelo más colorido de todo el reality? ¿Qué tal lo llevas?

Lorena sopló hacia arriba y se retiró un mechón naranja que le tapaba el ojo izquierdo.

—Bien. *Ahora* bien. Pero vaya si nos las habéis hecho pasar *putas*...

—Modere ese lenguaje, señorita, nos pueden estar viendo niños —bromeó el presentador.

—Lo siento. Pero lo digo desde lo más profundo de mi ser, hubo momentos en que creía que me *cagaba* encima...

—¿No me lo vas a poner fácil, verdad?

Lorena sonrió.

—Venga, dispara... ¿qué es lo que quieres saber?

—¿Cuál definirías como el momento en que peor lo pasaste del programa?

—Joder... hubieron muchísimos, pero sin ninguna duda, el de mi salida del edificio... cuando vi a Marta... que en realidad no era Marta, claro...

—Cierto... en aquel momento arreciaron las críticas contra el programa, nos crucificaron por permitir que tu amiga siguiera concursando, cuando parecía evidente que era nuestra cómplice y que estaba al tanto de todo... Nosotros, que como es lógico sabíamos que teníamos un as en la manga, les fuimos dando cuerda porque sabíamos que acabarían por ahorcarse ellos mismos.

—Una cuerda de nombre Jazmín —añadió Lorena.

—Efectivamente. Le enviamos un cariñoso saludo desde aquí, que sabemos que sigue el programa desde Londres. ¿Tú sabías que Marta tenía una hermana gemela?

—¡Claro! No nos conocíamos personalmente, como bien dices está trabajando en Londres y aunque habíamos cruzado algunas palabras por *Skype*, cuando estaba de conferencia con Marta... ¡Cómo me iba a imaginar que había venido desde Londres para hacerse pasar por su hermana!... Ten en cuenta que estábamos *convencidísimas* de que aquello era el fin del mundo... ¡Cómo demonios iba yo a imaginarme que aquella no era Marta, que era Jazmín! Le noté algo raro, por supuesto, pero en aquel ambiente de pesadilla... ¿qué no lo era?

—Cierto. *Terroríficamente* cierto —respondió el presentador—. Pero eso era lo que hacía, lo que *hace*, que *Aislados* sea un programa irrepetible. Sólo ha habido uno, no habrá segunda edición, ni habrá versión con personajes famosos... hemos hecho historia de la comunicación, señores y señoras. En los años venideros, se hablará de *Aislados* como un antes y un después en la forma de hacer *realities*. Quién sabe si esto dará pie a una nueva generación de concursos en la que los participantes no sepan que lo son, aunque se me antoja algo verdaderamente complicado —hizo una pausa, en la que, por su expresión, quedaba bastante claro que estaba oyendo algo por el *pinganillo*, tras lo cual siguió hablando—. Me dicen desde control que entramos en los últimos diez minutos de votaciones. ¡En tan sólo unos instantes comienza la fase final de *Aislados*! Nosotros nos ponemos en marcha para felicitar al ganador o ganadora en riguroso directo, en cuanto salgan del edificio, y mientras tanto quiero aprovechar la ocasión para recordaros que entre todos los que votéis a través del teléfono, se sorteará un lote completo de figuras de acción de *Aislados*. El número es...

LOS MEDIOS JUSTIFICAN EL FIN

(Dentro)

—N... no creo que esté preparada —balbuceó Marta. Le temblaban las manos de forma casi compulsiva, a pesar de que Jaime las sujetaba entre las suyas. Tenía una asfixiante sensación de impotencia, sentía que se acercaba lo inevitable, y que no había manera de escapar de ello. No había examen de recuperación en septiembre, no había otra oportunidad para sacarse el carné de conducir, no había otra convocatoria para aprobar las oposiciones. Por mucho que le pesara, por mucho que le costase aceptarlo, creía estar enfrentándose a las últimas horas, a los últimos minutos quizá, de su vida. Le jodía no haber tenido la oportunidad de escribir ese libro que iba a arrasarse en las listas. Le jodía no haber podido conocer más en profundidad a Jaime. Aún tenía por hacer tantas y tantas cosas...

(Fuera)

El presentador y los antiguos inquilinos llegaron desde el estudio en una flota de coches de lujo fletados por la compañía propietaria de la patente del *Izolim*. Las medidas de seguridad durante el transporte eran comparables a las que se aplicarían al presidente de cualquier potencia mundial, y a pesar de ello la comitiva tardó en llegar casi una hora más de lo previsto debido a los fans que se apelotonaban a ambos lados de la carretera durante todo el trayecto. En ese tiempo, el canal de *YouTube* estuvo emitiendo una selección de los mejores momentos del programa, con conexiones puntuales con el interior del edificio para ver qué estaban haciendo Jaime y Marta. Los alrededores del edificio estuvieron desde el principio del programa *casi fortificados*, para evitar que algún fan o algún detractor pudiera acceder a él o hacer algo que desmontase la *ilusión* creada por el equipo. Cualquier grito, cualquier estímulo que llegase desde el exterior podría haber tenido efectos demoledores.

De noche, la luz de los focos vista desde dentro y filtrada por el *Izolim* y por el miedo parecía algo perverso. La construcción erigida junto al edificio se mostraba como una especie de organismo simbiótico que se hubiera pegado a él. Tan alta como el mismo edificio, pero de paredes lisas, y construída a base de paneles prefabricados, era un sofisticado puzzle que se montó y estuvo operativo en menos de veinticuatro horas, con el fin de que el equipo encargado de la ambientación y los efectos especiales pudiese crear el *órgano* en el que estaban

atrapados en ese mismo momento Marta y Jaime. Un gigante con tres salidas: una era la que estaba esa noche cubierta por el *Izolim*, e iba a permitir en cuestión de minutos que el presentador entrase a descubrir la trama a los finalistas; las otras dos, las que permitieron a Michael y Anna deslizarse hacia afuera como si hubiesen sido aspirados por las entrañas del ser en el que creían estar atrapados, habían sido selladas desde el exterior tras su salida para evitar que cualquier accidente fortuito diese al traste con la final.

El presentador se dirigió a los ex concursantes en voz baja. Aunque estaban aún a una distancia considerable del edificio, esa era la recomendación que había recibido y la iba a seguir a rajatabla; si algo salía mal a última hora, desde luego no iba a ser por culpa suya. Tres cámaras los seguían en todo momento: una enfocaba al presentador exclusivamente, otra iba pasando de uno a otro miembro del grupo, al parecer siguiendo las instrucciones que recibía el operador a través de los cascos, y una tercera se encargaba de hacer una toma abierta que incluía al grupo completo, con el edificio de fondo.

—¿Tenéis claro lo que vamos a hacer ahora?

Los asistentes asintieron, algunos con un gesto, otros con un susurro. Abdou tradujo a Moussa y Modou.

—Muy bien, de todos modos, lo recuerdo por si acaso... Nos vamos a colocar en fila, a un metro aproximadamente del *Izolim*, en la entrada. Nos van a iluminar con bastante potencia desde atrás, de modo que en el interior los chicos van a poder ver vuestras siluetas, suficiente para que os puedan reconocer. A mí me van a maquillar como uno de esos *monstruos* que persiguieron a los chicos hasta la trampilla por la que escaparon del edificio. No va a ser una caracterización perfecta, pero sí lo suficiente como para darles un buen susto, porque voy a entrar rompiendo el *Izolim*, y a contraluz la imagen va a ser bastante convincente. Ya sabré quién ha ganado el concurso, así que me dirigiré a él, o a ella, y le diré:

«Ellos os quieren a todos, pero especialmente a ti»

Entonces entráis todos y formamos la fiesta. Saltarán los cañones de *confetti* que hay instalados por toda la construcción, y desvelaremos la trama en emocionante y absoluto directo. ¿Alguna duda?

No la hubo.

(Dentro)

—Ha parado —dijo Jaime al ver como la intensidad de las luces bajaba hasta casi hacerse imperceptible—. Fuera lo que fuese, ha parado.

—Quizá... quizá no sea el final. A lo mejor podemos hacer algo... a lo mejor cambia algo...

Jaime la miró. No había nada en este mundo que deseara más que poder consolarla, poder decirle que todo iba a ir bien, que mantuviese la esperanza, pero no sabía cómo hacerlo, ni qué decirle. Lo único que podía hacer era defenderla hasta el fin. De cualquier manera, nada ni nadie iba a hacerle daño mientras le quedase aliento. La abrazó, y le habló en un susurro.

—Todo va a salir bien —le dijo, y la frase sonó tan vacía que le dolió.

(Fuera)

El equipo de maquillaje había hecho un trabajo bastante digno, teniendo en cuenta que habían tenido tan sólo unos minutos a contrarreloj, y que tuvieron que disimular en la parte alta de la cabeza la cámara *GoPro* que iba a transmitir las imágenes tal como las vería el presentador en el momento de la revelación. Unos minutos antes de acabar la sesión de maquillaje le habían llegado los resultados de las votaciones, aunque a él le importaba un pimiento cuál de los dos iba a ganar, lo que realmente le importaba era el ascenso meteórico que iba a experimentar su carrera gracias a aquél *reality*.

Echó un último vistazo a los ex concursantes, que siguiendo sus instrucciones se habían colocado dibujando una fila perfecta tras él, en la que sólo faltaba la *vetada* Maruja. Luego, miró hacia la sustancia, sonrió bajo la máscara, y levantó los brazos.

Todas las luces se encendieron a la vez.

(Dentro)

Todo se encendió al otro lado de la sustancia, en aquel mundo al que habían sido arrastrados casi todos sus vecinos. Sólo ellos dos habían sobrevivido, y al menos tres de los demás, que supieran, habían muerto de un modo horrible: Lucio, Michael y Anna.

El resto había pasado al otro lado.

Por eso cuando se encendió *el mundo de fuera* y vio las siluetas, supo

que no podían ser ellos. Porque estaban todos, incluyendo a los tres que había visto morir con sus propios ojos. No estaban definidos, no de una manera nítida, era como mirarlos a través de una especie de cristal esmerilado de color gris. No veía sus facciones, pero no eran ellos.

Y entonces descubrió al que estaba delante de todos.

Era uno de los *seres*.

Uno de los que habían visto en la casa de Marta.

Uno de los que los habían perseguido hasta la trampilla, y se habían quedado rascando contra el techo, incansables.

Al verlo, Marta gritó con todas sus fuerzas, y se lanzó a una retahíla de quejidos ininteligibles. Jaime la abrazó y la apretó contra su pecho.

—No dejaré que te hagan daño. Lo prometo.

Con suavidad, la separó de su cuerpo y desoyó sus súplicas conforme se acercaba al límite entre el mundo de dentro y el mundo de fuera con paso firme y seguro.

(Fuera)

—Venga, acabemos con esto, que me muero de calor —dijo el presentador al micrófono que descansaba junto a sus labios, bajo el maquillaje, al final de un hilo que lo unía al *pinganillo* desde el que le llegaba la información.

—*Entramos en cinco, cuatro, tres, dos, uno...* —dijo una voz neutra, dándole paso. Luego, guardó silencio mientras el presentador, en apenas un susurro, contaba a cientos de millones de personas alrededor del mundo que había llegado el momento. Estiró ambas manos hacia delante, y las introdujo en el *Izolim*, separándolas luego para abrir un hueco.

(Dentro)

En cuanto vio aparecer las manos del ser, Jaime supo que no iba a tener otra oportunidad. Con su mano derecha, agarró una de las muñecas de la criatura. Con la izquierda, tanteó nervioso el cinturón, en la parte trasera del pantalón, y durante un eterno instante le pareció que no iba a ser capaz, que no iba a tener el valor suficiente. Sacó el cuchillo que había encontrado en la cocina de Marta, el que había decidido guardar por si tenía que usarlo, como último

recurso, contra alguien... o contra algo, y asestó una cuchillada en el lugar en el que un ser humano tendría el corazón, rogando por que aquella criatura tuviese algo parecido, si no exactamente en esa zona, al menos lo más cerca posible. Daba por hecho que no iba a tener muchas oportunidades, así que sacó el cuchillo del cuerpo del ser y golpeó una vez más.

Y otra.

Y otra.

Se sorprendió al descubrir que la sangre del monstruo era tan roja como la suya.

Cuando oyó gritar a todos sus *vecinos* y vió sus caras de espanto, no tuvo más remedio que admirar las copias tan perfectas que habían fabricado los seres.

Su hermano —*la copia de su hermano*— se abalanzó sobre él, y entonces abrió la mano, dejó caer el cuchillo y se hincó de rodillas.

A pesar de todo, a él no podía apuñalarlo.

Aunque no fuese su hermano.

IMÁGENES
DE
ARCHIVO



Oh My Gosh!

¡QUÉ CALOR!

AISLADOS

ESPEJO DIARIO



5p EXPRESS AISLADOS

AISLADOS

FALLECE EL PRESENTADOR DEL PROGRAMA EN DIRECTO ANTE MILLONES DE PERSONAS

MARTA Y JAIME, GANADORES

AISLADOS



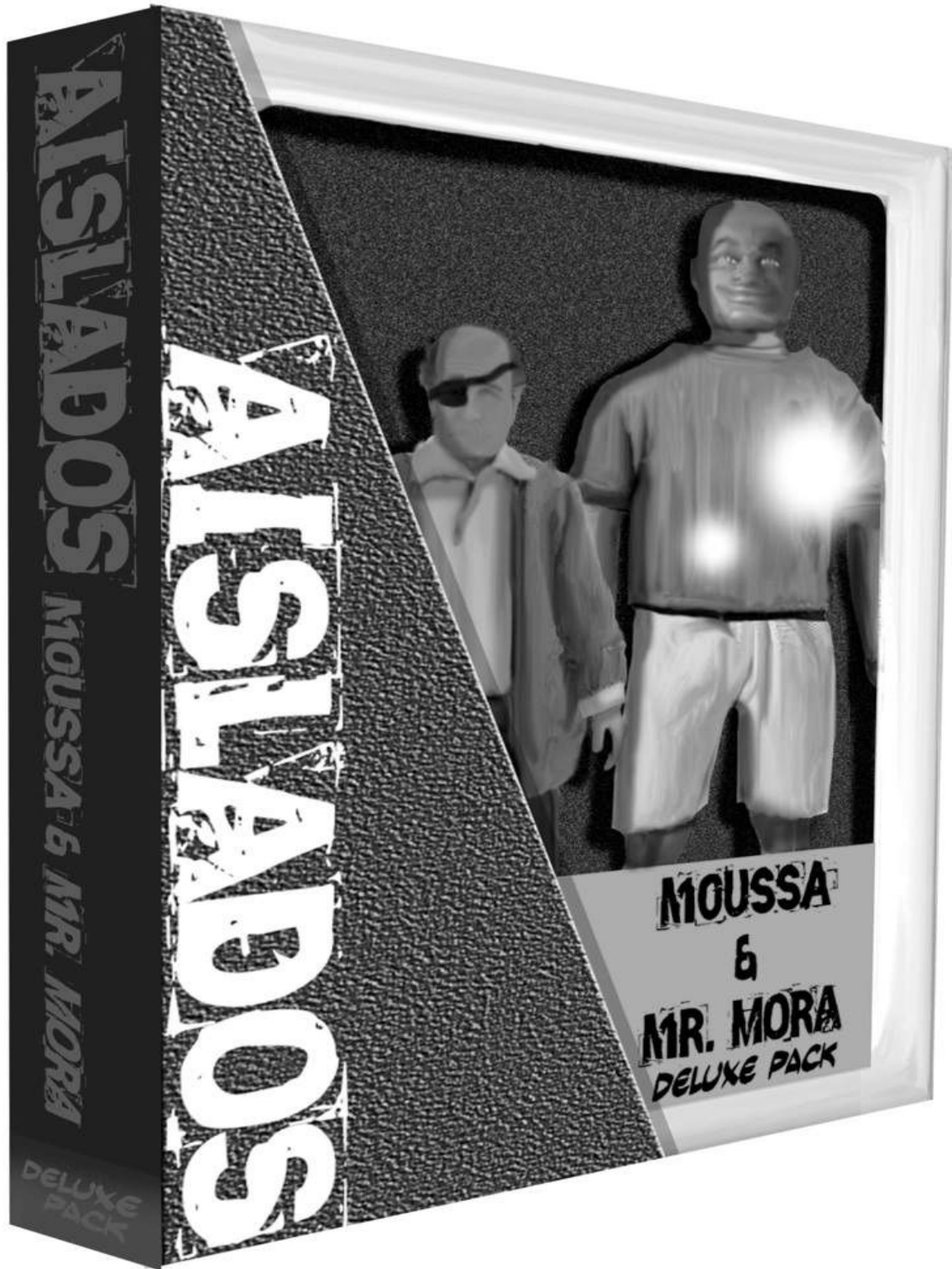
El funeral en directo

El presentador del programa falleció en directo ante millones de personas...

El funeral en directo...

IN THE NEWS

Cherry's changed	Stoke is from 180000	Migrant boat disaster	Prison inquiry begins	England experts
Cherry's changed	Stoke is from 180000	Migrant boat disaster	Prison inquiry begins	England experts



SODAS

MOUSSA & MR. MORA

DELUXE PACK

SODAS



**MOUSSA
&
MR. MORA
DELUXE PACK**



ABUELO
MORA
VILLAGE



ELLOS NOS QUIEREN A TODOS

por las autoras HIEDRA y PHOEBE,
del blog PASADA LA MEDIANOCHE



EL ÚNICO LIBRO
OFICIAL del reality
AISLADOS

#1 MUNDIAL DESDE LA PRIMERA EDICIÓN... ¿TAMBIEN LOS QUIERES A TODOS?

QUERIDO LECTOR, QUERIDA LECTORA...

Antes que nada, tengo que darte las gracias por haberme acompañado en el angustioso camino que hemos recorrido desde que la sustancia apareció en tus ventanas hasta este final, que espero haya conseguido sorprenderte como prometía en la portada del libro.

No hay nada que pueda compararse a la experiencia de ser un autor independiente: el tener control absoluto desde el más mínimo detalle, desde la fecha de publicación hasta el color del último pixel de la portada hace que a tus manos llegue la historia tal como surgió de mi imaginación, sin filtros; pero no todo son pros, existen contras, y además muy importantes.

El hecho de no poder contar con una campaña publicitaria detrás, el que el libro no aparezca en televisión, en revistas, en prensa o en radio, hace que **dependa única y exclusivamente de ti para poder subsistir**. Si te ha gustado, **te pido que te conviertas en mi cómplice**, que le hables de él a tus amistades, a tus grupos de *WhatsApp*, que lo compartas en *Facebook*, en *Twitter* o que subas tu foto con él en *Instagram*. **Y sobre todo, que lo valores en AMAZON**. Un libro en AMAZON que no se encuentre entre los primeros, es invisible, y el simple hecho de tener una valoración hace que se posicione mejor en las listas.

El viaje más increíble comienza con un simple paso, por eso te pido que me ayudes a dar ese paso que haga que ***Ellos nos quieren a todos*** no necesite de ninguna campaña de publicidad para darle vida, le baste tan solo con el impulso que tú le des.

Espero que esta aventura no te haya decepcionado y, sobre todo, espero que sigamos siendo compañeros de viaje en las siguientes. Cuenta con mi agradecimiento infinito.

El autor

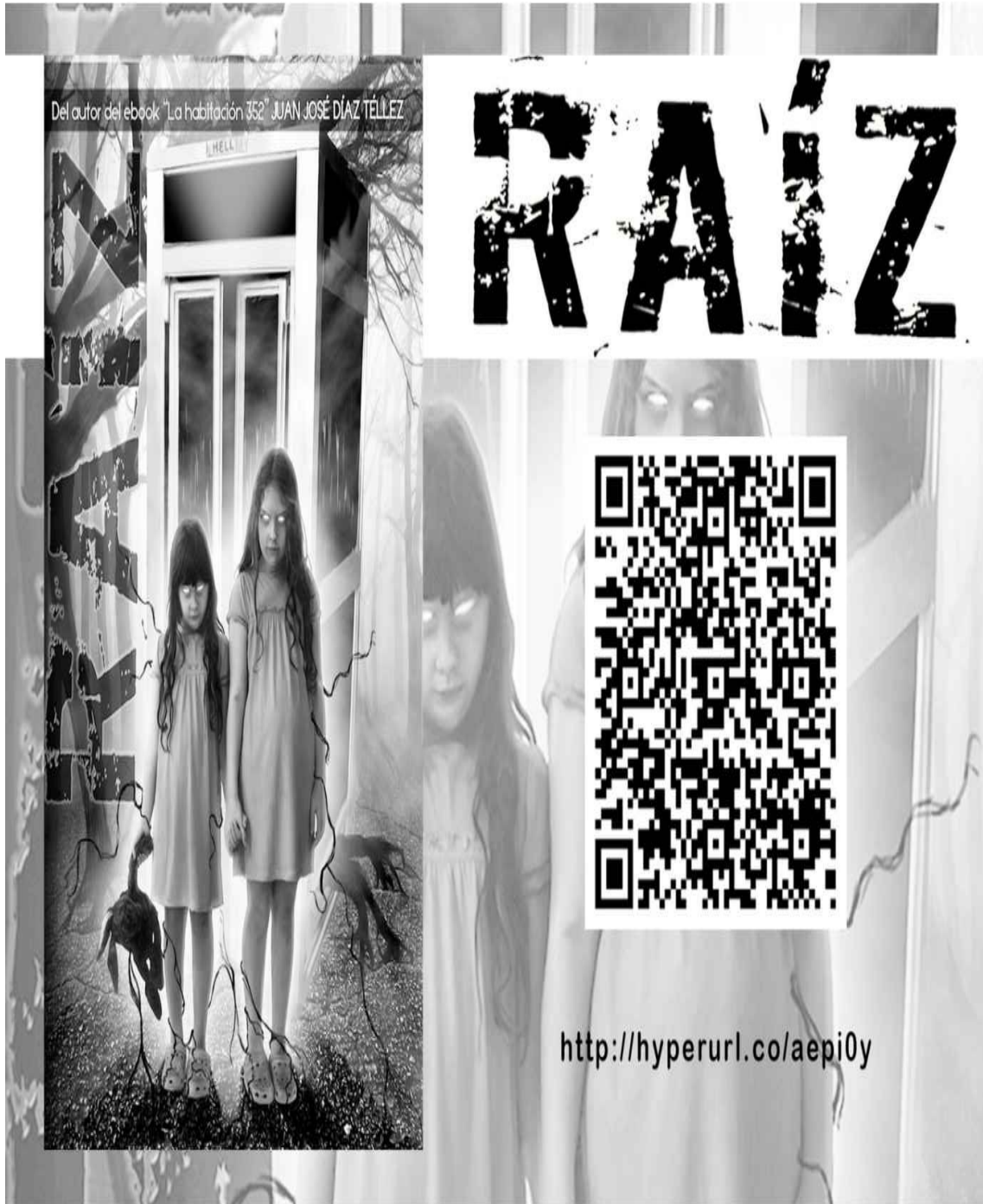
OTRAS OBRAS PUBLICADAS

Ellos nos quieren a todos es mi cuarta obra publicada dentro de los géneros del terror y el suspense. Puedes encontrar mis otras obras en AMAZON; en las siguientes páginas te dejo la ficha completa de cada una de ellas, así como los enlaces o los códigos QR con los que podrás adquirirlas **desde cualquier parte del mundo**.

RAÍZ fue mi primera publicación independiente y pertenece al género del terror. Cuenta los acontecimientos que suceden en un pequeño pueblo —al que no llega la cobertura de la señal móvil— desde el momento en el que se instala una extraña cabina de teléfonos en las afueras. Lo que comienza como un gesto normal, anacrónico quizás en los tiempos del 4G, acaba convirtiéndose en una ola de destrucción de la que pocos saldrán indemnes.

EL JUEGO DEL DIABLO se engloba dentro del suspense, con ciertas pinceladas de terror a lo largo de la historia, que eran inevitables siendo uno de los personajes principales el Diablo. Álex tendrá que enfrentarse a él en una frenética carrera, un intrincado y prácticamente irresoluble juego que le permitirá recuperar a su novia desaparecida, sólo en caso de resultar ganador, pero... ¿a cambio de qué?

TABULA RASA es también una historia de intriga, de suspense, con momentos de terror, en la que un enigma sobrevuela la exclusiva urbanización de las Colinas de Santa Marta. Una urbanización prácticamente inexpugnable en la que aparece de repente un mendigo con un llamativo chaleco naranja al que ni las cámaras, ni los más sofisticados dispositivos de seguridad parecen ser capaces de detectar. Simultáneamente, los propietarios comienzan a tener pesadillas con un chico rubio al que ninguno de ellos conoce.



Disponible en formato papel o ebook en cualquier parte del mundo:
<http://hyperurl.co/aepi0y>

Cuando Mabel vio desde la ventana de su habitación cómo aquel inquietante hombre delgado instalaba una –aparentemente– inofensiva cabina de teléfonos en la linde con el bosque, no creyó que eso pudiera suponer el fin del

mundo tal como ella lo conocía.

Tan sólo unos días después, seres de pesadilla recorren las calles de Miravalle de la Colina, tomando el lugar de los habitantes del pueblo y reclamando la superficie, llegados de un lugar al que sólo la cabina puede acceder, de la que sólo ella puede traerlos.

La cabina está buscando a La Reina y a El Elegido. Cuando los encuentre, mostrará su verdadero aspecto, y ya no habrá escapatoria posible. Por alguna extraña razón, Mabel lo intuye, pero nadie puede creerla.

Siente el terror. Huye para salvar la vida. Y sobre todo, pase lo que pase... **NO CONTESTES AL TELÉFONO.**



Disponible en formato papel o ebook en cualquier parte del mundo:
<http://hyperurl.co/y78h8d>

El Juego del Diablo es un inquietante thriller sobrenatural ambientado en la ciudad de Málaga, que cuenta la pesadilla en la que se convierte la vida de Álex a partir del momento en que sus pasos se cruzan con los de un extraño individuo que le propone un retorcido juego.

A través de las palabras del extraño, Álex descubre que Clara, su novia, de la que no sabe nada desde que un par de días no ha desaparecido por su propia voluntad, y está en realidad en su poder.

La vida de Álex se ve transformada en una vertiginosa toma de decisiones en la que cualquier error puede conducir a la muerte de Clara. A medida que transcurre el juego, la ciudad se tiñe de sangre mientras que el inspector jefe Ramírez, ayudado por unos poderes extrasensoriales que ni siquiera su esposa conoce, le va pisando los talones. La situación se torna desesperada cuando Álex descubre que el desconocido es mucho más de lo que aparenta, y que apenas tiene posibilidades de salir victorioso de “El Juego del Diablo”



Disponible en formato papel o ebook en cualquier parte del mundo:
<http://hyperurl.co/uqgbfy>

El Conjunto Residencial Colinas de Santa Marta es la urbanización más lujosa y exclusiva del sur de Europa. Rodeada por una infranqueable muralla infestada de

sensores y alarmas y con su propio cuerpo de seguridad, se podría decir que es el lugar más inexpugnable del planeta sin temor a equivocarse.

Entonces, ¿cómo es posible que una noche aparezca un mendigo merodeando las mansiones de los propietarios, y que ni sensores ni cámaras sean capaces de detectarlo?

¿Por qué ni los más sofisticados sistemas de alarma, ni los hombres más preparados parecen ser capaces de atraparlo? ¿Por qué desde esa noche, los propietarios comienzan a soñar con un muchacho rubio?

¿Qué terrorífico secreto guarda el mendigo?

Cuando los propietarios descubran que sus vidas dependen de él, no tendrán más remedio que aunar fuerzas para evitar su destino.

Lo que jamás podrían llegar a imaginar siquiera es que descubrir el secreto destruirá sus vidas.

AGRADECIMIENTOS

Aunque la lista de agradecimientos sería tan grande como para ocupar un libro del tamaño de éste, es imposible escribir los nombres de todos y cada uno de vosotros, de todas y cada una de vosotras. Si me olvido de alguien no me lo tengáis en cuenta, sabéis que mi cabeza pasa más tiempo en las nubes que donde debe estar, pero vivís en mi corazón, que no os quepa duda.

A María Jesús y a Eli por ser mis lectoras cero y tirarme de las orejas cuando se me va la olla más de la cuenta. Siempre estoy esperando a que terminéis de leer con la respiración contenida.

A Eva Díaz, presidenta de mi *club de fans inexistente*, un millón de gracias por tu apoyo incondicional y por tu interés en cada cosa que escribo. ¡Seguro que en cuanto acabes de leer estas páginas ya me estarás preguntando por el siguiente :)

A Carlos Navas por su apoyo y sus consejos sobre la portada, a veces tan sólo hace falta un pequeño empujón para que los árboles no te impidan ver el bosque.

A Tony Jiménez (o a sus gatos, no sé) por su apoyo incansable. No creo que haya una de mis entradas en Facebook sin un *Me gusta* suyo.

A Enrique Laso, aunque no nos conocemos personalmente, y habremos coincidido en facebook en no más de un par de ocasiones, sus consejos a los escritores independientes no tienen precio y me han servido de muchísima ayuda, sobre todo en los momentos de bajón (escasos, pero haberlos, *haylos*).

A tantos, tantos, tantos seguidores de *Facebook*, *Twitter*, *Instagram*, *Goodreads* y *Blogger* que sería imposible escribirlos aquí sin que el libro ocupe dos volúmenes. Gracias por contestar, comentar y compartir. Gracias, gracias, gracias.

A todos mis lectores pasados, presentes y futuros, gracias por dedicar unas horas de vuestra vida a perderos entre estas páginas. En estos tiempos que vivimos en los que no podemos ni respirar sin cronometrarlo, eso no tiene precio.

A mis amigos, a mis compis del curro, a mi familia... espero que os hayáis divertido con lo escrito en estas páginas.

Y mi último agradecimiento se lo dejo a una persona cuyos ojos no se posarán en estas líneas, pero que fue el que comenzó todo, el que encendió la primera chispa que hizo arder la hoguera: Stephen King, gracias infinitas por tantas cosas que no hay páginas suficientes para contenerlas.

Málaga, 16 de agosto de 2017

ACERCA DEL AUTOR



Nací en Málaga, el 21 de agosto de aquel renombrado año 1969 en el que el hombre puso por primera vez (o eso dicen) el pie en la Luna. Soy autor especializado en dos campos que, con permiso de *R.L. Stine*, tienen poco que ver entre sí: por una parte el terror y el suspense; y por otra la literatura infantil. Diplomado en informática por la Universidad de Málaga y diseñador gráfico, me encargo tanto del diseño de mis portadas como del interior de cada uno de mis libros.

Mi primera obra publicada, *La habitación 352*, llegó al público de mano de **Editorial Planeta** en su sello **Scyla Ebooks** en 2013. A día de hoy, *La habitación 352* sigue sumando nuevos lectores alrededor del mundo y se mantiene como uno de los *ebooks* más leídos en el género de terror en *Google Play*.

Cautivado por las posibilidades de la edición independiente, desde mi siguiente obra, *Raíz*, me convertí en un autor **indie** convencido. Todas mis obras están disponibles en AMAZON y otras plataformas de venta online por tiempo ilimitado, tanto en papel como en ebook.

Mis relatos cortos han sido incluidos en diversas antologías. Una de mis favoritas es *Se arrastran en la oscuridad* (premiado en el concurso de La Web del Terror, y que se puede adquirir de forma independiente en AMAZON). *Último Deseo*, incluido en *Relatos Insólitos*, comparte páginas con grandes autores como Laura Gallego, Teresa Viejo o Emilio Calderón, entre otros.

Puedes encontrarme en (*casi*) todas las redes sociales, en mi página web, o a través de mi dirección de correo electrónico. Te dejo la lista aquí:

WEB www.juanjoescritor.com
EMAIL info@juanjoescritor.com
FACEBOOK www.facebook.com/juanjodiaztellez
TWITTER [@juanjoescritor](https://twitter.com/juanjoescritor)
GOODREADS www.goodreads.com/JuanJoseDiazTellez

Y si te apetece estar al tanto de cualquier novedad en lo referente a mis obras pasadas o futuras, concursos, regalos, y todo lo que tenga que ver conmigo, entonces deberías apuntarte a mi lista de correo desde el enlace siguiente:

LISTA DE CORREO <http://eepurl.com/bNU5vL>

¡Nos vemos allá fuera!

Table of Contents

[Antes](#)

[Día 1, 1ºA](#)

[Día 1, 1ºB](#)

[Día 1, 2ºA](#)

[Día 1, 2ºB](#)

[Día 1, 3ºA](#)

[Día 1, 3ºB](#)

[Día 1, 4ºA](#)

[Día 1, 4ºB](#)

[Día 1. Zona comunitaria. Primeras horas](#)

[Día 1. Zona comunitaria. Pasando lista](#)

[Día 1. Zona comunitaria. Las viejas del arca de Noé](#)

[Día 1. Zona comunitaria. Primera sangre.](#)

[Organizando el campamento](#)

[El presentimiento de Rocío](#)

[La primera noche](#)

[El despertar de Rocío](#)

[Ignacia en el espejo](#)

[Vivir sin miedo](#)

[Perversas alianzas](#)

[Estar sin estar](#)

[Algo ha pasado al otro lado de la puerta](#)

[Qué habéis hecho con mi madre](#)

[Todo está grabado](#)

[Ya no hay nadie en la primera planta](#)

[El nuevo orden](#)

[La soledad de Maruja](#)

[Te pillé](#)

[Los tres amigos](#)

[El diario](#)

[Eso no se hace](#)

[El monstruo al otro lado de la puerta](#)

[Fundido a negro](#)

[No te vayas](#)

[Nadie solo](#)

[Aquí se hace lo que yo digo](#)

[Veredicto](#)

[Las aguas vuelven a su cauce](#)

[Doppelganger](#)

[Amor de madre](#)

[Punto de ebullición](#)

[Dobles parejas](#)

[Corte de digestión](#)

[Aislados](#)

[Los medios justifican el fin](#)

[Mensaje del autor](#)

[Otras obras publicadas](#)

[Raíz](#)

[El juego del Diablo](#)

[Tabula Rasa](#)

[Acerca del autor](#)

[Agradecimientos](#)